JOSE LUIS BLASIO

MAXIMILIANO ÍNTIMO



EL EMPERADOR MAXIMILIANO Y SU CORTE

MEMORIAS DE UN SECRETARIO PARTICULAR

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET
PARÍS | MÉXICO
23, RUE VISCONTI, 23 | 14, CINCO DE MAYO, 14

L. BLASIO

MAXIMILIANO INTIMO

F1233
M452

1080028691

MAXIMILIANO ÍNTIMO

Núm. Clas 92(44)(64)
Núm. Autor
Núm. Adq. 16265
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EN PRENSA

PARA SALIR EN ESTA COLECCIÓN :

*** Porfirio Díaz. *Ensayos de psicología histórica, Septiembre 1830-Septiembre 1865.*

Luis González Obregón. *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI.*

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"



Imp. Ch. Wittmann Paris

José Luis BLASIO

MAXIMILIANO ÍNTIMO

EL EMPERADOR MAXIMILIANO

Y SU CORTE

MEMORIAS DE UN SECRETARIO PARTICULAR

LIBRERÍA DE LA Vᵈᵃ DE C. BOURET

PARIS | MÉXICO
23, rue Visconti, 23. | 14, Cinco de Mayo, 14.

1905

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
16265



José Luis BLASIO

MAXIMILIANO ÍNTIMO

EL

EMPERADOR MAXIMILIANO

Y SU CORTE

MEMORIAS DE UN SECRETARIO PARTICULAR

LIBRERÍA DE LA V^DA DE C. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23.

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14.

1905

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

16265

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

F1233
M452
923
M
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
SALVADOR TOSCANO
126950

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOSE CALERO
INGENIERO DE MINAS

PRIMERA PARTE

EL EMPERADOR Y SU CORTE

CAPÍTULO PRIMERO

Entrada triunfal de S.S. M.M. á la Capital. — Favorable impresión que causa su presencia entre los habitantes. — Quince días de fiestas. — Benévola acogida que hace S. M. el Emperador á todas las solicitudes. — S. M. salva á mi hermano de la muerte. — Mi primer cargo en la corte de Maximiliano. — Viaje del Sr. Eloin. — Delicada misión que se me confía.

Los habitantes de la ciudad de México y los de la Villa de Guadalupe, que aun vivan, no olvidarán, sin duda alguna el día once de Junio de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Fué esa fecha memorable la que la Providencia destinó para que S.S. M.M. Maximiliano I y su esposa muy ilustre, hicieran su entrada triunfal en la ciudad de México.

Desde las primeras horas de la mañana de ese inolvi-

dable día los llanos de Aragón presentaban un aspecto muy pintoresco.

Doscientos y tantos carruajes abiertos lucían ricamente ataviadas á las más distinguidas y más hermosas damas de la alta sociedad mexicana; en derredor de los carruajes se apiñaban los caballeros vestidos de rigurosa etiqueta, y por la extensa llanura de Aragón, bajo el cielo purísimo del Valle de México, el pueblo en masa arremolinándose para ver mejor, esperaba ávido la llegada de los Soberanos.

Las banderas tricolores, los numerosos ramilletes, las grandes ramas, los atavíos multicolores de las damas y señoritas de la clase media, todo en fin daba á los llanos extensos de la hacienda citada un aspecto mágico, que, repito, jamás han de olvidar quienes, como yo lo presenciaron.

A la hora en que S. M. Maximiliano y su esposa, llegaron á la entrada de Aragón, el entusiasmo rayó en frenesí.

Servía de vastísimo palio á aquella ovación popular, el límpido cielo azul de nuestro Valle; una lluvia de las flores más exquisitas y perfumadas que producen los huertos de los alrededores de la capital, cubrió por completo el carruaje que conducía á Sus Majestades y después de los prolongados vivas y aplausos, una comisión formada por los caballeros y las damas más distinguidas de la ciudad les dió la bienvenida en nombre de los habitantes de la capital del Imperio.

Enseguida toda la comitiva imperial se dirigió á la

basílica Guadalupana, donde por primera vez se cantó el *Domine, salvum fac Imperatorem*, que fué acompañado en masa por todos los asistentes.

Terminado el canto sagrado, Sus Majestades pasaron á la Sala Capitular donde recibieron la bienvenida del Ilmo. Sr. Arzobispo de México, del alto clero, del cuerpo municipal, del ministro de Francia, M. de Montholon, del general Bazaine, y del general Neigre.

Tomó la palabra el Jefe Político de la Villa, Sr Villar y Bocanegra, para dar la bienvenida á los Soberanos; el Emperador contestó con frases muy conmovedoras que fueron interrumpidas por vivas y prolongados aplausos.

Después de esta ceremonia, Sus Majestades se retiraron á la Colegiata donde se sirvió la comida aplazándose para el día siguiente la entrada á la capital.

El día doce de junio, las principales calles de la ciudad parecían más bien los corredores de un vastísimo y suntuoso palacio; arcos de triunfo bellísimos y de exquisito gusto, formados con flores naturales, largos tramos ricamente alfombrados, colosales espejos, enormes banderas nacionales y extranjeras, ir y venir de elegantes damas y apuestos caballeros, todo, repito, hacía que las calles principales de la capital tuvieran más bien el aspecto de los corredores ó de las terrazas de un vastísimo y suntuoso palacio que el de calles de una ciudad.

Todos los templos de la capital echaron á vuelo sus campanas y las salvas de artillería se sucedían sin interrupción.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A la vanguardia de la comitiva iba el regimiento de lanceros mexicanos al mando de su coronel López. Este regimiento venía escoltando á Sus Majestades desde Veracruz y fué denominado algún tiempo después Regimiento de la Emperatriz.

Enseguida venía el regimiento de Cazadores de África y los húsares franceses que precedían la carroza de Sus Majestades.

Á ambos lados de ésta y en magníficos caballos iban los generales Bazaine y Neigre, escoltados por su numeroso y brillante Estado Mayor; seguían al carruaje imperial sesenta coches ocupados por los altos dignatarios del Imperio; cerrándose el cortejo con un regimiento de caballería mexicana.

Dirigiéronse primero los soberanos á la Catedral, donde se entonó un solemne *Te Deum*, y después de esta ceremonia, á pie, se dirigieron al Palacio, en medio de una multitud de más de cien mil personas que llenaban el aire con ensordecedores vivas y aplausos.

Entre aquel mar humano, pude por vez primera contemplar rápidamente y á unos cuantos pasos al hombre á quien después había de ser acreedor á beneficios sin cuento.

Le vi pasar, arrogante, majestuoso y esbelto; impresionándome por vez primera sobre todo, la dulzura de su mirada; mirada azul, bondadosa y profunda, que tantas veces me fué concedido contemplar después.

Su larga barba de oro dividida en el centro le daba un



La Emperatriz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aspecto tal de Majestad, que era imposible verle sin sentirse desde luego atraído y fascinado.

Desde el balcón central del Palacio, Sus Majestades saludaron á la multitud y por la milésima vez en ese día, se repitieron los vivas, los aplausos y las más estruendosas manifestaciones de entusiasmo y de simpatía.

Quince días duraron las fiestas imperiales, quince días de regocijo continuo, de constante alegría, de pomposas revistas militares, de representaciones de gala en la Ópera, de grandes bailes ofrecidos por la municipalidad, de festejos sin cuento; siéndome concedido en algunos de ellos volver á ver de cerca las figuras majestuosas del Emperador y de la Emperatriz.

Algunos días después de la entrada triunfal de los soberanos á la capital, recibió mi madre una carta en la que se le participaba que mi hermano, joven de quince años que hacía pocos meses había desaparecido del hogar, para lanzarse á la revolución, se encontraba prisionero en *la Martinica*, nombre que se daba á la cárcel de la callejuela, habiendo sido hecho prisionero por una fuerza francesa que perseguía á la guerrilla de Nicolás Romero, en la que se encontraba mi referido hermano, y que probablemente éste sería pasado por las armas.

Mi padre, que había muerto repentinamente en Palacio siendo ayudante de campo del presidente Don Félix Zuloaga, y que siempre había servido en las filas del ejército conservador, había sido en vida muy querido y estimado por sus jefes y á su muerte dejó muy buenos recuerdos entre los militares.

Á los antiguos amigos de mi padre acudió mi pobre y desolada madre en busca de consejo y protección en aquel trance tan amargo.

Varios de ellos firmaron una solicitud, en la que se pedía á Su Majestad el Emperador, indultara y pusiera en libertad á mi hermano, teniendo en cuenta su corta edad.

Una mañana, llevando ya nuestra solicitud, nos dirigimos mi madre y yo á Chapultepec, residencia de los Soberanos; y á la entrada del bosque, esperamos entre muchos otros solicitantes, que salieran Sus Majestades.

Pronto aparecieron dos picadores vestidos de jockeys, que precedían el carruaje á la Daumont, que conducía á Maximiliano y á su esposa. Detúvose el carruaje ante el grupo de solicitantes y Su Majestad el Emperador después de saludar atentamente á todos, recibió los pliegos que se le tendían y que colocó en el asiento delantero.

Maximiliano vestía aquella mañana larga levita negra y llevaba sobre el pecho, el Toisón de oro, pendiente de ancha cinta moiré. Su ilustre consorte vestía traje de seda lila y cubría sus hombros con rica manteleta de seda negra; el sombrero era negro también, y el del Emperador de copa alta y gris, habiendo muy poco tiempo después extendídose esa moda entre todos los elegantes de la capital.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Pocos días después, mi hermano, el prisionero de la Martinica, se presentaba en mi casa y toda mi familia contraía la primera deuda de gratitud para con el hombre generoso y magnánimo que tan trágicamente había de morir tres años después.

Había un amigo de mi familia, que tenía muy buenas relaciones entre la oficialidad del ejército francés, y una mañana, este buen amigo nuestro nos manifestó que un oficial belga llamado Roberto Limelette Vanderlynden, empleado en el gabinete del Emperador, le había preguntado si conocía á alguien que hablara francés, para que sirviera de intérprete al consejero Don Félix Eloin, jefe del gabinete, quien no conocía absolutamente una sola palabra de español.

Me dirigí á Palacio, donde fuí presentado por el oficial belga Vanderlynden al Sr. Eloin.

Era éste un hombre alto, como de cincuenta años de edad, grueso, adusto, de pocas palabras. Sus largos bigotes le caían á uno y otro lado de los labios; y en verdad, la primera impresión que me causó el jefe del gabinete, fué la de un hombre agrio y de carácter duro, pero á las pocas palabras que crucé con él cambió por completo mi opinión, pues sus frases agradables, si bien lacónicas, hacían que después de tratarle un poco, se viera desde luego que tenía uno que habérselas con un hombre de mundo y de sociedad.

Era como ya dije, Belga de nacionalidad, ingeniero de profesión, y gozaba de una influencia ilimitada con el Emperador. Nadie sabía á qué se debía esta grande

influencia, pero el caso era que recomendado á Maximiliano por su suegro el Rey de los Belgas, tenía en el ánimo del Emperador un ascendiente extraordinario.

Habló conmigo largamente en francés, se convenció de que conocía yo suficientemente ese idioma, y después de nuestra conversación, me dió algunas cartas en español para que las tradujera al francés y quedé desde luego admitido á su servicio.

Consistían mis tareas, en servir de intérprete á las personas que deseaban hablar con el Sr. Eloin y que no conocían la lengua francesa, en traducir algunas cartas y en arreglar y sellar la correspondencia para los ministros de México en el extranjero.

Mi entrevista con el Emperador se efectuó muy pocos días después de mi ingreso al servicio del Sr. Eloin. Encontrábame trabajando, cuando llegó Su Majestad por una escalera de caracol que conducía á la pieza en que yo trabajaba, situada en el primer piso del ala izquierda del Palacio. Vestía esa mañana el Emperador, traje de general mexicano, levita azul con botones dorados, pantalón de montar azul también y bota fuerte. Al cuello llevaba como cuando lo vi en su entrada á la capital, el Toisón de oro, pendiente de una cinta negra.

Fué entonces cuando á todo mi sabor pude por primera vez, contemplar su noble y augusta fisonomía, las miradas bondadosas de sus ojos azules, su larga barba rubia, dividida en el centro y el signo característico de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los Hapsburgos, el labio inferior caído hacia afuera.

Con frases bondadosas, me preguntó si tenía mucho trabajo, y si estaba contento con mi nuevo empleo.

Después de una breve conversación conmigo, habló con el Sr. Eloin, retirándose enseguida á sus habitaciones.

Poco tiempo después de esa corta entrevista mía con Su Majestad, el Sr. Eloin fué enviado á Europa, con una misión, siendo esta únicamente un pretexto para alejarlo de la corte, pues Eloin trabajaba en contra de los intereses de los Franceses, lo que hizo que éstos intrigaran para alejarlo.

El Sr. Eloin fué substituído en el gabinete: primero por el comandante Loysel y después por el capitán Pierron.

En ese lapso de tiempo, el Emperador á quien desagradaba profundamente el clima de la capital, había salido para Orizaba, donde asistió al matrimonio de su amigo el teniente de marina don Carlos Shaffer, con una Srta. Bringas. El teniente Shaffer había acompañado á Su Majestad en su viaje de circunvalación y á eso debía el alto honor que Maximiliano le dispensara con su cariño y amistad.

Pocos días después del matrimonio del teniente Shaffer, Su Majestad fijó su residencia en la hacienda de Jalapilla situada á una legua de Orizaba y de allí pidió al comandante Loysel, unos documentos que en el gabinete existían, manifestando que deseaba fueran enviados con un empleado y no por correo, por temor de que se

extraviaran. Tuve la honra de que el comandante Loysel me comisionara para llevar al Emperador los documentos citados y con una buena escolta, salí de la capital para Orizaba, en diligencia, llevando en mi poder los documentos pedidos por Su Majestad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO II

Mi llegada á la hacienda de Jalapilla. — Mi entrevista con el Emperador. — Personas que formaban su comitiva. — La vida de Su Majestad en la hacienda. — El secretario Poliakovitz. — Arribo del ministro de la Guerra y del general conde de Thun. — Excursión pintoresca por las montañas. — San Juan Coscomatepec. — El paso del rio de Jomulco. — Huatusco. — Las haciendas del Mirador y de Mahuistlan.

Dos días después de mi salida de México, bajo una lluvia torrencial, en plena obscuridad, á las nueve de la noche llegué á Orizaba y procuré apersonarme en el acto con el coronel Feliciano Rodríguez, quien me proporcionó inmediatamente un carruaje para dirigirme á la hacienda de Jalapilla.

Cuando llegué á la residencia imperial reinaba en ella el más profundo silencio. Centinelas de los húsares austriacos y soldados del regimiento de la Emperatriz daban la guardia en la parte baja, y en los corredores altos hombres de estatura gigantesca pertenecientes al cuerpo de la Guardia palatina, cuidaban del orden.

Me dirigí á la habitación del secretario particular de

Su Majestad. Llamábase éste Nicolás de Poliakovitz, era de nacionalidad austriaca, joven, de agradable presencia, y conocía perfectamente el francés, el alemán, el inglés y el español. Me manifestó que le dejara los pliegos que traía para el Emperador, que volviera á dormir á Orizaba y que me presentara al día siguiente á recibir las órdenes de Su Majestad.

Á la hora que me había fijado el secretario Poliakovitz me presenté en Jalapilla y fuí desde luego introducido á la habitación del Emperador.

Habitaba Su Majestad una pieza muy amplia con vista al campo. Desde las ventanas de su cuarto Maximiliano podía dejar que sus miradas se perdieran en las altas y azules montañas que rodean á Orizaba. Allí muy cerca, á muy pocos pasos de este cuarto, frondosas arboledas, que aquella mañana exhalaban frescos perfumes, á causa de la lluvia de la víspera, servían de tranquilo y alegre cuadro á la habitación del soberano austriaco.

Esa mañana que fuí recibido en Jalapilla, Maximiliano vestía traje blanco, que era el que adoptaba siempre que viajaba por tierra caliente, estaba sentado frente á una mesa cargada de papeles, en la misma mesa había un finísimo sombrero jarano blanco, con toquilla de oro. El mobiliario de la habitación estaba formado por algunas sillas de bejuco, un tocador, un lavamanos y en el fondo un angosto catre de hierro, que era el que usaba siempre y que llevaba en todos sus viajes, pues nunca dormía en los suntuosos lechos que le preparaban.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿Cómo le fué á Ud de viaje? me preguntó afablemente.

¿Es la primera vez que sale de México? siguió preguntándome, ¿qué le parece este clima?

Yo lo encuentro encantador, prosiguió, y lo prefiero mil veces al aire viciado y malsano de la capital.

Después agregó:

— Usted se quedará aquí algunos días para descansar y luego volverá á su oficina. Ya dí orden de que le preparen una habitación y llamaré á Ud si algo se me ofreciere.

Un camarista me condujo á mi habitación, y pocos minutos después fuí llamado para el almuerzo, pues durante sus viajes el Emperador proscribía la etiqueta palaciega, y á su mesa se sentaban todas las personas que formaban su séquito.

Aquel día la mesa se había colocado en uno de los amplísimos corredores de la hacienda, y el almuerzo se servía en la rica vajilla imperial, que tanto en las piezas de porcelana como en las de cristal, lucía el monograma del Soberano y las armas imperiales.

Ocupó Su Majestad el centro de la mesa; á su derecha se encontraba el ministro de Relaciones exteriores Lic. Don Fernando Ramírez, notable abogado liberal, muy erudito, y de gran talento; había costado gran trabajo haberle hecho aceptar ese cargo pues se había rehusado servir al Imperio; tendría en esa época unos cuarenta y cinco años, era de mediana estatura, un poco grueso, y en su fisonomía se revelaba el tipo muy caracterizado de la raza indígena.

Sus frases eran concisas y terminantesy desde luego se adivinaba en él, al hombre de carácter firme y de principios fijos.

A la izquierda del Emperador, se encontraba el ministro de Fomento, Don Luis Robles, rico minero perteneciente á una distinguida familia de Guanajuato, hombre de carácter muy agradable, muy jovial y que desde luego simpatizaba á todas las personas que le trataban por su ingenio y por su franqueza; tenía unos cuarenta años, era de color muy blanco, usaba la barba cerrada, y por su pronunciación española muy afectada parecía más bien ibero que mexicano.

Junto á los ministros citados, se encontraban respectivamente les Sres. Feliciano Rodríguez y Paulino Lamadrid.

El primero que tenía los cargos de ayudante de campo y caballerizo mayor de S. M. era un guapo mozo, vestía elegantemente y era un consumado jinete, que lo mismo lucía el uniforme vistosísimo de su cargo, montando briosos caballos en monturas militares ó silla inglesa, como el traje típico de charro.

Para los sports nacionales, como colear, lazar, etc., no tenía rival Feliciano Rodríguez; derribar un toro en un coleadero era para él la cosa más sencilla del mundo.

El coronel Paulino Lamadrid era comandante de la guardia municipal, había sido siempre partidario fanático del Imperio, y en las épocas en que el partido liberal estaba en el poder, Paulino asombraba hasta á sus enemigos políticos por su audacia y su valor civil.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paseábase arrogantemente por las principales calles de la ciudad luciendo magníficos caballos y un espléndido zarape verde con cruz blanca (el color verde como es bien sabido era el distintivo peculiar del partido conservador así como el color rojo el del partido liberal) y hacía alarde de sus opiniones políticas, del todo opuestas á las del partido que se encontraba en el poder.

Tenía una complexión hercúlea, muy ancho de espaldas, algo grueso, de mediana estatura, de regulares facciones, de color moreno, usaba la barba completamente cerrada y los cabellos largos que le caían hasta los hombros.

Como su amigo Feliciano, era Paulino temible en los sports nacionales, derribaba un toro no sólo coleando á caballo sino á pie, sport peligrosísimo, en el que nadie se atrevía á competir con él. Varias veces le ví hacer esa terrible suerte y causaba verdadera y profunda emoción la impasibilidad con que esperaba á la fiera y cuando la cola del animal estaba al alcance de su mano, cogíala con su mano hercúlea, apoyábase fuertemente en sus pies y el toro caía revolcándose por el suelo.

Maximiliano conociendo la profunda adhesión de Paulino por la causa imperialista, le devolvía en grandes muestras de aprecio y en cordial afecto su decidida adhesión.

Seguían en la mesa los oficiales de órdenes Pedro Ormaechea y Ciro Uraga; este último era hijo del general de división Don José López Uraga, liberal que se pronunció por el Imperio con toda su división y que

más tarde pagó muy caro ese delito político, pues fué desterrado al extranjero donde murió sin haber vuelto jamás á su patria.

Junto á Ciro Uraga, se encontraba el coronel López, uno de los hombres más adictos al Emperador. López era muy blanco, rubio y de ojos azules, lo cual hacía que muchas personas lo creyeran francés.

Los demás comensales eran: el doctor Semeleder, médico de cámara de Su Majestad, y que venía desde Europa á su servicio, el secretario Poliakovitz, que había desempeñado antes el mismo cargo cerca del Consejero austriaco barón de Scherzenlefner, dos oficiales austriacos, que mandaban la escolta de húsares y que se llamaban el conde Pachta y el barón de Kulmer, Don Francisco O' Gorman secretario del ministro Ramírez y yo.

Dirigía el ejército de criados, el mayordomo Venisch, viejo vienés que estaba al servicio del Soberano desde hacía varios años, y que le había acompañado, fielmente durante su gobierno en el reino Lombardo Veneto. Este mayordomo tenía á su cargo el servicio de la mesa imperial tanto en las residencias de Sus Majestades, como durante los viajes; era el que empacaba y desempacaba las vajillas, el que servía personalmente los vinos durante las comidas y, como dije ya, el que dirigía el servicio de la mesa; este servicio lo hacían ocho criados, mexicanos unos y otros extranjeros: durante los viajes todos vestían el traje de charros mexicanos, llevando pantalón negro, con botonadura de plata, chaquetas y sombrero jarano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Augusto Soberano austriaco era un refinadísimo gastrónomo y sus cocineros se esmeraban para no disgustarlo. Los platillos estaban preparados según la cocina francesa, pero con algunas modificaciones del arte culinario vienés; los vinos que se servían en la mesa imperial eran de lo más exquisito. Durante el almuerzo, Jerez, Burdeos, Borgoña y vino de Hungría; y en la comida, del Rhin y Champaña, además de los mencionados.

Gustaba mucho S. M. de oir durante la comida anécdotas, cuentos picantes y aventuras; sobre todo si se relacionaban con alguno ó algunos de los comensales; á todos dirigía la palabra y cuando alguien contaba con verdadero ingenio algún cuento picante ó alguna anécdota, el Soberano reía de muy buena gana y no dejaba de hacer observaciones muy ingeniosas y picantes también.

Después del café, se levantaba inmediatamente de la mesa, se despedía de sus comensales, y pasaba á sus habitaciones con alguno de sus ministros ó su secretario y se ponía á trabajar.

Lo mismo durante el almuerzo que durante la comida, una orquesta ejecutaba escogidas piezas, recibiendo remuneración muy amplia por su trabajo.

El día á que vengo refiriéndome desde el principio de este capítulo, además de la orquesta, una jovencita india muy agraciada, tocó en el salterio piezas muy sentimentales que agradaron mucho al Soberano. Como la indígena ejecutante, no solamente era joven y guapa

sino que vestía traje muy pintoresco, Su Majestad estuvo bromeándola, y diciéndole que Ciro Uraga y yo, que éramos los más jóvenes de la reunión, íbamos á salir discípulos aprovechadísimos en el salterio, con maestra tan linda.

Durante mi estancia en la hacienda de Jalapilla, el Emperador observaba el siguiente método de vida:

A las cuatro de la mañana despertaba y en el acto se ponía en pie, llamando desde luego á su secretario para el acuerdo que duraba hasta las siete de la mañana. Después del acuerdo salía á dar un paseo á caballo por los alrededores, acompañado de sus ayudantes y de sus criados.

Montaba generalmente un caballo de andar tranquilo al que había bautizado por ese motivo, con el nombre de Anteburro; prefería siempre la silla vaquera al mejor albardón inglés y vestía elegante traje de charro mexicano de paño azul, con botonadura de plata y ancho sombrero gris con toquilla blanca.

Pero si en sus paseos por el campo, el Emperador gustaba de montar ese caballo, en cambio cuando entraba á alguna ciudad, lo hacía siempre en uno dorado, brioso y magnífico al que había puesto por nombre el Orispelo.

Terminaba Su Majestad su paseo á las nueve de la mañana, y pocos minutos después se servía el almuerzo; enseguida recibía á los ministros ó á su secretario, daba audiencia á cuantas personas la solicitaban ó se dirigía á Orizaba en coche, dedicándose de preferencia á visi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tar las escuelas, las prisiones, los hospitales y otros establecimientos públicos, y llevando siempre algún acompañante destinado á tomar nota de las necesidades más urgentes de los planteles que visitaba.

Servíase la comida á las cuatro de la tarde, sentándose á la mesa los mismos comensales que durante el almuerzo, y algunos funcionarios públicos ó personas prominentes de Orizaba ó de las localidades inmediatas.

Terminada la comida, se pasaba á una pieza que servía de saloncito para fumar; y allí los criados distribuían magníficos tabacos habanos y del país que se fumaban de pie en grata conversación. El Emperador al terminar su tabaco, se retiraba diciendo esta frase, que llegó á hacerse proverbial:

« Diré adiós á los Señores. »

Mientras llegaba la noche daba un ligero paseo por los jardines, y enseguida se retiraba á su cuarto donde revisaba los documentos y las cartas recibidas durante el día. En punto de las ocho entraban á su recámara los camaristas para desnudarlo y se acostaba á esa hora, para despertar como ya dije á las cuatro de la mañana, pues una de sus reglas de higiene era que debe el hombre dormir ocho horas seguidas para conservar la salud y tener larga vida.

En esos días, Su Majestad me ocupó en extractar algunos expedientes y en copiar varias cartas; otras veces fuí llamado por el Emperador para leerle algunos documentos, y para anotar su acuerdo al margen.

Una mañana el Soberano me participó que íbamos á partir para Jalapa y « creo, agregó, que le agradará á Ud acompañarnos, ya ordené que se le proporcione un buen caballo y que se le ministren cien pesos para que se compre un buen traje de charro. »

Después me dictó la carta siguiente, que copio textualmente, porque es el modelo, por decirlo así, de todas las que dirigía al dejar una población, á la persona más caracterizada de la localidad:

Jalapilla, mayo 18 de 1865.

MI QUERIDO PREFECTO HERRERA,

Al dejar la ciudad de Orizaba, llevo los más gratos recuerdos por la amable acogida que me ha hecho y por el buen sentir de sus habitantes. He querido por vuestro conducto reiterar mi cordial despedida y mis más sinceras gracias ofreciendo volver con la Emperatriz á visitar otra vez esta hermosa ciudad.

Como una muestra de mi gratitud por vuestros buenos servicios os he nombrado caballero de la Orden imperial de Guadalupe, y para aliviar las necesidades de la población le remito quinientos pesos que distribuirá en mi nombre.

Reitero, mi querido prefecto, los sentimientos de mi benevolencia.

MAXIMILIANO.

En los primeros días de nuestra permanencia en Jalapilla, llegaron llamados por el Emperador, el minis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro de la Guerra, Don Juan de Dios Peza y el conde de Thun, general que mandaba la legión austriaca, habiendo hecho ambos el viaje para tratar con Su Majestad el delicado asunto de la reorganización del ejército mexicano.

El ministro de la Guerra era un hombre de edad madura, de finas y correctas facciones, de barba y cabellos enteramente blancos, muy culto en sus maneras y muy elegante en el vestir.

El conde de Thun era de mediana estatura, grueso, de barba y cabellos negros, hablaba algo de español, y el francés, con mucha corrección. Usaba uniforme muy modesto, que no se diferenciaba del de sus oficiales, más que en el número de galones que adornaban su blusa azul.

Entablóse una serie de conferencias entre el Emperador, el ministro de la Guerra y el general conde de Thun, y el resultado fué que se escribiera una carta al mariscal Bazaine, á quien Napoleón III acababa de ascender á tan alto grado, carta en la que el Soberano manifestaba su deseo de que el conde de Thun se encargara de la reorganización ya citada, « no habiendo, decía la carta, un general mexicano ó francés, que haya querido ó podido encargarse de ella. »

Estas frases, lastimaron profundamente al mariscal Bazaine y el nombramiento del general conde de Thun aumentó el antagonismo entre Austriacos y Franceses, antagonismo que fué un grande obstáculo para el buen arreglo del ejército.

Después de esas conferencias, el ministro de la Guerra regresó á México, el conde de Thun salió para Perote,



El general Conde de Thun.

de donde se dirigió después rumbo á Jalapa para juntarse con el Emperador alcanzándonos en Huatusco, y yo entretanto profundamente halagado ante la expecta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiva de viajar en compañía de Su Majestad, hacía mis preparativos, procurando que no fuera á faltarme nada.

Fué la hora de la partida de Jalapilla para Jalapa, las cinco de la mañana del día diecinueve de mayo. Aquella mañana estival en tierra caliente, es una de las que han dejado huellas muy hondas en mi vida. Se había hecho, y con mucha justicia al Emperador de México, una descripción muy fascinadora de la sierra por donde teníamos que hacer el viaje á caballo, y el archiduque soñador y muy amante á las bellezas de la naturaleza, se mostraba sumamente contento. Solo el ministro Don Fernando Ramírez y su secretario irían en carruaje por otro camino, pues Su Majestad no quería exponerlos á las fatigas ni á los peligros de un viaje á caballo á través de las montañas.

En medio de la animación y de la alegría general, bajo un sol brillante, y el hermosísimo cielo azul de Orizaba, salimos los acompañantes del Emperador siguiéndole gustosos, hasta llegar al pueblo de San Juan Coscomatepec, que es el primer punto que se encuentra en la serranía de Orizaba, en donde por su altura, se siente ya bastante frío pues está cerca de la región de las nieves perpetuas.

Pasamos en San Juan Coscomatepec la noche, y al siguiente día seguimos para Huatusco, teniendo que atravesar en balsa el río de Jomulco, que corre en el fondo de una profunda barranca.

El Emperador perdía en las sombras frescas de los bosques tropicales sus miradas, como queriendo arrancar sus secretos á esas selvas vírgenes de la virgen América, y nada tan pintoresco como el paso del río donde, como eran muchas las personas de la comitiva y muy pocas las balsas, fué preciso hacerlo en varias horas.

Deslizábanse las balsas sobre la tersa superficie del río, ofreciendo á los ojos un espectáculo muy hermoso, tripuladas por húsares austriacos que lucían sus vistosos uniformes azules, por soldados del regimiento de la Emperatriz, que ostentaban casacas rojas y por criados y arrieros de la servidumbre imperial, cubiertos por multicolores zarapes.

El procedimiento para vadear el río era muy original y daba al viaje un atractivo más de tantos como ya tenía. Desensillábanse los caballos, se les daba absoluta libertad y se les hacía atravesar á nado el río. Nada tan bello, como esas nobles y hermosas bestias levantando erguidas sus cabezas, y dejando flotar sobre la superficie del agua sus vastas crines; nada tampoco, repito, tan pintoresco, como las balsas tripuladas por tantos hombres que seguían llenos de alegría á su Soberano en aquel viaje á través de las regiones más fértiles y más bellas del vasto territorio de aquella sierra.

Algunos kilómetros antes de que llegáramos á Huatusco, vinieron á esperar al Soberano, varios alcaldes indígenas, llevando banderolas blancas en las que se leían los nombres de las localidades que representaban.

Fué la entrada á Huatusco, triunfal; como era generalmente en todas las ciudades que Su Majestad visi-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba. Arcos florales, vistosos pañolones, vivas, hurras, repiques, salvas; todas las manifestaciones de entusiasmo de un pueblo feliz, todas se producían á nuestro paso.

En Huatusco, nos hospedamos en la casa del Sr. Don Clemente González, caballero muy caracterizado del lugar, y que ofreció muy gustoso sus habitaciones para el monarca y para su séquito. Allí, se nos sirvió un espléndido banquete de sesenta cubiertos al que Su Majestad, no asistió porque deseaba reposar.

Presidieron ese banquete, los Sres. general conde de Thun y Don Luis Robles, ministro de Fomento. Fué muy notable en esa comida, el sinnúmero de postres y de confituras que se nos sirvieron, habiendo inspirado al Emperador una frase muy ingeniosa y feliz tal abundancia.

Dijo Su Majestad, que los vecinos de Huatusco, queriendo probablemente perpetuar el recuerdo de nuestra visita á esa localidad, querían que todos falleciéramos allí de indigestión.

Como agradara mucho á Su Majestad el clima y el carácter de los habitantes de Huatusco, decidió reposar allí tres días, visitó como de costumbre la cárcel, el hospital, las escuelas, y ya para salir de la población, dispuso se dieran mil pesos para ayuda de las necesidades de la localidad. Entonces, con verdadera sorpresa del Emperador, el prefecto político, y demás autoridades rehusaron recibir la suma antes dicha, diciendo que en Huatusco, no había gente necesitada, pues

todos trabajaban y les bastaba el producto de su trabajo para subsistir.

Insistió el Emperador en dejar mil pesos en Huatusco, manifestando que si no servían para mejorar las necesidades de los pobres, puesto que éstas no existían, si servirían para mejorar el hospital de la ciudad, pues no quería pasar por localidad alguna, sin dejar una huella benéfica de su paso.

Pasamos después por la Hacienda del Mirador, propiedad del Sr. Don Carlos Sartorius y en esa finca Su Majestad admiró el buen orden y la buena administración de ella, y nombró al propietario caballero de la orden de Guadalupe después de felicitarle por su laboriosidad y por su inteligencia.

Antes de llegar á Jalapa, pasamos una noche en la Hacienda de Mahuistlan, propiedad del Sr. Don José Cervantes, marqués de Salinas, caballero muy correcto que nos recibió con exquisita cortesía habiendo llamado mucho la atención de Su Majestad, el arco triunfal que se levantó á la entrada, con productos de la finca.

Siguiéronse allí los festejos y las muestras de simpatía que por doquiera recibía el Emperador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III

Entrada triunfal á Jalapa. — Entusiasmo de los habitantes. — Las fiestas. — Baile en el teatro. — Accidente al secretario Poliakovitz. — Mi ingreso á la secretaría particular del Emperador. — Visita á la fortaleza de San Carlos. — Revista de las tropas austriacas. — Función teatral. — Las cumbres de Acultzingo. — La hacienda de Ojo de agua. — Amozoc. — Llegada á Puebla el seis de junio. — Llegada de la Emperatriz. — Entusiasta recepción.

Salimos de la Hacienda de Mahuistlan el día veinticinco de mayo, acompañados del Sr. Cervantes propietario de la citada finca. El séquito de Su Majestad presentaba un aspecto vistosísimo, pues para entrar á Jalapa todos habíamos vestido nuestros trajes de gala y los militares sus brillantes uniformes.

La arrogante figura del Soberano se destacaba en primer término luciendo rico traje de charro y montado en su magnífico caballo dorado.

Habíase unido á nosotros el general Humana, antiguo y distinguido militar y tipo perfecto del verdadero gentleman; el general Humana era además un valiente y decidido partidario de la causa imperialista.

Fué la entrada por el bosque de Coatepec, algo como una página de Las Mil y una Noches. Esos bosques de la tierra caliente en México, tienen no sé qué maravillosos encantos, á los que son sensibles, no solo temperamentos, como el del Emperador, de artistas y de soñadores, sino hasta las personas más prosaicas y poco amantes de la contemplación de la naturaleza.

Bajo árboles seculares y frondosísimos; entre verdaderas selvas de lianas gigantescas, penetrados del perfume vivísimo de liquidámbar, que exhala ese bosque casi virgen, nos encotramos con una comisión de jóvenes jalapeños que venían á dar la bienvenida á Su Majestad, en pleno bosque á nombre de la ciudad de Jalapa.

Eran las diez en punto de la mañana cuando después de esta deliciosa caminata llegamos á las puertas de la bellísima Jalapa.

El Presidente del Ayuntamiento de la localidad, á la cabeza de los principales vecinos, presentó en una bandeja de plata al Emperador, las llaves de la ciudad.

Su Majestad las tomó un momento y después, volviéndolas á colocar en la bandeja dijo que las devolvía á las manos de buenos y leales servidores, confiando en la adhesión y la sinceridad de ellos, para que la ciudad fuese lealmente custodiada.

Como en Orizaba y las localidades que el Soberano había visitado antes, la entrada á Jalapa fué un triunfo, rayano en el frenesí; los vivas, los aplausos, los gritos de entusiasmo, los arcos triunfales, todo parecía hacer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creer como en efecto sucedía, que sólo la presencia del Emperador bastaba para conquistarle general simpatía.

Se preparó en la calle principal de Jalapa, un magnífico alojamiento á Su Majestad y después de almorzar, de haber descansado allí unos instantes; nos dirigimos á la iglesia á oír misa, pues era día festivo. Después de la misa el Emperador recorrió varias calles, siendo en todas nuevamente objeto de entusiastas manifestaciones por parte de los Jalapeños.

Sirvióse la comida á las cinco de la tarde, habiéndose sentado á la mesa imperial, además de las personas del séquito de Su Majestad, el Ilmo. Sr. obispo de Jalapa, el Presidente del Ayuntamiento, los Sres. Don José Landero, Don José Ignacio Esteva, Don José Cervantes y otras personas no menos distinguidas.

En el paseo de los Berros, que es uno de los puntos más pintorescos de Jalapa, se habían dado cita las bellas vecinas del lugar, y á decir verdad pocas ciudades de México, han de contar con tantas muchachas guapas como ese rincón tan pintoresco del Estado de Veracruz; pero como la comida se prolongó hasta ya entrada la noche, no pudo el Soberano asistir al paseo de los Berros, donde se le esperaba con verdadera ansiedad.

Desde los balcones de su alojamiento, contempló por la noche Maximiliano con su séquito, la iluminación de la ciudad y la vistosa procesión de antorchas que recorrió durante toda la noche las principales calles y en la que tomaron parte más de tres mil personas.

Al siguiente día por la mañana se cantó en la Catedral un solemne *Te Deum*, habiendo el Ilmo. Sr. obispo, recibido al Emperador bajo palio desde la entrada del templo. Cerca del altar mayor, se levantó un trono recamado de oro, donde tomó asiento Su Majestad; á los lados se colocaron, el ministro Don Fernando Ramírez á la derecha, y el ministro Robles á la izquierda.

El aspecto del templo era de lo más suntuoso, además de la oficialidad, de las autoridades y de los vecinos más ricos y más caracterizados de Jalapa, se encontraban allí las mujeres más bellas y elegantes de la hermosa ciudad veracruzana.

Terminado el *Te Deum*, el Soberano visitó los cuarteles y la casa de gobierno.

Los días que siguieron los dedicó á visitar escuelas, hospitales y otros establecimientos públicos, volviendo á pasar por el pintoresco bosque de Coatepec, para ir á la población del mismo nombre, en la que fué agasajado con un almuerzo que se sirvió bajo los seculares y frondosos árboles de una huerta de las más bellas de Coatepec.

En una de esas excursiones el secretario Poliakovitz fué víctima de un accidente que hizo ingresara yo á la secretaría particular del Soberano. Montaba Poliakovitz un brioso caballo; espantóse el animal en pleno bosque derribando á Poliakovitz y causándole la fractura de un brazo. Fué el secretario conducido en una camilla á sus habitaciones y como el médico que lo atendió dijo que tardaría algunas semanas en quedar completamente

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

restablecido, el Emperador ordenó que yo recogiera los documentos, cartas, etc., inclusive una cartera en la que se guardaban las claves de cifras para las comunicaciones reservadas con los ministros en el país y en el extranjero, y con los gabinetes civil y militar. Recogí también de las habitaciones de Poliakovitz, una balija que contenía algunas condecoraciones de las órdenes de Guadalupe y del Águila Mexicana, varias medallas de bronce, de oro y de plata del Mérito civil y militar y algunas joyas que eran en su mayor parte relojes de oro con la tapa esmaltada de azul y ostentando el monograma del Soberano formado con pequeños brillantes; anillos y fistoles de oro también con esmalte azul y con el monograma imperial. Las condecoraciones y medallas se pedían en las cancillerías de las órdenes imperiales, y cuando, durante sus viajes, encontraba el Emperador alguna persona que por sus buenos servicios ó por sus méritos se hiciera acreedora á la condecoración, se pedían informes y se avisaba á la cancillería respectiva para que ésta extendiera el diploma que acreditaba el honor concedido por Su Majestad al agraciado.

En los pueblos, en las haciendas, en las ciudades, por doquiera por donde pasábamos, Su Majestad dejaba siempre alguna condecoración, alguna de las joyas mencionadas ó algún donativo pecuniario, como huella benéfica de su paso.

Las joyas se pedían al Sr. de Kuhachevich tesorero particular del Soberano, viejo vienés muy adicto y leal que venía desde Europa acompañando á Sus Majes-

tades. El secretario entregaba al tesorero un recibo provisional de las joyas recibidas, y al regresar de los viajes, se le daba cuenta de las distribuídas, devolviendo las restantes á la Tesorería particular. Igual tramitación se hacía con las decoraciones enviando á los agraciados los diplomas respectivos.

Á las cuatro de la mañana del siguiente día á aquel que siguió á mi ingreso á la secretaría particular, fuí llamado por Su Majestad. Su recámara estaba iluminada por varias bujías colocadas sobre una mesa de trabajo, el Emperador vestía traje de franela azul y calzaba finas zapatillas de gamuza.

Mientras yo leía los documentos y cartas, unas en francés y otras en español, el Emperador se quitaba el saco de franela y quedándose en camiseta, se lavaba la cara y las manos.

Los camaristas, que eran dos (uno italiano apellidado Grill, muy querido por toda la servidumbre, y otro austriaco), peinaban al Emperador y lo vestían.

Enseguida le traían una pequeña taza de café ó chocolate, con dos ó tres bizcochitos de Viena, y paseándose por el cuarto, escuchaba atentamente la lectura de los documentos y cartas, y dictaba sus órdenes; sentándose después á la mesa para firmar las cartas ya preparadas desde la víspera.

Como su firma era muy ancha, y quedaba sobre el papel muy fresca la tinta, había que ir extendiendo las cartas y los documentos firmados sobre la mesa y cuando estaba llena, sobre la alfombra de la pieza; pues no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gustaba el Soberano hacer uso del papel secante para su firma.

Terminado el acuerdo, recogía yo todos los documentos y pasaba á mi cuarto, para allí poner sobres á las cartas, colocar los documentos de los ministerios en las balijas respectivas y preparar inmediatamente el correo de la mañana.

Entretanto Su Majestad salía á dar un paseo ó recibía á alguna persona en audiencia privada.

Á las nueve en punto almorzaba, sirviéndose el almuerzo en su pieza en una mesa para dos personas, habiendo sido desde ese día yo su acompañante, tanto en el Palacio imperial en México como en Chapultepec. Solamente en Cuernavaca, donde el almuerzo se hacía como el que ya describí, que se verificó en Jalapilla, no tuve el honor de ser el acompañante único del Soberano.

Esta alta distinción no había sido concedida á los secretarios anteriores y no dejó de atraerme la mala voluntad de los cortesanos, especialmente de los extranjeros, que no podían tolerar que un humilde joven mexicano, gozara de semejante privilegio.

El día treinta y uno del mes á que vengo refiriéndome, fué el señalado por la municipalidad de Jalapa, para el gran baile que en honor del Emperador había de celebrarse, y que se efectuó en el teatro de la localidad, y más que el brillante decorado de flores naturales, de tantas tan hermosas y tan perfumadas que esa tierra privilegiada produce, más que la vistosísima ilu-

minación del teatro, daban aspecto feérico al salón de baile improvisado, las bellísimas Jalapeñas que lucían sus perfumadas cabelleras, sus brillantes ojos negros y sus formas deliciosas vistiendo trajes tan elegantes como vaporosos.

Una comisión de caballeros salió á recibir al Soberano hasta una calle antes de la entrada del teatro, y una valla de damas formada desde el pórtico dió la bienvenida á Su Majestad, que fué á colocarse al magnífico trono de púrpura y oro que para él se había colocado en el fondo del salón.

El traje de etiqueta irreprochable que el Emperador llevaba esa noche hacía resaltar más su distinguida y majestuosa figura; sobre el pecho llevaba la banda de Gran Maestre de la Orden Imperial de Guadalupe y ostentaba además otras pequeñas condecoraciones.

Como se encontraba ligeramente indispuesto se excusó de bailar la cuadrilla de honor y á las once se retiró quedándonos todos los que lo acompañábamos, en el baile, que terminó hasta la madrugada.

Para dar las gracias por esa fiesta, el Emperador ofreció otro baile á la municipalidad de Jalapa haciéndose todos los gastos de su bolsillo particular. Pero teniendo que estar en Puebla un día ya señalado de antemano, para recibir allí á la Emperatriz, no pudo asistir á este segundo baile y dejó para que lo representaran á los ministros Ramírez y Robles, á sus ayudantes de campo, general Humana y coronel Feliciano Rodríguez y á sus oficiales de órdenes Uraga y Ormaechea, todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los cuales nos fueron á encontrar en Perote. A la madrugada del día dos de junio dejamos Jalapa, acompañándonos una larga comitiva de jinetes, hasta dos ó tres leguas más allá de la ciudad.

Entró Su Majestad á su coche de viaje é invitándome á entrar, me hizo sentar á su izquierda, donde comencé á dar lectura á los papeles que llevaba y á anotar los acuerdos imperiales.

Como le impresionaba mucho el frío, llevaba un paletó gris claro que le gustaba mucho y que usó hasta en su prisión en Querétaro.

Un ancho fieltro, claro también, cubría su cabeza pues decía que teniendo tan poco pelo como tenía, allí era donde más sentía el frío; sobre las rodillas llevaba un grueso plaid, que le cubría las piernasy los pies.

Me participó del plaid, diciendo que evidentemente yo debía tener tanto frío como él. Comenzó el acuerdo de Su Majestad, tan luego como el alba apareció por el Oriente; y yo después de dar lectura á mis papeles anotaba al margen el acuerdo del Emperador. Adquirí tal costumbre de escribir en el coche, que muchas veces después en los viajes, ya me era tan fácil escribir en el coche como sobre la mesa, aun cuando esto fuera á toda carrera.

Era el coche de viaje un amplísimo cupé con dos asientos y un vasto departamento en la parte delantera, donde el mayordomo ponía provisiones, dos platos, dos cubiertos, dos vasos y una botella de vino.

Después del acuerdo, me preguntó Su Majestad si no

me llamaba la atención, cómo abría el apetito el aire del campo, y como no podríamos llegar á Perote sino hasta el mediodía, agregó el Soberano: « Yo tengo hambre ya, y Ud debe tenerla también, y le voy á dar la agradable sorpresa de que almorcemos tranquilamente. »

Levantó la cubierta del departamento que antes mencioné y sacó los dos platos, los dos vasos y los dos cubiertos, me pasó uno y después sacó una servilleta que contenía un pavo asado, un trozo de queso, algunas carnes frías, galantina, etc., etc.

Sirvióse un buen pedazo de pavo, me pasó éste enseguida para que yo me sirviera, después se sirvió vino apurando de un solo trago el contenido del vaso, me invitó á beber y terminado el almuerzo, envolvió los platos,los cubiertos y los vasos en la servilleta, colocándolos nuevamente en el departamento destinado á los comestibles.

Como los oficiales que nos escoltaban, galopaban á uno y otro lado del coche y algunas veces observaban por las portezuelas del carruaje que íbamos almorzando, el Emperador riendo me decía: « Pobrecillos, cómo se conoce que nos van envidiando; pero no hemos de convidarlos. »

Después del almuerzo sacó una petaquilla con tabacos, encendió uno, me ofreció otro; pero yo por respeto no acepté y después de fumar un poco, dejó el tabaco y se durmió hasta que llegamos á la próxima posta, donde los cohetes, los vivas y los gritos de entusiasmo de los indígenas lo despertaron.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llegamos á Perote cerca del mediodía, siendo recibidos en las puertas de la población por un destacamento de soldados austriacos, que allí se encontraban al mando del general conde de Thun. Al entrar Su Majestad á la ciudad, se enarboló el pabellón nacional en la fortaleza de San Carlos y los cañones del fuerte hicieron una salva de ciento un cañonazos. Triunfal como en Orizaba y en Jalapa, fué la entrada de Maximiliano á Perote. Arcos, vivas, gritos de entusiasmo, aclamaciones, etc., hasta que llegamos á los alojamientos que para el Soberano se habían preparado en la casa de la Sra. Viuda de Fuentes, que era una de las damas más distinguidas y caracterizadas de la ciudad, allí se sirvió la comida y después de comer, el Emperador hizo una visita á la fortaleza de San Carlos y pasó revista á las tropas. Por la noche, se iluminó profusamente la población y los soldados austriacos dieron una representación teatral en honor del Soberano, que fué de lo más original; pues como se trataba de una pieza que se representaba en alemán, y tanto los papeles de varones como los de mujeres eran desempeñados por aguerridos veteranos; era muy curioso ver con traje femenino aquellos altos y marciales soldados.

Al siguiente día llegaron los ministros Ramírez y Robles y las demás personas de la comitiva que, como antes dije, se habían quedado en Jalapa, para representar al Emperador en el baile que este ofreció á la municipalidad.

El día tres lo empleó Su Majestad en visitar las escuelas, los hospitales y otros edificios públicos dejando doscientos pesos para el sostenimiento de la Instrucción Pública.

El día cuatro salimos de Perote muy de madrugada, para emprender la penosa subida de las cumbres de Acultzingo y llegar á la Mesa Central. Maravillados nos quedamos tanto el Emperador como todos los que formábamos su séquito y no conocíamos ese camino, ante esa asombrosa ruta que mide unas veinte millas y que está hecha casi en la región de las águilas.

Ese tajo larguísimo y sosprendente fué obra de los españoles durante la época colonial y si maravilló á Su Majestad lo atrevido y lo grandioso de la obra; no maravillaba menos la destreza de los cocheros de las diligencias que á la orilla del abismo conducían hábilmente sus vehículos con la facilidad que podían haberlo hecho en una llanura.

Como el paisaje que se desarrollaba ante nosotros era de los más hermosos sin duda que en el país existen, pues va perdiéndose el horizonte lejano entre inclinación del terreno que se prolonga hasta la costa; el Emperador, que era como he dicho ya repetidas veces, un gran contemplador de la naturaleza, decidió que subiéramos á pie las cumbres y tomásemos los carruajes en la parte más alta de ellas.

Así lo hicimos y creo que Su Majestad pasó ese día unas de las más hermosas horas de su existencia á juzgar por el placer que su rostro revelaba ante la augusta belleza del paisaje.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya en lo más alto de las cumbres, subimos á los carruajes para proseguir nuestra ruta por las feas, extensas y áridas llanuras de la Mesa Central hasta llegar á la hacienda de Ojo de Agua, donde los propietarios nos hicieron un magnífico recibimiento y donde pasamos la noche para seguir al día siguiente muy de madrugada nuestro camino hasta Amozoc.

El seis á las nueve de la mañana, hizo el Emperador su entrada triunfal en Puebla, ciudad que visitaba por segunda vez.

Excuso decir que ésta ocasión, fué mayor el entusiasmo de los poblanos en recibir á Su Majestad. Los repiques, las salvas y los vivas atronaban el aire; las calles estaban literalmente henchidas de gente y profusamente adornadas con cortinajes y arcos triunfales; y hasta nuestra llegada al Palacio episcopal, que fué donde nos hospedamos y donde se sirvió el almuerzo, fué un frenesí continuo el que los poblanos manifestaron al volver á ver por segunda vez el Emperador. Visitó Maximiliano después del almuerzo, las habitaciones que se habían preparado para su imperial consorte, y se mostró muy satisfecho al ver el magnífico lecho matrimonial con pabellón de finísimos encajes y de cintas de seda que para la augusta pareja se había preparado; pero tan luego como se alejó nuestro introductor, Su Majestad ordenó á los camaristas, que buscasen una pieza distante de la recámara imperial y allí armasen su famoso catre de viaje.

Dije antes que delante del introductor que nos llevó á la recámara imperial, Su Majestad mostró satisfacción

al ver el lujo con que se había preparado, pero esta satisfacción fué aparente, pues al ordenar á sus camaristas que preparasen su catre en otra pieza lo hizo casi con enojo.

Completamente nuevo yo en la Corte y sin tener aún confianza con ninguno de los criados, no podía participar á ninguno de ellos la extrañeza que me causaba semejante conducta por parte de Maximiliano.

¿Qué drama conyugal se escondía tras esa determinación? ¿Cómo dos esposos jóvenes, unidos por amor como se sabía en público, hermosos, en el vigor de la edad, no hacían vida marital, y al marido le irritaba casi, pensar que tendría que dormir en la cama donde durmiera su ilustre consorte?

Más tarde pude efectivamente convencerme de que algo existía entre los dos esposos, algo que por el momento no pude saber si era una desavenencia producida por razones de Estado, por infidelidades del Emperador á la hija del rey de los Belgas, ó por defecto orgánico del Soberano; pues ni en Puebla, ni en México en el Palacio imperial, ni en Chapultepec dormían nunca juntos los Soberanos. Y esto no podía escaparse absolutamente á la servidumbre, porque las camaristas de la Emperatriz dormían cerca de ella y los camaristas del Emperador en la pieza contigua á aquella en que reposaba Su Majestad.

¿Podía ni por un momento suponerse que ese alejamiento era voluntario, cuando por interés de ambos, al

16265
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

intentar fundar una monarquía en México, estaba también el de fundar una dinastía? ¿ Era, como algunos decían, impotente Su Majestad y por eso había aceptado por heredero al príncipe Agustín de Iturbide? Que el matrimonio de Maximiliano con Carlota, había sido más por amor que por razones de Estado, nadie lo dudaba en México, pues se sabía perfectamente que habían pasado una deliciosa luna de miel en Europa. La juventud del Soberano, su arrogante figura, sus atractivos personales hacían suponer también de una manera indudable que siendo soltero, en sus viajes por Grecia, por el Asia Menor y después alrededor del mundo, había sido héroe de muchas aventuras galantes, y eso lo aseguraban personas que por referencias conocían la vida del Emperador durante sus viajes. Pero desde su matrimonio, su conducta había sido irreprochable. Sin embargo, si algún desliz de Maximiliano pudo llegar á oídos de su esposa, indudablemente que ésta, herida en su orgullo de mujer, y de mujer hermosa, se había rehusado á hacer vida marital con él, sólo que por su mutua conveniencia, ante el mundo aparentaban vivir en la mejor armonía.

Se acercaba la hora de la llegada de la Emperatriz de México; Maximiliano salió en un magnífico carruaje tirado por cuatro briosos caballos que lo condujeron hasta la garita de México. Seguíanle sus oficiales de órdenes y sus ayudantes de campo; y á la hora anunciada llegó la Emperatriz acompañada de la dama de honor Sra. de Pacheco y del conde de Bombelles, Jefe de

la guarda palatina, y escoltada por dicha guardia. Seguían en diversos carruajes las camaristas y las criadas de la Emperatriz.

El Emperador bajó del carruaje que ocupaba y se dirigió al de la Emperatriz, subiendo en él, dió un afectuoso apretón de manos á su consorte, y en medio del entusiasmo frenético de los poblanos, bajo arcos de triunfo y de lluvia continua de flores, los Soberanos entraron por segunda vez en Puebla.

Después de unos minutos de reposo, se sirvió la comida, pasando enseguida SS. MM. al balcón principal del Palacio episcopal, desde donde contemplaron los fuegos artificiales que se quemaron en su honor y la magnífica serenata organizada por varias bandas militares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV

En Puebla. — El cumpleaños de la Emperatriz. — Magnanimidad de la Soberana. — Libertad de prisioneros. — Recepción del ministro francés Sr. Dano. — Nombramiento de damas de honor. — El obispo de Puebla, gran cruz de la orden de Guadalupe. — Cruz de San Carlos concedida á Sor Luisa, hermana de la Caridad. — El Corpus en Puebla. — Baile en la Alhóndiga. — Bendición de banderas. — Salida para México el 23 de junio. — Entrada á la capital.

El día siete de junio, al despuntar la aurora, en la ciudad de Puebla, una salva de artillería, el repique de las campanas de todos los templos y las músicas militares que recorrían las calles anunciaban alegremente á los poblanos que se celebraba el cumpleaños de la Emperatriz de México, segundo que pasaba en esta tierra de América, y por coincidencia singularísima, segundo también que pasaba en la ciudad angelopolitana.

Efectivamente el año anterior, viniendo SS. MM. de Veracruz, antes de entrar á la capital del Imperio, allí habían pasado el aniversario del natalicio de la hija del Rey de los Belgas.

En el primer año, las damas de Puebla ofrecieron á Carlota un ramillete formado por las flores más raras y exquisitas que produce la zona tropical, y la Emperatriz dió de su bolsillo particular siete mil pesos para restaurar el Hospicio, cuyo ruinoso aspecto había causado pena á Su Majestad cuando lo visitó.

En la carta que dirigió con ese motivo al prefecto municipal, Su Majestad decía que: « Así podrían volver á habitarle los desgraciados que hoy se encontraban privados de ese abrigo. »

En el segundo aniversario de su natalicio, que Carlota pasó en Puebla, dió nuevas pruebas de su magnificencia y de su bondad.

Á las nueve de la mañana, el obispo de la diócesis ofició de Pontifical la misa que oyeron SS. MM., vistiendo el Emperador su uniforme de general mexicano y la Emperatriz elegantísimo traje de seda blanca, bordado de perlas y llevando en la cabeza majestuosamente una diadema de brillantes.

Tomaron asiento en el magnífico trono que para ellos se había levantado cerca del altar mayor y con verdadera devoción, ante lo más selecto de la sociedad poblana, asistieron al Santo Sacrificio.

Después de la misa regresaron al Palacio y en el salón principal del edificio, recibieron á las comisiones del Ayuntamiento, á diversas corporaciones religiosas, á muchos militares y á un gran número de damas y de caballeros, que fueron á presentar sus felicitaciones á la Emperatriz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta pidió como gracia al Emperador, que concediera libertad á doscientos treinta y cinco prisioneros de guerra, é inmediatamente que el Emperador la concedió se le participó al conde de Thun para que los prisioneros fuesen puestos en absoluta libertad. Igualmente se puso en libertad á quince individuos que por delitos del orden común compurgaban su condena en la cárcel de ciudad.

Ese día también la Emperatriz, nombró damas de honor á las Sras Doña Paz Marrón de Haro, Doña Rosario Ponton de Calderón y Doña Adelaida M. de Pérez y concedió asimismo á sor Luisa, hermana de la Caridad, que tenía á su cargo la casa de Cuna, la Cruz de San Carlos, como recompensa á los muchos y muy valiosos servicios que en esa casa había prestado.

Dió además Su Majestad la Emperatriz ese día, la suma de mil pesos de su bolsillo particular, para la casa de niños expósitos y para el hospital de San Pedro, quinientos á las hermanas de San Vicente de Paul, cien al convento de Capuchinas y trescientos para los pobres de la ciudad.

Una dama muy bella de Puebla, esposa de un rico comerciante, fué nombrada también dama de honor; pero ésta devolvió el nombramiento, diciendo que prefería ser reina en su casa y no criada en Palacio.

Invitada poco tiempo después al banquete y al baile, fué acompañada de sus dos bellísimas hijas. Entonces quedó encantada del trato tan amable y tan digno á la vez de los Soberanos; y manifestó públicamente su arre-

pentimiento por su altiva y grosera determinación anterior.

Pocos días después del cumpleaños de Carlota, desembarcó en Veracruz el nuevo ministro francés M. Dano, quien venía á substituir á M. Montholon que había sido llamado por Napoleón. Presentó sus credenciales el nuevo ministro de Francia al Emperador en el Palacio, habiéndolo acompañado el gran mariscal Almonte y los secretarios del gran maestre de ceremonias, en un elegante carruaje de la corte.

Á la recepción que fué muy brillante, asistieron los generales y oficiales que se encontraban en Puebla, los chambelanes, los caballerizos y la guardia palatina.

Los discursos que se cambiaron entre el ministro de Francia y el Emperador abundaban en frases llenas de benevolencia y de cordialidad. El mismo día de la recepción del nuevo ministro francés, Su Majestad concedió la gran cruz de Guadalupe al obispo de Puebla. Por la tarde se sirvió un banquete de ochenta cubiertos, y por la noche se quemaron en la plaza principal unos fuegos artificiales muy vistosos y se iluminó profusamente la ciudad.

El día quince, que fué el Corpus, se celebró esa fiesta religiosa con mayor magnificencia de la que hasta entonces se había acostumbrado, pues personas que la presenciaron en México en tiempo del gobierno del general Santa Ana, aseguraban que ni entonces había tenido tanto lucimiento ni tanto esplendor.

Se colocaron alfombras y tapices riquísimos en todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el trayecto que separaba el Palacio de la Catedral, y desde las primeras horas de la mañana, se formó una valla de tropas vestidas con sus trajes de gala.

Á las siete en punto, SS. MM. salieron del Palacio y se dirigieron á la Catedral. Entrando por la puerta principal, fueron á ocupar los asientos de honor que para ellos se habían colocado cerca del altar mayor; Maximiliano, como en todas las grandes ceremonias vestía el uniforme de general del ejército mexicano, llevando la cabeza descubierta y en la mano el vistoso bicornio, la Emperatriz vestía riquísimo traje de seda blanco bordado de oro, y de sus hombros caía largo y rico manto de terciopelo carmesí bordado de oro también, al cuello llevaba un hilo de brillantes y dos sartas de perlas, y en la frente la diadema imperial formada con gruesos brillantes.

Terminada la ceremonia en la Catedral, salió la procesión por la puerta principal, para seguir por las calles de Hidalgo y Mercaderes y entrar á la plaza principal por las de Guevara y San Martín, portal de Iturbide y atrio de la Catedral.

Formaba la descubierta de la procesión un regimiento de caballería, seguían á pie el mariscal general Almonte, el ministro de la casa imperial, el gran maestre de ceremonias, los dos secretarios de éste, los chambelanes, los caballerizos mayores, las damas de honor, la guardia palatina, y bajo del palio SS. MM.

Llevaban el palio cuatro alabarderos y el manto de la Emperatriz, cuatro damas de honor.

Á ambos lados del palio que cubría á los Soberanos caminaban majestuosamente los gallardos soldados de la guardia palatina, luciendo sus brillantes cascos de plata con plumeros blancos. Era ésta la parte más bella y más imponente de la procesión, pues las alabardas de acero y los ricos y brillantes cascos daban un aspecto grandioso al desfile.

Seguían después los miembros del alto clero, las numerosas comunidades religiosas que residían en Puebla y bajo de palio también el obispo de la diócesis llevando en suntuosa custodia la sagrada forma. Acompañaban al obispo los canónigos de la Catedral y los niños del coro llevando éstos ricos incensarios con los que perfumaban el ambiente y cubrían casi por completo de vaporosas y blancas nubes el grupo del obispo y el Venerable Capítulo poblano.

Cerraban la procesión las tropas que se encontraban en Puebla, con sus bandas que ejecutaban marchas y piezas de música adecuadas á la sagrada ceremonia.

Fué, repito, la celebración del Corpus en Puebla ese año, tan solemne, que todavía hoy que de ella han pasado muy cerca de cuarenta años, existen viejos poblanos que con ternura la recuerdan.

El aspecto de las calles por donde la procesión pasaba, era el de alguno de esos palacios encantados que describen los autores orientalistas. Todas las calles por donde tenía que pasar, habíanse entoldado, y los muros estaban cubiertos con espejos colosales y magníficos adornos. La lluvia de flores que las damas arrojaban al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

paso de los Soberanos era tan abundante, que habíase formado ya una segunda alfombra de flores naturales sobre los ricos tapices que cubrían las calles. Cuando los Soberanos llegaron de nueva cuenta á la entrada de la Catedral, detuviéronse para inclinarse ante el paso del obispo, y enseguida se dirigieron al palacio para presenciar desde allí el desfile de las tropas, que presentaban las armas al pasar frente al balcón. A pesar de las continuadas fiestas, Maximiliano no interrumpía para nada sus horas de trabajo; como de costumbre tanto en días en que como el de Corpus tenía que asistir á alguna solemnidad, levantábase á las cuatro de la mañana, y á esa hora comenzaba conmigo su acuerdo en la forma que ya mencioné en capítulos anteriores; despachábamos igualmente en días de fiesta como en los no feriados ni de recepción, la correspondencia con los ministros, con el gabinete militar y civil.

En las recepciones y en las grandes fiestas, era don Francisco Mora, el gran maestre de ceremonias, el que disponía todo el ceremonial, pues conocía perfectamente todas las prácticas de las cortes europeas en casos análogos por haber pasado la mayor parte de su vida en París.

Ayudábanle en sus faenas, los Sres Don Pedro Celestino Negrete y Don Fernando Mangino, sus secretarios.

Mora, después de arreglar su ceremonial, lo presentaba á la Emperatriz con quien discutía los puntos más esenciales y ya aprobados éstos por la Soberana se presentaba el programa completo al Emperador para que éste lo aprobara.

Así fué cómo se arregló y organizó el gran baile que SS. MM. ofrecieron á la sociedad poblana, y que se verificó en los amplísimos salones de la Alhóndiga el día 17 de junio.

Fué esta, otra fiesta, que aunque tuvo carácter muy distinto que la procesión del Corpus, dejó profundos recuerdos en los habitantes de la ciudad. Presentáronse los Soberanos á las nueve de la noche, y ya á esa hora los salones rebosaban de concurrencia selectísima. Altos dignatarios del Imperio, generales, jefes y oficiales mexicanos, austriacos y franceses vestidos de gala; mujeres hermosísimas con trajes riquísimos, luciendo sus desnudas y blancas espaldas y llevando toda una fortuna en joyas, caracterizados caballeros, en fin todo cuanto entonces valía social y militarmente en la política imperialista, se había citado en los salones de la Alhóndiga. Tan luego como SS. MM. se presentaron á la entrada del salón, las señoras formaron una ancha y hermosísima valla, y el gran maestre de ceremonias, comenzó á hacer las presentaciones á los Soberanos, mencionando á cada dama y á cada caballero por sus nombres.

Maximiliano iba vestido de rigurosa etiqueta y llevaba pendiente del cuello la cruz del Toisón de oro, pero no de una cinta negra como generalmente la usaba, sino de un rico collar de oro y de piedras preciosas. Después de las presentaciones, los Soberanos ocuparon por unos cuantos instantes el trono que al efecto y para ellos se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

habia colocado en el fondo del salón y tan luego como la orquesta dió la señal de las cuadrillas, el maestre de ceremonias colocó á las parejas que debian tomar parte en ellas.

Formaban las cabeceras, el Emperador con la gran mariscala de la corte Doña Dolores Quesada de Almonte y la Emperatriz con el gran mariscal; las parejas de los lados, eran los ministros, los generales y los vecinos más caracterizados de Puebla, con las damas de honor, y las más bellas y distinguidas señoras poblanas.

Terminadas las cuadrillas, los Soberanos fueron á ocupar el trono, y el baile continuó animadísimo hasta la media noche, que se sirvió una suntuosa cena presidida por SS. MM.

Á la mesa de honor, sentáronse unas veinte personas, altos funcionarios de la corte y distinguidas de la sociedad de Puebla y el resto de la concurrencia se repartió en otras mesas que se habían colocado en los salones.

Este baile, que terminó como el de Jalapa, hasta la madrugada del siguiente día, dejó también en los poblanos, un recuerdo vivo é imperecedero como casi todas las fiestas suntuosísimas que dió el Imperio.

Muy original, muy bella y muy suntuosa fué también otra ceremonia que se celebró en Puebla pocos días después del baile á que acabo de referirme.

Fué esta ceremonia, la bendición de las banderas de los cuerpos austriacos. Se escogió para celebrarla, el hermoso templo de San Francisco, situado en el pintoresco Paseo Viejo, lugar de los más bellos de la ciudad angelopolitana, poblado de añosos y corpulentos árboles, que con su verde y abundante follaje rodean el templo antes mencionado y que es una maravilla de arquitectura religiosa, como casi todos los templos de Puebla. Pero el de San Francisco, tiene además la particularidad de parecer, con su doble hilera de altas y esbeltas columnas blancas, un salón inmenso ó un claustro largo y artístico de algún convento medioeval.

El día de la bendición y entrega de banderas, se cubrieron las columnas con guirnaldas y con festones de ramaje y las bases con trofeos militares vistosos y originales.

Á las siete de la mañana, el general conde de Thun, el teniente coronel Kodolich y el estado mayor austriaco esperaban á Su Majestad á las puertas de Palacio, en briosos corceles. Salió el Emperador á la siete y media acompañado de toda su casa militar también á caballo; encabezando la columna, con el conde general Thun á la derecha y el teniente coronel Kodolich á la izquierda, siguió la brillante comitiva hasta la iglesia de San Francisco.

Yo acompañaba á la comitiva en calidad de cronista.

Formadas estaban las tropas austriacas desde la plaza de San Francisco hasta la entrada del templo, y tan luego como Maximiliano se presentó arrogante y majestuoso en su magnífico corcel, los marciales aires de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bandas militares, los tambores y los clarines llenaron alegremente el ambiente dulce y perfumado del bello parque de San Francisco.

Los batallones de infantería, hicieron una descarga de fusilería tan unida y precisa, que llamó la atención de todos los mexicanos que asistíamos á la suntuosa ceremonia militar. Echó pie á tierra Su Majestad y todos sus acompañantes penetramos al templo, colocándose el Soberano en el trono que se encontraba cerca del altar mayor.

Como la solemnidad era esencialmente militar, no se permitió la entrada á ningún civil ni á mujer alguna.

Solo se veía el brillar de los entorchados y de los bordados de oro y plata de los uniformes entre los trofeos de armas á la luz de los centenares de cirios que iluminaban las anchas naves del templo.

Celebró el Santo Sacrificio de la misa, el capellán de la tropa y mientras duró la misa, la magnífica banda militar de Saverthal, ejecutó hermosas marchas y otras piezas esencialmente militares.

En el momento de la Elevación, todos los soldados presentaron armas, los clarines y tambores batieron marcha y en el atrio una segunda descarga de fusilería tan precisa como la primera, saludó al Rey de los Reyes.

Terminada la misa, el mismo capellán de la tropa bendijo el grupo de nuevas banderas, que eran de riquísima seda con flecos de oro y asta de madera forrada con terciopelo rojo.

Enseguida el general conde de Thun, iba leyendo el nombre de cada abanderado y el teniente coronel Kodolick, hacía entrega de la bandera al Emperador, quien á su vez la ponía en manos del abanderado, que la recibía doblando la rodilla ante el Soberano, y estrechándola contra su pecho, prestaba el juramento de fidelidad.

Después iba cada abanderado á colocarse al grupo de sus compañeros, que formaban en el templo el más vistoso conjunto.

Á cada juramento de fidelidad, los tambores y clarines volvían á batir marcha y los soldados con frenético entusiasmo, saludaban al abanderado y á su bandera con atronadores : Hip ! hip ! hip ! hip ! hurrah !

Terminada la ceremonia, el Emperador seguido de su séquito pasó ante las tropas que repetían entusiasmadas *Vivas al Kaiser Max !*

Al mediodía se sirvió en el Palacio, una comida espléndida á la que solo asistieron militares, por tratarse, como ya dije de una fiesta enteramente militar.

Comenzaban ya á hacerse los preparativos para nuestro regreso á la capital, de donde hacía dos meses que Su Majestad se encontraba ausente ; los altos personajes de la corte, que para la festividad del Corpus habían ido á Puebla, se encontraban ya en México, las solicitudes de audiencia aumentaban más y más cada día, y mi trabajo había llegado á ser excesivo.

Viendo Maximiliano mi afán por despachar todos los asuntos que me encomendaba, díjome un día :

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Ud no vuelve ya á su oficina, escriba Ud á Loysel que queda Ud nombrado con el título de empleado de los sitios imperiales y viajes del Emperador, enteramente á mi servicio; en ese sentido haga Ud extender su nombramiento para firmarlo cuando lleguemos á México.

— Escriba Ud también, agregó, á Don Martín Castillo, ministro de la Casa imperial é intendente de la lista civil, diciéndole que cuando llegue á México el Sr de Poliakovitz, sea nombrado su secretario particular, presentándome á la firma el despacho respectivo.

Á las seis de la mañana del día veintitrés de junio, salimos de Puebla.

La Emperatriz acompañada de la Sra. Pacheco, iba en un carruaje; en otro el Emperador y yo con mi balija de documentos, y enseguida varios carruajes más, ocupados por las personas del séquito y por la servidumbre. Cerraban la comitiva los soldados de la guardia palatina á caballo.

Á las nueve de la mañana llegamos á San Martín Texmelucan, donde la municipalidad tenía preparado un almuerzo que el Soberano no aceptó, expresando su agradecimiento y su pena por no poder aceptarlo, porque tenía que encontrarse en México al día siguiente, siguiendo á toda prisa su camino.

Llegamos bajo fuerte lluvia á Río Frío; y de ahí, donde almorzamos, á la hacienda de Zoquiapan, donde pasamos la noche. En la hacienda se había preparado una suntuosa alcoba para la imperial pareja; pero el Emperador muy discretamente ordenó como en Pue-

bla que se armara su catre de viaje en una pieza distante de la que para él y para la Emperatriz estaba preparada.

Salimos de la hacienda á las siete de la mañana del día veinticuatro y á unas cuatro leguas antes de llegar á México pasó el Emperador al carruaje de la Emperatriz; y la Sra. Pacheco y yo ocupamos otro de los que venían detrás.

Una numerosa cabalgata y multitud de carruajes ocupados por las damas más bellas y distinguidas de la ciudad de México nos esperaban en el Peñón.

Allí se detuvo unos minutos la imperial comitiva y el Sr Regidor Hidalgo y Terán en una breve alocución dió la bienvenida á SS. MM.

En medio de las salvas de cañonazos, de los vivas, de los repiques y del más grande entusiasmo llegamos al Palacio imperial.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V

El Palacio imperial. — Reparaciones y cambios en sus departamentos. — Ricos objetos de arte traídos de Europa. — Los altos dignatarios de la corte. — La Guardia palatina. — La casa militar. — Chambelanes y caballerizos. — Las damas de honor. — Matrimonio del mariscal Bazaine. Quién era la novia. — El regalo de Bodas. — El Palacio de Buenavista. — Un rasgo heroico de la mariscala Bazaine.

Nos encontramos en el secular edificio que portantos años habitaron los virreyes y que tiene exteriormente, más bien el aspecto de un inmenso cuartel que de Palacio de gobierno.

En la época á que me refiero, llamábase pomposamente Palacio Imperial de México.

Maximiliano hizo que se transformara casi radicalmente en su interior. El ala derecha del edificio, es decir, desde la puerta principal hasta el baluarte del Norte, encuéntrase aún en la actualidad ocupado por oficinas, que pertenecen casi en su totalidad á la Secretaría de Hacienda. Pero el ala izquierda, es decir, desde la misma puerta principal hasta el baluarte del Sur, su-

frió grandes modificaciones en la época del Imperio.

Fué el Emperador, quien dispuso que todos los salones que formaban la parte del frente de la fachada se convirtieran en un solo inmenso salón que se llamó de Embajadores, pues quedó destinado para las recepciones de los plenipotenciarios extranjeros, para los grandes bailes y para las fiestas de la corte.

En la época del Imperio, estaba tapizado con riquísimo tapiz carmesí, que fué expresamente traído de Europa y sobre el cual estaba bordado el escudo de armas del Imperio, con la divisa « Equidad en la justicia ».

De Venecia fueron traídas las colosales y magníficas arañas que hace pocos años también todavía se encontraban allí; de otros puntos de Europa, los candelabros de bronce que adornan las escaleras de honor, los bellos jarrones de mármol blanco con el monograma imperial y las hermosas estatuas que fueron enviadas al alcázar de Chapultepec.

Un día que Su Majestad visitaba las obras del Palacio, vió que se encontraba roto el cielo raso y pudo entonces observar que las vigas del techo eran de cedro; admirado ante aquella riqueza que según él mismo, habría llamado la atención en cualquiera de los palacios de Europa, ordenó se quitara por completo el prosaico cielo raso de manta que cubría las preciosas maderas y mandó se barnizaran y doraran las vigas. En ese estado, aun se encontraban todavía hace muy pocos años.

Continuando las reformas, se descubrió la hermosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

piedra labrada con que están construidas las columnas y los arcos del gran patio principal. Se reformó completamente el pavimento de ese patio, y se arregló el gran comedor, la capilla y varios salones del piso alto.

Todos los magníficos muebles que allí se veían fueron traídos de Europa, escogiendo personalmente los elegantes modelos, el Emperador que tenía en todo el gusto más exquisito y refinado.

Para el comedor mandó traer una magnífica vajilla de Sevres, un juego espléndido de cristal de Bohemia, un centro de mesa elegantísimo y muy artístico, ostentando todo, hasta las más pequeñas piezas, y las servilletas y manteles el monograma imperial.

Una gran parte del primer piso del Palacio estaba ocupado por las habitaciones de Maximiliano y Carlota.

Para dormir, el Emperador había preferido una de las piezas que tienen vista á uno de los patios interiores, pues como ya dije, se acostaba en punto de las ocho de la noche, tenía el sueño muy ligero y el ruido de los carruajes que pasaban y el hablar de los trasnochadores le impedían dormir.

Su recámara se encontraba entre una pieza donde recibía y otra en la que yo trabajaba, y que también servía de salón de espera. Este último salón bastante amplio, estaba casi cubierto con estantes llenos de libros, en el centro una gran mesa me servía de escritorio, los demás muebles eran mullidos divanes y sillones, en los ángulos unas consolas, sobre las que siempre

había charolas de plata con frascos de cristal que contenían vino blanco ó rojo, ó bien simplemente agua, unos cuantos vasos, pastelillos, soletas y exquisitos tabacos. Estas provisiones se renovaban diariamente y estaban destinadas para las personas que tenían que esperar en el salón mencionado á ser llamadas por Su Majestad.

El Emperador que era un gran fumador, siempre que entraba al salón que yo ocupaba, y no llevaba el tabaco en la boca, tomaba uno de los que había en las bandejas de plata y con frecuencia también, unas soletas empapadas en vino ó un trago de éste. El segundo piso se había destinado para las habitaciones del Sr Günner, gobernador de Palacio, del Sr Kuhachevich, tesorero, y de su esposa, primera camarista de la Emperatriz, del mayordomo Venish y su familia, de la esposa de Antonio Grill, primer camarista del Emperador y de otros varios empleados de la corte. Por la clase de trabajo que yo desempeñaba y que como he dicho comenzaba á las cuatro de la mañana, y en mi calidad de empleado de los sitios imperiales, yo también tenía habitación en el piso mencionado, lo mismo que en Chapultepec.

Las oficinas de los gabinetes civil y militar ocupaban el entresuelo en la parte que mira al Sur, teniendo entrada para el público por la parte exterior y para los empleados por la escalera de honor. Había asímismo una escalera de caracol, que comunicaba una de las salas del Emperador con el despacho del jefe del gabinete.

En el patio principal se encontraba la oficina del gran mariscal de la corte, la del intendente de la lista civil, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL ®

cancillería de las órdenes imperiales y el despacho del gran maestre de ceremonias.

El piso bajo se destinó para bodegas (donde se guardaban exquisitos vinos) para caballerizas y para cocheras; destinándose una especialmente para la rica carroza de oro y seda, que se usaba solamente los días de grandes solemnidades. Esa elegante carroza es la que aun se conserva en el Museo Nacional.

El cuerpo de guardia y los dormitorios de la guardia palatina también se encontraban en el piso bajo del Palacio Nacional.

Enteramente nuevo yo en la corte, procuré desde luego conocer á todos los dignatarios de ella y saber cuáles eran sus departamentos porque con frecuencia me enviaba Su Majestad á darles verbalmente órdenes ó recados.

La Emperatriz ya me conocía por mi nombre, pues en Puebla, habíame llamado un día para darme órdenes, que muy agradable me era recibir de la augusta y noble hija del rey de los belgas. Su figura tan arrogante y tan simpática, sus miradas dulcísimas, su bondadosa á la par que digna palabra, todo en fin, hacía que bastara cruzar con ella unas cuantas frases para sentirse cautivado por su dignidad y su benevolencia.

Hablaba el español sin el más mínimo acento extranjero, con mucha lentitud y como si meditara cada una de sus frases antes de pronunciarlas; era un poco miope y casi siempre miraba á su interlocutor bajando un poco los párpados, para verlo mejor y á pesar de ser

tan bondadosa, imponía también desde luego con su aire noble y majestuoso. Vestía comúnmente trajes obscuros cerrados al cuello y por adorno solo una cinta ó un ligero encaje blanco muy fino, tanto enrededor del cuello como de los puños.

Sus cabellos muy negros y muy abundantes le caían hasta más abajo de la cintura, y las camaristas los peinaban con extrema sencillez.

Esto último pude presenciarlo un día de gran fiesta que el Emperador me envió á que pidiera á la Emperatriz unos diplomas de la Cruz de San Carlos, que la Cancillería le había enviado para la firma. El día á que me refiero, la Emperatriz dió orden á sus camaristas de que se me permitiera entrar á su tocador para tomar personalmente los diplomas que se encontraban sobre una mesa: vestía esa mañana la Soberana una amplia bata finísima blanca y se encontraba sentada frente al espejo, mientras las camaristas la peinaban. Comenzaba la tarea de las peinadoras de la Augusta Señora, y pude, repito admirar su espléndida cabellera negra. Siempre que la Soberana me llamaba, anunciábame el ujier de servicio, yo al entrar saludaba inclinándome y esperaba sus órdenes, y ella siempre me decía:

— Lleve Ud esto á Su Majestad.

Ó bien:

— Diga Ud tal cosa al Emperador.

Los altos dignatarios de la corte, que desde luego conocí fueron: el general Don Juan N. Almonte, que tanta influencia tuvo en los asuntos de la Intervención,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la Regencia y del Imperio. Era el general Almonte uno de los personajes más prominentes del partido conservador; el Emperador lo respetaba mucho y lo consultaba siempre en todos los casos difíciles, que con frecuencia ya comenzaban á presentarse. Se le había designado como ministro plenipotenciario de México en París, para donde debía partir muy en breve, pues se creía que tendría grande influencia cerca de Napoleón III, y podría arreglar las dificultades que cada día se hacían notables, entre los Franceses y el Imperio Mexicano.

Seguía en categoría al general Almonte, Don Martín Castillo, ministro de la Casa imperial é Intendente de la lista civil, era el más joven de los ministros; antes de desempeñar el puesto que acabo de mencionar, había tenido á su cargo la cartera de Hacienda que había desempeñado con mucho acierto.

Pertenecía á una distinguida familia mexicana. Su padre había sido también ministro de Hacienda en gobiernos anteriores al del Imperio y había educado á su hijo en los más estrictos principios de honradez y de probidad. Casi todos los miembros varones de la familia Castillo habían servido al gobierno en altos puestos de confianza, como administradores de aduanas ó jefes de oficina donde se manejaban caudales.

El gran maestre de ceremonias y el canciller de las órdenes imperiales eran también personas muy dignas de consideración y de respeto muy ilustradas y muy bondadosas para tratar á sus subalternos.

Seguía á estos caballeros en categoría el conde de Bombelles, amigo íntimo y compañero de infancia del



El ministro D. Martín Castillo.

Emperador, á quien sólo por afecto venía acompañando desde Europa. Era también la persona de mayor confianza de la Emperatriz y en su porte y en sus maneras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demostraba desde luego su ilustre abolengo. Era coronel del ejército á la vez que capitán de la guardia palatina y tenía á sus órdenes al teniente coronel Rodolfo Günner, al comandante Carlos Shaffer y al capitán Agustín Pradillo; como oficiales de la guardia citada, siendo á la vez encargados del gobierno de Palacio.

Günner y Shaffer habían sido oficiales de marina y compañeros de Maximiliano en sus viajes á bordo de la fragata « Novara », eran amigos muy queridos de Su Majestad; pero celosísimos de cualquier mexicano á quien éste distinguía con sus favores ó con su amistad.

Günner con hipócrita amabilidad y Shaffer con abierta franqueza trataban siempre de desprestigiar á los mexicanos á quienes distinguía el Emperador. Günner era un apuesto mozo, de tez morena, de pelo y barba negros, de aguileña nariz, y representaba el tipo acabado y perfecto de la raza romana. Shaffer, por el contrario, muy blanco, muy rubio, de ojos azules muy claros tenía el tipo completo de un alemán. Por último Pradillo, un arrogante joven que había sido oficial de zapadores y dado la guardia al Emperador durante su permanencia en Morelia, desde luego fué distinguido por Su Majestad que lo trajo á México y lo nombró oficial de órdenes y de la guardia palatina, conquistándose inmediatamente la confianza más absoluta del Emperador, pues éste comprendió tan pronto como lo conoció que era un hombre leal, honrado y valiente á carta cabal, y así lo demostró Pradillo después, porque fué hasta lo último,

muy adicto á la causa del Imperio y estuvo siempre dispuesto á dar la vida por su Soberano.

Los otros oficiales de órdenes eran Joaquín Rodríguez y Pedro Ontiveros, soldados republicanos, hechos prisioneros en Puebla al rendirse la plaza al mariscal Forey. Desterrados á Francia, cuando supieron que Maximiliano había aceptado el trono de México, se presentaron en Miramar y el archiduque los nombró oficiales de órdenes. Fueron Ontiveros y Rodríguez, quienes trajeron á México como portapliegos la noticia de que Maximiliano había aceptado el trono del Imperio mexicano, pues en Miramar mismo, recibieron de manos del archiduque sus nombramientos y la comisión referida.

Los otros oficiales de órdenes eran Pedro Ormaechea, sobrino del prelado del mismo apellido, Antonio Esnaurrizar, Ciro Uraga, y poco tiempo después Miguel Mosso quien completó la casa militar del Soberano, además de los citados, los ayudantes de campo, Feliciano Rodríguez y Juan Pablo Humana.

Las personas más distinguidas de la sociedad de México se disputaban el honor de pertenecer á la corte, alegando unos, su noble estirpe, otras su cuantiosa fortuna, otras en fin su alta posición social.

Esto motivó los siguientes nombramientos:

Para caballerizos, Don José de Jesús Cervantes y Don Joaquín Adalid.

Para chambelanes: Don Juan Suárez Peredo, conde del Valle; el marqués Felipe Neri del Barrio,

Don Nicolás Campero y otros muchos menos conocidos.



Señorita Josefa Varela.

Igualmente se nombraron para damas de Palacio de la Emperatriz á las señoras mexicanas que más

se distinguían por su belleza y que eran Doña Manuela Gutiérrez Estrada, la señora condesa del Valle, Doña Dolores Osio de Sánchez Navarro y algunas más; y para damas de honor con sueldo, las Sras. Concepción Plowes e Pacheco y la Srta. Josefa Varela, está última de pura raza indígena (1).

En un país esencialmente republicano, como lo había sido y lo sigue siendo México, desde su independencia; y en donde casi nunca se ha hecho caso de pergaminos ni de títulos de nobleza, pocas eran, como dije, las personas que podían alegar descender de la vieja nobleza de España; no obstante eso, en vista del esplendor que Maximiliano daba á su corte y queriendo todo el mundo pertenecer á ella, desatóse una verdadera fiebre de aristocracia y de nobleza y era muy rara la familia mexicana que no anduviese en busca de pergaminos, de árboles genealógicos y de escudos de armas, para comprobar que descendía de condes, duques ó marqueses.

Era el Emperador, á pesar de pertenecer á la ilustre casa de Hapsburgo, y de viejísima nobleza europea, gran lector de los enciclopedistas del siglo XVIII y éstos le habían saturado ya el espíritu de ideas republicanas; por eso cuando llovían solicitudes de cargos en la corte y se alegaba en dichas solicitudes que el solicitante descendía de tal ó cual vizconde ó marqués, difunto hacía

(1) La Srta. Varela vive todavía en Texcoco y asegura descender en línea recta del rey poeta Netzahualcoyotl.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

trescientos ó cuatrocientos años, reíase el noble Hapsburgo de muy buena gana y me decía:

— Es gran lástima que no podamos tener aquí un taller para fabricar pergaminos y árboles genealógicos, pues se haría mucho dinero con él.

Y con sarcasmo y ligera tristeza, agregaba:

— « Creen estos caballeros efectivamente que los que se consideran nobles tienen la sangre azul y es que olvidan que durante la Revolución Francesa, corrió mucha sangre de nobles y era tan roja como la del último plebeyo. »

« La hermosa divisa de la Francia republicana, continuaba diciéndome, « Libertad, Igualdad, Fraternidad », no es más que una utopía; á los verdaderos nobles, á los emigrados, cuando volvieron á su patria, se les unieron los advenedizos, los nobles de ayer, los duques, condes y marqueses nombrados por Bonaparte, que eran en su casi totalidad tan plebeyos como el último burgués. »

En esos días de fiebre de nobleza, la Sra. Doña Gertrudis Enríquez de Suárez Peredo, dama de honor de la Emperatriz, dió á luz tres niños en un solo parto y el Emperador al saberlo, dijo que no sólo tenía que felicitar al conde del Valle, su gran chambelán y esposo de la bellísima dama citada, por haberle dado tres miembros á la familia, sino por haber dado al Imperio mexicano tres súbditos de la buena, vieja y legítima nobleza.

Desgraciadamente no pudo llevarse á cabo la felicita-

ción que Su Majestad deseaba, pues al día siguiente del alumbramiento, fallecieron dos de los niños y la madre. El Emperador, muy apesarado, hizo al gran chambelán una visita y con frases muy sentidas le dió el pésame.

En la casa militar, aumentaban cada día más y más las intrigas y esto motivó algunos cambios que paso á mencionar.

Nombróse ayudante de campo al general don Bruno Aguilar y oficiales de órdenes al comandante Emilio Laurent y al capitán Ignacio Miñon; estos dos nuevos oficiales fueron nombrabos para substituir á Ontiveros y á Rodríguez, que quedaron separados de la casa militar del Emperador: Ontiveros por una aventura amorosa que causó escándalo y Rodríguez por una intriga sin importancia. Á éste último se le separó con el pretexto de ascenderlo á teniente coronel y de darle e mando del cuerpo de guardias municipales de á pie.

En general se decía que el Emperador era muy voluble de carácter, que siempre la última impresión influía mucho en su ánimo, y en comprobación de lo dicho se mencionaban los frecuentes cambios en los altos puestos del Imperio, pues sólo los amigos que con él habían venido de Europa y que se encontraban en empleos de importancia se habían mantenido en ellos.

Si esto pasaba con los que estaban muy alto, ¿qué podían esperar los pequeños como yo?

En el puesto que yo ocupaba, había manifestado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

S. M. desde que vino al país que deseaba tener un joven, no viciado por la pereza proverbial de los oficinistas, que suponía en México, igual á la de Europa. Decía que por lo general los oficinistas son grandes señores que llegan á su trabajo lo más tarde posible, sus grandes ocupaciones son leer los periódicos, comentar los sucesos del día y ansiar que llegue la hora de la salida para volver al día siguiente á hacer lo mismo. De los jóvenes que se le recomendaban para secretarios particulares, ninguno había podido mantenerse en el puesto ni dos meses siquiera; para no herir su susceptibilidad, los enviaba á alguna legación ó á algún ministerio; pero de todas maneras se comprobaba su disgusto hacia ellos, en el cargo de secretarios particulares.

Con tales antecedentes, yo esperaba de un día á otro que sucediera lo mismo conmigo; pero con gran sorpresa de todos los que nos rodeaban y mía inclusive, veíamos que el Emperador me daba mayores muestras de confianza y me colmaba de favores. Ninguno de mis predecesores había gozado del honor de ir con el Soberano en su carruaje ni mucho menos de comer solo con él. Estos favores, me atraían naturalmente la mala voluntad de unos y las adulaciones de otros.

Un día hablando conmigo el Sr. Castillo, me dijo que sabía que Su Majestad estaba muy satisfecho de mí, pues era lo que deseaba para su secretario particular, una persona enteramente adicta á él, sin más voluntad que la suya, discreta, reservada, laboriosa y honrada; que podía yo estar tranquilo, pues mientras siguiera

observando la conducta que hasta entonces había observado no debía temer en nada las intrigas de mis envidiosos.

Sabía el Emperador que me agradaba mucho montar á caballo y una mañana después de tratar los asuntos oficiales, y que hablábamos de cosas indiferentes, le pedí permiso para que en las horas desocupadas pudiese yo montar alguno de los hermosos caballos que había en sus caballerizas.

Concedióme desde luego S. M. el permiso que yo solicitaba, y se dió orden al caballerizo mayor para que me dejara escoger un caballo y desde el día siguiente pude lucir en el paseo, un magnífico árabe tordillo quemado, que montaba generalmente con silla inglesa, y para variar, de cuando en cuando con silla mejicana.

Súpolo Shaffer, que era uno de mis malquerientes; y una tarde, después de comer, estando en el salón de fumar, y hablándose del gusto que los mexicanos tenemos por la equitación, dijo Shaffer, que lo malo era que echábamos á perder los caballos, pues acostumbrábamos montarlos tan pronto con silla inglesa como con silla mejicana, y que el cambio de frenos era muy perjudicial á las cabalgaduras. En apoyo de su dicho, me citó á mí. Á la insidiosa indicación de Shaffer el Emperador manifestó que en lo sucesivo, el caballo árabe que yo había escogido, lo montara siempre con silla inglesa y que escogiera otro para cuando quisiera yo lucir mi traje de charro. Como se encontraba presente el caballerizo mayor Feliciano Rodríguez, así

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se lo manifestó también; y desde entonces pude tener dos caballos en vez de uno, aumentando con esto las envidias y la mala voluntad que Shaffer me tenía.

Anuncióse por aquel tiempo el matrimonio del mariscal Bazaine, con la Srta. Josefa Peña y Azcárate, joven de veinte años, bella, simpática y agraciada, pero de escasa fortuna.

Llamó mucho la atención este matrimonio, pues el mariscal aunque fuerte y vigoroso era ya un hombre de sesenta y tantos años; pero sin duda la alta posición que tenía Bazaine, no sólo en México sino en Francia y la esperanza, que se realizó después, de brillar en la corte de Napoleón III, deslumbraron á la joven Mexicana.

Pocos años duraron la felicidad y la gloria de la mariscala Bazaine, pues después de la capitulación de Metz, todas fueron para ella penas, amarguras y humillaciones, dando sin embargo el alto ejemplo de heroicidad que dió cuando ayudó personalmente á la evasión de su esposo de la fortaleza de Santa Margarita, en la costa del Mediterráneo, y más tarde después de la trágica muerte de su esposo, cuando volvió á México, pobre y despreciada, hasta su muerte acaecida hace pocos años en una casa de salud de Tlalpan.

Al recibir SS. MM. el aviso de Bazaine, ofreciéronse á apadrinar el acto, ofrecimiento que el mariscal francés aceptó gustoso y se fijó la boda para el día veintiséis de julio. Hiciéronse los suntuosos preparativos para la ceremonia que se efectuó el día ya citado en el Palacio: el matrimonio civil, en uno de los salones principales y el religioso en la capilla del propio Palacio, dando la bendición nupcial á los desposados el Arzobispo de México.



El mariscal Bazaine.

En el acto civil, fungió como juez el intendente del ejército francés, Sr Friant, habiendo firmado el acta,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

además de los Soberanos y de los novios, casi todos los altos dignatarios de la corte y los principales jefes del ejército que se encontraban presentes.

Terminada la ceremonia religiosa, se dió á los desposados una tregua de una hora, y á las doce del día se sirvió una gran comida en el comedor principal de Palacio, sentándose á la mesa ochenta personas de las más distinguidas de la corte de Maximiliano y de la oficialidad del ejército francés.

Los lugares de honor, fueron ocupados por Bazaine y su graciosa consorte, el Emperador tomó asiento junto á la novia y la Emperatriz junto al mariscal. Á los postres el Emperador se puso en pie y dijo:

— ¡ Bebamos á la salud de nuestro querido mariscal y de la Sra. Bazaine ! ¡ Que Dios bendiga esta unión !

Enseguida la Emperatriz se puso en pie á su vez y abrazó á la mariscala.

El Emperador queriendo dar á la mariscala y á su esposo una prueba de su magnificencia, sin lastimar en lo más mínimo su susceptibilidad, dió á Bazaine la siguiente carta :

Mi querido Mariscal Bazaine,

Queriendo daros una prueba de amistad y asimismo de agradecimiento por los servicios personales prestados á nuestra patria y aprovechando para ello, la ocasión de vuestro matrimonio, damos á la mariscala el Palacio de Buenavista, comprendiendo en él los jardines y los muebles, bajo la condición que el día que regreséis á Europa ó que por cualquiera otro motivo no queráis conservar la posesión de ese palacio para la mariscala, la nación volverá á recibirlo y entonces el Gobierno se compromete á darle en calidad de dote la suma de cien mil pesos.

Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO.

La nación, efectivamente, volvió á recibir el Palacio de Buenavista; pero la infortunada mariscala nunca recibió un peso del gobierno y murió, como antes dije, en una casa de salud de Tlalpan, desamparada y pobre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI

El alcázar de Chapultepec. — Miramar y Miravalle. — La vida en el castillo. — Recuerdos históricos. — Paseos matinales. — Audiencias. — Donativos. — Supersticiones. — Maléfica influencia del nº 13. — La Alberca de Chapultepec. — El Baño del Emperador. — La correspondencia con los ministros en Europa. — Correspondencia reservada en cifras. — Palabras de Su Majestad á este respecto.

Pasados algunos días dispuso Su Majestad ir á vivir al alcázar de Chapultepec, viniendo sin embargo todos los días á México, para el arreglo de todos los asuntos de Gobierno; pero comiendo en Chapultepec y sobre todo pasando allí la noche, pues el silencio absoluto que desde las ocho reinaba en todo el castillo, rodeado de centinelas, favorecía mucho su sueño, que como ya dije en capítulos anteriores, era muy ligero.

¿Quién no conoce en México, ese pintoresco y bellísimo parque que se llama el bosque de Chapultepec?

Á una legua aproximadamente de la capital y si-

guiendo en aquel entonces, la ancha calzada que iba paralela al acueducto que conducía el agua para la ciudad, sobre un montículo, cubierto de fresco y verde follaje, se eleva blanco y majestuoso el alcázar histórico donde tantos, tan tranquilos y tan hermosos días pasó el archiduque, antes de su trágico fin.

Desde las habitaciones imperiales, se gozaba de la vista tan hermosa que se goza hoy desde las mismas habitaciones, que sirven para el Presidente de la República.

Con algunas modificaciones que la civilización y el progreso material de México han implantado en los alrededores, veíase entonces como hoy, por el Oriente el blanco y extenso caserío de la capital dominándolo todo las esbeltas y grises torres de la Catedral; mas allá cerrando el horizonte del Valle de México, las altas y nevadas cimas del Popocatepetl y del Ixtlaxihuatl; por el Sur, Tacubaya, no tan extensa como se ve hoy, la histórica ciudad; pero sí tan hermosa, con amplios y perfumados jardines que servían como de prolongación al secular parque que rodea el alcázar; y allá, muy allá en el fondo, el Ajusco con su picacho azul desafiando á las nubes. Por el Occidente, el Molino del Rey, la fábrica de pólvora y la fundición de Santa Fé y finalmente por el Norte los llanos de Anzures y las pequeñas poblaciones de San Jacinto, de Tacuba, de Merced de las Huertas y de Atzcapotzalco.

Bien sabido es que ese alcázar sirvió por los años de 1847 y 48 de colegio militar, habiendo combatido heroi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

camente contra los americanos un puñado de valientes, niños alumnos del colegio. Hoy á la entrada casi del parque, se ve un monumento que dice á la posteridad, los nombres de los héroes niños.

Después de la invasión norteamericana, sirvió el castillo de residencia de verano, para los últimos presidentes y el colegio militar se trasladó á Tacubaya.

Por ese motivo, muy pocas fueron las modificaciones que Maximiliano hizo al castillo, cuando siguiendo el ejemplo de los presidentes que habían precedido al Imperio, lo escogió para su morada.

Tapizáronse y pintáronse de nuevo todas las habitaciones, se hicieron traer nuevos muebles de Europa, y se destinó para comedor la gran sala del piso principal, quedando á la derecha del comedor la recámara del Emperador y á la izquierda la de la Emperatriz. Se construyó también un vasto corredor cubierto, que servía para que el Emperador paseándose mientras yo le leía su correspondencia, contemplara el maravilloso paisaje que ante su vista se desarrollaba. Igualmente hizo que se cubrieran los jardines con plantas exquisitas y raras, con magníficas y artísticas estatuas y con espléndidos jarrones de mármol blanco finísimo.

La ancha y hermosa rampa desde la cual se domina el valle en casi toda su extensión por la parte Noroeste, rampa que conduce al castillo, fué pavimentada de nuevo. Por último, cerca de la puerta principal, se construyeron nuevos departamentos destinados á cocheras

y á caballerizas. Cuántas veces, cuando el soñador Soberano contemplaba con su dulce mirada, el azul del cielo mexicano y el delicioso paisaje que desde la terraza se contempla; después de admirar placenteramente el panorama tan bello que ante su vista se extendía, decíame después de largos minutos de silencio:

—¿ No cree Ud que esto debía llamarse Mira Valle, así como mi castillo de Trieste se llama Miramar ?

En la alcoba de Su Majestad, había un botón que comunicaba con un timbre eléctrico su habitación con la mía y todas las mañanas, tan pronto como despertaba, oprimía el botón del timbre mencionado y el repique de éste me hacía saltar violentamente de mi cama.

Á toda prisa me lavaba y vestía, y enseguida me dirigía en el acto á la recámara del Emperador.

Para llegar al cuarto donde dormía Su Majestad, tenía que atravesar á obscuras los jardines, pues mi habitación se encontraba en el extremo opuesto del castillo, saludaba yo al centinela de la guardia palatina que velaba á la puerta y anunciándome con un toque discreto penetraba á la imperial alcoba con mi gran cartapacio de papeles debajo del brazo.

Exactamente lo mismo que en Jalapa, en Puebla y en el Palacio de México se efectuaba la escena del matinal acuerdo antes de la salida del sol, con la única diferencia de que en Chapultepec, los camaristas vestían siempre al Emperador con traje de montar. El acuerdo terminaba poco antes de la siete de las mañana y termina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, volvía yo á mi cuarto violentamente, dejaba allí todos los papeles, vestíame de charro y cerrando con llave para que nadie penetrara durante mi ausencia, bajaba al patio donde ya nos esperaban los mozos con los caballos ensillados. En esos paseos por el bosque nos acompañaban siempre un ayudante de campo, un oficial de órdenes, y algunos mozos; cabalgábamos durante dos horas por las hermosas calzadas de los alrededores del bosque y á todo galope volvíamos al castillo.

Algunas veces, sintiéndome yo más con ganas de dormir que de pasear á caballo, decía á Su Majestad que si no le parecía conveniente que me quedara en mi cuarto á despachar tales ó cuales asuntos; pero el Emperador que conocía mis intenciones, y que era muy aficionado á que todo el mundo se levantara tan de madrugada como él, decíame en tono semiserio y semiburlón:

— No, Señor mío, Mi Majestad no le permite á Ud que se quede, pues durante nuestro paseo puede ocurrir algo de lo que sea preciso que Ud tome nota.

Inmediatamente después del paseo, volvía yo á mi cuarto, donde después de recoger y de arreglar los documentos y cartas, vestíame con el traje de mañana, que exigía la etiqueta, y que consistía en pantalón claro, jaquet ó levita negra y sombrero alto gris.

Á las nueve y media nos sentábamos á almorzar en la mesita de dos cubiertos y después del almuerzo, nos dirigíamos en carruaje á Palacio, bien por la calzada de la Verónica, atravesando la Hacienda de la Teja hasta

llegar á la glorieta de Carlos IV, bien por la calzada del acueducto.

En uno de esos viajes de Chapultepec á México en carruaje, fué cuando Maximiliano ideó y llevó á cabo su idea de comprar terrenos inmediatos á Chapultepec, y trazando una línea que comunicara directamente la puerta del Bosque con la glorieta de Carlos IV, formar un hermoso paseo; paseo y calzada que hoy se llaman de la Reforma y que en la época del Imperio se llamaron « Calzada del Emperador ».

Su Majestad daba audiencia dos veces por semana y si era día de audiencia, inmediatamente que llegábamos á Palacio comenzaba ésta.

Un empleado especial del gabinete, se encargaba de llevar un registro muy minucioso en el que estaban inscritas por orden, las personas que solicitaban audiencia del Emperador, el motivo por el cual la solicitaban, y los antecedentes que discretamente se habían obtenido sobre cada solicitante.

Todos los asuntos eran generalmente expeditados por el gabinete, sólo cuando se trataba de donativos pecuniarios á personas necesitadas, se me daba á mi nota del nombre y dirección de la persona favorecida, así como de la suma concedida y estas sumas me eran entregadas por el tesorero Kuhachevich.

Unas veces á caballo, otras en un carruaje de Palacio, me dirigía á las habitaciones que se me indicaban á socorrer á las personas que Su Majestad favorecía.

Los auxilios eran cuando menos cada uno de cin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuenta pesos y las personas favorecidas muy pobres; numerosas eran pues las bendiciones que por mi conducto llegaban al Emperador, de desdichados que se creían poseedores de un tesoro, pues nunca habían visto ni siquiera imaginado poseer semejante fortuna.

Estas comisiones me llenaban de gozo: primeramente porque veía yo así muy claro, la absoluta confianza que Su Majestad tenía en mi persona, pues no había más comprobante de las sumas que yo entregaba que una simple lista de los favorecidos con sus direcciones y una señal al margen hecha con lápiz por mí; además oír las bendiciones al Emperador me causaba también mucho placer; y por último, me era muy agradable la referida comisión porque me permitía descansar un poco de mi trabajo de escritorio y me daba algunas horas de libertad.

Si era día de audiencia ó á nuestra llegada al Palacio, se reunía el consejo, ó bien el Emperador recibía alguno de los ministros, para tratar con él de los asuntos oficiales de su ministerio, yo aprovechaba algunas horas para ir á visitar á mi familia, pero siempre estaba de regreso en Palacio á las dos de la tarde porque en punto de las dos y media volvíamos en carruaje á Chapultepec, dondecomíamos á las cuatro.

También la Emperatriz venía al Palacio todos los días, acompañada de su dama de palacio, y daba sus audiencias; pero siempre venía á horas muy distintas que Maximiliano.

Separadamente atendía y arreglaba sus asuntos que

casi siempre se relacionaban con la Beneficencia y con la fundación de asilos. Queda aún como recuerdo glorioso de su magnanimidad, ese hospital llamado de Maternidad que ampara en sus muros á tantas desdichadas mujeres.

Volvía la Emperatriz á Chapultepec todas las tardes poco más ó menos á la hora que Maximiliano regresaba, para juntos presidir la comida, que, como dije, se servía á las cuatro de la tarde.

Sentábanse todos los días á la mesa unas veinte personas, incluyéndose en éstas, los ayudantes de campo, las damas de honor y oficial de órdenes que se encontraban de servicio y yo, siendo los demás comensales caballeros ó damas á quienes se había invitado desde la víspera por medio de unas tarjetas especiales que con ese fin expedía la secretaría de ceremonias. En la comida se trataban siempre asuntos amenos y del todo ajenos á la política; Sus Majestades dirigían la palabra en español á todos y cada uno de los comensales y si había alguno extranjero, que no conociera ese idioma, uno de los Soberanos traducía para él los puntos principales de la conversación.

Terminada la comida, la Emperatriz y las damas pasaban á sus habitaciones, y el Emperador, con los caballeros, al salón de fumar donde, de pie, se fumaba un buen tabaco y se charlaba una media hora más.

Después de la comida, muchas veces, procuraba yo cuando el Emperador no me llamaba, escaparme á México y para eso esperaba que salieran del comedor todos

los que se habian sentado á la mesa y escurriéndome por una puertecilla bajaba el cerro á todo correr, llegaba hasta las caballerizas, donde ya tenia mi caballo preparado y al galope me dirigía á la capital.

Volvia siempre al castillo antes de las ocho para recibir órdenes del Emperador antes de que se acostara.

No ignoraba Maximiliano mis escapatorias, pero en vista de mi edad y de su gran benevolencia, haciase disimulado y me las toleraba, sin haberme preguntado nunca qué hacia á esas horas, ni adónde iba.

Una vez, que durante la comida recayó la conversación sobre las supersticiones de los distintos pueblos, largamente se disertó sobre los jetatores, en Italia, sobre los amuletos, señales y demás medios de evitar el maleficio de éstos ó personas que según los Napolitanos tienen funesta influencia; hablóse asimismo del número trece de mal agüero según los franceses y los alemanes y el Emperador se manifestó admirado de que en México, se hiciera tan poco caso de tal fatalismo, aunque los espíritus fuertes no debian ser supersticiosos.

Pocos días después de aquel en que se había hablado de supersticiones, habíase puesto la mesa para catorce personas, siendo uno de los invitados un abate italiano que acababa de llegar al país.

Como la etiqueta exigía que la comida se sirviera en punto de la hora fijada y el abate no se presentaba; al sentarse á la mesa el Emperador observó que éramos trece los comensales, hizo llamar al mayordomo Venisch

y le habló algunas palabras al oido; enseguida Venisch se acercó á mí y me dijo que Su Majestad deseaba que yo, que era el de más confianza, me ausentara de la mesa, pues éramos trece los que allí nos encontrábamos.

Encantado recibí la orden de ausentarme para comer solo en mi cuarto, sin verme obligado al ceremonial de la etiqueta; pero apenas comenzaba á comer, cuando Venisch vino de nueva cuenta á llamarme violentamente para decirme que el retardado abate acababa de llegar y volvian á ser trece los comensales; que Su Majestad decia que en el acto y pretextando cualquiera excusa que justificara mi momentánea ausencia, volviera á presentarme y á tomar mi asiento en la mesa imperial.

Cerca del bosque existia un hermoso manantial llamado Alberca de Chapultepec y que según cuenta la tradición servía de baño á la hermosa india La Malinche, querida favorita del conquistador Hernán Cortés.

Ese manantial era tan abundante que desbordándose por ambos lados, alimentaba por una parte un estanque que servía de baño para nadadores inexpertos y por el otro una serie de pequeños estanques que se destinaban á las señoras.

Cuando Maximiliano conoció la existencia del precioso manantial, lo aprovechó para bañarse en él siempre que no venía á México.

Generalmente tomaba su baño al mediodía, y media

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hora antes, dos de sus camaristas le bajaban su ropa de baño, y cuatro guardias palatinas se colocaban en las calzadas cercanas para que nadie entrara mientras el Emperador se bañaba. Nadaba el Soberano, durante unos quince ó veinte minutos, pagaba por su baño cinco pesos, y volvía muy gozoso y contento al castillo después de saborear ese placer de la natación que tanto le gustaba.

Otras veces, después de tratar con alguno de los ministros los asuntos oficiales, montaba en un cochecito de mimbre tirado por dos poneys primorosos que él mismo guiaba y mientras paseábamos por el Bosque, yo le leía algunas cartas y documentos, para después reposar unos minutos á la sombra fresca de los añosos y hermosos ahuehuetes del espléndido parque.

Dos veces al mes, me dictaba largas cartas para los ministros residentes en el extranjero. — Para el correo de Europa se aprovechaba la llegada á Veracruz de los vapores francés é inglés. Aquel fondeaba casi siempre á mediados y éste á fines de cada mes.

En las cartas que se escribía á los ministros del extranjero se reseñaban muy minuciosamente las fiestas, recepciones, bailes, viajes, etc.

El principio de esas cartas era siempre unas líneas que el Soberano llamaba en francés « Tartine » y en las que se refería en primer término á los asuntos del país en que se encontraba la persona á quien escribía ; enseguida venía una reseña de lo ocurrido durante la quincena en el Imperio mexicano, viendo siempre la situación bajo un punto de vista muy favorable para la causa imperialista y atenuando mucho los descalabros que sufrían las tropas imperiales.

Por último, las reseñas de fiestas, en que nos extendíamos mucho. Terminadas las minutas, me dirigía á mi gabinete y mandaba llamar, bien en Chapultepec ó bien en Palacio á ocho ó diez escribientes, y después de hacerles copiar las cartas y de revisarlas, las llevaba á la firma de Su Majestad.

Esta comisión de copiar las cartas se la disputaban todos los jóvenes escribientes del gabinete ; porque terminada su tarea, se les servía una mesa espléndida y se les obsequiaban magníficos tabacos.

Las direcciones de cada carta quedaban á mi cargo.

Por la noche antes de acostarse el Emperador era cuando me daba todas las cartas que se recibían y si venía alguna en cifra, iba violentamente á mi cuarto para traducirla con la clave que yo tenía en mi poder. Cuando había que escribir alguna carta también en cifra, Maximiliano me dictaba el borrador y yo la ponía en cifra.

Algunas veces cuando esto sucedía, solía decirme sonriendo y en tono de broma, pero que yo comprendía que era muy formal.

— Señor mío, si alguna vez se divulga alguno de estos asuntos que tratamos en cifra, como solo Ud puede divulgarlo, en vez del porvenir que se le espera, irá á habitar una prisión por el resto de sus días.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Puede Vuestra Majestad estar tranquilo, le contestaba, pues tengo la particularidad de olvidar todo lo que se trata en cifra y un minuto después de haberlo leído ó escrito, no recuerdo ya una sola palabra.

CAPÍTULO VII

Cumpleaños del Emperador. — Fiestas y recepciones. — Primer baile en Palacio. — Lujo de la corte. — La presentación de los invitados. — La cuadrilla de honor. — Los lunes de la Emperatriz. — Críticas del baile. — Chispeantes conversaciones de sobremesa. — Las aventuras galantes de la corte. — Algunas anécdotas ingeniosas del Emperador. — Banquete en honor del Embajador de Portugal. — Coleadero en Chapultepec.

El día seis de julio era el cumpleaños de Maximiliano; habiendo nacido el 6 de julio de 1832, cumplía entonces 33 años, siendo el segundo aniversario de su nacimiento que pasaba en México..

Su padre, el Emperador de Austria, Francisco Carlos José, había renunciado la corona en su hijo primogénito, Francisco José, el día dos de diciembre de 1848; vivía aun, así como su madre la archiduquesa Sofía. Tanto el Emperador de Austria, como la archiduquesa habían felicitado á su augusto hijo á su debido tiempo, en una larga y cariñosa carta.

Deseando Su Majestad pasar ese día con toda h-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Puede Vuestra Majestad estar tranquilo, le contestaba, pues tengo la particularidad de olvidar todo lo que se trata en cifra y un minuto después de haberlo leído ó escrito, no recuerdo ya una sola palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII

Cumpleaños del Emperador. — Fiestas y recepciones. — Primer baile en Palacio. — Lujo de la corte. — La presentación de los invitados. — La cuadrilla de honor. — Los lunes de la Emperatriz. — Críticas del baile. — Chispeantes conversaciones de sobremesa. — Las aventuras galantes de la corte. — Algunas anécdotas ingeniosas del Emperador. — Banquete en honor del Embajador de Portugal. — Coleadero en Chapultepec.

El día seis de julio era el cumpleaños de Maximiliano; habiendo nacido el 6 de julio de 1832, cumplía entonces 33 años, siendo el segundo aniversario de su nacimiento que pasaba en México..

Su padre, el Emperador de Austria, Francisco Carlos José, había renunciado la corona en su hijo primogénito, Francisco José, el día dos de diciembre de 1848; vivía aun, así como su madre la archiduquesa Sofía. Tanto el Emperador de Austria, como la archiduquesa habían felicitado á su augusto hijo á su debido tiempo, en una larga y cariñosa carta.

Deseando Su Majestad pasar ese día con toda h-

bertad y lejos de las exigencias de la corte, quedóse todo el día en Chapultepec, recomendando á la Emperatriz que viniera ella á México á recibir las felicitaciones al Palacio.

Así se hizo, y fué la Emperatriz quien en las primeras horas de la mañana, ricamente vestida de seda blanca y portando sobre su frente la diadema de Soberana y en sus hombros el manto imperial, se dirigió á la catedral en el espléndido carruaje de gala, tirado por ocho briosos y arrogantes caballos con penachos de plumas y gualdrapas de terciopelo carmesí y oro. Cada tronco iba conducido por dos palafreneros, que vestían la rica librea de los días de fiesta y que era roja y oro.

La rica carroza iba precedida, según lo prescribía el ceremonial de la corte, por el gran maestre de ceremonias, por sus secretarios y por los chambelanes del Palacio, los ministros, los ayudantes, los demás chambelanes, los caballerizos, el gran mariscal de la corte y el intendente de la lista civil, todos de gran uniforme.

Á la portezuela derecha del carruaje que conducía á la Emperatriz caminaba á pie su gran chambelán, y á la portezuela izquierda el conde de Bombelles, capitán de la guardia palatina.

Seguían á la carroza de honor, las damas de Palacio y las damas de honor.

Los soldados de la guardia palatina, con los deslumbradores uniformes que en capítulos anteriores he

mencionado, formaban la valla desde la puerta principal del Palacio imperial, hasta la entrada de la catedral.



El conde de Bombelles.

Al llegar la Emperatriz Carlota, á la puerta de nuestra basílica, fué recibida bajo de palio, por el Arzobispo

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de México y por el alto clero, y conducida, bajo de palio, igualmente, hasta el trono que para ella se había preparado á un lado del altar mayor. Inmediatamente comenzó á cantarse el *Te Deum* y el *Domine, salvam fac*, acompañados los cantantes por una magnífica orquesta, cuyos armoniosos acordes se perdían bajo las bóvedas de la catedral entre los millares de cirios que en doradas arañas, llenaban de esplendorosa claridad las naves del templo.

Cuando la ceremonia religiosa hubo terminado, volvió la comitiva al Palacio, entre los gritos de admiración de la multitud que jamás había presenciado en México tanto lujo ni tanta belleza, en ceremonias oficiales.

Salió Su Majestad la Emperatriz al balcón, para presenciar el desfile de las tropas de la guarnición, que se efectuó entre el estruendo de la artillería y el repique á vuelo de todas las campanas de la catedral. Después del desfile, recibió Carlota en el vasto salón de Embajadores las felicitaciones de los grandes dignatarios de la corte, de los miembros del cuerpo diplomático, de los ministros, de los generales, etc., y fatigada, despuès de algunas horas, se retiró á sus habitaciones para cambiar de traje y en carruaje cerrado, dirigirse á Chapultepec y comer con el Emperador.

En las primeras horas de la noche volvió á México para presenciar los fuegos artificiales y para escuchar la magnífica serenata que las bandas austriacas y mexicanas habían organizado en honor de Maximiliano.

Fueron los fuegos artificiales, una verdadera sorpresa para todos los habitantes de la capital, pues construidos por habilísimos pirotécnicos franceses representaban piezas muy vistosas, sobresaliendo especialmente una que representaba el castillo de Miramar y que al decir de los austriacos que se encontraban en los balcones del Palacio, era verdadera, exacta y perfecta reproducción de aquel regio alcázar, que Maximiliano no volvería á ver jamás.

Después de los brillantísimos fuegos de artificio, desfiló por la plaza para llegar hasta la puerta principal del Palacio, una procesión formada por las damas más hermosas y más distinguidas de la sociedad mexicana. Esta procesión pasaba por enmedio de una valla formada por los caballeros más prominentes de la ciudad, y cada una de las damas que la componían llevaba en la mano derecha un grueso cirio encendido.

Cuando llegaron á la puerta de Palacio, subió por la escalera de honor, una comisión, para presentar sus felicitaciones á la Soberana que se hallaba en el salón de Embajadores.

Carlota, con su acostumbrada amabilidad recibió á la comisión y á todas las damas que la componían, les dirigió frases muy halagadoras para manifestarles su agradecimiento y las obsequió con dulces y champaña.

Entretanto, desde las ocho de la noche, enmedio del más profundo silencio rodeado por centinelas y por los seculares ahuehuetes del bosque, dormía tranquilamente el Emperador.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pasada esa fiesta, siguiéronse muy pocos días de calma, pues la noche del día diez del mismo julio, se dió en el Palacio el primero de los muy suntuosos bailes de los que la Corte imperial ofrecía á la ciudad de México.

Distribuyéronse las invitaciones con bastante anticipación, habiendo sido muy disputadas, pues como todas las familias que tenían algunos bienes de fortuna ó una mediana posición social, querían concurrir al baile, fué necesario hacer una selección, porque eran numerosísimas las solicitudes que se hacían para ser invitado.

Pocas veces recordaba el comercio de México, haber visto circular tanto dinero y ver tanto movimiento de sastres, modistas, peluqueros, perfumistas y demás comerciantes que proporcionan todo lo necesario para semejantes fiestas.

Llegó por fin el ansiado diez de julio, y desde la avenida de Plateros hasta la puerta principal de Palacio se formó una valla de tropa, que ya á las siete de la noche, estaba perfectamente extendida por todo el trayecto que tenían que recorrer los carruajes antes de llegar á Palacio.

Á la hora que ya la valla estuvo lista, comenzó á permitirse el paso de los elegantes carruajes, que llevaban á las bellísimas damas y á los caballeros que habían de tomar parte en la gran fiesta imperial.

Los carruajes penetraban por la puerta central y se detenían frente á la escalera principal, magníficamente

iluminada y tapizada; allí los chambelanes, recibían á las damas y las conducían al guardarropa, para después llevarlas al gran salón de Embajadores, que era el que se había destinado para los bailes y las recepciones.

La servidumbre del Palacio á su vez, estaba encargada de llevar á los caballeros al guardarropa de los señores.

Los carruajes, tan luego como dejaban frente la escalera á los invitados; seguían en buen orden hasta el patio de honor por cuya puerta salían para esperar en la plaza hasta que terminara la fiesta.

En punto de las ocho de la noche se presentaron los Soberanos en el salón llamado de Iturbide, donde ya los esperaban el mariscal Bazaine, los ministros y las esposas de estos funcionarios. En el mismo salón se encontraban los extranjeros invitados al baile, y que en aquel lugar eran presentados á Su Majestad por los ministros de su país á la usanza de las cortes europeas.

Terminada la presentación de los extranjeros, pasaban los Soberanos al gran salón del baile, donde estaban los mexicanos, y los extranjeros ya conocidos del Emperador.

En este salón formaban valla, las damas al frente, y tras de ellas los caballeros.

El gran maestro de ceremonias, iba presentando á cada uno de los invitados y SS. MM., después de saludarlos afectuosamente les dirigían alguna frase amable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el fondo del salón, se había levantado un dosel de terciopelo rojo rematado por una corona imperial; bajo ese dosel se colocaban los sillones donde Sus Majestades tomaban asiento. Á ambos lados del dosel, dos guardias palatinos, apoyados sobre sus relucientes alabardas é inmóviles, como dos estatuas, hacían guardia á los Soberanos; además, de trecho en trecho desde la escalera hasta el trono, los soldados de esa distinguida guardia colocados á muy cortas distancias presentaban sus alabardas y lucían sus vistosos uniformes.

El baile comenzó con la cuadrilla de honor, que ejecutó la orquesta cuando, después de dar el Emperador su venia, ésta fué trasmitida á los músicos por conducto del maestro de ceremonias; las cabeceras de la cuadrilla estaban formadas por el Emperador y por la mariscala Bazaine, por el mariscal Bazaine y por la Emperatriz.

Los secretarios de las ceremonias, habíanse encargado de antemano de formar las parejas laterales con las damas de honor y los ministros extranjeros.

Maximiliano lucía aquella noche, sobre la blancura inmaculada de su camisa, la banda de la orden del Águila mexicana; la Emperatriz llevaba un traje de seda amarillo, y sus ricas joyas hacían realzar más su distinción y su hermosura. El broche riquísimo que llevaba al cuello representaba unas hojas de plantas acuáticas, formadas por esmeraldas y sobre ellas, gruesos brillantes figuraban gotas de rocío. Al pecho, llevaba cruzada la banda

de la orden de San Carlos. Terminada la cuadrilla de honor, siguió el baile en todo su apogeo, mientras la Emperatriz platicaba con la mariscala Bazaine y sus damas de honor, y Maximiliano se paseaba por entre los grupos de concurrentes y daba conversación por algunos minutos á cada grupo.

Nunca, ninguno de los que allí se encontraban, hasta caballeros de más de cincuenta años de edad, recordaba haber visto lujo semejante, ni haber asistido á fiesta igual.

El aspecto del salón era más bien el de uno de esos palacios encantados de los cuentos árabes. Los colosales espejos que decoraban las paredes, iluminados por los millares de bujías que inundaban con claridad esplendorosa el salón, reproducían hasta el infinito y como en una visión de ensueño, los centenares de parejas, las damas ricamente alhajadas, las jóvenes hermosísimas vestidas con trajes vaporosos y los uniformes de los generales del ejército ó de los altos dignatarios de la corte.

Los secretarios de las ceremonias anunciaron á las once de la noche la cena.

En un salón de medianas dimensiones, se sirvió la mesa de honor, á la que se sentaron los Soberanos, los ministros extranjeros, los demás miembros del cuerpo diplomático y los oficiales de alta graduación en el ejército.

En el gran comedor, se sirvió la cena para los demás invitados, compuesta de exquisitos manjares y de ricos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vinos; entre estos la famosa Champaña rosa muy de moda entonces, muy cara y que en la época del imperio, se importaba de Europa especialmente para las bodegas de la casa imperial.

Á la una de la noche, los secretarios de las ceremonias anunciaron que Sus Majestades se retiraban del salón; entonces todos los invitados volvieron á formar valla en la misma forma que al principio del baile y pasando los Soberanos por enmedio de la valla, se despidieron galantemente de la concurrencia.

Al retirarse éstos, se dió por terminado el baile, con gran sentimiento de los jóvenes que deseaban bailar hasta que despuntara el día.

Antes de entregar sus abrigos á los invitados que se retiraban, los criados presentaban en ricas bandejas, vasos de ponches y de vinos calientes, mientras los que se encontraban al pie de la escalera gritaban el nombre de la familia que se retiraba, para que su carruaje viniera á colocarse en el mismo lugar donde la había dejado al entrar.

Siguiéronse otros varios bailes como el que acabo de describir, sin que hubiera variación alguna en ellos en el ceremonial, y sin más modificaciones que algunas noches se alternaba la orquesta con la espléndida banda militar austriaca, que dirigía el renombrado músico vienés Saverthal. En los demás bailes, Sus Majestades accedieron á que terminaran á las tres de la madrugada, retirándose ellos á la hora que Maximiliano se sentía ya un poco fatigado.

No quiero pasar adelante, en esta relación de mis recuerdos, sin mencionar antes un incidente chuscó á la vez que bochornoso para algunas familias de las que concurrieron al primer baile y que fué una magnífica lección pues no volvió á repetirse en las demás fiestas.

Siguiendo la mala costumbre social mexicana de llegar al teatro á la mitad del espectáculo y á los bailes cuando ya éstos llevan dos ó tres horas de haber comenzado, esa noche del primer baile, varias familias mexicanas llegaron después de las ocho de la noche, hora que se mencionaba en las invitaciones que comenzaría la fiesta.

Á las familias que llegaron después de la hora citada, los criados les decían con mucha corrección, que el ceremonial de la corte prescribía que nadie debía entrar á los salones después de los Soberanos, que por ese motivo se mencionaba en las invitaciones la hora, y que por lo tanto, tenían el profundo sentimiento de manifestar que no podía permitírseles el paso al salón.

Ya deben imaginarse mis lectores, la gran contrariedad y el inmenso disgusto que esto causaría entre las familias no aceptadas al baile; pero como antes dije, fué una magnífica y muy provechosa lección de urbanidad, pues no volvió nunca á repetirse el caso mencionado.

El Emperador, asistía con verdadero disgusto á estos bailes, pues solo lo hacía por cumplir con la etiqueta,

porque su mayor placer, después de las labores diarias, era dormir sus ocho horas seguidas, enmedio de la tranquilidad y el silencio del bosque que rodeaba su habitación en el Alcázar de Chapultepec.

Los días siguientes á las noches de baile, el acuerdo se celebraba á las ocho de la mañana, cosa que trastornaba todos los planes del Soberano ; así pues, para conciliarlo todo habló detenidamente con la Emperatriz y de común acuerdo convinieron en que para ir conociendo poco á poco á la buena sociedad mexicana, la Emperatriz, recibiría semanariamente en Palacio y que á esas recepciones no asistiría el Emperador, por lo que estas recepciones se llamaron los lunes de la Emperatriz. Á mí se me permitía asistir á esos lunes y entonces tenía el Emperador la deferencia de no llamarme á las cuatro sino á las seis de la mañana.

Como las tertulias de los lunes, terminaban precisamente á la media noche yo tenía seis horas justas para descansar de la fatiga del baile.

Los días siguientes á las noches de baile, se hacían los comentarios después de la comida.

Maximiliano que era un profundo observador, no dejaba de fijarse en todo ; en los trajes de las damas, en la cómica gravedad de algunos caballeros ya mayores, de quienes decía que deberían estar mejor durmiendo tranquilamente que desvelándose sin provecho alguno.

Pero cuando tenían verdadero interés los comentarios, era cuando se quedaba el Emperador con las per-

sonas de su mayor confianza en el salón de fumar, entonces eran las sátiras y las observaciones maliciosas y más picantes.

Había un apuesto militar, joven y guapo que estaba casado con una anciana que hubiera podido ser madre suya, por la edad tan avanzada que respecto á él tenía. Cuando el Emperador supo que aquella anciana era la esposa del guapo oficial, quedóse asombrado y decía que no sabía cómo había podido casarse con aquella momia egipcia que bajo riquísimas bandeletas ocultaba su cuerpo compuesto de huesos y pergamino.

De otro oficial apuesto y joven, que estaba casado con una señora de la que tenía ya doce hijos, decía que aprovechaba bien su tiempo, pues ambos esposos hacían obra patriótica al aumentar la población de la capital del Imperio, y advertía S. M. no se nombrara para acompañarle en sus viajes á este oficial, pues perdería un tiempo precioso y dejaría de ocuparse en labor tan agradable y productiva.

De algunas damas, decía que en sus pupilas podía leerse lo ardoroso de sus pasiones y que debían ser terribles para amar.

Una vez referí al Emperador el siguiente cuentecillo apropósito de uno de sus chambelanes.

La esposa de éste, era una de las mujeres más hermosas de la corte y ya Maximiliano había hecho merecidos elogios de la extraordinaria belleza de la dama.

Un día habiéndome encontrado al chambelán en una aventura amorosa, le dije :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿ Es posible que Ud, que posee una de las mujeres más bellas de México, ande en estas aventuras?

A lo que el chambelán aludido me contestó :

— Oiga Ud, amigo, contésteme con entera franqueza, Ud come todos los días manjares exquisitos en la mesa imperial y... qué ¿ no se le antoja de cuando en cuando un almuerzo de platillos picantes nacionales, rociado con el blanco licor del país ?

Esta anécdota de uno de sus más predilectos chambelanes hacía reir de muy buena gana al Emperador cuando yo se la recordaba. Una vez al regresar de uno de tantos viajes como hicimos á Cuernavaca, yo venía en una diligencia que ocupaban el coronel Feliciano Rodríguez, la señorita Varela, la esposa del chambelán á quien acabo de referirme y algunas otras personas más.

Por casualidad me tocó un asiento al lado de la hermosa señora.

La hora avanzada del día, el excesivo calor, el paso lento de la diligencia, pues íbamos subiendo una cuesta en pleno bosque de Huichilac, todo en fin, hizo que poco á poco nos fuera venciendo el sueño uno á uno á todos los pasajeros.

La dama de honor reclinó su cabeza en el hombro de la señorita Varela y yo, insensiblemente en el hombro de la bella dama.

Un brusco salto de la diligencia, hizo que todos despertáramos y al darnos cuenta de la posición en que nos encontrábamos, fuí el blanco de las burletas y de las bromas de los que en la diligencia venían.

No faltó quien relatara al Emperador lo acontecido y Maximiliano riendo decía que nadie había escogido mejor lugar que yo, y que podía apostar que, á pesar de que yo tenía los ojos cerrados, nunca había estado más despierto.

Había en la corte un conde muy gallardo y muy guapo, que no tardó mucho en prendarse locamente de la esposa de un coronel empleado también en Palacio.

Como sucede generalmente en estos casos, tan luego como la dama pretendida le correspondió, cometieron tales imprudencias que todo el mundo conocía la galante aventura, excepto el marido engañado. Los enamorados, salían juntos á caballo; él, visitaba con mucha asiduidad la casa de ella, y un día, que Maximiliano buscaba una fecha en el calendario, díjome al salir :

— No olvide Ud felicitar al coronel G.... el día 15 de septiembre porque ese día, es el de su santo.

Y salió muy serio de la pieza.

Cuando hubo salido, vi el calendario y me reí mucho al ver que el día citado celebra la Iglesia á San Cornelio.

Naturalmente ninguno de estos asuntos llegaba á oídos de la Emperatriz.

Concurría con mucha asiduidad á los bailes la familia del comisario imperial de Mazatlán, quien tenía una sobrina que en aquel entonces era mi prometida y fué más tarde mi esposa.

Encontrándome yo muy enamorado de ella, comuni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

qué al Emperador mi deseo de casarme, y asombrado entre bromas y veras me dijo:

— ¡ Cómo ! apenas tiene Ud veinte años y ya quiere casarse ! ¿ Es Ud todavía casi un niño y ya quiere tener esposa ? no tenía Ud la culpa, sino yo que lo dejaba casar. Ya me imagino que querría Ud estar todo el día como los conejos; para tener á los treinta años diez hijos y entonces, adiós juicio, adiós trabajo y adiós levantarse á las cuatro de la mañana. Espere Ud unos ocho ó diez años y ya me encargaré de arreglarle su matrimonio.

Aquel incidente, no dejó también de ser motivo para que á la hora de la sobremesa fuera yo blanco de sus chispeantes bromas.

Habiendo llegado en esos días á México el Sr Vizconde de Soto Mayor, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Rey de Portugal en el Imperio mexicano, fué recibido con toda pompa en Palacio, el día 20 de julio.

Era portador el ministro de la gran cruz de las órdenes militares reunidas, para el Emperador, y de la gran cruz de las nobles damas de Santa Isabel para la Emperatriz.

El gran chambelán Don Javier Cervantes fué al alojamiento del ministro, en un elegante carruaje tirado por cuatro arrogantes caballos; y el Emperador rodeado de todo su séquito lo recibió en el gran salón de Embajadores, y después de los elocuentes discursos pronunciados, el ministro entregó en nombre del Rey de Portugal á Su

Majestad la insignia de oro y de piedras preciosas, que lo acreditaba gran cruz de la orden citada.

Pasó enseguida el ministro á otro salón donde se encontraba la Emperatriz rodeada de sus damas de honor, y con frase galana entregó en nombre de la Reina de Portugal á Su Majestad Carlota la gran cruz de damas nobles de Santa Isabel.

La Emperatriz contestó muy conmovida al ministro portugués.

En esa ocasión el Emperador concedió al referido ministro la cruz de comendador, y á su secretario la de oficial de la orden mexicana de Guadalupe; y habiéndole preguntado el ministro, qué personas creía que fueran dignas de ser agraciadas con una condecoración portuguesa, Maximiliano designó al ministro Don Luis Arroyo, al comandante Don Agustín Pradillo y á mí.

Poco tiempo después Pradillo y yo recibimos el nombramiento de caballeros de la orden portuguesa del Cristo y el ministro Arroyo, el de comendador de la misma orden.

Esa tarde se sirvió en palacio un gran banquete en honor del ministro de Portugal.

Como se hablara en la mesa de la habilidad de los charros mexicanos, manifestó el Emperador á su huésped que iba á organizar una fiesta netamente nacional, para que éste se diera cuenta de la habilidad á que se referían los comensales.

Efectivamente muy pocos días después se verificó en una llanura cercana al bosque de Chapultepec un colea-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dero, en el que no sólo tomaron parte los charros que los hacendados habían hecho venir de sus haciendas con el fin indicado, sino también el caballerizo mayor Feliciano Rodríguez y el Coronel Paulino Lamadrid, que como dije en uno de los primeros capítulos de este libro, eran muy hábiles en ese peligroso sport nacional.

Se dispuso para la fiesta, un vasto hipódromo, y una lujosa tribuna para los Soberanos, para el embajador portugués y para las personas del séquito imperial.

Á las nueve en punto de la mañana salió el Emperador del castillo, vestido de charro y montando su precioso caballo « Orispelo ». Todos los que le seguíamos, excepción hecha de los militares, íbamos también vestidos de charros y montando muy buenos caballos, en silla mexicana.

La Emperatriz, sus damas de honor y las señoras invitadas asistieron á este acto, en carruajes abiertos.

Habiendo llegado á la tribuna de honor, el ministro portugués ocupó el asiento que se encontraba á la derecha de Maximiliano. Amenizaban el espectáculo las brillantes bandas militares de los cuerpos austriacos y franceses.

Comenzó éste con el sport del lazo, que tan conocido es en México, y en el que se lucieron varios charros, y después siguió el coleadero; y como se encontraban presentes los Soberanos, todos hicieron proezas estraordinarias, especialmente el coronel Paulino Lamadrid, quien no contento con colear á caballo, como

lo hacían todos, derribó con sus hercúleos brazos varias veces á un toro, haciendo la suerte á pie.

A las doce que terminó el coleadero, se dió la señal para regresar al castillo, donde se sirvió un magnífico almuerzo, para los Soberanos, el embajador y los ministros en el interior del Castillo, y para los demás invitados en la galería cubierta, reinando en el almuerzo mucha alegría y mucha animación en esta mesa, pues no estando presentes SS. MM., no había las fórmulas ni la tirantez de la etiqueta.

Terminó el almuerzo á las tres de la tarde, hora en que el embajador, muy complacido, se retiró de Chapultepec.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII

Ojeada retrospectiva. — Los Franceses en México. — Aspecto de la ciudad. — Los conciertos matinales en la Alameda. — El mariscal Forey y los niños. — Gran baile en el Teatro Nacional. — Los príncipes de Iturbide. — El consejo de Estado. — El contingente belga. — Su llegada á México. — La campaña de Michoacán. — Los descalabros de las fuerzas imperialistas. — El 15 de agosto de 1865. — Cómo se celebró en México.

Antes de seguir refiriéndome en general á la corte imperial y en particular á la persona de Maximiliano, es necesario que el lector tenga idea aunque ligeramente, de sucesos, anteriores á mi ingreso á la secretaría particular del Emperador, pues naturalmente se relacionan mucho con lo que relataré en capítulos subsecuentes.

Entraron las tropas francesas á México, como es bien sabido, en el mes de julio de 1863, después del segundo sitio de Puebla; sitio en que las tropas liberales se batieron con tanto heroísmo como valentía.

Á pesar del triunfo de los Franceses y á pesar de que

los soldados de Napoleón III, por doquiera eran recibidos con agasajos, al mariscal Forey, que era un hombre muy perspicaz, no podía escapársele, que ese entusiasmo con que eran recibidas sus tropas, era enteramente forzado, pues comprendía perfectamente que el pueblo mexicano, no toleraba la intervención y que al alejarse de cada ciudad, que abandonaba el Presidente Juárez, éste lo hacía en vista de las circunstancias y obligado por la fuerza; pero contando siempre con la simpatía de los habitantes de las poblaciones que se veía obligado á abandonar.

El día 4 de junio 1863, ocuparon los cazadores de Vincennes, la garita de San Lázaro; el día siete del mismo mes, entró á la capital el general Bazaine y el once del propio junio, hizo su entrada solemne el mariscal Forey, llevando á su derecha al general Almonte y á su izquierda al ministro Saligny; tras el mariscal Forey, caminaba el general Don Leonardo Márquez.

Á la entrada de las tropas francesas al mando del mariscal Forey, acudió á las calles de la capital, con frenético entusiasmo, todo el elemento reaccionario, todos los propietarios y los ricos que habían huído de la ciudad por no verse obligados á pagar lo impuestos de la guerra, y todo lo que falsamente se llama aristocracia, aun en la actualidad, lo mismo que en esa fecha, lejana ya de cuarenta años.

Pero la gran masa del pueblo, el pueblo de artesanos, de trabajadores, de gente únicamente de labor y que en las revueltas tanto intestinas, como en guerras extran-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jeras, es siempre á la que toca la peor parte, ese grupo numerosísimo, asistió á la entrada del ejército francés, solo por curiosidad pues bien marcada era su actitud sombría y casi hostil.

La división francesa, compuesta de unos treinta mil hombres, desfiló por las principales calles de México en el orden siguiente:

El mariscal Forey, con los generales antes citados y con su brillante estado mayor de jefes y oficiales; seguíanle los cazadores de Vincennes, los batallones de línea, los zuavos y los turcos, con sus vistosísimos uniformes; los cazadores de Africa y los spahis, los húsares y la artillería, ocupando desde luego los cuarteles que ya se les habían designado de antemano y desagradando mucho á los habitantes de la ciudad, desde luego, que los cazadores de Africa, tomasen por campamento la Alameda.

Naturalmente chocó que los prados se convirtieron en campo, donde los caballos sueltos pacían alegremente y las calzadas del parque cubiertas de fogatas y tiendas de campaña, alejaron por algunos días y por completo á los asiduos concurrentes á este paseo.

Siendo desconocido en México, entonces por lo menos, el sistema de alojamientos; en los primeros días desagradó mucho también, ver que los oficiales de cierta graduación, se presentasen en las casas de familias medianamente acomodadas solicitando hospedaje. Pero pronto ese disgusto se trocó en simpatía, pues con muy raras excepciones, los oficiales franceses,

eran como todas las gentes de su raza, alegres, decidores, galantes y muy atentos con las damas y las señoritas.

Pasadas algunas semanas de la entrada de las tropas francesas, reinaba en la ciudad la más completa alegría y por doquiera, en teatros, en paseos, en las principales avenidas, se encontraban oficiales franceses luciendo sus vistosos uniformes y llevando del brazo bellas señoritas mexicanas.

Sabiendo el disgusto que en la ciudad había causado que acamparan los cazadores de África en la Alameda, la comandancia militar mandó levantar ese campamento, hizo reparar los prados y componer las calzadas, y ordenó que los cazadores de África pasaran á un cuartel.

Por último, para borrar la mala impresión de ese campamento en el parque ya citado, ordenó la propia Comandancia, que se dieran allí conciertos matinales, que duraban de las diez de la mañana á la una de la tarde.

Fué pues éste el punto de reunión de todas las damas y señoritas de todas las clases de la sociedad, y fué allí donde se proyectaron muchos matrimonios entre oficiales franceses y señoritas mexicanas y donde se comenzaron también muchos idilios.

Nunca dejaba de asistir á estos conciertos el mariscal Forey, quien tomaba asiento cerca de la banda militar, rodeado de su brillante estado mayor. Cuando había ceremonia oficial, presentábase siempre de gran uni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

forme, con sombrero montado, casaca azul, pantalón de ante y bota fuerte de charol.

Era el mariscal de elevada estatura, un poco grueso, de facciones duras, y largos mostachos. Su aspecto á primera vista inspiraba temor más bien que confianza; pero á los pocos minutos de haberlo tratado, descubríase desde luego, al caballero francés de maneras irreprochables y de finos modales.

Tenía especial cariño por los niños y no había alguno de los que concurrían al parque, que no fuera agasajado por el mariscal. Sentabáselos sobre las rodillas, dejaba que ingenuamente y con toda la curiosidad de su edad, inspeccionaran sus condecoraciones, comprábales dulces y juguetes, así es que tan luego como aparecía en la Alameda, corrían hacia él, sus pequeños amiguitos, gritando desaforadamente « ¡ Ahí viene nuestro amigo Don Forey ! ¡ Ahí está Don Forey ! »

Pocas semanas después de que se organizaron los conciertos en la Alameda, en vano los chiquillos buscaban á su amigo Don Forey, pues éste había partido para Francia.

Deseosos los altos jefes y la oficialidad francesa, de demostrar de alguna manera su simpatía á la sociedad de México, organizaron un baile en el gran Teatro Nacional, que como recordarán todavía y por mucho tiempo, muchos habitantes de la buena ciudad de México, era vastísimo, é improvisado en salón de baile, resultaba verdaderamente grandioso.

La decoración del salón, organizada por militares, era naturalmente militar también.

En el fondo, se formó una colosal cruz de la Legión de Honor, hecha con bayonetas y marrazos, los frentes de los palcos ostentaban panoplias muy vistosas, las arañas que iluminaban el salón, estaban también formadas de pistolas y de sables, y por último el vestíbulo lucía brillante decorado de piezas de artillería, balas y fusiles colocados en pabellones.

Los jefes y oficiales franceses atendieron con toda galantería y con sus exquisitas maneras á las damas invitadas; sirvióse á la media noche una espléndida cena y terminó la velada á las cinco de la mañana dejando muy gratos recuerdos entre todos los concurrentes.

Llegó por aquel tiempo el Emperador á la capital y si bien la era de fiestas y de bailes se prolongó por algunos meses, comenzaron muy pronto las dificultades y comenzó también á cundir el descontento entre los miembros del partido conservador, pues el propio Emperador, sin desconocer que entre los conservadores había hombres de talento reconocido y de reconocido valer, no dejaba de llamarles en francés *Vieilles perruques* y de preferir á los liberales, pues reconocía en éstos á los hombres del progreso y del porvenir.

Así sucedió que poco á poco, fué haciendo á un lado á los mismos que lo habían traído al poder y se fué á la vez rodeando de hombres, que por sus ideas avanzadas y antimonárquicas, no podían ser sino sus enemigos.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siendo como era Maximiliano, más idealista y soñador que político, era natural que sus planes fracasaran. Creyó que le sería muy fácil acabar con la guerra civil y con la división de partidos, llamando á su lado á los liberales que quisieran servirlo; y creyó también que así consolidaría en México, una era de paz y de bienestar sin que pasaran tantos años todavía para que se realizara su deseo.

Suponía que la mejor forma de gobierno que podía convenir al país, era la de la monarquía hereditaria; pero como él no tenía hijos y sabía perfectamente que nunca los tendría, había formado el proyecto que después dió á conocer y que consistía en adoptar á dos nietos del Emperador Iturbide. Fué pues llamada á Palacio, la Sra Doña Josefa, hija única que existía del infortunado Don Agustín de Iturbide. Se dió á la mencionada señora el rango de princesa mexicana y se la encargó la educación del pequeño Agustín, entonces de cinco años de edad é hijo de Don Angel de Iturbide, muerto ya, y de una dama americana, que cedió al Emperador todos sus derechos sobre el niño, mediante una fuerte indemnización. Así pues se convino en que á la muerte de Maximiliano, subiría al trono, Don Agustín de Iturbide, nieto del Emperador del mismo nombre, fusilado en Padilla en 1824.

En cuanto al otro Iturbide, el joven Salvador, de dieciséis á dieciocho años de edad, fué enviado á Europa á continuar su educación con una pensión adecuada á su rango de príncipe. Este príncipe, siguió viviendo en

Europa, después de la caída de Maximiliano y cuando apenas contaba veintidós años, se casó en Venecia con una rica heredera de una familia de Polonia.

Siguiendo Maximiliano la idea de Napoleón III de crear en el país una legión extranjera, comenzó por formar la legión belga y enseguida escribió á Trieste para que se formara una legión austriaca, dedicada ésta para su persona. Nada más propio para sembrar la envidia y las rivalidades en el ejército, como la formación de esas legiones extranjeras. Efectivamente, los generales mexicanos al ver esto, comenzaron á sentirse heridos en su susceptibilidad y las legiones extranjeras vinieron á aumentar los elementos de discordia que ya reinaban entre el ejército.

Ocupado Maximiliano desde las cuatro de la mañana en los asuntos de Estado, estimulaba así á todos los demás funcionarios públicos, y á diario expedíanse decretos y leyes, ya dando instrucciones á los prefectos políticos para la conservación de los caminos, cuidando de la salubridad pública, de la instrucción del pueblo, imponiendo penas severísimas para los ladrones y los plagiarios; ya creando un consejo de Estado, cuyas atribuciones eran la redacción de leyes y de reglamentos y el examen y el estudio de los que le fueran sometidos por el Emperador, dándole su dictamen.

Este consejo llevaba el sello marcado de las ideas del Soberano, pues sus miembros habían sido escogidos entre los caballeros más prominentes de los dos partidos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era el presidente del consejo Don José María Lacunza, reconocido como liberal, así como también los consejeros Ortigosa, Don Manuel Siliceo y López Portillo.

Entre los consejeros reconocidos netamente como clericales, encontrábanse los Sres. Don Hilario Elguero, Don Teodosio Lares, y Don Urbano Fonseca siendo también consejeros el general Don José López Uraga y el obispo Ramírez. Mientras esto pasaba en la capital del Imperio, las tropas francesas se batían en diversos puntos del país, cosa que indicaba muy á las claras que éste lejos de estar pacificado, seguía en constante revuelta.

Así por ejemplo, en los límites de los Estados de Durango y Chihuahua, el coronel Dupont batía al jefe juarista Quesada. Al suroeste de Guadalajara, el coronel Clinchant dispersaba las fuerzas de Arteaga y sin embargo, á pesar de estos triunfos de las tropas francesas, el mariscal siguiendo los deseos de Napoleón, enviaba á Francia las primeras fuerzas francesas al mando del general Laurencez. Todos los Mexicanos adictos á la causa del Imperio, vieron con profundo sentimiento la partida de las fuerzas francesas que abandonaban el país; pues no se necesitaba ser gran estratégico ni gran militar, para comprender que las fuerzas belgas recientemente llegadas no podían competir en lo absoluto con los soldados de Napoleón III.

Esta medida y otras determinaciones que tomaba el mariscal Bazaine, quien directamente recibía sus ór-

denes del ministro de la guerra en Francia, eran enteramente desconocidas de Maximiliano y comenzaba á despertar su desconfianza y á acarrear cierta tensión entre las relaciones del mariscal con el Emperador.

Sin embargo en apariencia, las relaciones entre los dos seguían muy cordiales, pero cuantas veces delante de mí, cuando yo escribía en el cuarto de Su Majestad; éste y Carlota trataban dicho asunto en largas é importantes conferencias.

Hablaban en francés, y yo escuchaba sus amargas quejas y los reproches que hacían al Emperador de los franceses; sabían que de mis labios no saldría una sola sílaba y seguían y seguían, quejándose y formando proyectos para salvar el naciente Imperio mexicano.

Aumentó el disgusto en esos días, un serio percance acaecido á la legión belga en Michoacán. Eran los belgas soldados bisoños, casi niños todos, pues con excepción del coronel Vandersmissen y del mayor Tigdal, muy pocos eran los que pasaban de veinticinco años. Habíanse alistado en Bruselas, al saber que venían á México, solo con el deseo de obtener triunfos y gloria militar, en un país del que era soberana, su querida princesa Carlota, hija de su rey Leopoldo.

Cuando llegaron los belgas á México, el Emperador llevando del brazo á su ilustre consorte, pasó revista á la nueva legión, frente al Palacio imperial, la Emperatriz les dirigió amables frases de bienvenida y por la tarde se les sirvió una comida á la que asistieron desde

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el coronel hasta el último subteniente. Esa tarde Su Majestad Carlota, se mostró muy complacida de hallarse entre sus paisanos y con marcada afabilidad preguntaba á cada uno de los oficiales de qué punto de Bélgica era, si tenía familia y otros detalles mas sobre sus personas y su país natal. Pocos días después de su llegada á México, salieron los belgas para la campaña, yendo á reforzar la guarnición de Morelia que solo se componía del 81 de línea á las órdenes del coronel De Potier. Este coronel francés y Vandersmissen, recorrieron la comarca con una ligera columna sin alcanzar al enemigo, dejando hacía el sur un destacamento de trescientos belgas, á las órdenes del mayor Tigdal, habiéndole advertido De Potier que era muy fácil que lo atacara Régules y que por lo tanto debía detenerse y atrincherarse en Tacámbaro para cortar el paso á los tres mil hombres de Régules.

Efectivamente al amanecer del día once de abril de 1865, por doquiera desembocaban los asaltantes; salen los belgas tres veces de sus trincheras y los rechazan á la bayoneta; pero á cada salida disminuye el número de ellos; de tal manera, que se ven obligados á encerrarse en la iglesia, donde resisten hasta las diez de la mañana. Caen mortalmente heridos á esas horas el capitán Chazal, hijo del ministro de la Guerra en Bélgica, y el capitán Delaunay; el mayor Tigdal y tres de sus tenientes más valerosos caen muertos, y los dos capitanes y el último teniente que quedaban, son también heridos. En esos instantes incéndiase el campanario, y

los ciento noventa soldados que quedan se rinden, siendo ya materialmente imposible la resistencia.

Llega esa misma noche á Tacámbaro el general Arteaga, y sin haber tomado participación alguna en el combate, pide inhumanamente que los ciento noventa adolescentes belgas sean pasados por las armas en el acto; pero se oponen á tan bárbara carnicería los generales Riva Palacios y Régules. Tan luego como el coronel De Potier tuvo conocimiento de esta derrota, se puso en persecución de Régules, á quien alcanzó el día 23 del mismo mes, derrotándolo y consiguiendo que sus fuerzas se desorganizaran y huyeran con dirección hacia el sur.

Dejo á la consideración de mis lectores, la impresión que la derrota de los belgas, causaría en el ánimo de los Soberanos, especialmente en el de la Emperatriz, quien al saber la noticia funesta, reprochaba á De Potier, el haber dejado el pequeño destacamento de trescientos soldados noveles sabiendo que una fuerza mayor iría á atacarlos.

Pocos meses después el coronel Vandersmissen fué investido del mando de todo el Estado de Michoacán, limítrofe con el de Guerrero, que servía de retiro á numerosos grupos del partido liberal. Tenía el coronel belga para secundarlo en sus planes de campaña al coronel Clinchant con seiscientos zuavos y al coronel mexicano Ramón Méndez, indio lleno de bravura á quien apellidaban el segundo Mejía. Informados los tres jefes que acabo de citar, de que el día 19 de junio,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los generales juaristas Arteaga y Pueblita, habían atacado y tomado la ciudad de Uruapan, fusilando al subprefecto Don Isidro Paz y al comandante de la plaza, coronel Lemus; el coronel Clinchant, se pone en persecución de Pueblita, lo alcanza, lo derrota y lo mata y recobra la plaza de Uruapan.

Entre tanto Arteaga maniobra para envolver á los belgas, que con el coronel Vandersmissen ocupan el día 29 del mismo mes la ciudad de Tacámbaro, que era el cuartel general de los liberales y ejecuta ese movimiento apoyado por el valiente coronel Méndez á quien ya cité antes. El coronel belga, para inspirar confianza al enemigo hace una retirada falsa desde Tacámbaro hasta Santa Clara, donde transporta sus enfermos y reune sus provisiones. Cae Arteaga en la trampa y entra á Tacámbaro con tres mil combatientes; entonces Vandersmissen, que aunque solo tiene novecientos combatientes tiene fé en la victoria pues sus soldados están sedientos de venganza, ataca á las tropas del general republicano, mientras la artillería barre el camino; toman á paso de carga los belgas las posiciones de Arteaga, huye la caballería de éste, la infantería se rinde y al cabo de una hora la victoria está del lado de los imperialistas que toman al enemigo, una bandera, seis piezas de artillería y gran cantidad de fusiles y de carabinas entre las cuales se encuentran todas las que los mismos belgas habían perdido en el combate del once de junio.

Y así como causó tal sentimiento en el ánimo de los

Soberanos la noticia de la primera derrota, así la noticia de esta victoria llenó de alegría sus corazones, especialmente el de la Emperatriz, por tratarse, como ya se sabe, de sus compatriotas.

Con motivo de este triunfo, la Emperatriz escribió una carta á Vandersmissen felicitándolo; el Emperador otra á Bazaine; pero del coronel mexicano que había tomado parte muy activa en el combate nadie se acordó y éste fué un nuevo germen de rivalidad y de discordia.

Llegó el día quince de Agosto de 1865, fecha que la Francia Napoleónica celebraba con gran esplendor y tercera vez que las tropas francesas, de la expedición de México, celebraban la citada fecha en territorio mexicano. Celebróse la del año 1865, como las de años anteriores, con solemne *Te Deum* en la Catedral, revista pasada á las tropas por el mariscal Bazaine, banquete por la tarde en Chapultepec, ofrecido por el Emperador á ochenta jefes y oficiales franceses de alta graduación; y como el comedor del castillo no fuera suficiente para contener tanta gente, allí solo se sirvió la mesa de honor para el Emperador, el mariscal Bazaine y los generales, y en los jardines se distribuyeron los demás comensales militares. Todavía en ese banquete parecía reinar en apariencia la mayor cordialidad entre el Emperador y el mariscal. A la hora de los brindis, Maximiliano brinda por Napoleón III y el mariscal brinda por Maximiliano Emperador de México. Por la noche á las ocho se quemaron en la plaza unos fuegos artificiales muy vistosos en los que la pieza principal repre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentaba la toma de una plaza fuerte y desde las diez de la noche hasta la madrugada hubo gran baile en el palacio de Buenavista, donde su propietario el mariscal Bazaine había dispuesto un decorado enteramente militar.

Como los jardines del palacio de Buenvista se extendían hasta el Egido y estaban cerrados solo por una reja de hierro, el pueblo en masa podía admirar la hermosa iluminación y los brillantes letreros formados con farolillos venecianos y en los que se leía « VIVE NAPOLÉON III! VIVE L'EMPEREUR MAXIMILIEN! ».

CAPÍTULO IX

Los generales Miramón y Márquez parten para Europa. — La Orquesta, sus redactores y su dibujante. — Accidente en el ferrocarril de Tacubaya. — Las Víctimas. — Visita al Hospital de Jesús. — Disgustos en la corte. — Viaje á Pachuca. — Una noche en el lago de Texcoco.

Dos hombres sobre todos los demás descollaban entre los jefes del partido conservador; eran estos los Generales Miramón y Márquez.

Miramón, que de simple alumno del Colegio Militar había conquistado en muy poco tiempo todos sus grados militares, y á pesar de su edad relativamente corta, había llegado á ser Presidente de la República, y Leonardo Márquez, que habiendo nacido en Enero de 1820, comenzó su carrera militar á los diez años de edad, entrando como cadete al ejército y había llegado á ser general de División en 1859.

A su valor indiscutible, los dos jefes reunian grandes conocimientos militares, vasta instrucción, y grandes deseos de ayudar al triunfo de la causa imperialista.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentaba la toma de una plaza fuerte y desde las diez de la noche hasta la madrugada hubo gran baile en el palacio de Buenavista, donde su propietario el mariscal Bazaine había dispuesto un decorado enteramente militar.

Como los jardines del palacio de Buenvista se extendían hasta el Egido y estaban cerrados solo por una reja de hierro, el pueblo en masa podía admirar la hermosa iluminación y los brillantes letreros formados con farolillos venecianos y en los que se leía « VIVE NAPOLÉON III! VIVE L'EMPEREUR MAXIMILIEN! ».

CAPÍTULO IX

Los generales Miramón y Márquez parten para Europa. — La Orquesta, sus redactores y su dibujante. — Accidente en el ferrocarril de Tacubaya. — Las Víctimas. — Visita al Hospital de Jesús. — Disgustos en la corte. — Viaje á Pachuca. — Una noche en el lago de Texcoco.

Dos hombres sobre todos los demás descollaban entre los jefes del partido conservador; eran estos los Generales Miramón y Márquez.

Miramón, que de simple alumno del Colegio Militar había conquistado en muy poco tiempo todos sus grados militares, y á pesar de su edad relativamente corta, había llegado á ser Presidente de la República, y Leonardo Márquez, que habiendo nacido en Enero de 1820, comenzó su carrera militar á los diez años de edad, entrando como cadete al ejército y había llegado á ser general de División en 1859.

A su valor indiscutible, los dos jefes reunian grandes conocimientos militares, vasta instrucción, y grandes deseos de ayudar al triunfo de la causa imperialista.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Respecto á Márquez, bueno es recordar aquí, que aun cuando sus adversarios políticos siempre le han echado en cara los fusilamientos del 11 de Abril de 1859, él ha demostrado plenamente que los hizo por orden expresa y terminante del Presidente Miramón.

Márquez fué de los primeros jefes mexicanos que desde Veracruz se pusieron á las órdenes del General Almonte y después siguió militando á los órdenes de los jefes franceses, habiendo entrado á México con el general Forey.

Los consejeros de Maximiliano no podían serenamente ver que estos dos hombres tan notables, tuvieran alguna influencia en el ánimo del Emperador, y comenzaron á sembrar en su espíritu la desconfianza, manifestándole que eran muy capaces de traicionarlo y procuraron por cuantos medios estuvieron á su alcance alejarlos del país.

Maximiliano, que en semejantes casos siempre encontraba pretexto plausible para alejar á los que caían en desgracia suya, ideó que Márquez fuese enviado á Constantinopla como Ministro del Imperio Mexicano ante la Sublime Puerta; y que de ahí pasara á Jerusalén é hiciera una visita á toda la Palestina.

Respecto á Miramón, se le ocurrió que fuera este jefe á residir á Berlín para que allí estudiara la táctica prusiana y después implantara en el ejército mexicano todos los adelantos de la milicia alemana.

Todas estas misiones en el extranjero costaban sumas enormes á la Nación; pero eso importaba poco, porque se conseguían dos objetos: primero, que estuviesen lejos las personas de quienes se temía una traición y segundo, que con tanto boato como desplegaban los representantes del Imperio Mexicano, se hiciera creer á las potencias europeas que realmente ese Imperio estaba perfectamente consolidado.

Publicábase por aquel entonces en la capital un chispeante periódico de caricaturas denominado *La Orquesta*, redactado por don Lorenzo Elízaga y otros jóvenes escritores liberales de talento. Dibujaba ese periódico el tan reputado caricaturista Don Constantino Escalante, muerto de un accidente ferrocarrilero, tres años después. Con motivo de la partida de Miramón y Márquez para Europa, el citado periódico publicó una caricatura muy chispeante, que cayó muy en gracia al Emperador.

En esa caricatura se veía á Márquez, vestido de peregrino y camino de Tierra Santa y á Miramón con traje de estudiante que va á la escuela.

Otra caricatura muy ingeniosa que causó en el público gran sensación, lo mismo que en el ánimo del Monarca, fué una en la que el lápiz de Escalante representaba al Emperador entre dos ministros, uno conservador (Escudero y Echanove) y el otro liberal (Doblado). El conservador ofrecía á Su Majestad una cajetilla de cigarros diciéndole: « Señor, si Ud gusta, son legítimos de Monzón, » y el liberal una caja de puros de la que Maximiliano tomaba uno, diciendo al conservador:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« Gracias, Señor, soy de á caballo. »

Bien comprenderán mis lectores la alusión y el ingenio de la caricatura cuando recuerden que en aquellos aciagos tiempos de lucha, se llamaba puros á los liberales.

Por aquellos días también, una tarde que S. M. se paseaba por la terraza del alcázar, mientras yo le leía los documentos y las cartas, llamó repentinamente su atención el ir y venir de muchas gentes que corrían en dirección de la línea del Ferrocarril del Valle. Era que éste había descarrilado causando un regular número de víctimas. Efectivamente, desde la terraza, pudimos ver volcada la locomotora y los coches. Ordenó Su Majestad inmediatamente se le proporcionaran los detalles posibles y poco tiempo después, el ayudante Feliciano Rodríguez regresó trayendo cuanto detalle pudo obtener sobre la catástrofe.

Era esa noche de baile en Palacio, pero al saber el accidente, Su Majestad manifestó á la Emperatriz que le representara en la tertulia pues él llegaría tarde. Como á las ocho salimos por una puerta reservada que había en el baluarte Sur y acompañados del ayudante Rodríguez nos dirigimos al Hospital de Jesús donde los empleados de él, no comprendían qué iba á hacer allí el soberano.

Nos recibieron los practicantes, los enfermeros y las hermanas de la Caridad y nos condujeron á las salas donde se encontraban los heridos. Eran siete ú ocho las víctimas del descarrilamiento y tres de ellos se

encontraban en muy grave estado. Había habido más víctimas; pero como pertenecían á clases sociales más elevadas fueron conducidas á sus domicilios.

Á las diez de la noche, que terminó nuestra caritativa visita á los heridos, regresamos á Palacio, entrando por la puerta que conducía á la escalera oculta del baluarte, porque tanto los patios como las demás escaleras, estaban llenas de criados, de guardias y de invitados.

Por la tarde, momentos después del accidente ferrocarrilero, me había dicho S. M. en el tono de broma, que con frecuencia usaba conmigo:

« Usted se prepara para ir al baile esta noche, ¿ no es eso? pues yo le voy á proporcionar otra diversión, si no tan agradable por lo menos más provechosa. Va Usted á acompañarme á los hospitales. »

Dada mi edad de entonces, comprendía muy bien que me contrariaba no ir al baile y se complacía en contrariarme, para reír con todas sus ganas de la cara que yo debo haber puesto, cuando supe que iría á ver heridos en vez de ir á ver mujeres hermosas.

Pero tan luego como regresamos á Palacio, ya había enviado á uno de sus camaristas á que trajera mi traje de etiqueta á su misma pieza, y allí mientras á él lo vestían sus camaristas, yo me vestí en un rincón, pasando después á que me peinara uno de sus criados.

Terminado nuestro tocado, pasamos á los salones, donde con toda afabilidad se puso á conversar entre los grupos de invitados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algunas veces ya en el trayecto de Chapultepec á Palacio, ya durante la lectura de los documentos y de las cartas, me dirigía la palabra en estos términos :

« Usted debe oir hablar mucho de mí, y aunque como todos saben el puesto que Ud ocupa, siempre que hablen de mi persona delante de Ud han de hacerlo en términos halagadores, no han de faltar enemigos gratuitos míos que por molestarlo hablen mal de mí. Si así sucede, no deje nunca de referirme todo cuanto oiga respecto á mis actos y á mi propia persona, ya sea favorable ó desfavorable, para poder evitar los males y los abusos que por conducto de Ud lleguen á mis oídos. No le exijo que me diga los nombres de las personas que censuren mis actos, ni hacerle desempeñar el papel de delator, sólo deseo conocer las críticas que se hagan á mi manera de gobernar. »

Alentado así, muchas veces le referí las hablillas que circulaban en la ciudad, especialmente el disgusto que causaba á muchos mexicanos prominentes, ver que los franceses ejercían un dominio casi absoluto sobre él, no solamente en la parte militar, sino también en otros ramos de la administración y que habiendo en México personas muy competentes para desempeñar puestos de importancia, especialmente en el ramo de Hacienda, se hacían venir del extranjero funcionarios que costaban sumas enormes á la Nación.

Así por ejemplo, el Sr. Costa, diputado á las cámaras francesas, quien fué después reemplazado por el Sr. Bonnefond y por último por el Sr. Langlais. Á éste, lo dió á

conocer Su Majestad, por medio de un decreto que comenzaba con las siguientes palabras :

« Deseando dar al Sr. Langlais una prueba de nuestra alta consideración, y utilizar sus profundos conocimientos administrativos y financieros... »

Seguía después una lista muy larga de los asuntos que se sometían al examen del referido Langlais, entre los cuales los principales eran dependientes del ministerio de Hacienda y del Consejo de Estado, por ejemplo, ingresos y egresos, bancos, créditos, organización judicial, administrativa, prefecturas, municipios, tratados internacionales, de comercio, correos, concordatos etc. etc.

Tenía pues el referido Sr. Langlais un carácter de ministro sin cartera, pudiendo asistir siempre que lo ordenaba Maximiliano al Consejo de ministros. Percibía el enorme sueldo de cien mil francos anuales, más cincuenta mil para gastos y al cabo de tres años, una gratificación extraordinaria de doscientos mil francos. Por esto, podrá comprenderse el disgusto que causaba entre los mexicanos, la llegada de un Ministro universal.

Y á pesar de todas estas dificultades, que cada día aumentaban, el Emperador con su optimismo de costumbre, lo veía todo cada día más color de rosa y proyectaba nuevos viajes, dejando á La Emperatriz, encargada de los negocios durante su ausencia.

Así fué que dispuso para el día 24 de agosto hiciéramos un viaje á Pachuca, saliendo en canoa rumbo á Texcoco. Á las siete de la noche del mismo 24, nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

embarcamos en San Lázaro, los que formábamos la comitiva de Su Majestad y que éramos los Sres. Don Juan de Dios Peza, ministro de la Guerra, el lic. Faustino Chimalpopoca Galicia, conocedor de lenguas aborígenes, el ayudante Feliciano Rodríguez, dos oficiales de órdenes y yo. Maximiliano, que como ya he dicho repetidas veces, era muy aficionado á acostarse temprano y á no contrariar sus costumbres, tenía de cuando en cuando extraños caprichos, para probar su fuerza de voluntad. Y decidió que pasáramos esa noche en vela, navegando por la laguna.

La flotilla imperial se componía de una gran canoa destinada al Emperador, alfombrada ricamente, y con divanes y cojines. En esa canoa se nos sirvió cerca de media noche una espléndida cena, dirigida por el indispensable Venisch. Como además de la exquisita champaña que siempre acostumbraba servirse en la mesa imperial, habíase ocurrido á alguien llevar pulque, que, según los conocedores era un pulque exquisito; ocurrióse también á otro de los allí presentes, mezclar la magnífica champaña con el feo brebaje nacional y tal mezcolanza naturalmente hizo un efecto deplorable en las cabezas de algunos comensales. Agréguese á esto, el frío de la madrugada, pues la sobremesa se había prolongado hasta hora muy avanzada y se comprenderá cómo, apenas se durmió el Emperador que fué ya cerca de las cinco de la mañana; todos los que formábamos la tertulia sentados á la usanza turca en cojines sobre el piso de la canoa, nos vimos obliga-

dos á retirarnos á las embarcaciones que venían á la cola de la flotilla. Á las siete de la mañana llegamos á Texcoco, donde la recepción fué cordialísima como siempre, y era imposible pudiera suponerse que, lejos de aquel medio ambiente de simpatía que rodeaba al Emperador se le odiara á muerte y se le tratara de usurpador y de aventurero en los pueblos y en las ciudades que no lo conocían.

Se pasó la mañana visitando las escuelas, la cárcel y el hospital; se hizo también una visita á la fábrica de vidrio, donde dirigió felicitaciones muy cordiales al propietario, estimulándole á seguir haciendo prosperar esa industria y por último, dió á la autoridad, seiscientos pesos para las escuelas y doscientos para los pobres.

Enseguida, y en carruajes que se habían puesto á disposición del Emperador y de su comitiva, seguimos para la Hacienda de Chapingo, hermosísima finca rústica, propiedad entonces del Sr. Antonio Morán, chambelán del Emperador, y después del presidente de la República Gral. Don Manuel González.

Tanto el Sr. Morán, como el Sr Cervantes, que se encontraba allí, y las familias de ambos atendieron á Maximiliano y á sus acompañantes con exquisita galantería, y por la tarde se sirvió la comida para sesenta personas en el vasto y hermoso comedor de la hacienda.

Después de un ligero reposo, seguimos para San Juan Teotihuacan, donde pasamos la noche, en la mejor casa del pueblo.

Al día siguiente antes de partir el Emperador visitó las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

famosas pirámides del Sol y de la Luna y el Sr. Chimalpopoca descifró los jeroglíficos aztecas que decoran esos montículos artificiales. Al descender de las pirámides, una multitud de desarrapados indígenas ofrecían á Maximiliano las apócrifas antigüedades que allí fabrican todavía y que tienen la ingenuidad de creer que los viajeros medianamente ilustrados toman por auténticas. El Emperador no quiso comprar ni aceptar nada, diciendo que ya en el palacio Imperial de México poseía bastantes antigüedades, pero ordenó se distribuyera algún dinero á aquellos desdichados.

De San Juan Teotihuacan salimos á las nueve de la mañana rumbo á Otumba, donde nos recibió el Sr Carrasco, entusiasta y muy leal partidario del Imperio; este caballero era una especie de patriarca de Otumba, su numerosísima familia componía gran parte de la población en esa villa.

Contaba con diez hijos todos ellos casados y padres á su vez de numerosa prole.

Sabiendo los antecedentes de Carrasco y viendo el gozo que le había causado con su visita, el Emperador le concedió la cruz de caballero de la orden de Guadalupe, dando en nombre de la Emperatriz la de San Carlos á la esposa de Carrasco. En esa misma localidad, se encontraba también un rico hacendado, comerciante en pulques, que sostenía un numeroso ejército de jornaleros que le veían casi como á un padre.

Á este señor llamado Don Manuel Garcés, concedió el Emperador la medalla de plata del mérito civil. De

Otumba seguimos para la hacienda de los Reyes, propiedad del Sr. Adalid, donde comimos y pasamos la noche. A esa hacienda, nos acompañaron los Srs. Carrasco y Garcés. Allí se encontraban muchas personas de México, muy adictas al Imperio y allí también le fué presentado á Su Majestad el poeta Don José Zorrilla, popular autor del Don Juan Tenorio, y de tantas otras obras.

Conociendo como conocía Maximiliano la lengua y la literatura españolas, tuvo gran placer en platicar largamente con el poeta español sobre asuntos literarios.

Zorrilla era de baja estatura, un poco grueso, de regulares facciones, ojos muy negros y mirada muy penetrante; tenía bigote negro muy espeso y cabellos del mismo color un poco largos á la usanza de los románticos.

La comida se sirvió en el vasto comedor de la casa de la hacienda, habiendo los propietarios hecho servir en un gran frasco de cristal pulque elaborado cuidadosamente para que Su Majestad lo probara. Bebió del famoso licor nacional Maximiliano, y dijo que efectivamente si así pudiera obtenerse en la capital, podría servirse en cualquiera mesa elegante. Después de la comida se improvisó en el salón un concierto y una velada literaria, en la que obtuvo grandes ovaciones y muy merecidas por cierto, Don José Zorrilla con la recitación clara y armoniosa de algunas de sus composiciones. El Emperador que como es bien sabido, era un poeta excelente, felicitó con toda cordialidad al autor de Don Juan

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tenorio y le dijo que jamás había oído hablar la lengua española, con tanta corrección.

A pesar de que al día siguiente muy de madrugada teníamos que continuar nuestro camino, la velada se prolongó hasta muy entrada la noche.

Al día siguiente, 26 de agosto, salimos de la hacienda de los Reyes á las seis de la mañana; en el patio de la hacienda, ya nos esperaban todas las señoras para despedirse del Emperador; y los Sres. Adalid, Garcés, Carrasco y Zorrilla listos para acompañarnos.

El soberano iba en carretela y yo á su lado. Al pasar un arroyo que las abundantes lluvias habian convertido en torrente, fué preciso echar pie á tierra, pues el puente para carruajes estaba en tan mal estado, que uno de los carruajes al pasar había caído al torrente y costó gran trabajo á los mozos dirigidos y ayudados por Feliciano Rodríguez, sacarlo de aquel atolladero. Zorrilla que iba en el carruaje volcado, recibió un susto fenomenal; y cuando ya habíamos pasado el arroyo y nos encontrábamos todos sanos y salvos decía riendo y con mucha gracia al Emperador, que no porque sabía hacer versos estaba exento de tener miedo.

Al atravesar el cortejo imperial por aquellas extensas llanuras cubiertas de magueyes, los caballeros hacendados explicaban á Su Majestad el cultivo de esa planta y la manera cómo se elabora el pulque, haciendo ver las pingües utilidades que se obtendrían, cuando terminado el ferrocarril de Veracruz, pudiera enviarse ese licor á Puebla, Orizaba, etc., etc.

Cerca de las once de la mañana llegamos al acueducto de Zempoala, donde el Emperador quedó maravillado ante esa obra notable de la época colonial.

Se hicieron comentarios muy favorables para los que dirigieron tal maravilla de arte arquitectónico y Maximiliano no se cansaba de lamentar que se encontrase tan lejano de la capital ese famoso acueducto. Como los conductos que conducían el agua estaban rotos é inutilizados desde hacía varios años, el Emperador prometió que muy en breve se ocuparía de la reparación de ellos.

Este ofrecimiento hizo prorrumpir en vivas estruendosos al cortejo imperial. Naturalmente, tal obra no se llevó nunca á cabo y el acueducto de Zempoala no tardará en desaparecer por completo.

Tan luego como llegamos á Zempoala, se despidieron de nosotros los Señores Adalid, Carrasco y Zorrilla, quedando también desde luego nombrado Adalid, caballerizo de Su Majestad y Don José Zorrilla, lector de la corte. Almorzamos en Zempoala para seguir después nuestro camino por Venta de Cruz y llegar á Pachuca á las seis de la tarde.

En la garita de esta población, nos esperaba el Ayuntamiento en masa, los notables de la ciudad, y los ingenieros y directores de las compañías mineras de ese famoso lugar.

Encabezaba el grupo de ingenieros y directores el Sr. Wald, director de la Compañía Inglesa, y un gran número de barreteros con antorchas, formaba una proce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sión muy vistosa. Seguidos por esa procesión atravesamos la ciudad, hasta llegar al suntuoso alojamiento que para Su Majestad se tenía preparado en la casa de la Compañía Inglesa.

CAPÍTULO X

Pachuca. — Visita á la ciudad. — El hospital. — El Dr Bandera. — Real del monte. — La Hacienda de Regla. — Visita á las minas. — Donativos. — Tulancingo. — Distribución de condecoraciones. — Embarque en Texcoco. — Regreso á México.

Al siguiente día de nuestra llegada á Pachuca, el Emperador me hizo llamar exactamente á la misma hora que de costumbre para el acuerdo, es decir á las cuatro de la madrugada, como si nos encontráramos en Chapultepec ó en el Palacio Imperial de México.

El Sr Wald, director de la Compañía, preguntó á qué hora acostumbraba almorzar Su Majestad, y á las diez ya estaba la mesa servida con el mismo lujo que la víspera para la comida; pero antes de sentarse á almorzar Maximiliano, hizo saber al Director de la Compañía, que trayendo un séquito numeroso y suficientes provisiones y vinos, en manera alguna quería molestar á la Compañía y que por lo tanto suplicaba al Sr Wald, se sirviera dejarle en absoluta libertad para hacer uso de sus vinos y provisiones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Sr Wald, por conducto del ministro Peza, manifestó á su vez al Emperador que de ningún modo consentiría en que Su Majestad hiciera gasto alguno, que se sentía muy honrado con huésped tan ilustre y que suplicaba encarecidamente al Soberano permitiese á la Compañía servirle en todo, durante su permanencia en Pachuca.

Agregó el Sr Wald que poco, muy poco sería lo que la Compañía podía hacer para corresponder á tan alto honor y poder escribir con letras de oro el nombre de Su Majestad en sus anales.

Conociendo Maximiliano lo susceptible del carácter británico, aceptó el ofrecimiento del Sr Wald y contestó dándole las gracias en una carta escrita de su puño y letra, reservándose á enviarle de México, como lo hizo después, un magnífico presente.

Después del almuerzo, salimos á hacer una visita á la ciudad, prefiriendo como siempre Maximiliano ver en qué estado se encontraban las escuelas, la cárcel y el hospital. Este estaba á cargo de un joven doctor, liberal intransigente, llamado Don José María Bandera, y que el día anterior había rehusado asistir á la recepción. No esperando pues, que el Emperador visitara el establecimiento de su cargo, se sorprendió mucho al verlo llegar con su comitiva, y se vió obligado á recibirlo con cortesía. El Soberano con sus maneras exquisistas en muy pocos minutos, se captó las simpatías del Dr Bandera, y cuando Maximiliano le manifestó que lamentaba ver el establecimiento en condiciones poco

favorables, Bandera le dijo que la falta de recursos, hacía que no pudiera implantarse mejora alguna.

Maximiliano entonces, ordenó desde luego que se ministrasen quinientos pesos para las necesidades más urgentes del Hospital, y Bandera, después de darle las gracias á nombre de los enfermos, le preguntó que á quién daría cuenta del uso que hiciera de esa suma. Entonces Maximiliano, con mucha sencillez, le contestó que al propio Doctor Bandera, á quien deseaba ver esa tarde á su mesa. El joven Doctor desarmado ante tanta finura, no tuvo más que asistir á la mesa Imperial.

Al otro día, siguiendo el hermoso y amplio camino carretero que conduce de Pachuca á Real del Monte, hicimos una visita á este pintoresco mineral. Cuando llegamos á él, estaba literalmente cubierto de niebla, y Maximiliano, á quien acompañaba muy de cerca el Sr Wald, dijo á este en tono de broma, que los ingleses eran tan apegados á sus usos y costumbres, que donde quiera que se establecían, no contentos con construir según su especial arquitectura llevaban hasta su clima especial también de brumas y de nieblas.

Y así parece en efecto, pues cualquiera que haya visitado ese pintoresco mineral tan cercano á Pachuca, lo encontrará más inglés que mexicano. Las casitas de los ingenieros, que en su mayoría, sino en su totalidad son inglesas, lo mismo en la época del Imperio, que en la actual, están fabricadas á la usanza británica y por sus ventanas aparecen las cabecitas rubias de las hijas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ó jóvenes esposas de los ingenieros, cabecitas que entre la bruma, hacen creer efectivamente que el viajero se encuentra en alguna pequeña localidad de la brumosa Albión y no en un pueblecillo de México.

A nuestro regreso para Pachuca, en uno de los lugares más accidentados del camino, resbaló uno de los caballos que montaba un húsar austriaco, yendo á caer al fondo de una profunda barranca, pero como esto sucedió á bastante distancia del carruaje que ocupaba Su Majestad, los oficiales no queriendo echar á perder el placer que aquel viaje había causado á Maximiliano, ocultaron el accidente dejando algunos soldados que se encargaran de recoger el cadáver del infortunado austriaco. El 28 del mismo mes, visitamos la pintoresca Hacienda de Regla, donde los ingleses que la tenían á su cargo, después de explicar minuciosamente el procedimiento para el beneficio de metales, nos obsequiaron con un suculento almuerzo cerca de la bellísima cascada de esa hacienda.

Este almuerzo fué servido enteramente á la inglesa, muy buena carne, patatas con mantequilla, té y magnífica cerveza negra.

El día veintinueve, se nos invitó á visitar las principales minas de Pachuca, siendo la primera que visitamos la del Rosario, que entonces se encontraba en plena bonanza. Ya se nos habían preparado los clásicos trajes mineros : sacos y pantalones de lienzo, y cascos de lona embreada con su bujía fijada al frente. Todos, desde el Emperador hasta el último de sus acompañantes vesti-

mos aquellos trajes para penetrar á los tiros, en unas plataformas, que corriendo por angosta y subterránea vía férrea, nos dejaron ver por unos cuantos minutos la vida infernal de los desdichados barreteros. Pero faltaba la segunda parte, es decir, bajar por malacate al fondo de la mina.

Maximiliano deseaba bajar, pero tanto los ingleses de la Compañía, como los oficiales que lo acompañaban, le suplicaron que no lo hiciera, pues además de ser muy molesto y muy peligroso para los profanos, cuán tremenda sería la responsabilidad de los ingenieros, si viniera á romperse un cable del malacate que llevaba al soberano ó si un derrumbe, accidente nada remoto, viniera á causar lesiones ó la muerte á la Imperial persona.

En vista de esas razones, desistió Su Majestad, y sólo se permitió la bajada á la mina, por el malacate, al Coronel Feliciano Rodríguez, al Coronel Lamadrid, á dos oficiales de órdenes y á mí. Muchos de mis lectores, que residan ó hayan residido en minerales, conocerán esa impresión penosa de la bajada á una mina por ese procedimiento primitivo que se llama malacate y comprenderán muy bien cómo, tanto mis compañeros como yo, cuando estábamos en el fondo de la mina, más que admirar el inmenso trabajo del hombre, para extraer la plata de las entrañas de la tierra, lo único que deseábamos era salir de aquel horno, donde además del horrible calor, el peligro de un derrumbe, ya sea natural ó producido por algún barreno, podía sepultarnos en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vida, como con frecuencia sepulta á tantos infelices.

Habíase anunciado nuestra salida de Pachuca, para el día treinta por la madrugada, y como Su Majestad había ordenado se distribuyesen mil pesos entre los barreteros, éstos manifestaron su gratitud al soberano, agrupándose al pie de los balcones de la casa que ocupábamos, y lanzando vivas al emperador, hasta muy entrada la noche del veintinueve.

Á las seis de la mañana del treinta y acompañados por una gran comitiva, que nos dejó hasta muy lejos de la ciudad, emprendimos nuestra caminata para Tulancingo, donde llegamos á las cuatro de la tarde.

Esta ciudad, que tiene un aspecto muy distinto al de Pachuca, agradó mucho á Maximiliano; excuso decir que allí, lo mismo que por doquiera, el Emperador fué recibido con grandes demostraciones de entusiasmo y de simpatía. Hizo los honores de la ciudad, el Sr Obispo además de las autoridades; y como de costumbre se nos sirvió una comida magnífica, con la originalidad de que cada una de las principales familias del lugar, ofreció un platillo á la vez que enviaron artísticas cestas conteniendo legumbres y frutas, pues Tulancingo es una localidad eminentemente agrícola, contrastando así con Pachuca, su vecina, donde no hay más industria que las minas.

El día treinta y uno, después de visitar las escuelas, la cárcel y el hospital, fueron en este último presentados al Emperador dos soldados mexicanos y dos austriacos, que habían sido dejados por muertos en el

campo, depués de una escaramuza con una partida de guerrilleros liberales.

Estos cuatro soldados se encontraban en el hospital, adonde la caridad de unos indios los había conducido; Maximiliano los condecoró con la medalla de Mérito Militar, y les dió algún dinero para que regresaran á México y se incorporaran á sus cuerpos.

Á la comida de ese día, fueron invitados el obispo, el presidente municipal y los vecinos más caracterizados, habiendo puesto Su Majestad, antes de sentarnos á la mesa, en manos del obispo, la cruz de comendador de la orden de Guadalupe y en las del Presidente municipal, la de oficial de la misma orden.

Al día siguiente por la tarde, se sirvió en un hermoso jardín, llamado JARDÍN DE ADALID, un banquete que ofrecieron al Emperador los artesanos de Tulancingo.

Muy lucido estuvo ese banquete que se sirvió el día primero de Septiembre; los obreros se esmeraron en hacer los honores á Su Majestad y éste quedó muy complacido de aquella nueva demostración de simpatía. Además del obispo y de las autoridades, ocuparon la mesa los obreros de más categoría de Tulancingo, que se mostraron muy gozosos de haberse sentado á ella en compañía de S. M.

Depués del banquete, el Emperadar por las frescas avenidas del jardín, platicó cordialmente con algunos de los obreros que le fueron presentados por el obispo y por el presidente municipal. Al obscurecer una larga

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comitiva de damas llevando cirios, nos acompanó hasta nuestro alojamiento.

El día dos de Septiembre á las cuatro de la mañana salimos de Tulancingo, y después de caminar todo el día, llegamos á las once de la noche á Texcoco, allí nos esperaba ya la flotilla de canoas que nos condujo á México, donde llegamos á las cinco de la mañana del tres, dirigiéndonos enseguida á Palacio, mientras dormían aún los habitantes de la capital. Sólo el pabellón Imperial que flotó algunas horas después en Palacio, les hizo saber que el soberano se encontraba de nuevo en ciudad.

CAPÍTULO XI

Viajes á pie á Chapultepec. — Visitas á las oficinas públicas. — La escuela de bellas artes. — Sus profesores. — Proyectos de embellecimiento de la ciudad. — Visitas nocturnas á la cárcel y á las panaderías. — Complot para asesinar á Maximiliano y á Carlota. — Fusilamiento del coronel Carlos García Cano. — Un dieciséis de septiembre bajo el régimen imperial.

Pocos días después de nuestro regreso á México, volvimos á instalarnos en Chapultepec y la vida oficial siguió enteramente lo mismo que antes de nuestra partida.

Alguna que otra mañana fresca del otoño, la Emperatriz nos acompañaba en los paseos á caballo por e bosque, llevando siempre en su compañía á sus damas de honor, la Sra. de Pacheco y la Srta. Varela; pero con mucha frecuencia, este acompañamiento era muy corto, pues después de algunos minutos de plática con el Emperador y sus ayudantes, la Soberana seguía distinto camino, dejándonos en absoluta libertad de seguir el que Maximiliano designaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comitiva de damas llevando cirios, nos acompañó hasta nuestro alojamiento.

El día dos de Septiembre á las cuatro de la mañana salimos de Tulancingo, y después de caminar todo el día, llegamos á las once de la noche á Texcoco, allí nos esperaba ya la flotilla de canoas que nos condujo á México, donde llegamos á las cinco de la mañana del tres, dirigiéndonos enseguida á Palacio, mientras dormían aún los habitantes de la capital. Sólo el pabellón Imperial que flotó algunas horas después en Palacio, les hizo saber que el soberano se encontraba de nuevo en ciudad.

CAPÍTULO XI

Viajes á pie á Chapultepec. — Visitas á las oficinas públicas. — La escuela de bellas artes. — Sus profesores. — Proyectos de embellecimiento de la ciudad. — Visitas nocturnas á la cárcel y á las panaderías. — Complot para asesinar á Maximiliano y á Carlota. — Fusilamiento del coronel Carlos García Cano. — Un dieciséis de septiembre bajo el régimen imperial.

Pocos días después de nuestro regreso á México, volvimos á instalarnos en Chapultepec y la vida oficial siguió enteramente lo mismo que antes de nuestra partida.

Alguna que otra mañana fresca del otoño, la Emperatriz nos acompañaba en los paseos á caballo por e bosque, llevando siempre en su compañía á sus damas de honor, la Sra. de Pacheco y la Srta. Varela; pero con mucha frecuencia, este acompañamiento era muy corto, pues después de algunos minutos de plática con el Emperador y sus ayudantes, la Soberana seguía distinto camino, dejándonos en absoluta libertad de seguir el que Maximiliano designaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algunas veces, cuando las labores oficiales en Palacio no permitían á S. M. ir á comer á Chapultepec, hacíamos por la tarde el viaje á pie hasta el alcázar, aprovechando entonces el Emperador esos paseos para inspeccionar los trabajos de la nueva calzada y dictar algunas órdenes. Otros días, cuando el Emperador llegaba temprano á México, ocurríasele visitar tal ó cual oficina ó ministerio, para darse cuenta si los empleados cumplían ó no con sus labores. Entraba pues á visitar, desde las secciones más ínfimas hasta el Gabinete del Ministro y deteniéndose pieza por pieza y oficina por oficina, en todas y cada una de ellas, se informaba con cada uno de los empleados, del género de trabajo que tenían, del sueldo que disfrutaban, etc. Cuando encontraba á los empleados charlando, fumando, ó leyendo periódicos, cosas muy frecuentes entre oficinistas, hablaba aparte con el jefe de la oficina y le recomendaba que presentara un informe, respecto á la conducta y labores de cada empleado, advirtiéndole que los que no cumpliesen debían ser substituídos por otros más laboriosos.

Ocurriósele en esos días también hacer una visita á la Academia de San Carlos (actualmente Escuela Nacional de Bellas Artes), y en esa visita elogió mucho los trabajos del artista mexicano Reboull, los del escultor Noreña y los del arquitecto Rodríguez, manifestando desde luego el deseo que tenía de protegerlos y de darles á ganar dinero y gloria.

Ordenó desde luego á Reboull que hiciera un retrato

ecuestre de su persona y otro de pie llevando al hombro el manto imperial y vestido de general mexicano.



Coronel Feliciano Rodríguez
Ayudante de campo y caballerizo mayor del Emperador

Á Noreña, le encargó vaciara en barro, para después hacerlo en yeso y luego en bronce dos bustos: uno del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Emperador y otro de la Emperatriz; y al arquitecto Rodríguez, lo citó á Palacio, para hablar extensamente con él sobre varios proyectos para embellecer la ciudad, siendo uno de los más grandes, un monumento á la Independencia que había de levantarse en el centro de la plaza de armas. El modelo que para este monumento hizo el arquitecto Rodríguez, debe conservarse en alguna Secretaría de Estado.

Consistía este monumento en una alta columna de mármol blanco, teniendo en su remate el águila imperial, con la víbora en el pico y posada sobre un nopal. En el pedestal de la columna, deberían figurar en artísticos grupos, todos los héroes principales de la independencia, estando cercada la columna por una bellísima balaustrada de mármol, blanco también.

Otro de los grandes proyectos de Maximiliano, era la reforma completa de la fachada del Palacio imperial; este proyecto tenía por objeto dar al Palacio un aspecto muy semejante al de las Tullerías.

Por último el tercer proyecto grandioso para embellecer la capital, era el de ampliar las calles de Plateros y San Francisco, para hacer una avenida, como la que en la actualidad lleva el nombre de Cinco de Mayo. Esta avenida soñada por el Emperador, debería parecerse, según él quería, á la de los Tilos de Berlín ó á cualquiera de los hermosos boulevares de París.

Deseando en todo reprimir los abusos que se le denunciaban, quiso una noche visitar la prisión, y al efecto nos ordenó á Feliciano Rodríguez, á un oficial de órdenes y á mí, que lo acompañáramos. Conducidos por el alcaide de la prisión, recorrimos esa noche, todas las galeras de presos, los dormitorios y los calabozos, interesesándose Maximiliano por todos y cada uno de los delincuentes, interrogando á algunos de cuando en cuando, y manifestándoles su deseo de que cuando salieran de la prisión no reincidieran en el crimen, sino que se dedicaran á una vida de honradez y de labor. Felizmente no tuvo el Emperador queja alguna del régimen interior de la prisión, pues todo lo encontró en el más perfecto orden. Á los delincuentes allí encerrados, debe haberles parecido aquello una aparición del otro mundo, pues ninguno de ellos tenía noticia de la visita, y se levantaban de sus miserables lechos esperezándose y abriendo grandes ojos ante la majestuosa y noble figura del Soberano, que, á la macilenta luz de los faroles, pasaba por aquellos horribles lugares, como el Dante por los círculos del Infierno. Antes de abandonar la cárcel, Su Majestad se detuvo todavía algún tiempo en la alcaidía, para informarse de la alimentación que se daba á los presos, y al despedirse del alcaide, le ordenó se diera al día siguiente á cada preso, cierta cantidad de dinero, que le recordase el paso del Soberano por aquella mansión del crimen.

Algunas noches después, se le ocurrió á S. M. visitar las panaderías de la ciudad pues había llegado á sus oídos la versión de que los operarios de ellas eran tratados como esclavos, y deseando cerciorarse de lo que pudiera haber de cierto, ordenó al coronel Feliciano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rodríguez y á mí que lo acompañáramos. Llamamos á algunas puertas, y cuando decíamos que era el Emperador el que se encontraba allí, pues deseaba visitar la panadería, los de adentro, muy mal humorados nos contestaban:

« ¡ Qué Emperador ni qué demonios ! vayan ustedes á divertirse á otra parte si no quieren que llamemos á la policía, para que con todo y Emperador vayan á dormir á la cárcel ».

Por fin, después de haber llamado sin éxito alguno, á muchas panaderías, conseguimos que nos abrieran en una, situada en San Fernando. Allí se enseñó al Soberano la manera como trabajaban los operarios y se le manifestó delante de ellos que todos estaban voluntariamente, se le dieron todos los detalles que pidió y S. M. quedó muy satisfecho al ver cuánto había de calumnioso en lo que se le había referido. Dió antes de despedirse un peso á cada operario, y las gracias álos empleados de la panadería, que eran españoles, y éstos manifestaron á su vez sus respetos al Soberano.

Estas visitas nocturnas, que como se ve tenían por objeto cerciorarse por sí mismo si eran ciertos los abusos que se le denunciaban, si bien eran elogiadas por unos cuantos, eran más bien censuradas por la mayoría, pues decían los censores, ¿ qué clase de gobernante era ese que quería saberlo todo por sí mismo, teniendo como tenía tanto subalterno que hubiera podido informarle ampliamente de lo que deseara saber? ¿ No daba con eso, una prueba palpable de la poca ó ninguna confianza que tenía en sus subordinados? ¿ No se exponía á pasar por un farsante como había sucedido en las primeras panaderías donde se había presentado? ¿ No era este monarca semejante al califa Haroun Al Raschid, que se pasaba las noches recorriendo las calles con el exclusivo fin de indagar vidas ajenas y cosas que nada le importaban en su buena ciudad de Bagdad?

Á esas murmuraciones vino á agregarse por aquellos días un trágico suceso.

El coronel Carlos García Cano, que tan pronto había estado sirviendo al Imperio como á los liberales, fué hecho prisionero por las tropas francesas y entre sus papeles se le encontró un documento en que se hacía mención de un complot urdido para asesinar al Emperador y á la Emperatriz. García Cano fué juzgado por la corte marcial y sentenciado á muerte.

Yo conocí bastante á Cano desde antes de la llegada de los franceses á la capital; era un guapo mozo, de arrogante figura, valiente, pero de carácter versátil. Estaba recién casado con una hermosa joven mexicana y en la época en que fué hecho prisionero, tenía ya un chiquillo de corta edad.

Desde antes de que la corte marcial pronunciara su tremendo fallo, ya éste era conocido en público, pues el delito en que Cano había incurrido hacía suponer indudablemente que sería pasado por las armas.

Así pues la joven esposa de Cano, desde antes de que la corte fallara, acudía diariamente á Palacio, á Chapulte-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pec y á todos los lugares donde podía verá Maximiliano, y éste le había dicho que no tocaba á él sino á la corte marcial fallar en este asunto. Cuando la decisión del tribunal militar fué conocida, la desventurada esposa del sentenciado á muerte se dirigió á Palacio y arrojándose á los pies del Emperador le suplicó que revocara la sentencia; pero Maximiliano inflexible hizo que la retiraran y que no se le permitiera la entrada en lo sucesivo, pero tal orden no podía ser acatada por los criados, porque la Sra. de Cano, con la fuerza de voluntad que dan los grandes dolores, atropellaba á todo el mundo y llegaba hasta mi pieza, donde yo trataba de consolarla, y de darle alguna esperanza, indicándole qué personas podrían influir en el ánimo de Maximiliano, la hora en que salíamos de Chapultepec y veníamos á México, para que al paso del carruaje, arrojara su petición firmada por las personas que yo le indicaba.

Dos días antes de ser fusilado el coronel, la infeliz señora, se situó en la calzada de la Verónica y tan pronto como vió venir el carruaje imperial, se arrojó al suelo, gritando que no se levantaría de allí, hasta no conseguir el perdón de su esposo. El paje que venía en el pescante del coche bajó y dió aviso por la portezuela al Emperador de lo que acontecía. Entonces éste, ordenó que retrocediese el carruaje y que á todo galope tomase por la calzada de arcos de Tacubaya. Al día siguiente García Cano fué pasado por las armas, y desde entonces nunca volví á saber el paradero de su infortunada viuda. Pocos días después de este suceso regresó á México, el consejero don Félix Eloin, que se encontraba en Europa é inmediatamente volvió á hacerse cargo del gabinete civil del Emperador y á recobrar su antigua influencia. El comandante Loysel continuó como jefe del gabinete militar, y cuando Eloin supo el cambio tan favorable que se había operado en mi posición, me felicitó cordialmente y muchas veces fuí después intermediario de órdenes verbales de interés entre Su Majestad y el citado consejero.

El día cuatro de septiembre, se verificó en el Palacio imperial un gran concierto en el que tomaron parte los artistas de ópera italiana que se encotraban en México y se desplegó todo el lujo y las magnificencias acostumbradas en todas las fiestas del Imperio.

Llegó el día dieciséis del mismo mes, primer aniversario de la Independecia que pasaban en México los soberanos, pues el año anterior (primero del Imperio) el Emperador se encontraba viajando y el día 16, lo había pasado en el pueblo de Dolores Hidalgo.

Con el entusiasmo de todos los años, con la vehemencia de costumbre el pueblo mexicano acudió esa noche á la plaza de armas, para gritar vivas á la Independencia de México, cuando, ¡oh ironía! México estaba gobernado por un monarca extranjero. A la madrugada del 16, las salvas de artillería, los repiques, las bandas militares y los cohetes, que atronaban el aire, anunciaban al pueblo mexicano que éste celebraba su Independencia, bajo el gobierno de un príncipe austriaco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á las nueve de la mañana, se dirigieron Sus Majestades á la catedral en la carroza de lujo y en medio de la valla, que del Palacio á la basílica formaba la guardia palatina. Después del *Te Deum*, los Soberanos recibieron en el salón de Embajadores á todos los altos funcionarios de la corte, al cuerpo diplomático, á los miembros del ayuntamiento de la ciudad y á los notables. El Emperador vestía, aquella mañana, uniforme de general mexicano luciendo al pecho las grandes cruces del Águila Mexicana, de Guadalupe y del Toisón de oro. La Emperatriz vestía de blanco y llevaba riquísimas joyas.

Después de las felicitaciones, el Emperador montó á caballo y escoltado por su brillante Estado Mayor y por un cortejo de generales y jefes de alta graduación, pasó revista á todas las tropas de la guarnición, que se encontraban tendidas desde la Alameda hasta la Garita de la Piedad. Después de la revista, regresó con su brillante séquito á Palacio, pasando á todo galope por las calles de Plateros y de San Francisco, donde una multitud entusiasmada lo aclamaba.

Al llegar á la Plaza de armas, el Emperador y los que lo acompañaban se situaron frente á la puerta central del Palacio, desde donde presenciaron el desfile de la columna. En los balcones se encontraban la Emperatriz, sus damas de honor, los chambelanes y los altos dignatarios de la corte. En la columna militar, las tropas mexicanas ocupaban el primer lugar, venían enseguida las francesas, después las austriacas, y por último las belgas. Al pasar los húsares austriacos, al mando del coronel Kodolich, estos soldados que adoraban al Emperador, además de presentar sus sables al pasar frente á él, lanzaban entusiastas vivas al Kaiser Max.

Por la tarde, se sirvió en Palacio una gran comida á la que asistieron el Mariscal Bazaine, los miembros del cuerpo diplomático, los generales y principales jefes del ejército y los altos funcionarios de la corte.

Por la noche se iluminó profusamente toda la ciudad, se quemaron unos fuegos artificiales vistosísimos y hubo gran serenata frente al Palacio Imperial.

Así celebraron el gobierno imperial y los habitantes de la Ciudad de México, el quincuagésimo quinto aniversario de la Independencia, el día 16 de Septiembre de 1865.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XII

El trágico mes de Octubre de 1865. — El decreto del día tres. — Fusilamiento de los generales Arteaga y Salazar. — Proyecto de viaje á Yucatan. — Canje de prisioneros belgas. — Desiste el Emperador del viaje. — Celebración del santo de la Emperatriz. — Representación teatral en Palacio. — Parte Su Majestad Carlota para la península yucateca.

Fué el mes de Octubre de 1865 de nefasta memoria para el imperio mexicano; el día tres se promulgó el famoso decreto que sirvió de pretexto al consejo de guerra que en Querétaro, había de sentenciar dos años más tarde al Emperador á la pena de muerte.

Sentencia que fué pronunciada el día trece de Junio del año de 1867, habiendo influído mucho en el ánimo de Maximiliano, que hubiera sido en día trece, cuando se le condenara á muerte.

El Sr. conde de Keratry, dice en su obra, que la minuta de este decreto fué escrita de puño y letra del Emperador, que éste la meditó algún tiempo y que enseguida la sometió á la aprobación de su Consejo.

El Sr. conde de Keratry está equivocado á ese respecto, pues la minuta fué escrita por uno de los empleados del Ministerio de la Guerra, en un pliego grande de papel del que se denomina de oficio, doblado á la mitad. En el lado derecho, está el decreto primitivo, en el izquierdo las modificacones que se le hicieron y en algunas hojas sueltas, adiciones hechas con lápiz rojo; lo único que esta minuta tiene de puño y letra de Maximiliano es la M inicial que usaba, con la media rúbrica, en todos los borradores de documentos que aprobaba.

Sigue diciendo el conde de Keratry, que Bazaine no tuvo participación alguna en la promulgación de este decreto, y que no lo conoció sino cuando ya estaba redactado. Efectivamente, Bazaine fué llamado á Palacio el día dos y el Emperador le leyó el decreto; entonces el Mariscal se limitó á pedir que se le agregara la pena contra los hacendados que se hicieran cómplices de los liberales; y éste fué el artículo diez del nefasto decreto.

Pero esto prueba precisamente que el decreto había sido ya discutido entre el Mariscal y el Emperador y que al hacerlo conocer Maximiliano á Bazaine en su forma definitiva, éste de antemano conocía ya la esencia de él.

En los últimos días de Septiembre de 1865, el Estado Mayor del cuerpo expedicionario envió una nota al Gabinete del Emperador, haciéndole saber que Bazaine había recibido un telegrama del General Brincourt, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el que se decía que el Presidente Juárez había abandonado el territorio mexicano atravesando la frontera en Paso del Norte.

La noticia llenó de gozo naturalmente al Emperador, pues el abandono de la tierra mexicana, parecía poner fin á toda resistencia contra el Imperio y éste sería reconocido ya por todas las Potencias, comenzando por la poderosísima vecina del Norte.

En su alegría, efímera, el Emperador dirigió á la Nación un manifiesto que comenzaba así:

MEXICANOS

La causa sostenida con tanto valor y constancia por Don Benito Juárez, había ya sucumbido no solamente ante la voluntad nacional, sino ante la ley misma que este Jefe invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy esta causa, degenerada en facción, ha quedado abandonada por e hecho de la salida de su Jefe del territorio de la patria.

Seguía el manifiesto expresando que solamente algunos jefes, extraviados por las pasiones y una soldadesca desenfrenada, sostenían el desorden en el país y que el Gobierno sería, en lo sucesivo, inflexible para el castigo de esa soldadesca, si continuaba en el desorden.

A este manifiesto se siguió la publicación del famoso decreto, sentenciando á la pena capital á todos aquellos que fuesen cogidos con las armas en la mano ó que

estuviesen convictos de pertenecer á alguna banda armada.

No obstante esta tremenda determinación, al final del decreto se concedía plena y entera amnistía á todos los que depusieran las armas y se presentasen antes del quince de Noviembre, fecha que se prorrogó hasta el primero de Diciembre.

El soñador archiduque, creyó lealmente que aquel decreto sería el lazo de unión entre todos los mexicanos y el término de una guerra que tanta sangre costaba ya.

Todo lo hacía suponer así efectivamente, pues teniendo en cuenta, como se tenía, que Juárez había salido ya del territorio mexicano, no quedaba más recurso á los jefes liberales que someterse al Imperio. Maximiliano creía ingenuamente que con ese decreto se atraería á Riva Palacios y á otros muchos jefes como éste, que eran la honra y prez del partido liberal y suponía también que éstos le ayudarían á gobernar con su prestigio, y con sus conocimientos tan vastos del país y de sus gentes.

La gran ilusión del Emperador era poder hablar con Juárez, atraerlo á su causa, hacerlo su primer ministro, y ayudado por él, y ya libres de la intervención francesa, gobernar sabiamente el Imperio, é inaugurar una era de paz, de progreso y de bienestar en todo el país.

Pero todas estas ilusiones de Maximiliano partían de una creencia falsa, cual era la de suponer que Juá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rez, desencantado ya, había salido del territorio mexicano. Se promulgó pues el nefasto decreto, y se repartió por todo el país no siendo responsables de sus consecuencias solamente el Emperador, sino todos los que lo firmaron y que fueron: Don Fernando Ramírez, ministro de Relaciones; Don Luis Robles Pezuela, ministro de Fomento; Don José María Esteva, ministro de Gobernación; Don Juan de Dios Peza ministro de la Guerra; Don Pedro Escudero, ministro de Justicia; Don Manuel Siliceo, ministro de Instrucción pública y Don Francisco de P. César subsecretario de Hacienda.

Como era de esperarse este funesto decreto, no hizo más que reavivar con mayor furor la lucha fratricida que ya tenía diezmado al país.

Los primeros jefes de importancia víctimas de él fueron los generales liberales Arteaga y Salazar, hechos prisioneros el día trece de Octubre por el coronel imperialista Ramón Méndez, en Santa Ana Amatlán.

Los trescientos prisioneros que Méndez hizo con Salazar y Arteaga, fueron enviados al Norte y los dos jefes citados á Uruapan, lugar en que el jefe imperialista los fusiló, precisamente en el mismo punto donde ellos habían fusilado, cuatro meses antes, al comandante Lemus y al subprefecto Isidro Páez.

Esta ejecución sumaria causó grande excitación, pues todo fué irregular, porque se aplicó el decreto sin haber sido ni siquiera conocido en esa localidad y sin atender al plazo que se concedía para la amnistía.

Maximiliano, que como ya he dicho, era muy versátil

y no tenía ideas fijas casi nunca, al saber aquella ejecución ordenó que en lo sucesivo, siempre que se tratara de ejecuciones de algún jefe de importancia se le consultara antes de efectuarlas.

Maximiliano era demasiado bondadoso, pues Juárez, cuando promulgó su famosa ley de 25 de Enero de 1862, no demostró tanta bondad. Esa ley, el pueblo la bautizó con el lúgubre título de Ley Mortuoria. Y como se sabe, ocasionó el fusilamiento de Don Manuel Robles Pezuela, efectuado en Chalchicomula en marzo de ese año.

Y mientras la situación se complicaba más y más en el país, Maximiliano proyectaba un viaje á Yucatán, habiendo demostrado mucho entusiasmo por conocer esa península.

Ya estaban las órdenes extendidas y hechos casi todos los preparativos; fijado el día de la salida y designadas las personas que debían acompañarle; impreso el reglamento relativo á trajes, distribución del personal en los carruajes y buques, etc.

Yo, como todos los que no conocíamos la península, estábamos muy entusiasmados porque llegara el día fijado para la salida, pero éste se difirió á causa de nuevas complicaciones que surgieron.

Por esos días el Gral. Riva Palacios dió una prueba más de la caballerosidad que siempre le fué reconocida hasta por sus mismos enemigos.

Tenía este jefe ciento ochenta y siete prisioneros belgas, cogidos en el combate de Tacámbaro y comprendiendo que tan luego como se conociera en todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el país, el funesto decreto del tres de Octubre, las represalias habían de ser terribles, en el acto trató de canjear los prisioneros, salvando así la vida á cuatrocientos hombres entre jefes, oficiales y soldados belgas y mexicanos.

Después de varias juntas del Consejo de Estado y de los ministros, el Emperador, en vista de la crítica situación porque atravesaba el país, renunció por fin al tan deseado viaje á Yucatán, pues al alejarse el soberano del centro del Imperio, y embarcarse, daba lugar á que nacieran las dudas y las desconfianzas, porque todo el mundo creería que al dirigirse hacia la costa era con el fin de poderse ir á Europa, si se agravaba la situación de su gobierno.

Decidió pues que ese viaje lo haría la Emperatriz acompañada por el ministro de Estado Don Fernando Ramírez, por el General Uraga, encargado del mando de la expedición; por el consejero Eloin, por el Gran Chambelán de la Emperatriz, Sr Conde del Valle; por el primer secretario de ceremonias Don Pedro Celestino Negrete; por el teniente coronel Don Rodolfo Günner, oficial de la Guardia Palatina, más un capellán de la corte, un médico, un oficial de órdenes, un empleado del gabinete, las dos damas de honor, Sra. Pacheco y Srta. Varela y un verdadero ejército de criados.

Se ofrecieron además á acompañar á la Emperatriz, los ministros de España y de Bélgica, habiéndose fijado para la salida de México el día seis de Noviembre, celebrándose antes el día cuatro con gran pompa, el santo de Su Majestad Carlota.

En ese día además de la recepción oficial, que se efectuó en el Salón de Embajadores, se reunieron en el patio principal de Palacio dos mil indígenas de los alredores, á quienes el Emperador y la Emperatriz en persona distribuyeron medallas de plata que tenían en el anverso la imagen de la Virgen de Guadalupe y en el reverso los bustos de los soberanos. Por la tarde se sirvió una gran comida en palacio y por la noche se representó por primera vez ante Sus Majestades y en un salón que se había improvisado para teatro, el más popular drama de Don José Zorrilla, dirigido por el autor personalmente. Excuso decir que el drama de que se trata fué Don Juan Tenorio, que estuvo desempeñado por una compañía dramática que actuaba en el Teatro Principal.

Después de la representación de la pieza teatral, los actores y las actrices que habían tomado parte en ella, salieron, rodeando al poeta y llevando en las manos ramilletes de pensamientos, figurando una corona muy vistosa. Enseguida el mismo poeta recitó con la elegancia que lo caracterizaba en el decir, una composición, que llamó Corona de Pensamientos y que dedicaba á Su Majestad la Emperatriz Carlota.

Dos días después, salía ésta de México acompañada del numeroso séquito ya mencionado; el Emperador la acompañó en carruaje hasta Ayotla, de donde regresó para la Capital, siguiendo Carlota por Puebla, á cuya ciudad llegó el día siete por la noche. Descansó un día en Puebla y al siguiente partió para Orizaba, alojándose

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la casa de los Sres. Bringas, donde también tomó algún reposo y después continuó su camino para Veracruz, llegando el día veinte. Inútil me parece decir que por doquiera fué recibida la soberana con manifestaciones de entusiasmo mayores que las que había recibido cuando su entrada al país. En Veracruz, los artesanos y obreros del puerto y del ferrocarril, habían preparado un carro triunfal, en el que ella muy gustosa tomó asiento y así entró á la ciudad.

Antes de su embarque fué obsequiada con dos bailes, uno en el Casino español y otro en la Lonja Veracruzana.

Por la mañana del día designado para el embarque, más de sesenta lanchas empavesadas y vistosamente adornadas, conduciendo á lo más granado de la sociedad veracruzana, escoltaron hasta el buque la lancha imperial. Y mientras los cañones del fuerte de San Juan de Ulúa y de los baluartes de Santiago y de la Concepción disparaban salvas de ciento un cañonazos, los buques anclados en la bahía, saludaban con sus grandes banderas que flotaban acariciadas por la brisa fresca del mar y contestaban con su artillería las salvas de los fuertes.

No queriendo la Emperatriz viajar en buque que no fuera mexicano, se embarcó con una corta parte de su séquito en el « Tabasco », pequeño barco de pésimo andar; en cambio el resto del cortejo se embarcó en la magnífica corbeta austriaca Dandolo, que escoltaba al Tabasco. El Dandolo, con la Novara, eran los buques

que Maximiliano prefería para sus viajes por mar.

Después de dos días de pesada navegación, llegaron los viajeros al puerto de Sisal, donde desembarcaron entre las delirantes aclamaciones de los habitantes. Mientras tanto, el Emperador seguía en Palacio y en Chapultepec su vida de trabajo y paseos; notándose sin embargo que algo faltaba, algo que daba alegría al alcázar y al palacio Imperial y que era no sólo Su Majestad Carlota, sino también todo el elemento femenino que la rodeaba. Las comidas que ella animaba tanto, parecían ahora monótonas; se habían suspendido hasta su vuelta los bailes y las tertulias, y sólo por las correspondencias que de ella y de sus acompañantes recibíamos, se sabía en México que el viaje de la Emperatriz era una fiesta continuada.

Las cartas particulares de Carlota á Maximiliano, sólo éste las leía; pero las que venían dirigidas á los ministros y á otras personas de la corte, así como el diario de viaje que el Emperador había ordenado á un empleado del Gabinete que escribiera, yo era quien lo leía á Su Majestad.

Por ese diario, supimos que la Emperatriz había seguido su camino de Sisal para Mérida por tierra, siendo un trayecto interrumpido por las aclamaciones y los festejos que por dondequiera que pasaba la recibían.

En Mérida permaneció la hermosa princesa belga catorce días, en los que se captó no sólo las simpatías, sino el cariño profundo de todas las damas de la alta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sociedad meridana, quienes más bien la veían ya como á una amiga que como á una soberana.

Además del baile oficial, que se le ofreció en el Palacio de Gobierno, le dieron otros los particulares más caracterizados de Mérida y quedó muy complacida de haber asistido á uno del Club del pueblo, donde las mestizas vestían su pintoresco traje regional enteramente desconocido, no sólo para los europeos, sino también para muchos mexicanos. Al día siguiente la Emperatriz envió al Club del pueblo diez relojes de oro, para ser repartidos á los diez obreros más laboriosos que le fueron recomendados por el comisario Imperial y envió también diez broches de oro, con su monograma, que se distribuyeron entre las diez mestizas más honorables y más bellas del Club.

Llegó el día en que la Emperatriz tenía que abandonar la ciudad de Mérida y fué ese verdaderamente un día de luto para las meridanas; tanto cariño y tantas simpatías habíase conquistado en tan poco tiempo y entre aquellos corazones tan leales y tan francos, la hija del Rey de los belgas. No fueron pocos, en verdad, los ojos negros de yucatecas que se llenaron de lágrimas, cuando el carruaje que conducía á Carlota salía de la ciudad, entre los atronadores vivas de la multitud. Prometió volver pronto con su esposo, pero tal vez un presentimiento negro surgido de aquellos corazones les decía de antemano, que jamás volverían á ver ese afable rostro ni á escuchar esa voz armoniosa de la simpática Soberana.

Dirigióse enseguida la Emperatriz á Campeche, pasando por las ruinas de Uxmal. Permaneció en Campeche algunos días, y el diecisiete se embarcó con todo su séquito para llegar á Veracruz el veinte de Diciembre.

De allí, en tren especial se dirigió hasta Paso del Macho, punto terminal entonces del Ferrocarril mexicano y de Paso del Macho, pasó á Orizaba, ciudad siempre fiel, que la recibió nuevamente con aclamaciones y vivas. Siguió para Puebla, y como el Emperador tenía ya oportuna noticia del regreso de su consorte, se encaminó éste hasta San Martín Texmelucan, para darle allí la bienvenida.

Durante el viaje y en las comidas, la Emperatriz hablaba de los buenos recuerdos que traía; todo parecía en efecto hacer creer que ella estaba muy contenta y que sólo su viaje y las buenas impresiones que había tenido en él la preocupaban; pero á nadie se le escapaba que en los momentos que tenía para hablar á solas con el Emperador, trataban muy seriamente de los asuntos de Estado, que desgraciadamente cada día se complicaban más y más.

Como deben suponer mis lectores, la recepción que esta vez se hizo en México á la princesa fué más entusiasta que otras veces, tanto por haber durado su ausencia más tiempo, como por haber hecho un viaje lleno de peligros por el mortífero clima de aquella parte lejana del territorio mexicano, y porque los vientos del Norte en esa época del año hacen peligrosa, como es bien sabido, la navegación por el Golfo de México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En ese viaje á Yucatán, murieron de vómito dos camaristas del séquito imperial; uno austriaco y el otro mexicano.

CAPÍTULO XIII

El Billar del Emperador. — Paseos y almuerzos en el campo Cuernavaca. — La Casa de Borda. — Muerte del Rey de los belgas. — Luto de la Corte. — Regreso á México.

Disgustado profundamente el Emperador con el clima de México, pues adoraba en extremo la tierra caliente y no pudiendo fijar su residencia en Orizaba por lo lejano de esa localidad, necesitándose entonces dos días para hacer el viaje de ida y otros tantos para el de regreso, decidió transladarse á Cuernavaca, habiéndose visto en México en la necesidad de poner estufas, tanto en la sala de trabajo, como en la que me servía de despacho.

Encendidas las estufas desde la madrugada, mantenían durante todo el día la atmósfera á la altura de un baño ruso, encontrándose el Emperador muy contento con una temperatura tan elevada, pero teniéndonos á los mexicanos que estábamos con él, asándonos casi.

Conociendo cuánto me contrariaba aquel excesivo calor, no dejaba de reírse de mi contrariedad.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En ese viaje á Yucatán, murieron de vómito dos camaristas del séquito imperial; uno austriaco y el otro mexicano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
®

CAPÍTULO XIII

El Billar del Emperador. — Paseos y almuerzos en el campo Cuernavaca. — La Casa de Borda. — Muerte del Rey de los belgas. — Luto de la Corte. — Regreso á México.

Disgustado profundamente el Emperador con el clima de México, pues adoraba en extremo la tierra caliente y no pudiendo fijar su residencia en Orizaba por lo lejano de esa localidad, necesitándose entonces dos días para hacer el viaje de ida y otros tantos para el de regreso, decidió transladarse á Cuernavaca, habiéndose visto en México en la necesidad de poner estufas, tanto en la sala de trabajo, como en la que me servía de despacho.

Encendidas las estufas desde la madrugada, mantenían durante todo el día la atmósfera á la altura de un baño ruso, encontrándose el Emperador muy contento con una temperatura tan elevada, pero teniéndonos á los mexicanos que estábamos con él, asándonos casi.

Conociendo cuánto me contrariaba aquel excesivo calor, no dejaba de reirse de mi contrariedad.

Algunas veces, cuando por algunos instantes se alejaba á otras piezas, yo me apresuraba á abrir la vidriera que daba al patio, para recibir un poco de aire fresco ; pero cuando escuchaba que se acercaban sus pasos, me apresuraba á cerrar. No faltaron veces en que me encontrara en ese trabajo, y entonces me decía entre bromas y veras :

— ¿ Pero en qué piensa Ud, no vé que nos estamos helando ?

— No, Señor, contestaba yo muy contrito, lo que veo es que nos estamos achicharrando.

Y proseguía riendo y me decía : « Estos niños que tienen la sangre de fuego, no ven que los viejos como yo, de treinta y dos años, la tenemos fría como la nieve. »

« Cierre Ud esa ventana y si vuelve á abrirla, mandaré llamar á un carpintero para que la clave. »

¡ Cosa extraña ! Nunca le vi que reconviniera á nadie con ira ni con enojo, muchas veces podía leerse en su rostro algo de tristeza, pero jamás de violencia ni de cólera.

La ventaja que yo tenía en aquellos días era que durante el invierno pasábamos las noches en México, pues el Emperador sentía menos frío allí que en Chapultepec. Sin embargo, en los primeros días de Enero de 1866, decidió hacer un viaje á Cuernavaca ; pero antes de hablar de nuestro viaje á esa pintoresca ciudad, debo mencionar una anécdota que da idea de la familiaridad con que nos trataba Su Majestad.

Antes de retirarse á dormir á sus habitaciones en Palacio, le gustaba á eso de las seis y media ó las siete

de la noche, jugar en su billar particular una ó dos partidas de carambola. Asistíamos al billar imperial uno de los ayudantes de campo, los dos oficiales de órdenes de servicio, un hermano mio, empleado del gabinete, á quien llamaba para que me ayudara en mis trabajos y yo.

En sus ratos de broma, el Emperador me llamaba á mí « el niño » y á mi hermano « el capuchino », por su carácter serio y taciturno. Jugaba Su Majestad el partido con alguno de nosotros y decía que el que perdiera, tendría por penitencia que pasar por debajo de la mesa de billar. Por supuesto que esto era únicamente una broma también ; pero los cortesanos en su afán de captarse la buena voluntad del Soberano, aun cuando supieran jugar mejor que él, acababan siempre por perder, cediéndole la primacía ; sin embargo Maximiliano, profundo conocedor del corazón del hombre, veía mal estas adulaciones y los instigaba á jugar con toda imparcialidad.

Una noche que Su Majestad perdió un partido, solamente por una ó dos carambolas dijo : « Nada, hay que cumplir la penitencia, pero creo que el capuchino será bastante amable para cumplirla por mí. »

Mi hermano, acostumbrado á obedecer, pasó bajo la mesa sin chistar palabra, lo cual hizo reir mucho al Emperador.

Por lo regular, los sábados, deseaba tener algunas horas de solaz y de distracción y disponía que almorzáramos en el campo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habiéndose designado el lugar de antemano, el indispensable Venisch salía muy de madrugada con su séquito de criados, llevando en mulas sus cajas con vajilla y provisiones, así es que cuando llegábamos al lugar que el Emperador designaba para que almorzáramos, ya nos encontrábamos con el almuerzo listo y la mesa puesta.

Un sábado que se le ocurrió almorzar en la falda del Ajusco, como no fué allí posible encontrar mesas por estar el lugar en plena montaña y á distancia muy regular de pueblo habitado, se sirvió el almuerzo sobre el césped, habiendo tenido todos que sentarnos en el suelo, donde se improvisaron los asientos con zarapes y con plaids. Reinó la mayor cordialidad durante el almuerzo y á los postres, como de costumbre, no escasearon los cuentecillos picantes y las bromas subidas de color.

En esos almuerzos, parecía olvidar S. M. los negros nubarrones que venían acumulándose sobre el Imperio y aquella mañana que sentados en la yerba, saboreábamos los manjares tan delicados, que siempre se servían en su mesa aun cuando fuera en el campo, dijo que en esas comidas al aire libre imitábamos á los romanos que tenían la costumbre de comer recostados en mullidos lechos, coronados de flores, mirando luchar á los gladiadores ó bailar lascivas danzas á hermosísimas mujeres. Agregaba que allí no había gladiadores ni mujeres hermosas, pero sí una postura tan incómoda como la de los hijos de la antigua Roma.

Excuso decir que á estos almuerzos campestres jamás asistía la Emperatriz.

Habiéndose hablado en uno de ellos, de lo pintoresco de Cuernavaca, el Coronel Lamadrid, que conocía perfectamente esa ciudad, hizo grandes elogios del clima, del carácter de los habitantes, de lo hermoso de la localidad, etc., y entusiasmado el Emperador, decidió que hiciéramos el viaje allá, viaje que de antemano ya tenía pensado.

En efecto pocos días después salimos de México á las seis de la mañana rumbo á la bella capital del Estado de Morelos.

En este viaje nos acompañó la Emperatriz, pensando fijar allí una residencia imperial.

En el carruaje del Emperador, como de costumbre iba yo leyéndole cartas y escribiendo sus acuerdos. Á la Emperatriz la acompañaba la Sra. Gutiérrez del Barrio, que era dueña de una hacienda situada á corta distancia de Cuernavaca ; iban también las damas de honor Sra. Pacheco y Srta. Varela, el secretario de ceremonias Señor Negrete, el coronel Feliciano Rodríguez, el ministro Don Martín Castillo, el mayordomo Venisch, la servidumbre y una escolta de húsares austriacos.

Almorzamos en el Guarda, que es el punto más elevado de ese camino, y desde donde tan admirablemente se domina todo el Valle de México. Pocos caminos efectivamente existen en la República tan hermosos como el que une la ciudad de México con la de Cuernavaca ; entonces que no había ferrocarril, muy fácil es comprender era más pintoresco que en la actualidad. El Emperador iba literalmente encantado al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atrevesar aquellos bosques tan hermosos en los cuales en pleno mediodía se caminaba con tanta sombra como si se estuviera bajo de techo, pues los rayos ardentísimos del sol no atravesaban el tupido follaje de los árboles seculares por entre los cuales pasaba la comitiva imperial.

Durante el almuerzo se habló extensamente de esa feracísima región que comienza en Cuernavaca y termina en Acapulco; las personas que la conocían hicieron detalladas descripciones de las grandes riquezas naturales que encierra, de los inmensos peligros que rodean al viajero, de las incomodidades que se ve obligado á sufrir aun cuando lleve la bolsa bien provista de dinero, del sin número de reptiles venenosos que pululan en el suelo, del mal llamado del pinto, tan extendido en toda esa parte del país y que tanta repugnancia causa á los que no lo tienen. El Emperador oía estas relaciones con positivo interés y en su pasión por los viajes ya proyectaba uno hasta Acapulco, pues decía que mientras más peligros hay para el viajero amante de la naturaleza y deseoso de conocer regiones poco exploradas, existen mayores atractivos.

Unos cuantos kilómetros antes de llegar á Cuernavaca, salió á recibirnos una numerosa comitiva presidida por el comandante militar del lugar, general Don Francisco G. Casanova. Se formó una valla de tropa desde la garita hasta el Palacio Municipal, que fué el edificio destinado para que sirviera de residencia á los soberanos durante su estancia en la ciudad.

La recepción como siempre fué cordialísima, por la tarde se sirvió una gran comida y por la noche se quemaron unos fuegos artificiales muy vistosos. Deseando Maximiliano venir con frecuencia á México pensó que se le arreglara en Cuernavaca alguna residencia, y el Sr. Pérez Palacios, viejo vecino muy conocedor de la ciudad, dijo que ninguna podría servir tanto para el objeto, como la llamada Jardín de Borda, pero que estaba tan abandonada y tan destruida que necesitaba serias reposiciones. Visitóla el Emperador al día siguiente y quedó prendado verdaderamente de esa finca tan hermosa, que con sus inmensos jardines, sus amplios departamentos y sus estanques es todavía una verdadera mansión imperial.

Arregló el intendente de la lista civil el arrendamiento, se dispuso todo para emprender las reparaciones que tenían que hacerse, y en pocos días fueron tapizadas las habitaciones y limpiados los jardines. En sus paseos á caballo por los alrededores, compró el Emperador en un punto llamado Acapatzingo, un vasto terreno donde mandó construir una casa de estilo pompeyano destinada á la Emperatriz y que llamó « El Olvido ».

Una tarde poco después de haber hecho la compra del terreno para la casa citada, hicimos una visita á Acapatzingo, donde al saber el alcalde y los demás vecinos que el Emperador iba á ser vecino de ellos también, no sabían cómo manifestar su alegría.

Visitamos varios jardines muy hermosos del pueblecillo. En uno de ellos había un baile, al que quiso per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mitirnos Su Majestad que nos mezclásemos los jóvenes de su comitiva. Entre tanto, él nos contemplaba bailar con verdadero placer. Entre las lindas muchachas que allí se encontraban, recuerdo á las sobrinas y á las hermanas del Coronel Paulino Lamadrid, á la joven esposa de éste, hermosa dama nacida en Sonora, á las hijas del General Casanova, á la Srta. Emilia Blanco, que era una de las más bellas de Cuernavaca, á Lola Hermosillo y á muchas otras, todas vistiendo el sencillo traje claro de la tierra caliente, cubiertas con vistosos rebozos de seda y llevando en el tocado hermosísimas flores de las que tanto abundan en esa zona. Se bailaban bailes propios de la costa y de países cálidos, y como casi todas las damas eran magníficas bailadoras, Maximiliano quedó muy complacido y pasó un rato de contento y olvido en aquella tarde deliciosa. Como en ese baile entramos en relaciones con las principales familias de Cuernavaca, los días siguientes nos reuníamos los jóvenes del séquito imperial, en alguna casa, y pasábamos alegremente la velada bailando hasta muy cerca del amanecer.

Pocas semanas después de haber fijado nuestra residencia en Cuernavaca, llegó un correo extraordinario llevando la funesta noticia de la muerte de Leopoldo I Rey de los belgas, padre de la Emperatriz.

Leopoldo I había muerto en su castillo de Laeken, cerca de Bruselas, el 10 de Diciembre de 1865. Carlota, cuyos goces eran tan pocos y á quien ya afectaba profundamente el porvenir del Imperio, sufrió mucho al saber la muerte de su augusto padre, y por varios días

se encerró en sus habitaciones, sin permitir que nadie le hablara. Inmediatamente que se supo la noticia en Cuernavaca, el Emperador hizo llamar al Secretario de ceremonias para que éste dispusiera el luto de la corte, y decidió que regresáramos al momento á México.

Se enarboló á media asta el pabellón imperial en Palacio y por algunos días estuvo Maximiliano recibiendo los pésames del cuerpo diplomático, de los altos funcionarios y de los jefes del ejército francés.

El 15 de Enero dió Su Majestad las gracias, en una sentida alocución, cuya minuta conservo en mi poder y que me fué dictada por la Emperatriz en francés.

En esta alocución hace el Emperador el elogio bien merecido del difunto rey Leopoldo, de sus virtudes y su saber como gobernante, de la libertad que dió á su pueblo durante el largo período de 35 años, en que gozó de paz y tranquilidad.

Prometiéndose seguir el noble ejemplo del rey de los belgas, refiere las ovaciones y cariño de que ha sido objeto la Emperatriz en su viaje á Yucatán, y da las gracias á la Heroica Veracruz y á la hermosa península Yucateca por las demostraciones de afecto que allí recibió, y concluye con estas palabras:

« Fuerte con el apoyo de mi conciencia y con la rectitud de mis intenciones, contemplo con tranquilidad el porvenir; México ha colocado su honor en mis manos, sepa bien que en mis manos, su honor no correrá peligro alguno! »

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIV

Tren de viaje del Emperador. — La Residencia imperial en Cuernavaca. — El Profesor Billimeck. — Una merienda entre militares. — El Club del Gallo. — Maximiliano presidente honorario. — Regreso á México. — Asesinato del Barón de Huart. — Cambios en el Gabinete. — Enfermedad de Su Majestad. — El Doctor Lucio.

Terminadas las reparaciones á la Casa de Borda, se dió aviso de ello á Su Majestad y á mediados de Enero nos dirigimos á Cuernavaca para habitar la nueva residencia imperial.

En este viaje acompañaron al Emperador, además de la comitiva de costumbre, los Sres. Robles Pezuela y el Profesor Billimeck, sabio naturalista, viejo monje exclaustrado, que había dedicado toda su existencia á coleccionar insectos y reptiles para los museos. Maximiliano lo había tomado á sueldo para que sus colecciones se destinaran á un museo situado en una antigua abadía ubicada en la isla de La Croma, que se encuentra á la entrada del mar Adriático y que era propiedad del Emperador. Durante nuestra permanencia en

México, el caballerizo mayor Feliciano Rodríguez, con el buen gusto que le caracterizaba, procedió á formar un tren de viaje compuesto de amplísima carretela, que tenía en el interior una caja para provisiones oculta en el delantero y un compartimiento para papeles y efectos de escritorio.

El tiro estaba formado por doce mulas más blancas que la nieve, enteramente iguales de alzada y adornadas con guarniciones azules. El cochero, los mozos y los lacayos vestían todos de charros, traje de gamuza y adornos de plata, llevando anchos y vistosos sombreros grises. Este tren fué muy del agrado de Maximiliano y cuando íbamos á Cuernavaca ó regresábamos, era de ver la atención con que los indígenas se detenían á admirar aquella carrera de albeantes mulas que pasaban como una exhalación.

Nos instalamos en la casa de Borda, que estaba reconstruida casi en su totalidad. En el segundo patio estaban las habitaciones de Sus Majestades; sólo tenía un piso, y la entrada á la mansión imperial era por una escalinata de ocho ó diez peldaños.

La primera puerta del segundo corredor era la del salón de trabajo del Emperador, seguía después su recámara y luego el gran comedor. En frente se encontraban las habitaciones de la Emperatriz, de sus damas de honor y de sus camaristas. Siendo muy abundantes en Cuernavaca las plantas exquisitas, el corredor se encontraba lleno de tiestos que contenían ejemplares de las más hermosas, además se habían decorado los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muros con primorosas trepadoras y exquisitas orquídeas y abundaban también peceras de cristal con muy bellos peces y jaulas con pájaros multicolores.

Le agradaba á Maximiliano trabajar en uno de los lugares más frescos del corredor, adonde mandaba colocar una pequeña mesa y allí nos poníamos á despachar la correspondencia. Al otro lado del estanque y al costado de la casa, se extendían los inmensos jardines por los que acostumbraba hacer prolongados paseos.

La Emperatriz era muy aficionada también á pasear por aquellos jardines, llevando juntamente con sus damas de honor redes de tupido tul para atrapar mariposas destinadas á enriquecer las colecciones del profesor Billimeck.

Era el profesor el hombre más original, muy alto, medianamente grueso, con la barba y el pelo ya grises y usaba gruesos anteojos, casi no tomaba parte en las conversaciones sino era para hablar de sus colecciones de insectos y de reptiles, á los que el llamaba cariñosamente, los bichitos del buen Dios (les petites bêtes du Bon Dieu). Hablaba muy poco el español, y cuando no encontraba la palabra castellana apropiada la substituía con otra latina, siendo por lo tanto su conversación, por lo general, muy lacónica, una ensaladilla de lo más cómico. Muy de madrugada salía de la Casa Imperial y se dirigía al campo, dando siempre la preferencia á las haciendas de caña de azúcar donde abundaban los reptiles y los insectos propios de esa zona, y de los que hacia amplia provisión.

Llevaba un gran quitasol amarillo, un casco de corcho y un enorme sobretodo lleno de bolsas. Volvía generalmente de sus excursiones al caer de la tarde, y muchas veces en nuestras visitas á las haciendas cercanas divisábamos allá á lo lejos el enorme quitasol amarillo semejante á un hongo gigantesco y el no menos enorme casco de corcho del citado naturalista. En la noche, cuando regresaba de sus excursiones, se dedicaba á poner en frascos de alcohol las innumerables víboras y culebras que había cogido durante el día, y quitándose su enorme casco de corcho, nos mostraba el interior de él, cubierto de alacranes, moscardones y otras sabandijas por el estilo, clavadas con alfileres.

Al día siguiente de aquellas excursiones, el profesor se dedicaba á clasificar sus reptiles y sus insectos. A Maximiliano, que siempre desmostró más gusto por las artes y por las ciencias, que por las cosas del gobierno le encantaba pasarse las horas en compañía del naturalista. En cuanto á mí, confieso ingenuamente que cuando me enviaba el soberano al cuarto del profesor, para comunicarle algo, era un verdadero suplicio estar entre tales bichos.

Como el cuarto del profesor estaba contiguo al mío, no eran pocos los sustos que me asaltaban algunas noches, pensando que pudiera escapar de algún frasco alguno de aquellos venenosísimos animales.

Existe cerca de Cuernavaca, un lugar muy pintoresco llamado *los ojos de Gualupita*, y allí la oficialidad del cuerpo de húsares austriacos dió una merienda al Em-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perador. Fué esa tarde una de las más animadas y divertidas que pasó Su Majestad en Cuernavaca. Los brindis pronunciados, tanto por el Emperador como por los oficiales de húsares, fueron muy entusiastas y demostraron una vez más el cariño de aquellos fieles soldados por su soberano.

Ya un poco entrada la noche, Maximiliano regresó á Cuernavaca y nosotros á la luz de las antorchas seguimos la fiesta en *los ojos de Gualupita* bailando alegremente con las muchachas que los húsares habían invitado á este festival.

En esos días los jóvenes gomosos de Cuernavaca formaron un club llamado del Gallo, al que dieron por presidente honorario á Su Majestad, habiendo obtenido por mi conducto una audiencia en la que el monarca dió á la comisión nombrada al efecto las gracias por aquel honor. Este club dió después durante todo el tiempo que residió el Emperador en Cuernavaca, una guardia á Su Majestad. El uniforme de los miembros del Club consistía en pantalón negro, blusa azul, sombrero de fieltro con pluma negra, y sobre el pecho un gallito de oro. La guardia del Club que hacía los honores al soberano se componía de un oficial, un corneta, un tambor y veinte socios. Después de pasar unos veinte días en Cuernavaca, regresamos á México, donde cada día se hacía más necesaria la presencia del Emperador. Escaseaba el dinero y el gobierno francés se rehusaba á dar más de lo que ya había dado. Se sabía que Bazaine había recibido órdenes terminantes para reti-

rar las tropas francesas y el país lejos de estar pacificado estaba más que nunca en revolución. El Sr. Langlais de quien se esperaba hubiera allanado las dificultades financieras, había muerto y venido á substituirlo Mr. de Maintenant.

El General Almonte se encontraba en París con misión especial del Imperio, y con el cargo de ministro extraordinario plenipotenciario del Gobierno imperial cerca de Napoleón III. También había partido el consejero Eloin y el comandante Loysel con el encargo de explicar éste al Emperador de los franceses la verdadera y demasiado difícil situación del país. El Gabinete imperial había sido cambiado casi por completo. Don Fernando Ramírez había dejado de ser ministro de Relaciones y el número de ministros había quedado reducido á cinco, siendo éstos los Sres. Escudero y Echanove de Justicia, Instrucción pública y Cultos, el General García de Guerra, Salazar Ibarreguí de Gobernación, D. Francisco Somera de Fomento, y Don Martín Castillo de Hacienda y Marina.

Un acontecimiento doloroso vino á demostrar por esos días que el país estaba infestado de bandidos; y que en los puntos donde las tropas francesas no prestaban su ayuda los habitantes se encontraban completamente indefensos.

El nuevo rey de los belgas queriendo dar á los soberanos de México una prueba de aprecio, envió una comisión encargada de notificarles su advenimiento al trono de Bélgica. Esta misión la componían el General Foury,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su ayudante de campo el Sr. Marschal, el Barón de Huart, oficial de órdenes del conde de Flandes y dos agregados de legación.

La misión había desembarcado en Veracruz el día 14 de Febrero y se había dirigido inmediatamente á México, pero al llegar á Rio Frio, parte del país donde los plagiarios y salteadores hacían sus fechorías, fué atacado el convoy, quedando en la refriega muerto el Barón de Huart y heridos tres de los caballeros que componían la misión.

Tan luego como esto se supo en México, el Emperador mandó inmediatamente alistar una pequeña escolta y personalmente se dirigió á Rio Frio de donde trajo á los heridos y el cadáver del barón de Huart al que se hicieron suntuosas honras fúnebres en México, siendo esto como es de suponerse motivo mayor de disgusto entre todos los mexicanos que veían la absoluta inseguridad que por todas partes reinaba.

Respecto á los asesinos, se procedió á perseguirlos; pero nunca se supo más de ellos y todas las investigaciones que se hicieron para saber quiénes habian sido los autores de atentado tan alevoso, resultaron enteramente inútiles.

Dejo á la consideración de mis lectores, cómo sería juzgado este acontecimiento en las cortes europeas.

Alterada la salud de Maximiliano desde hacía algún tiempo vino á resentirse más el mal de que sufría con el acontecimiento que acabo de relatar. Estaba afectado

del hígado y además venía sufriendo de fiebres intermitentes, contraidas en uno de los viajes á la tierra caliente. Era su médico de cabecera el doctor Semeleder; pero como este doctor no conocía muy bien el tratamiento especial para las fiebres intermitentes propias de nuestras costas, se aconsejó al Emperador que consultara con alguno de los médicos mexicanos que conocían perfectamente el tratamiento para esas fiebres. Se pensó desde luego en el doctor Don Rafael Lucio, que ya en esa época era una eminencia; pero el Emperador no queriendo herir la susceptibilidad profesional del doctor Semeleder, decidió que esa consulta con el doctor Lucio fuera enteramente secreta y me comisionó para que la solicitara del citado caballero.

Hice pues una primera visita al sabio doctor; pero éste que era un liberal acérrimo y completamente opuesto al régimen imperial, me contestó que abundaban en el país médicos que conocieran el tratamiento de las fiebres palúdicas, y que aceptarían con mucho gusto esa comisión, que para él sería sumamente penosa. Después de discutir largamente me retiré sin conseguir nada, pero no comuniqué tal fracaso á Maximiliano; sino que le manifesté que no había encontrado al doctor Lucio y que me veía obligado á volver á buscarlo al siguiente día.

Volví en efecto y dije al doctor que Maximiliano no quería que ningún otro médico lo atendiese sino él, rogué bastante, haciendo al doctor un ligero esbozo de la personalidad del Soberano, y por fin acedió Lucio á que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esa noche á las siete pasara yo por él, para que se verificase la consulta.

Á la hora citada, me dirigí en uno de los carruajes del Palacio á la casa del doctor Lucio, entramos sigilosamente por la puerta secreta del baluarte Sur, y después de presentar al médico con el Soberano, me retiré.

Terminada la consulta acompañé al doctor nuevamente á su casa y en el trayecto le pregunté qué impresión le había causado Su Majestad, y me contestó que nunca había encontrado persona más distinguida ni más amable en sus maneras. Y era que efectivamente el Emperador tenía ese don de cautivar desde luego á cuantos le conocían y le trataban. Agregó que estaba decidido á seguirlo atendiendo y en cuanto á su enfermedad, me manifestó que más bien era producida por la continua excitación nerviosa en que se encontraba, debida ya en gran parte á la situación tan tirante del gobierno imperial. Convino el sabio doctor en que visitaría cada dos días á su augusto enfermo. Al día siguiente á la hora del acuerdo, Maximiliano me dijo que estaba muy contento de su médico, que bastaba oirlo hablar unos cuantos minutos para ver desde luego que era un sabio en verdad y no un charlatán; que le había llamado la atención que fuera tan de pocas palabras; me preguntó qué opinaba Lucio de su persona y le conté con toda franqueza nuestra conversación en el carruaje la noche anterior.

Por esos días enfermó mi madre gravemente de pul-

monía y el Emperador que tenía verdadera adoración por la suya, á quien tuve el alto honor de conocer algún tiempo después, me colmó de favores con motivo de esa contrariedad que sufrí, me permitió pasar las noches en mi casa, indicó al doctor Lucio atendiera á mi madre, siendo todos los gastos por cuenta del Emperador; y cuando mi madre, debido á tantas atenciones escapó de la muerte y fuí lleno de gozo y de gratitud á comunicárselo á Su Majestad, le ví tan sinceramente conmovido, que hoy no puedo menos de hacer pública esta nueva bondad de aquel corazón tan grande, tan generoso y tan magnánimo á quien tanta gratitud conservo aún, después de treinta y siete años que han trascurrido de su trágica muerte.

Pocos días después tuvimos que salir para Cuernavaca; pero antes quiso el Emperador saldar su cuenta con su doctor mexicano, y fuí yo el comisionado para llevar á Lucio, una buena suma de dinero; pero el sabio doctor, rehusó del todo recibir ni un solo peso, alegando que le bastaba haberse conquistado la gratitud del Soberano.

Como todos aquellos que hayan conocido al sapientísimo médico de quien vengo hablando, saben que era un refinado amateur de pintura, Maximiliano pagó su deuda, haciéndole un valioso regalo, que consitió en un cuadro de gran mérito.

El día 19 de marzo día de mi cumpleaños, me dió Su Majestad una nueva prueba del afecto que me profesaba. Le indiqué que deseaba ir á comer con mi familia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y me concedió el permiso, después de despachar los asuntos del acuerdo.

Al otro día cuando volví á Palacio y me le presenté, el capitán Pierron que se paseaba en la pieza que me servía de despacho, me dijo al verme entrar:

— Mire Ud lo que dejé sobre su mesa, y que me pidió el Emperador para Ud.

Me acerqué á mi escritorio y encontré un pequeño paquete que contenía veinticinco napoleones de oro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO XV

Nuevo viaje á Cuernavaca. — El conde de Kevenhüller. — Supuestos amores del Emperador. — Bautizo de un hijo del mariscal Bazaine. — Acuerdo con la Emperatriz. — Viaje á las grutas de Cacahuamilpa. — La verdad sobre los amores imperiales.

Tan luego como pasaron los tres meses de luto riguroso en la corte por la muerte del padre de la Emperatriz, el Emperador decidió que volviéramos á Cuernavaca, habiéndose esta vez resuelto á acompañarlo la Emperatriz Carlota.

La comitiva de la Emperatriz estaba formada por sus damas de honor la Sra. de Pacheco y la Srta. Varela, la Sra. Doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio marquesa del Apartado, el intendente de la lista civil y ministro de relaciones Don Martín Castillo, el chambelán Don Felipe N. del Barrio, y una numerosa servidumbre.

La comitiva del Emperador, la formaban los Sres. Coronel Feliciano Rodríguez, dos oficiales de órdenes, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y me concedió el permiso, después de despachar los asuntos del acuerdo.

Al otro día cuando volví á Palacio y me le presenté, el capitán Pierron que se paseaba en la pieza que me servía de despacho, me dijo al verme entrar:

— Mire Ud lo que dejé sobre su mesa, y que me pidió el Emperador para Ud.

Me acerqué á mi escritorio y encontré un pequeño paquete que contenía veinticinco napoleones de oro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XV

Nuevo viaje á Cuernavaca. — El conde de Kevenhüller. — Supuestos amores del Emperador. — Bautizo de un hijo del mariscal Bazaine. — Acuerdo con la Emperatriz. — Viaje á las grutas de Cacahuamilpa. — La verdad sobre los amores imperiales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Tan luego como pasaron los tres meses de luto riguroso en la corte por la muerte del padre de la Emperatriz, el Emperador decidió que volviéramos á Cuernavaca, habiéndose esta vez resuelto á acompañarlo la Emperatriz Carlota.

La comitiva de la Emperatriz estaba formada por sus damas de honor la Sra. de Pacheco y la Srta. Varela, la Sra. Doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio marquesa del Apartado, el intendente de la lista civil y ministro de relaciones Don Martín Castillo, el chambelán Don Felipe N. del Barrio, y una numerosa servidumbre.

La comitiva del Emperador, la formaban los Sres. Coronel Feliciano Rodríguez, dos oficiales de órdenes, el

profesor Billimeck, el indispensable Venisch, yo, el camarista de confianza Antonio Grill, la servidumbre y una escolta de húsares austriacos al mando del conde de Kevenhüller.

Era el conde de Kevenhüller, un guapo mozo de veinticinco años, recién llegado al país, y desde los primeros días de su llegada, llamó la atención por su elegancia, su distinción y su varonil apostura. En muy pocos días fué el héroe de varios lances amorosos, de varios duelos y de otros acontecimientos ruidosos que demostraban su alma aficionada á todo género de aventuras.

Hijo primogénito del príncipe de Kevenhüller, perteneciente á la más antigua nobleza húngara, y á una familia inmensamente rica, derrochaba el dinero con ese desdén que los aristócratas viejos del viejo mundo ponían en el siglo XVIII, para todos sus actos.

Vive aun el que en aquella época se llamó conde de Kevenhüller y que en la actualidad es príncipe del mismo título por la muerte de su padre y hace pocos años estuvo en México, como recordarán algunos de mis lectores.

Entre los demás oficiales de húsares, recuerdo al barón de Kulmer y al de Malbourg, jóvenes alegres como Kevenhüller que lo acompañaban por doquiera; pero que eran también muy estrictos en el cumplimiento de sus deberes militares.

Viajando como viajaba yo, siempre al lado del Soberano, pronto intimé con todos ellos y asistía con frecuencia á sus veladas, en las que el juego, el vino y el amor hacían olvidar la angustiosa situación política del

Imperio, y en esas veladas ninguno de nosotros creíamos lejano el lúgubre fin del gobierno imperial.

Los continuados viajes á Cuernavaca, esa hermosa ciudad, que dista sólo unas veinte leguas de la capital, hicieron que el camino antes intransitable, quedara convertido en una carretera muy segura y fácil de seguir por toda clase de viajeros. El regimiento del coronel Lamadrid, de la guardia municipal, tenía fuertes destacamentos en todo lo largo del camino. Igualmente, varias patrullas de caballería, recorrían lo más espeso del bosque de Huitzilac, que de una guarida de bandoleros, habíase convertido en un vastísimo parque, tan seguro, como el centro de la ciudad de México.

En la época á que vengo refiriéndome, Maximiliano pasaba por lo general quince días en Cuernavaca y quince días en Chapultepec; así es que ya se comprenderá la importancia que adquirió la actual capital del Estado de Morelos. Ciertamente que en la época imperial, no tenía gran cosa de notable dicha ciudad en lo que se relaciona á edificios públicos, sino era la casa de Borda, restaurada, para servir de mansión imperial y un viejo caserón que según rezan las tradiciones, fué habitado por el conquistador Cortés. Pero lo hermoso de esa ciudad, son sus pintorescos alrededores y las ricas haciendas de caña de azúcar que abundan en sus cercanías.

Esta frecuencia de los viajes á Cuernavaca, hizo que corriera el rumor que Maximiliano mantenía relaciones ilícitas en esa ciudad, con una joven de diecisiete años,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hija de un empleado del gobierno. Aumentaron los dicheres al ver con qué frecuencia iba también la Emperatriz á pasarse semanas enteras en la citada localidad, diciendo algunas gentes que Carlota estaba celosa y otras que deseaba saber la verdad de los rumores que circulaban respecto á los amores de su esposo, rumores que según parece habían llegado hasta sus oídos.

Pasados los primeros meses del luto de la corte por el rey Leopoldo, volvió á prescribirse para los trajes el ceremonial que regía en la tierra caliente y que consistía en que todo el mundo, desde el Soberano hasta el último criado, usasen trajes blancos. Solamente la Emperatriz seguía portando traje negro y nada más cuando el calor era excesivo, llevaba elegante falda y corpiño blancos adornados con cintas negras que hacían realzar notablemente su distinguida belleza.

Á las comidas asistían la Emperatriz y todo el elemento femenino que la rodeaba; con frecuencia había convidados, siendo muy asiduo el conde de Kevenhüller. Entre los invitados había alcaldes de las poblaciones vecinas á Cuernavaca á los que se invitaba algunas veces.

En la mesa, el Emperador no dejaba de dar, como buen conocedor, su opinión respecto á las bellezas del lugar y como era á la vez un gran observador del corazón humano, embromaba delicadamente á los jóvenes comensales que suponía cortejaban á algunas de las guapas pobladoras de Cuernavaca. El blanco principal de sus bromas era el ministro Don Martín Castillo, recientemente viudo y de apuesta figura. Se decía que Castillo, cortejaba á la joven que se mencionaba como querida del Emperador, y éste la citaba con frecuencia, diciendo que sería un espléndido partido para el ministro.

Castillo negaba su afición á la joven y con su acostumbrada finura decía que sus visitas á la casa sólo eran por la amistad que profesaba al padre de ella, de quien era amigo.

Excuso decir que en las conversaciones de sobremesa, ninguno de los comensales se atrevía á hacer la más mínima alusión á las habladurías que de boca en boca corrían respecto al Emperador. Á nadie se le escapaba sin embargo, que miraba con ojos de deseo á tales ó cuales damas de las más hermosas de la corte y cuando se hablaba con toda discreción de asuntos galantes, la Emperatriz sonreía con cierta tristeza que todos observábamos. Generalmente todas las mañanas á las siete, salíamos á caballo, á visitar alguna de las haciendas cercanas, y en estos paseos matinales, con frecuencia nos acompañaba la Emperatriz. También por la tarde galopábamos un poco; pero Carlota no era aficionada á los paseos vespertinos. Una de las visitas que más gratos recuerdos dejaron en nosotros, fué la que hicimos á la hacienda de Temisco, propiedad de la Sra. del Barrio, donde esa distinguida dama hizo los honores á la comitiva imperial.

En los primeros días de mayo, regresamos á México, primeramente porque la presencia de Maximiliano se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacía ya necesarísima en México, pues sus relaciones con el mariscal Bazaine eran cada día más tirantes; enseguida porque el calor comenzaba ya á ser bastante molesto en Cuernavaca.

Si bien en la mente de todos estaba que pronto surgiría un rompimiento entre Maximiliano y Bazaine, en apariencia las relaciones eran muy cordiales, pues habiendo dado á luz por aquellos días, la mariscala á su primogénito, Sus Majestades manifestaron el deseo de llevarlo á las fuentes bautismales y el bautizo se verificó con toda pompa en la capilla del Palacio imperial.

Deseando el Emperador dedicar mayor tiempo á los importantes asuntos cuya solución urgía, dispuso que diariamente se reuniera el consejo de ministros y con mucha frecuencia el de Estado y que la Emperatriz acordara los asuntos del día. Para ese objeto Carlota designó que pasara yo á sus habitaciones por las noches á las ocho. Á esa hora yo me dirigía á su salón de despacho y daba lectura á mis documentos.

Atentamente y paseándose á lo largo de la pieza, S. M. seguía la lectura de mis papeles, en algunos me dictaba sólo su parecer; en otros daba sus órdenes terminantes, poniendo al calce su inical y su firma. Como todos los asuntos se trataban con el debido detenimiento, este acuerdo duraba hasta las diez ú once de la noche, hora en que yo me retiraba á mis habitaciones.

Durante veinte días se hizo este acuerdo en la forma

citada, al cabo de ese tiempo, volvió el Emperador á hacerse cargo de todo; ya entonces habitábamos nuevamente el alcázar de Chapultepec, porque desde nuestro regreso de Cuernavaca, no quiso Maximiliano vivir en el Palacio imperial.

El acuerdo nocturno con la Emperatriz, no me evitaba la madrugada, pues teniendo que darme siempre el Emperador algunas órdenes, era las cuatro de la mañana la hora que escogía para transmitírmelas.

Calmados un poco los ánimos, con las decisiones tomadas por el consejo de ministros y por el de Estado, quiso Maximiliano volver unos días á Cuernavaca y esperar allí á la Emperatriz que deseaba visitar las maravillosas grutas de Cacahuamilpa.

Con la comitiva de costumbre Carlota se dirigió á la hacienda de San Gabriel, donde se le hizo una suntuosa recepción. De allí, siguió el trayecto á caballo, pues como su imperial parienta la Emperatriz Isabel de Austria, era una experta y arrogante amazona.

Llegados á la entrada de la gruta, echaron pie á tierra, todos cuantos formaban la comitiva imperial y precedidos por algunos soldados de la escolta que iluminaban el camino con antorchas, penetraron al primero de los salones de esas grutas que son de lo más maravilloso que existe en América. No me detendré á hacer la descripción de ellas, pues abundan los folletos en que existen detalladas y minuciosas de cada salón. Efectivamente, las estalactitas y las estalagmitas, unas albeantes como nieve y otras transparentes como hilos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de cristal, hacen de esas cavernas un sitio de los más bellos que entre muchos otros conserva el vasto territorio mexicano.

Las luces de Bengala necesarias constantemente para iluminar la eterna y profunda obscuridad de las cavernas, las músicas militares que acompañaban á la comitiva, el sinnúmero de personajes de pintorescos trajes, y por último la muchedumbre de indígenas que aprovechando la visita de la Emperatriz á la gruta, las visitaban también; todo hacía que aquella mañana, las cavernas de Cacahuamilpa tuvieran todo el aspecto de algunas de esas grutas encantadas de que se habla en *Las Mil y Una Noches.* Su Majestad teniendo en cuenta los numerosos peligros que abundan al penetrar á esas cavernas, no llegó hasta el último salón, que si mal no recuerdo se denomina de los órganos, por tener las estalactitas que lo componen la forma exacta de los tubos de órganos en los templos; sino que se detuvo en uno, donde aun pueden los viajeros leer una inscripción que les recuerda el paso de la Emperatriz por ese lugar.

Al día siguiente, cuando refirió con la gracia y el entusiasmo que la caracterizaban su excursión á Cacahuamilpa, el Emperador manifestó el profundo sentimiento que lo embargaba, al no haberla podido acompañar.

Dijo Maximiliano, que pronto se presentaría la oportunidad de hacer una nueva visita á las grutas y que entonces no perdería él esa oportunidad; pero desgraciadamente no volvió á presentarse nunca, pues el horizonte seguía ennegreciéndose cada día más y más, y á la época de fiestas y excursiones, debía seguirse muy en breve, la de luchas y penalidades.

Como nuestros continuos viajes á Cuernavaca seguían dando pasto á las murmuraciones respecto á las hablillas de los amores de Maximiliano, tenía yo verdadera curiosidad por saber qué había de cierto en ello. Sin embargo de que durante el día, eran muy pocos los instantes que estaba separado del soberano, nunca pude sospechar nada que las confirmara. Desde las primeras horas de la mañana, me encontraba cerca de él para el acuerdo, enseguida salíamos á caballo, venía luego el almuerzo, después el trabajo de nueva cuenta; por la tarde la comida y otro paseo á caballo y hasta las ocho de la noche, recibía yo sus últimas órdenes para retirarme. Después el silencio más profundo reinaba en toda la residencia imperial. Si la Emperatriz se encontraba en Cuernavaca, como ésta se acostaba á las diez de la noche, entreteniéndose con alguna de sus damas de honor en leer ó en alguna labor de mano, hasta esa hora podía observarse luz en su cuarto; si estaba en México, desde las ocho de la noche, cesaba en la mansión imperial todo ruido y todo movimiento.

Un año más tarde después del sitio de Querétaro, muerto ya el Emperador y fuera yo de mi prisión con permiso del General Escobedo para dirigirme á México, al pedir mi pasaporte y salir del país, me encontré en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la ciudad al fiel camarista de Su Majestad, Antonio Grill y al cocinero húngaro José Tudos, que vivían en un hotel y no se atrevían á venir á México, porque tenían muy justificados temores de que los millares de bandidos que infestaban el país y robaban y mataban en los caminos, los asaltasen y les quitasen la vida.

Efectivamente, todas las comarcas cercanas á Querétaro y á México estaban llenas de desertores y de fugitivos, á quienes nada ni nadie impedía robar y matar impunemente, para tener qué comer. De manera que aquellos dos infelices criados no sabían qué partido tomar, deseando uno de ellos venir á México por su mujer á quien había dejado en la capital del Imperio y de la que no tenía noticia alguna, y el otro para ver cómo arreglaba su vuelta á Europa.

Ambos habían presenciado el fusilamiento de Maximiliano, ambos habían empapado sus pañuelos en la sangre de aquel príncipe que murió con tanto valor y deseaban cuanto antes volver á Viena y llevar á la madre del soberano esas piadosísimas y dolorosas reliquias.

Como el cadáver del Emperador fuera recogido por los médicos del partido liberal para ser embalsamado, aquellos fieles servidores de Su Majestad alejáronse temerosos y se encerraron en el Hotel.

Yo también buscaba cómo dirigirme á México cuanto antes, y dejar para siempre ese odioso Querétaro, tumba del efímero Imperio mexicano.

En vista de las muchas dificultades que ofrecía em-

presa tan arriesgada, y como ya comenzaban á dirigirse á la capital, algunas fuerzas liberales que precedieron en su entrada á Querétaro al Presidente Juárez, inicié á mis compañeros de infortunio la idea de que nos incorporásemos á dichas fuerzas, y pasando por rancheros ó proveedores no teníamos el peligro de ser asaltados por los bandidos que pululaban por aquellas regiones.

Así lo hicimos, y habiendo obtenido caballos, de personas que simpatizaban con nuestra desgracia, salimos de Querétaro rumbo á México tras del primer batallón liberal que se puso en marcha.

Durante el camino, nuestra conversación recaía siempre sobre los tristes acontecimientos del pasado y especialmente sobre la personalidad íntima del Emperador. A este respecto, hablábamos con frecuencia del alejamiento que existía entre las dos Majestades, aun cuando ante los ojos de todo el mundo parecía reinar entre ellos la mejor armonía. Comuniqué á Grill la observación que repetidas veces había yo hecho, relativa á la separación de lechos, y entonces Grill, que desde Miramar había visto de cerca á los soberanos, me refirió que allí todavía se les veía enamorados y siempre juntos; pero que después, en un viaje á Viena, pasó algo que vino á echar para siempre por tierra aquella unión conyugal. Desde entonces, eran ante el mundo los mismos esposos amantes y cariñosos; pero en la intimidad no existía ya tal cariño ni tal confianza, y desde entonces también Grill pudo observar su separación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como yo lo había imaginado desde un principio, una infidelidad del Emperador había llegado á oídos de la Emperatriz y ésta, herida en su altiva alma de soberana y de mujer hermosa, sin buscar naturalmente el escándalo, se propuso observar para con su marido la regla de conducta que durante todo el tiempo observó en México. Esto era muy fácil suponerlo así; pero el Emperador, que se encontraba en la plenitud de la edad, y en pleno vigor viril, dada su alta posición social y política, su notable belleza varonil, sus exquisitas maneras, su talento natural, su temperamento soñador y su alma de artista, ¿era posible creer ni por un momento que hubiera vivido en absoluta castidad, durante su permanencia en México, donde había fascinado sólo con su presencia á tantas mujeres hermosas y distinguidas?

— Yo, agregué, nunca pude observar la más mínima señal de que tuviera alguna aventura amorosa; ¿y Ud Grill? pregunté al camarista.

— Usted nunca ha podido observar nada, me contestó: pero yo sí he visto mucho, la recámara del Emperador ha sido visitada muchas veces por damas elegantísimas de la corte, que han entrado á ella con todo misterio y que han salido también tan misteriosamente que sólo yo las ví sin saber muchas veces quiénes eran. ¡Cuántas de ellas sin embargo, á quienes nadie hubiera creído capaces de un desliz, han accedido á los deseos de Su Majestad!

Le pregunté con mi natural curiosidad los nombres

de algunas de ellas; pero Grill se resistió á decírmelos y jamás los he sabido.

— Está bien, repliqué, en México era relativamente fácil guardar el misterio, pues cualquiera de las damas á que Ud se refiere, pudo muy bien esperar la hora del pastor en la puerta secreta del baluarte, ¿pero en Chapultepec? ¿en Cuernavaca?

Á lo que Grill me contestó.

— En Cuernavaca, si bien el cuerpo de guardia se encontraba en el primer patio, y no hubiera dejado de observarse la entrada ó salida de una mujer ¿no vió Ud nunca en el muro del jardín, una puertecita muy estrecha por la que apenas cabía una persona? pues bien esa puertecita que siempre se encontraba cerrada, podría hacer á Ud muchas y muy curiosas revelaciones respecto á las personas que por ella pasaban. En cuanto á Chapultepec sí puedo asegurar á Ud, que allí jamás penetró una mujer á las habitaciones de Su Majestad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVI

Las tropas francesas se aprestan á abandonar el país. — Misión del general Almonte en París. — Noticias de esta misión. — Los Estados Unidos impiden el enganche de voluntarios para México. — La Emperatriz propone ir á Europa. — Su viaje de México á Veracruz. — Primeros síntomas de locura. — Confianza del Emperador en la misión de su esposa. — Proyectos para detener á los franceses.

El ejército francés se aprestaba á evacuar el territorio mexicano, á pesar de la urgente necesidad de su presencia en México, donde nada se había organizado definitivamente; á pesar de que Maximiliano aseguraba que Napoleón III le había prometido de palabra, que las tropas francesas se quedarían en México, por cinco años á contar desde la fecha en que S. S. M. M. habían llegado al país; y á pesar, por último, de que la carta del Ministro de la Guerra en Paris, fechada en esa capital el 12 de Abril de 1866, expresaba que las tropas francesas no volverían á Francia sino en tres secciones, es decir : la primera á fines de Octubre de 1866, la segunda en la primavera de 1867, y la tercera en Octubre

del mismo año, haciendo un total efectivo de treinta mil hombres. Nos encontrábamos pues á principios de



General Almonte.

Julio de 1866 y ya las tropas comenzaban á reconcentrarse, para salir del territorio mexicano. Las poblaciones que los franceses abandonaban eran casi inme-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diatamente ocupadas por los juaristas. Así por ejemplo en la época á que me refiero, ya Guaymas y Mazatlan habían sido abandonadas y Tampico y Matamoros tomadas por las tropas liberales, quedando destruída por completo la división del Norte que mandaba el valiente General reaccionario Don Tomás Mejía.

Con verdadera ansia, casi con angustia se esperaba en México el resultado de la misión confiada al General Almonte cerca de Napoleón III. Almonte había ido á París en substitución del ministro Don José María Hidalgo, á quien Maximiliano culpaba de no haber defendido sus intereses con el empeño que le imponía su deber de ministro del Imperio Mexicano. La misión de Almonte se reducía á hacer ver á Napoleón la situación aflictiva del Imperio y la necesidad que había de que las tropas francesas permanecieran aún en el país; agregábase también la solicitud de un último subsidio de dinero para aclarar la situación financiera que se encontraba igualmente en un estado deplorable.

Llegó el tan deseado correo de Francia y las noticias que Almonte comunicaba respecto al resultado de su misión eran de lo más desconsoladoras.

Decía Almonte que había sido recibido por Napoleón en audiencia solemne en los primeros días de Mayo, y que había escuchado lo que el Emperador Maximiliano pedía, es decir la revisión del tratado de Miramar para prorrogar como ya dije la evacuación del territorio mexicano por las tropas francesas, más el auxilio en numerario.

No había que dudar ni por un momento de la respuesta del Emperador de los franceses. En reunión del consejo de ministros, se rechazaron por unanimidad tales pretensiones. No sólo rehusó Napoleón, que se prolongase la estancia del cuerpo de ejército por más tiempo y el subsidio en dinero; sino que imponía nuevas y más duras condiciones para el pago de las deudas atrasadas, y de no cumplirse con estas condiciones, no sólo no se prolongaría la estancia del ejército francés en México, sino que la retirada se efectuaría inmediatamente.

Las tremendas decisiones de Napoleón III no pudieron permanecer ocultas por mucho tiempo y una consternación general se apoderó de la corte y de todos los que simpatizaban con el imperio.

Maximiliano, profundamente impresionable, no podía disimular su abatimiento; sus vacilaciones aumentaban de día en día, y entre los altos dignatarios, unos opinaban porque había llegado el momento de tomar una resolución decisiva: que se obrara con energía y se demostrara al mundo entero que el imperio podía vivir sin el auxilio de la Francia; otros, los más sensatos, opinaban que Maximiliano debía abdicar renunciando al trono de México.

Para colmo de desdichas, los Estados Unidos, en donde la guerra civil había terminado, comenzaban á dictar sus leyes. Obra suya era á no dudarlo la violenta retirada de los franceses, obra del Gabinete de Washington, que había llevado su audacia hasta declarar que no ad-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mitía absolutamente intervención alguna de las potencias europeas en los asuntos de México. Con tal declaración, impidió se hiciera en Trieste el enganche de voluntarios para la legión austriaca, que ya contaba con dos mil quinientos hombres, el gobierno de los Estados Unidos declaró que retiraría en el acto á su representante en Viena, si salía de aguas europeas un solo buque conduciendo tropas austriacas para México. Ante esta amenaza el Emperador Francisco José ordenó que se licenciase á los voluntarios.

La impresión que esta última noticia causó en México fué deplorable, como es de suponerse, si se tiene en cuenta que llegó un mes después de la que dió á conocer el fatal resultado de la misión Almonte. Para atenuar un poco el pésimo efecto producido en la opinión pública, se decretó la creación de batallones distinguidos que debían llamarse Cazadores de México, pero ya nada podía levantar el ánimo de los imperialistas que veían acercarse el fin de su empresa.

Por aquellos días de desaliento, la Emperatriz dió una prueba de su gran energía; manifestó que en México no debían tratarse asuntos de tal importancia con el mariscal Bazaine, y que en París no debían fiarse tan poco á los plenipotenciarios, ni mucho menos al cambio de notas. Decidió que ella en persona partiría é iría á tratar personalmente con Napoleón lo relativo al sostenimiento del Imperio. La valerosa mujer no dudaba del buen éxito de su empresa, pues aseguraba que á fuerza de súplicas conseguiría de Napo-

león lo que era necesario para la salvación de la causa imperial.

Animado Maximiliano ante la resolución heroica de su consorte, escribió de su puño y letra un largo memorial á Napoleón y aprobó la decisión de Carlota.

Esto acaecía muy pocos días antes del seis de Julio, fecha aniversario del cumpleaños del Emperador. Encontrándose éste algo indispuesto no quiso asistir á ninguna de las ceremonias que habían de verificarse en su honor y la Emperatriz fué la designada para recibir las felicitaciones en su nombre.

Como de costumbre se cantó el Te Deum en la Catedral y al recibir las felicitaciones en palacio, contestó la Emperatriz con estas palabras textuales:

« Señores,

« Me es grato recibir vuestros votos en nombre del príncipe que os ha consagrado toda su existencia, y aseguraros que su vida y la mía no tienen más objeto que vuestra dicha. »

Terminada la recepción se dirigió Su Majestad á Chapultepec, suprimiéndose la comida de gala, los fuegos artificiales y la iluminación.

Otros cuidados, otros asuntos de vital importancia tenían que tratarse y que atenderse ahora, para no perder tiempo en demostraciones de una confianza y de una alegría que ya no existían ni en los soberanos, ni en los súbditos del imperio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Emperatriz en su alocución no aludió absolutamente á su viaje; pero no podía ocultarlo á las persona de su intimidad; así es que, cuando entró á sus habitaciones para dejar el manto y la corona, sus damas de honor le pidieron permiso para abrazarla, obedeciendo al afecto que por ella sentían.

Su Majestad no se engañó respecto al sentimiento que dictaba aquella demostración, y accedió á ella; pero en el acto los sollozos y las lágrimas se siguieron á los abrazos, y la Emperatriz considerando como una debilidad imperdonable que viesen su emoción, encerróse en su cuarto. Pero como esta conmovedora escena, no podía pasar desapercibida y ya se hacía pública, al siguiente día el Diario Oficial anunciaba en sus columnas el viaje en los siguientes términos:

« Su Majestad la Emperatriz parte mañana para tratar los intereses de México y arreglar diversos asuntos internacionales. Esta misión aceptada por nuestra soberana con verdadero patriotismo es la mayor prueba de abnegación que haya podido dar el Emperador á su nueva patria; tanto más cuanto que la Emperatriz va á afrontar el peligro del vómito, que en esta época hace víctimas en la costa de Veracruz, tan peligrosa durante la estación de lluvias.

« Damos esta noticia para que el público conozca el verdadero objeto del viaje de Su Majestad. »

El día 9 de Julio á las cuatro de la mañana salía la Emperatriz de México, acompañada de las siguientes personas que debían ir con ella hasta Europa:

Sr. Don Martín Castillo, Ministro de Relaciones.



Sra. Gutiérrez Estrada.

Conde del Valle, Gran Chambelán.
Chambelán Don Felipe N. del Barrio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La dama de Palacio, Doña Manuela Gutiérrez Estrada del Barrio.

El Conde de Bombelles.

El Sr. Kuhachevich, tesorero de la Casa Imperial.

La Sra. Kuhachevich, camarera mayor.

El Doctor Bouslaveck.

Dos camaristas, una española y otra vienesa, cuatro criados extranjeros y cuatro mexicanos.

Además un empleado del Ministro Castillo y la servidumbre de éste, la del Conde del Valle y la de los esposos del Barrio. La escolta iba formada por una fuerza de caballería.

Maximiliano acompañó á su ilustre consorte, á quien jamás había de volver á ver, hasta Ayutla, punto situado á unas siete leguas de México.

La misma noche del día nueve llegó la Emperatriz á Puebla y allí se verificó una escena que llamó fuertemente la atención de cuantos la presenciaron.

Á la media noche, levantóse violentamente Su Majestad, hizo llamar á su servidumbre y se hizo conducir á las habitaciones del Sr. Esteva, que había sido prefecto imperial de Puebla y que entonces desempeñaba el cargo de Comisario Imperial en Veracruz.

Llamó agitadamente Carlota á las habitaciones de este señor, le abrieron los criados que cuidaban la casa, recorrió la soberana todas las habitaciones vacías, se le indicó un salón donde algunos meses antes se había verificado un banquete y se retiró luego á su domicilio sin dar á ninguno de sus acompañantes cuenta de lo

que había motivado tan extraña visita. Este fué el primer indicio del extravío mental de la soberana; pero esa noche, como es de suponer, nadie se imaginó lo que pasaba, ni mucho menos podía prever el triste fin de ese cerebro privilegiado.

Pasó la Emperatriz el día diez en Puebla, siguiendo el once su camino para Orizaba, donde pasó la noche y de donde salió al día siguiente, doce, para Córdoba y Paso del Macho, siendo ésta la jornada más dura de todo el trayecto, pues caía una lluvia torrencial, las carreteras estaban intransitables y habiéndose hundido en el lodo varias veces las ruedas del carruaje de la Emperatriz, fué necesario sacarlo del fango á fuerza de brazos. Impresionable y nerviosa con tanta contrariedad, quería Su Majestad seguir su camino á caballo, habiendo sido necesaria toda la energía del jefe de la escolta, para disuadirla de proyecto tan descabellado.

Se imaginaba la soberana, que si se retardaba, partiría el buque que había de conducirla á Europa, sin tener en cuenta que avisado á tiempo el capitán del vapor, éste no partiría hasta que llegase la imperial viajera á Veracruz.

Á la una de la madrugada llegó la comitiva á Paso del Macho, punto donde comenzaba entonces el Ferrocarril mexicano. Allí descansaron los viajeros unas cuantas horas y el día trece partieron para Veracruz, adonde llegaron á las dos de la tarde.

Inútil me parece decir que por todas partes recibió la soberana muestras de cariño y simpatía, para nadie

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era ya un secreto la angustiosa situación del Imperio, y para todos era verdaderamente un enigma saber cuál sería la solución; pero todos presentían que jamás volverían á ver á la Augusta Señora. Otro incidente más extraño que el de Puebla marcó el paso de la soberana por Veracruz, y éste tuvo mayor resonancia pues fué en pleno día, en el muelle y ante la multitud agolpada allí para ver la partida de la Emperatriz.

Vió Su Majestad que la lancha que había de conducirla á bordo llevaba bandera francesa, se resistió á embarcarse y retrocedió violentamente encarándose con los oficiales de la capitanía del puerto, donde obtuvo que se cambiara la bandera francesa por la mexicana. Para esto fué necesario hablar antes con el General Don Tomás Marín, prefecto marítimo del puerto, quien á su vez mandó llamar al comandante Cloué, de la marina francesa. Marín hizo saber á Cloué la determinación de la Emperatriz y Cloué, comprendiendo que no era tiempo de meterse á discusiones inútiles ni á contrariar á la soberana, ocasionando así un conflicto, ordenó se arriara de la proa del bote la bandera francesa y en su lugar se izara la bandera mexicana, á la vez se dirigió á la Emperatriz y con la elegancia y cortesía que caracteriza á todos los oficiales franceses le dijo que sus órdenes estaban cumplidas, y la condujo al bote que debía llevarla á bordo. Las demás personas de la comitiva, se embarcaron indistintamente unas en botes con bandera francesa, y otras en lanchas con bandera mexicana. En Veracruz se unió á la comitiva imperial

el teniente de marina Leoncio Detroyat, autorizado para viajar con la Emperatriz. En poco tiempo todos los pasajeros estuvieron á bordo, y Su Majestad siempre muda y sombría dió las gracias al comandante Cloué, diciéndole que antes de tres meses estaría de regreso en aguas mexicanas.

Á las seis de la tarde del día trece de Julio, el buque francés *Emperatriz Eugenia* levaba anclas, llevando á bordo á otra Emperatriz desdichada que jamás había de volver á ver tierra mexicana.

Cuando se le declaró la locura en Europa, corrieron en México muchos y muy diversos rumores, pero todos ellos á cual más absurdo y ninguno comprobado. Quién decía que había sido envenenada con toloache, yerba venenosísima, habiéndosele administrado en cortas dosis y por mano invisible. Se decía que las primeras dosis se le habían dado en Puebla y que después se le habían seguido administrando en Cuernavaca. Otras personas decían que en Mérida había sido envenenada; pero repito que todos esos rumores eran enteramente absurdos y que todos carecían por completo de fundamento.

Tanto en Puebla, como en Cuernavaca, como en Mérida, como en México, dejó gratísimos recuerdos y en ninguno de los lugares que visitó hubo nunca descontentos que manifestaran hacia ella antipatía ú odio. En México eran especialmente mayores las simpatías de que gozaba, pues hasta los enemigos más irreconciliables del Imperio admiraban su magnánimo corazón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

y elogiaban esa institución benéfica llamada Casa de Maternidad, institución que no costó al erario ni un solo centavo y que aún subsiste como recuerdo imperecedero que aquella noble y virtuosa dama dejó dando un mentís solemne á los villanos que la calumniaran.

Como último argumento contra los rumores de envenenamiento, me permitiré preguntar, ¿qué veneno era ese que tanto tardaba en dar á conocer sus desastrosos efectos?

Una notable escritora francesa Mme. Paulina Drouard, dice en el prólogo que escribió para la obra del Dr. Basch, titulada « Maximiliano en México ».

La causa de esta demencia tuvo tres versiones :

1° La princesa que llegó á Italia en completa salud y había sido allí envenenada.

Si fué envenenada en Italia ¿cómo es que la esposa de Miramón, uno de los dos generales fusilados con Maximiliano haya estado loca como Carlota, que haya, privada de razón experimentado los mismos terrores, padeciendo como ella?

2° La Emperatriz que salió de México llena de vida y de salud, había sido envenenada antes de su partida de ese país.

¿Qué veneno era aquel que producía un efecto tan seguro y quién podía habérselo dado?

3° En fin, que Carlota, agotada por los sufrimientos alejada de Maximiliano, que tal vez no la había dejado irse de América sino para substraerla al peligro que á am-

bos amenazaba ó para evitarle el horror de lo que podía suceder, Carlota sola y desesperada perdía la razón. »

Otro escritor francés aprecia mejor la situación en su magnífica obra llena de verdad « Fin de Imperio » de la que traducimos el siguiente párrafo :

« El vulgo que ama lo misterioso ha creído largo tiempo y cree tal vez todavía que esa perturbación del sentido manifestado por esos tristes incidentes (lo pasado en Puebla y Vera-Cruz) debió atribuirse á una tentativa de envenenamiento. Esta opinión ha sido suficientemente extendida para que hablemos de ella aquí aun cuando no la demos crédito alguno.

« No se apoya por otra parte en ningún hecho, es una simple conjetura exhibida sin prueba alguna.

« ¿ Quién hubiera tenido interés en hacer desaparecer á esta princesa ? Nadie. Su locura se explica demasiado por sus pesares privados y públicos, por la tristeza de su aislamiento, por las decepciones sin número que habían destruído sus mas bellas esperanzas. Ella, que había perseguido con entusiasmo su ensueño de Emperatriz, que había concentrado la energía entera de su alma en pensamientos de grandeza y ambición, veía faltarle todo en un momento, todo hundirse miserablemente en su derredor. ¿ Qué apoyo era el que había encontrado, qué sostén, qué consejo?

« Su padre acababa de morir, y al duelo de su vida privada se unían los pesares de su vida pública, haciéndolos más amargos y penosos todavía ! ¿ Era necesario más para trastornar un cerebro y la explicación más natural no es al mismo tiempo la más verosímil, la única verdadera? Agréguese á esto el cuidado de la misión que iba á cumplir, el peso de la responsabilidad que había asumido, los temo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS UANL FLAMMAM

res, los disgustos pensando en el Emperador que dejaba en México y en otro Emperador que iba á afrontar y si de algo puede uno admirarse es, no de que esta mujer débil y sola se haya vuelto loca, sino de que durante tanto tiempo haya podido resistir á tantos motivos de locura. »

Entretanto Maximiliano pasaba la mayor parte de su tiempo en Chapultepec, dejando de venir á México días enteros; los ministros acudían diariamente al alcázar, el capitán Pierron lo mismo y la correspondencia entre el Emperador y Bazaine continuaba día á día más animada, haciendo más y más tirante también la situación entre los dos.

El Soberano al saber los incidentes antes mencionados, y que ocurrieron en Puebla y en Veracruz, no les dió importancia alguna y los atribuyó á la naturaleza caprichosa de todas las mujeres, aún de las más inteligentes.

En su correspondencia con Bazaine, el Emperador hablaba de la pacificación general del país, y esto en los momentos en que el coronel belga Vander Smissen se retiraba de Monterrey con su legión, en los momentos en que las columnas francesas abandonaban el Saltillo y cuando al general austriaco conde de Thun, se le ordenaba que se dirigiese de Puebla á Tulancigo para evitar ciertos movimientos de los liberales, y este general no obedecía so pretexto de carecer absolutamente de dinero.

Siguiendo su idea de atraerse á los franceses, el Emperador había nombrado ministro de la guerra al general Osmont y al intendente Friant, ministro de hacienda, ambos nombramientos con profundo disgusto de Bazaine, que alegaba eran incompatibles esos cargos con los que dichos jefes tenían en el ejército francés.

El decreto de tales nombramientos se publicó en el *Diario oficial*, con una nota, en la que se veía el empeño que Maximiliano tenía en comprometer más y más á los franceses en el sostenimiento de la causa imperialista.

« Estas medidas, decía la nota, en armonía con la misión de la Emperatriz demostrarán que el gobierno marcha de acuerdo con sus gloriosos aliados y hace todos los esfuerzos, que la nación tiene que exigir para activar la pacificación del país. »

En una nueva carta del Emperador á Bazaine, enviada pocos días después de ese decreto, Maximiliano anunciaba al mariscal, que según la opinión del ministerio, había declarado en estado de sitio, los departamentos en que la agitación era mayor, y agregaba que los citados ministros, opinaban debía declararse también en estado de sitio todo el Imperio. De esa manera, depositando el poder en manos de los comandantes superiores militares, se escogerían los más aptos para semejantes puestos.

Por lo que se ha leido se comprenderán desde luego cuáles eran las intenciones de Maximiliano: obligar á los franceses de grado ó por fuerza á permanecer en el territorio mexicano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVII

Llegan á México los Sres. Hertzfeld y Gallotti. — Regreso de Galloti para Europa. — Su muerte á bordo. — Me nombra el Emperador correo extraordinario. — De México á Veracruz. — De Veracruz á Francia. — De San Nazario á Miramar. — Descripción del Castillo.

Pocas semanas después de lo que acabo de relatar, llegaron á México llamados por el Emperador, los Sres Hertzfeld y Galloti, el primero consejero de Estado en Viena y el segundo cónsul de México en Roma.

Hertzfeld era un antiguo marino y amigo de Maximiliano con quien había viajado en la fragata *Novara*, en compañía de Shaffer y de Günner; así es que la llegada de este bueno y antiguo amigo fué para el Emperador un gran consuelo en aquella vida de incertidumbres y de temores que llevaba desde la partida de la Emperatriz.

Galloti, era también un viejo amigo del Emperador y ya varias veces había sido llamado á la capital del Imperio, para desempeñar en ella un puesto adecuado á sus

talentos y cerca de su Soberano; pero Galloti siempre habia rehusado venir á México alegando tal ó cual motivo, no siendo el verdadero más que el miedo profundo que tenia por el clima de México, pues suponia que el vómito era endémico en todo el territorio mexicano.

Ya veremos después cómo un presentimiento fundado en sus temores, al parecer pueriles, lo tenian alejado de su Emperador y amigo.

Resolvióse por fin á venir á México; pero lo hizo con tales precauciones que no quiso desembarcar en la Habana, y al llegar á Veracruz, donde se vió obligado á pasar una noche en la ciudad, creyó morirse sintiendo todos los síntomas del vómito.

Después de pasar Galloti quince ó veinte días en México, decidió volver á Roma donde residía su familia, y dijo que no ambicionaba más honores ni más dignidades, que se encontraba muy contento en Italia y que cuanto antes quería volver allá. Agregó que sólo por cariño al Emperador, había venido á México. Concedióle pues, Maximiliano que regresase á su puesto de cónsul del Imperio en Roma y cuando después de tomar grandes precauciones para pasar en Veracruz el menor tiempo posible se embarcó á bordo del buque inglés, que había de conducirlo á Europa, á corta distancia de la Habana, donde no había querido desembarcar tampoco, es atacado por la terrible enfermedad y muere á bordo del propio vapor inglés, del mismo vómito al que tenía, con razón, un miedo tan grande.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En cuanto á Hertzfeld, desde el primer día de su llegada, fué el favorito de Maximiliano; tenía habitaciones en Palacio y en Chapultepec y se pasaba largas horas hablando con el Soberano, respecto á los asuntos difíciles y á la situación tirante entre éste y el mariscal.

Mucho tiempo hacía que yo deseaba ir á Europa y ya había manifestado mis deseos al Soberano; pero éste me decía que aun no era llegado el momento de mi viaje, que no tardaría en presentarse una oportunidad y que entonces aprovecharía mis servicios en el viejo Mundo.

El excesivo trabajo de aquellos últimos días en que ya se perfilaban negros nubarrones de tormenta en el horizonte del Imperio, había quebrantado notablemente mi salud, y así lo manifesté al doctor Semeleder, quien á su vez lo indicó á Maximiliano.

Entonces fué cuando éste decidió que hiciera yo un viaje á Europa, con el nombramiento de correo extraordinario, y portando pliegos de importancia para la Emperatriz.

Me concedió además, que terminada mi misión, pudiera gozar de una licencia de seis meses para visitar las principales capitales del continente, y tuve que instruir á dos empleados del gabinete para que me substituyeran durante mi ausencia.

Agradecido profundamente á los nuevos favores del monarca, propuse para substitutos míos, á Francisco Ibarrondo, joven muy inteligente que poseía el francés

y el inglés, y á mi hermano Manuel á quien el Emperador ya conocía y llamaba el capuchino por su carácter serio y adusto.

Aleccioné á mis substitutos en Chapultepec, pues ya casi nunca dormíamos en México y por las noches salía yo sigilosamente del alcázar, á eso de las ocho y media ó nueve, para regresar á la madrugada.

Como alderredor de la capital había constantemente destacamentos de tropas francesas, me fué necesario para mis escapatorias nocturnas un pase libre, para poder atravesar las líneas militares.

A título de documento curioso transcribo enseguida el texto de ese pasaporte:

CUERPO EXPEDICIONARIO DE MÉXICO

DIVISIÓN TERRITORIAL DE LA CAPITAL

El general comandante de la subdivisión autoriza á los jefes de los puestos de la garita de Belén, de la Alberca Pane y de la garita de Chapultepec á dejar pasar libremente, sea para entrar en México, sea para salir, al señor José Luis Blasio, secretario particular de S. M. el Emperador.

El presente será valedero tanto de día como de noche.

México, 26 de julio de 1866.

El general comandante de la Subdivisión.

G. DE MAUSSION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llegó por fin el tan deseado día, en que había de salir de México, para dirigirme á Europa.

El siete de Agosto por la tarde, me despedí del Emperador, recibiendo de él, las últimas instrucciones y las cartas de que era portador, habiendo entre ellas un largo despacho en cifra que debía yo transmitir al general Almonte, tan luego como llegara á París, para que éste á su vez lo transmitiese á la Emperatriz, en cualquier punto que se encontrase.

Maximiliano con su benevolencia acostumbrada, me dijo que después de entregar á la Emperatriz los pliegos de que era portador, si ella no disponía otra cosa, podría yo visitar á mi antojo las capitales europeas, que no hiciera lo que otros viajeros que se conforman solo con visitar París, pues hay muchas otras ciudades de Alemania, de Austria, de Italia y de Suiza que ofrecen grandes atractivos á los viajeros. Terminó diciéndome que á mi regreso volvería á ocupar el puesto que interinamente dejaba al joven Ibarrondo y á mi hermano.

El comandante Don Rodolfo Günner, que en ausencia del conde de Bombelles, de Shaffer y del tesorero Kuhachevich, era el encargado del tesoro imperial, me había dado el dinero suficiente para mi viaje, así como también las instrucciones financieras necesarias para quien, como yo, por primera vez salía del suelo patrio.

El día ocho de agosto á las cuatro de la mañana salí de México en la diligencia con mi nombramiento de co-

rreo extraordinario, y escoltado por un piquete de soldados que el gabinete militar puso al efecto, para que me resguardase hasta Paso del Macho, donde debía tomar el ferrocarril.

Eran entonces tan intransitables los caminos, especialmente en épocas de lluvias, que la diligencia que me condujo á Paso del Macho, puso cinco días para llegar á este punto, así es que arribé á la citada localidad el doce de agosto.

Temeroso de no llegar á tiempo para embarcarme en el vapor francés que salía de Veracruz el día 13, telegrafié al Sr Don José María Esteva, comisario imperial en Veracruz, para que á mi llegada á Paso del Macho se pusiera á mi disposición un tren especial y pudiese llegar á buen tiempo al puerto.

El Sr Esteva, me contestó que en Paso del Macho, esperaba también una fuerza francesa que había de embarcarse en el mismo vapor que yo y que ya avisaba al comandante de ella, para que fuera yo admitido en el tren militar que había de conducirnos á Veracruz.

Tan luego como llegué á Paso del Macho, presenté mi pasaporte al comandante francés y éste me hizo ocupar un asiento entre la oficialidad, que abandonaba el país.

Salimos de Paso del Macho á los doce de la noche del día doce, llegando el trece á las nueve de la mañana á Veracruz.

A mi llegada fuí recibido por el Sr Esteva, con quien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hablé largamente de la situación del Imperio, que él juzgaba desesperada, y él fué quien me contó el episodio doloroso de la Emperatriz relativo al bote con bandera francesa.

Se acercaba la hora del embarque y el Sr Esteva me acompañó hasta el muelle entregándome mi boleto de primera para el buque, diciéndome que ya estaba cubierto su importe y rehusándose muy formalmente á recibirlo de mí. En el muelle se me presentó un marinero austriaco llamado Sponza que Günner había puesto á mi disposición para servirme de camarista durante el viaje. Iban además cuatro criados de Palacio, despedidos, pero ampliamente pagados y que regresaban á Viena. Sponza debía seguir conmigo hasta Trieste.

Al mediodía del trece de agosto, *La France* que así se llamaba el transatlántico que había de conducirnos á Europa, después de disparar su cañonazo de reglamento levó anclas, llevando á bordo setecientos cincuenta soldados franceses que volvían á su patria. Á bordo supe por mis conversaciones con los oficiales de la tropa repatriada, que ya había orden de que tres transatlánticos, que deberían llegar en breve á Veracruz, condujesen todo el resto de tropas francesas que aun quedaban en México.

Después de hacer escalas en la Habana y en San Thomas, arribamos á tierra de Francia veintiséis días después de haber salido de Veracruz, es decir el día ocho de septiembre.

Tan luego como desembarcamos en San Nazario, me

dirigí á la oficina telegráfica, donde transmití en el acto el mensaje cifrado que llevaba para el general Almonte para que éste á su vez lo transmitiera á la Emperatriz al punto donde ésta se encontrara.

Al día siguiente salí para París y tan luego como llegué á la capital de Francia, me dirigí á la legación de México, y allí el general Almonte me refirió punto por punto lo ocurrido entre Napoleón y Carlota, y cómo de ahí la Emperatriz se había dirigido por Turín y Milán á Venecia y de ahí á Miramar; agregó el general Almonte que como ya Su Majestad sabía que yo me encontraba en Francia, debía cuanto antes emprender mi marcha para Miramar, pues la Soberana me esperaba con ansiedad para saber noticias de México y de su esposo.

Como aquel día era domingo, y no podía cobrar mi letra sobre París tuve que esperar hasta el siguiente, en que salí para Viena y de allí me dirigí en el acto á Trieste adonde llegué en la mañana del catorce de septiembre.

Me fué concedido entonces conocer ese maravilloso ferrocarril que atraviesa las escarpadas montañas de la Styria por el Semmering, donde poderosísimas locomotoras conducen á los viajeros á las alturas que sólo las águilas habitan, y descienden después á sombrías profundidades, pasando por varios túneles que perforan aquellas colosales montañas.

Á uno y otro lado de la vía férrea el viajero contempla pintorescos castillos ó pequeñas aldeas agrupadas entre las rocas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llega la noche y el tren sigue su rápida marcha á través de las montañas en plena obscuridad. Á la madrugada se llega á un punto denominado Navresina desde donde contemplamos la más bella salida de sol.

El Adriático refleja los rayos del astro rey y allá en el fondo á la orilla del mar, se ve una mancha multicolor que va aumentando á medida que el tren avanza y que luego se convierte en un grupo de embarcaciones. Es la flota austriaca anclada en el puerto de Trieste, adonde regresó después de la batalla de Lissa ganada por el almirante Tegetoff, con unos cuantos barcos viejos de madera, sobre la magnífica escuadra italiana al mando del almirante Persano.

Al lado del puerto de Trieste se ven muchos puntos blancos que van ascendiendo por la verde falda de las colinas que rodean la ciudad.

Más cerca del viajero y separada de la ciudad por una faja de arena que forma una extensa calzada, se ve otro punto blanco que se adelanta atrevidamente hasta el mar sobre una roca, destacando su hermosa y esbelta silueta sobre el azul del cielo.

Es el Castillo de Miramar, feérica mansión del archiduque Maximiliano de Hapsburgo.

Mi pluma inexperta no será la que describa esa mansión de hadas. Ya un notable estilista francés, Víctor Tissot, lo hizo magistralmente en las líneas que á continuación traduzco de una de sus obras de viajes.

« Miramar está á una legua de Trieste. El camino que

conduce al castillo es delicioso: sigue la orilla del mar que se ahueca, que se adelanta, que se redondea siempre orlado de un elegante encaje de espuma. Cuando este mar no tiene furores de hechicera tiene gracias de jovencilla. Sus olas son límpidas y azules, su aliento refrescante, su voz tierna como un suspiro. Vuelos de gaviotas se desgranan en derredor nuestro en el azul del cielo y en alta mar pasan como sombras de navíos náufragos, las formas indecisas de las grandes embarcaciones. Algunas lanchas de encarnadas velas cortan bruscamente la armonía de este cuadro de argentados y vaporosos colores.

Del lado de la orilla hay una multitud de villas encantadoras, blancas enteramente, que asemejan á una bandada de locas bañadoras. A través de los intersticios de follaje se admira su pórtico de mármol, su elegante fachada adornada de un balcón de donde se desbordan las plantas trepadoras y presentan á las pintadas mariposas y á las abejas de oro una verdadera escala de flores.

Al extremo del camino sobre un pintoresco promontorio se percibe el castillo de Miramar; sus almenadas torres, su arquitectura maciza dominan el mar con el aspecto altivo y melancólico de una fortaleza.

La historia de este castillo jamás ha sido contada y sin embargo merece serlo. El lector encontrará sin duda algún interés en conocerla.

En 1856, el joven archiduque era comandante de la marina austriaca, cuyas victorias preparaba. No pensaba en Miramar, ni esperaba tampoco ser un día gobernador de las provincias lombardas; ya había hecho un viaje á Grecia y al Asia Menor, recorrido la España, Portugal, la Sicilia; visto el Oriente y la Tierra Santa. Amaba el mar con un amor de marino y había fijado su residencia en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Trieste; á menudo en medio de la tempestad, subía en una barca y le agradaba afrontar solo el peligro. Un día de muy fuerte temporal, su embarcación fué levantada como una pluma y llevada más allá del cabo Griñano. Allí, no más viento, una agua tan calmada y tranquila como la de un lago. Maximiliano bajó á tierra y encontró una posición tan favorable y un punto de vista tan hermoso que resolvió construir allí una casita de pescador. Compró el terreno y comenzó por hacer en él ensayos de cultivo de plantas exóticas, no dudando de la fecundidad extraordinaria de ese suelo expuesto al pleno sur.

Al año siguiente se casó con la hija del Rey de los belgas con la varita de oro que le aportó esta princesa, la cabaña se transformó en palacio digno de un rey.

En aquella época Maximiliano se ocupaba mucho de arquitectura; había concebido la idea de esa admirable iglesia votiva que es una de las joyas de la ciudad de Viena, y se aplicó en trazar con su propia mano el plano de Miramar. Los trabajos se impulsaron con actividad, pero en 1858, cuando debió abandonar la Lombardía no había terminado más que la casa rústica que se eleva en la cima de la colina. Allí se instaló con su esposa y encontró esta habitación tan encantadora que no quiso ya abandonarla ni aun después de concluído el castillo. Figuraos un gran «Chalet» tapizado de madreselva y de guirnaldas de parras, rodeado de un bosquecillo de camelias y de rosalaurel que le dán sombra con el misterio de cortinas de alcoba. ¡ Qué dulce debía ser la vida en este retrete enervante de flores y cantos de aves, en este nido de verde acariciador y con este bello cielo azul en la cabeza ! Allí, todo hablaba de amor; el ruiseñor que hacía su nido bajo el techo de la hermosa casita, la flor abierta á la sonrisa del alba, la

mar estremeciéndose bajo la mirada de las estrellas y esa dulce brisa que murmura en las hojas y que durante las bellas noches parece hacer creer que los árboles tienen también un lenguaje, que sus troncos se enlazan y se confunden en misteriosos besos. Todo lo que es suficiente para la dicha, llenaba esta soledad donde Maximiliano había realizado el ensueño moderno, de un corazón y una bolsa. La generosidad de este príncipe hacía indispensable este último elemento de ventura porque le agradaba rodearse de artistas, de hombres de letras, de sabios; los colmaba de atenciones, no olvidando esos pequeños regalos tan propios para conservar la amistad. ¡ Ah ! si esas alamedas pudiesen hablar, si esos árboles pudieran repetir lo que han escuchado, penetraríamos hasta el fondo de esa alma, veríamos cuán nobles y grandes eran los proyectos y las ideas que en ella maduraban.

Maximiliano era ante todo un hombre de corazón. Su recuerdo se venera aún hoy en esas provincias lombardas que administró como amigo y como padre; y en ese México donde nunca quiso reinar como conquistador, los indios de las cercanías de Querétaro no construirán una cabaña sin poner en ella, como un talismán, una piedra arrancada del cerro donde fué fusilado. Á la llegada de su ataúd á Trieste jamás se vió emoción semejante: los almacenes se cerraron, el trabajo quedó suspendido, por todas partes no se veía más que gentes vestidas de luto y mujeres que sollozaban. Durante muchos años la clase baja de la población no ha querido creer en su muerte: ¡ Él volverá, decían, Él volverá !

Cuando se piensa en la vida feliz que habrían podido llevar allí, cuando se evoca ese pasado de horas lentas y sin alarmas y se piensa que Él ya no existe, que Ella tam-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bién ha muerto aunque vive, se siente una tristeza indefinible al franquear la reja de esta residencia, no se pueden recorrer estos jardines llenos de encantos sin colocar en ellos escenas de ventura; — en esas alamedas bañadas por una luz verde y crepuscular la imaginación cree ver todavía una pareja enlazada que en ellas desaparece. Es un paraíso perdido, donde, como en el otro, Eva fué la que primero pecó: la serpiente del orgullo se dirigió desde luego á la mujer que cogió la manzana y la mordió presentándola después á su esposo. Esa cabeza juvenil de archiduquesa tenía nostalgias de corona y de gloria. En la terrible aventura de México los futuros historiadores deben buscar á la mujer.

Pero entremos en ese castillo que excita en Viena celos tanto más vivos cuanto que Maximiliano era el hombre más popular de la monarquía; la puerta está abierta, no se os pregunta ni vuestro nombre ni vuestras cualidades. Se viene aquí como á una peregrinación.

En el vestíbulo una docena de alabardas en el rastrillo indican que se entra en la casa de un príncipe de sangre: el aspecto poco guerrero de estas armas de parada está todavía más suavizado por la vecindad de una copa de mármol donde beben dos palomas de arqueado cuello, de estremecientes alas. La ventana del fondo sirve de marco al golfo de Trieste. Es una decoración maravillosa.

El gabinete de trabajo y la alcoba se abren sobre el vestíbulo y son la reproducción exacta de los dos camarotes que Maximiliano ocupaba en la fragata « Novara », en la cual dió la vuelta al mundo. Sobre la mesa de noche una miniatura de la Emperatriz Carlota. La biblioteca es rica en libros de ciencia, de historia y de viajes en todos los idiomas; á la edad de diez y ocho años Maximiliano hablaba el francés, el inglés, el italiano, el español, el húngaro, el eslavo, el griego y el latín. Estatuas del Dante, de Goëthe, de Shakspeare, de Homero adornan esta pieza de un estilo sobrio y elegante. Es en este gabinete que tiene vista sobre el mar, cuya sublime inmensidad amaba tanto, donde Maximiliano escribió sus cuatro volúmenes de Memorias, de Bosquejos de viaje, de Aforismos y de Poesías. No conozco lugar más maravillosamente escogido para el ensueño y el trabajo, el pensamiento y el olvido, así es que la inspiración fué afortunada y la Alemania entera estuvo unánime en conceder al archiduque la corona de los poetas-reyes, menos pesada y sobretodo menos frágil que la de los reyes-poetas. Maximiliano tenía un talento descriptivo exquisito, observaba con delicadeza y escribía con arte. ¿ Queréis un ejemplo? He aquí el consejo que da á los viajeros fantasistas como él : « ¿ Gentes que viajáis, queréis juzgar una ciudad antes de entrar en ella? Si está dominada por elevados y negros campanarios, por cúpulas relucientes, entrad y encontraréis en ella hermosos monumentos, grandes recuerdos; pero si se presenta á vuestras miradas sin construcciones elevadas, no vayáis, porque no encontraréis en ella más que calles y casas uniformes, no entréis si no es que el azúcar y el algodón tienen para vosotros más importancia que todo lo demás. Si desde lejos percibís colosales chimeneas huid de ella como al aspecto de molinos de viento, porque entre todas las ciudades, las ciudades donde hay fábricas son las más fastidiosas, matan el talento y el corazón y convierten á los hombres en máquinas. »

Adoraba la Italia. Nápoles era para él « un pedazo del paraíso caído del cielo. » Ha descrito esta ciudad con la pluma de un serafín mojada en el oro de una estrella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el salón dominan los retratos del Emperador y de la Emperatriz de Austria. En la alcoba se encuentran los del Emperador Napoleón III y de la Emperatriz Eugenia. La capilla ha sido construída según el modelo de la Santa Capilla de Jerusalem.

El pimer piso encierra toda una colección de cuadros antiguos y retratos. En la sala llamada del Emperador Pío IX está colocado frente á frente de la reina Isabel. Se nota allí también un cuadro de Rafael y el escritorio de María Antonieta, de madera de rosa. La sala de conversación está cubierta de pinturas que representan la historia de Miramar, la llegada de los Romanos, el Emperador Leopoldo I recibido en Trieste, la diputación mexicana presentándose ante Maximiliano, y la partida para México. Lo mismo que el castillo imperial de Viena el castillo de Miramar posee su sala del trono.

La escalera en el estilo gótico alemán es de madera esculpida con estatuas de heraldos y hombres de armas, sosteniendo candelabros. Las paredes están cubiertas de trofeos indios traídos del Archipiélago.

Maximiliano tenía por la naturaleza la pasión ideal de un Juan Jacobo Rousseau; — veía en las plantas otra cosa más que la tisana, amaba sus colores, sus formas variadas, sus perfumes, las cultivaba como hombre de gusto y como artista, y los describía como poeta. Con profusión las ha esparcido en derredor de Miramar, cambiando en un oasis una roca árida y ardiente, y aclimatando en esta latitud la vegetación friolenta y radiante del Oriente. De lo alto de los terrados, la vista recorre todo el diapasón de los tamarindos, de los boababs, de los algodoneros, de los pinos-parasol, de los cactus y de las higueras. Hay allí palmas que hacen pensar en Pablo y Virginia y que él

llamaba en su lenguaje figurado « hadas nacidas del sueño de los dioses », comparando también la graciosa inflexión de sus hojas « al baile de las gracias ». Hay allí prados de una riqueza de tonos tan brillante que se creería estar sembrados de piedras preciosas y bordados como casullas; hay espaldares que se abren sobre el mar semejantes á grutas de ninfas, fuentes estrelladas de lotos apareciendo como grandes espejos en el centro de los prados y destacando su blancura, sobre los negros bosquecillos, algunas estatuas mitológicas calentando al sol su divina desnudez.

Maximiliano amaba tanto su Miramar que ha hecho de él un retrete encantado de las Mil y Una Noches. Así, si en el otro mundo hay una recompensa para los que han injustamente sufrido, debe serle permitido volver algunas veces á esas alamedas que él ha plantado, á buscar en ellas las huellas de la pobre Otelia.

En México sus únicos momentos de recreación eran los que consagraba á Miramar; dirigía su antigua residencia como si debiese volver á ella algún día; por cada correo trasmitía sus órdenes para cambiar ó quitar las flores de tal prado, para amueblar tal sala, para hacer agregados por un lado ó reparaciones por otro. Miramar era para él el cayado y el sombrero del pastor convertido en rey, sus recuerdos que le traían á la memoria su pasada felicidad suavizaban las sombrías preocupaciones del presente, haciendo sonreír el porvenir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE

DE MIRAMAR A ROMA

CAPÍTULO PRIMERO

Mi arribo á Miramar. — Entrevista con la Emperatriz. — Nuevos síntomas de demencia. — Los huéspedes del Castillo. — Los invitados. — Un dieciséis de septiembre en Miramar. — *Te Deum* y banquete. — Preparativos para el viaje á Roma. — El Piccolo. — Viaje por el Tirol.

En la estación de Grignano que es la última antes de llegar á Trieste descendí del tren.

Como oportunamente había anunciado por telégrafo mi llegada, ya en la citada estación me esperaban algunos criados, quienes tomando mis equipajes me condujeron por la suave pendiente de la colina, hasta la hermosa verja de hierro que da entrada á los jardines del castillo.

Ya en el último capítulo de la primera parte de estas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

memorias, el lector se deleitó con la lectura de las páginas hermosísimas en que el viajero y escritor M. Víctor Tissot describe magistralmente esa mansión deliciosa que Maximiliano había hecho construir, para en ella pasar, sin duda, alejado del bullicio del mundo y de las tormentas políticas, sus últimos años.

Pero de otra manera lo dispuso su destino fatal.

Pasé emocionado por entre aquellos hermosos jardines, deteniéndome á contemplar á cada paso, ya las plantas exquisitas y raras que allí abundan, ya las hermosas estatuas que miran desde sus elevados pedestales el mar que muy cerca salpica las rocas con su amarga espuma, ya una enorme esfinge que se ve á la entrada del puerto y que parece interrogar al Adriático.

Á la izquierda, las elevadas y albeantes paredes del castillo, con sus arcadas y sus tres líneas de ventanas y sus esbeltos torreones blancos también, parecen mirar dulcemente el ir y venir de ese Adriático azul donde tantas veces dejó reposar sus miradas el Emperador de México, antes de emprender la aventura dolorosa que terminó con su muerte.

En la puerta principal del castillo, un guardia palatina se encontraba de centinela.

Un camarista previamente avisado de mi llegada, me condujo á mis habitaciones y tan luego como me hube arreglado un poco, pasé inmediatamente recado á la Sra. de Kuhachevich á quien entregué personalmente los pliegos para la Emperatriz.

Media hora después me recibía Su Majestad; portaba un traje de riguroso luto; en su augusto semblante se revelaban ya las huellas de atroces sufrimientos interiores y apenas si en sus labios se dibujaba melancólica sonrisa.

Me recibió de pie y muy enfadada me dijo:

¿Por qué ha tardado Ud tanto? Desde la llegada de Ud á San Nazario, vivimos aquí en la mayor impaciencia y debería comprender nuestra ansiedad para no haber retardado el momento de venir á encontrarnos.

— Señora, le contesté, no me he detenido más que dos días en París, y una noche en Viena, estando tranquilo respecto al cumplimiento de mi comisión, pues tan luego como llegué á San Nazario y obedeciendo las órdenes de Su Majestad el Emperador, trasmití al Ministro en París el mensaje cifrado, que él debe haber trasmitido á Vuestra Majestad. — Como ésta era la parte más importante de mi comisión, creí haberla cumplido fielmente. Sin embargo con excepción de esos dos días y medio, he pasado todo el tiempo en ferrocarriles para llegar cuanto antes aquí y ponerme á las órdenes de Vuestra Majestad. La casualidad hizo que llegara yo en domingo á París y como ese día estaban cerrados los Bancos, me vi obligado á permanecer hasta el día siguiente para cobrar la letra que traía.

— Usted no sabe sin duda, me dijo, que el telegrama cifrado y trasmitido por el Sr. Almonte está todo equivocado, y por consiguiente incomprensible.

— No, Señora, lo ignoraba; pero si así sucedió, fué

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin duda por culpa del telégrafo ; es muy fácil susbsanar ese error, pues yo traigo conmigo el original del mensaje y puedo descifrarlo.

— Deme Ud ese documento para que desde luego lo traduzca el Sr. Kuhachevich. Además, agregó, ¿ está Ud cierto que nadie ha tocado durante la travesía, ó á su paso por Francia los pliegos del Emperador que Ud trae ?

— Señora, contesté, esos pliegos no se han separado de mí un solo instante; tanto en el buque como en los hoteles y en los ferrocarriles, han estado constantemente encerrados en una pequeña maleta y ésta en otra cerrada con una llave que yo llevo en mi bolsillo en el buque, y por recomendación especial del Comisario Imperial, mi equipaje no fué bajado á la cala sino que viajó conmigo en mi propio camarote.

— « Además, como Vuestra Majestad podrá ver, los sellos están intactos y según el inventario que traigo, no falta uno solo de los documentos que me fueron entregados á mi salida de México. Creo también que S. M. no dudará ni por un momento de mi lealtad y de mi adhesión á su persona de la que ya he dado pruebas, siendo esta comisión una prueba más de la confianza que el Emperador tiene en mí.

— No dudo ni por un momento de Ud, me contestó, pero viene Ud de América, con su corazón puro y no desconfía de nadie. No sucedería así si conociera las intrigas de las cortes europeas, yo todo lo temo de Napoleón III, que es nuestro mortal enemigo.

Después me dijo que esperaba estaría yo contento de la hospitalidad que se me daría en el castillo, que ya el Emperador le escribía que me había concedido seis meses de licencia para visitar algunas capitales europeas y que más tarde podría yo hacer uso de esa licencia. Enseguida me ordenó que me retirara.

Entretanto el Sr Kuhachevich, había traducido el mensaje cifrado y una vez que la Emperatriz se enteró de su contenido se tranquilizó un poco. En aquel documento se trataba de los asuntos ya seguidos en París con Napoleón y de los que se tenían que tratar en Roma con el Papa, y en él se encargaba á Su Majestad obtuviera la solución favorable á esos asuntos. Tal fué lo que me dió á saber el Sr Kuhachevich.

Conté al citado caballero mi primera entrevista con la Emperatriz, manifestándole la extrañeza que me había causado ver que supusiera que habían sido abiertos los pliegos antes de que ella los hubiera visto; estando, como estaban éstos perfectamente sellados y lacrados; encontrábase también allí presente el doctor Bouslaveck y tanto este señor como Kuhachevich, me manifestaron que la Emperatriz, desde su entrevista con Napoleón, tenía las ideas más estrafalarias y desconfiaba de todo el mundo.

No cabía pues duda ninguna que aquel cerebro caminaba á grandes pasos á la locura.

Según la costumbre establecida por la Emperatriz en Miramar, ella comía absolutamente sola en sus habitaciones y sólo de cuando en cuando, invitaba para que la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acompañara á la Sra. del Barrio. Respecto á los demás huéspedes de Miramar, se nos servían las comidas en un hermoso comedor cuyas ventanas daban al mar. A la Emperatriz le servía su camarera de confianza Matilde Doblinger, joven vienesa que venía con ella desde México.

En el castillo, el doctor Bouslaveck me presentó con el Sr Radonetz, prefecto de la residencia imperial, y con el Sr Stephaneck, cónsul de México en Trieste. Se encontraban además en Miramar los Sres Don Martín Castillo, el conde del Valle y los esposos del Barrio. Conocí allí también al Sr Don Gregorio Barandiarán ministro de México en Viena, y á su esposa, que era una hermosísima dama peruana, los cuales llegaron la noche del 15 de Septiembre á Miramar para pasar allí el siguiente día, invitados por Su Majestad para celebrar, cosa extraña, en aquel castillo situado á orillas del Adriático, el aniversario de la Independencia mexicana.

En efecto á las seis de la mañana del siguiente día, dieciséis de septiembre de 1866, una salva de veintiún cañonazos anunciaba á los habitantes del castillo de Miramar que la Emperatriz Carlota celebraba con su séquito el quincuagésimo sexto aniversario del grito de la independencia de México. En el asta bandera de honor flameaba la bandera mexicana y á sus lados el estandarte real de Bélgica y el imperial de la casa de Austria. Todo el exterior del castillo, lucía un primoroso decorado floral y la guardia palatina de gran uniforme

estaba distribuida en las terrazas del castillo. Se habían abierto las puertas de los jardines y permitido la entrada á todo el mundo; y por las avenidas, se paseaban los aldeanos de las vecinas localidades, endomingados todos ellos y luciendo sus pintorescos trajes regionales.

A las nueve de la mañana una segunda salva de vientiún cañonazos, anunció que comenzaba la misa solemne en la capilla del castillo, misa cantada por el capellán de la propia capilla y terminada que fué se cantó el *Te Deum*. La Emperatriz con el manto imperial y la diadema y seguida de todos los que en el castillo nos encontrábamos asistió á estas ceremonias.

Por la tarde una espléndida banda militar austriaca, tocaba en los jardines, y á las cinco se sirvió un banquete en el gran comedor del Palacio; las damas lucieron en esa comida sus magníficos trajes de corte y los hombres que no tenían grados militares, traje de etiqueta; los militares que asistieron llevaban sus ricos uniformes de gala.

Aquella noche, durante la comida me pareció menos triste el semblante de la Emperatriz, su sonrisa era efectivamente más placentera y en sus ojos había mayor brillo que otras veces; era quizá que aturdida por las fiestas y por las aclamaciones de que era objeto, aun creía posible el Imperio Mexicano sin el apoyo de la Francia.

Después de las siete de la noche que terminó la comida, pasó la Emperatriz al gran salón de recepciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del castillo; á aquel salón donde poco tiempo antes fuera recibida por Maximiliano la diputación mexicana que con el efímero trono de México, iba á ofrecerle también el cadalso de Querétaro.

De allí, después de conversar agradablemente con sus invitados durante una hora, pasó Su Majestad á recogerse á sus habitaciones.

Al siguiente día me dirigí á un primoroso retiro situado á cierta distancia del castillo y denominado el «Piccolo.» Allí residían los esposos del Barrio, á quienes fuí á hacer una visita. El Piccolo era un lugar escogido por Maximiliano para pasar largas temporadas en épocas más felices. Allí el archiduque se entregaba al estudio y á la meditación y allí tenía reunidos todos los objetos que había coleccionado durante sus viajes.

En el centro del pabellón había una cámara tapizada de damasco obscuro, los muros estaban casi literalmente cubiertos con armas exóticas que el mismo Emperador había coleccionado y clasificado con exquisito gusto. Había además en las paredes versículos del Koran escritos con caracteres de oro. En el centro de la habitación un bellísimo juego de agua, levantaba casi hasta el techo, delgado y cristalino hilo que refrescaba aquella morada digna de un magnate oriental. Un dosel formado con huevos de avestruz encerrados en redes de seda verde pendía del techo, los asientos eran mullidos cojines de terciopelo rojo y el piso estaba tapizado por alfombras turcas de diversos colores. Por doquiera, pebeteros magníficos lanzaban perfumado humo y al

alcance del visitante, se veían largas pipas árabes, para los refinados fumadores, á la usanza de Oriente.

Como no tenía absolutamente nada en que ocuparme, visité detenidamente la ciudad de Trieste, unas veces solo, otras con el doctor Bouslaveck, otras con el joven Sicilia, empleado del Sr. Castillo.

Visité también á la familia del consejero Hertzfeld y á la de otro empleado del Palacio apellidado Hoffman. En estos paseos, en visitas y en los baños de mar, pasé los días de mi permanencia en Miramar.

El día diecisiete de Septiembre, al regresar de Trieste, la Sra de Kuhachevich me participó que la Emperatriz deseaba hablarme. Acudí inmediatamente al llamado de Su Majestad, y ésta me dijo que pensaba ir á Roma y que quería que yo la acompañase, pues además de que podría serle útil durante el viaje, no debía desperdiciar aquella oportunidad para visitar las muchas maravillas que contiene la antigua ciudad de los Césares.

Contesté á la Emperatriz que gustoso acataba sus deseos, que eran órdenes para mí, tanto por el placer y el honor de poder ser útil en algo, como también por conocer la capital del orbe católico.

Decidió hacer el viaje por tierra atravesando el Tirol, pues se habían dado en esos días varios casos de cólera en Trieste, y no quería verse detenida por las cuarentenas en Ancona ó en Venecia.

Esa fué por lo menos la disculpa que dió para hacer el viaje por tierra; pero según la opinión de Kuha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chevich y del doctor Bouslaveck, aquella era una de tantas ideas nuevas y extravagantes como venían diariamente á su pobre cerebro que caminaba á gran prisa á la catástrofe final. Respecto á mí, elogié aquella idea, que me proporcionaba la manera de conocer ese pintoresco país, tan semejante á la Suiza; pero mucho menos conocido y explorado que aquélla.

Según las disposiciones de Su Majestad, el tesorero y yo debíamos salir de Miramar un día antes que la Emperatriz para preparar las postas y los alojamientos para ella y su comitiva.

Así pues, el día diecisiete por la tarde, á eso de las seis, salimos el Sr Kuhachevich y yo, rumbo á Villach de donde seguimos hasta Malburg, punto adonde llegamos al caer la tarde del 18. Como en Villach terminaba la línea férrea, desde allí empezó nuestra misión de preparar postas y alojamientos.

Una vez hecho esto, salimos en silla de posta, para comenzar á subir la montaña en plena obscuridad. Kuhachevich y yo nos abrigamos perfectamente y procuramos dormir. En cuanto al postillón, para distraer sus horas de fastidio se puso á tocar en su cuerno de caza, aires tiroleses, á los que contestaba el eco lejano de las montañas, mientras el galope de los caballos nos arrebataba por entre esa región montañosa y bellísima que es por su naturaleza una de las más pintorescas de Europa.

CAPÍTULO II

Sigue nuestro viaje por el Tirol. — Entrada á Italia por el Lombardo Veneto. — Mantua. — El general Don Leonardo Márquez y el ministro Peon de Regil en Mantua. — Paso del Po. — Bolonia. — Ancona. — El ministro Velázquez de León. — El obispo Ramírez. — Don Felipe Degollado. — Nuevo interrogatorio. — Foligno. — Llegada á Roma.

El amanecer del día diecinueve de septiembre nos sorprendió en un bellísimo sendero cercado por montañas altísimas cubiertas de frondosos bosques. Al pie de una de aquellas moles inmensas corría impetuoso un arroyo salpicando la roca con níveos encajes.

De trecho en trecho, veíamos algunas pintorescas construcciones de madera muy semejantes á los chalets de Suiza. Á lo pintoresco del paisaje, se agregaba el hermoso golpe de vista que producían grandes rebaños paciendo aquí y acullá, ó trepando por entre los breñales, y á trechos también, grupos de montañeses, trepando tan ágilmente como las cabras por entre las peñas, en persecución de las gamuzas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestra silla de posta avanzaba rápidamente y á cada vuelta del camino, era una nueva perspectiva, un nuevo panorama, más bello que el que acabábamos de dejar.

Así de sorpresa en sorpresa, de maravilla en maravilla, pasamos por la preciosa aldea de Spital, y por los pintorescos lugares denominados Sachsemburg, Lientz, Miterward, y Niedendorf, siempre siguiendo la orillas del Drau, cuyas fuentes habíamos visto aparecer como un pequeño arroyuelo y á cada paso que avanzábamos, avanzaba también ya majestuoso río, convirtiéndose de manso arroyo en tumultuoso torrente de aguas espumosas y cristalinas.

A las cinco de la tarde, llegamos á Brunneck y como habíamos pasado dos noches en el camino y todo se había dispuesto y podíamos reposar dos días en ese lugar, nos hospedamos en una posada llamada del Elefante, en espera de recobrar nuevas fuerzas y restaurar un poco nuestro perdido vigor.

Después de ese ligero descanso, proseguimos nuestra ruta en silla de posta todavía hasta Brixen, lugar donde comenzaba de nuevo el ferrocarril. De este último punto seguimos, ya en cómodo wagon, hasta la antigua ciudad de Verona, pasando por Bolzen, por Trento y Roveredo hasta entrar en el Lombardo Veneto y llegar á la ciudad mencionada á las ocho de la noche. En esa ciudad situada á las márgenes del Adige, y que por su circo recuerda aún la dominación romana, reposamos un poco para seguir al día siguiente para Mantua.

Esta ciudad es más bien una gran plaza de guerra rodeada de fosos y de terrenos pantanosos. Mantua forma con Peschiera, Legnano y Verona el célebre cuadrilátero lombardo que vigila la desembocadura del Adige y de donde Bonaparte desalojó á las tropas austriacas en la gloriosa campaña de Italia.

Después de pasar diez puertas y otros tantos puentes, llegamos al centro de la ciudad y nos hospedamos en el hotel *Fenice*.

En este hotel, que era entonces el mejor de la población, preparamos las habitaciones para la Emperatriz y para su séquito.

Aun cuando ya estaba para terminar la guerra entre Prusia y Austria, pues ya Italia aliada de Prusia, había sido batida por tierra y por mar en Custozza y en Lissa, así como también Austria había sufrido la gran derrota de Sadowa ; todavía estaban cortados muchos tramos de ferrocarril y nuevamente tuvimos que viajar en carruaje, para llegar hasta Borgo Forte, último punto ocupado por los Austriacos y á cuyas puertas corre caudaloso el Po.

Este río, como es bien sabido, es el primero de los de Italia por la extensión de su lecho, la longitud de su curso (672 kilómetros) y la enorme masa de aluviones que arrastra en su impetuosa corriente

Se precipita de la alta región del monte Viso, á dos mil doscientos metros de altura, arrastrando consigo los torrentes de los Alpes.

Para vadear este río, recurrimos á una gran balsa de-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenida por cuerdas á un puente de barcas, que seguía la corriente del rio.

Nuestro carruaje avanzó hasta colocarse sobre la balsa, suficientemente ancha para contenerlo con todo y caballos y así vadeamos el Po.

Al pasar á la otra orilla, pudimos ver al centinela italiano, que indicaba que ya nos encontrábamos en tierra de Italia, y que veía de reojo á la opuesta orilla, donde se paseaba el centinela austriaco.

Seguímos nuestro camino por rutas tan bellas que más bien parecían calzadas de alguna ciudad moderna, y al caer la tarde arribamos á Guastalla.

Después de dormir unas cuantas horas en Guastalla, seguímos á la media noche nuestro camino, para llegar al amanecer á Reggio Emilia, donde ya el ferrocarril estaba en perfecto estado y nos conduciría hasta la ciudad eterna.

En Reggio, debíamos esperar á la Emperatriz y á su séquito y en el mismo hotel donde nos alojamos, se encontraban también el general Don Leonardo Márquez y su secretario, que venían de Constantinopla y Don Alonso Peon de Regil, ministro de México en Italia.

Estos caballeros sabiendo que la Emperatriz se dirigía á Roma, habíanse detenido en Reggio Emilia á esperarla.

Márquez y su secretario iban á París y Peon de Regil había venido de Florencia, con el objeto citado.

Pasamos todo un día en Reggio y al amanecer del

segundo, un telegrama inesperado vino á sorprendernos profundamente.

Estaba el despacho fechado en Brixen, venía dirigido al Sr Kuhachevich y en él se ordenaba que retrocediéramos inmediatamente pues la Emperatriz había cambiado de opinión y decidía volver á Miramar.

No pudiendo explicarnos tal determinación, solo la atribuímos á la incoherencia de ideas de que estaba dando pruebas Su Majestad, desde su salida de México.

Regresamos pues hasta Mantua, siguiendo el mismo camino y en esta ciudad nos esperaba un nuevo telegrama donde se nos ordenaba esperásemos órdenes allí, sin seguir nuestro camino, pues la Emperatriz había vuelto á cambiar de determinación y decidía siempre visitar al Santo Padre, y seguir para Roma.

No pudimos ya menos de comunicarnos nuestras sospechas, desgraciadamente bastante bien fundadas respecto al estado mental de Su Majestad.

Á las cinco de la tarde de aquel mismo día, las tropas austriacas de guarnición en Mantua, formaban valla desde la puerta Norte hasta el hotel de *La Fenice*, y una salva de ciento un cañonazos, anunciaba á los habitantes que la Emperatriz de México, Carlota Amalia llegaba á la ciudad.

Cuando Su Majestad, enmedio de una curiosa muchedumbre atravesó las calles con su numeroso séquito, todos los mantuanos se preguntaban con extrañeza porqué aquella soberana que venía del Nuevo Mundo,

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había escogido esa ruta tan larga y tan difícil, para dirigirse á Roma.

Ya instalada Su Majestad, recibió en el gran salón del hotel los respetos de los jefes y oficiales austriacos, que mandaban las fuerzas de guarnición en Mantua.

Después, la tropas desfilaron frente al hotel y desde el balcón principal la Emperatriz contempló el desfile y escuchó los entusiastas vivas, que aquellos fieles soldados lanzaban á su infortunio. Por la noche, toda la ciudad se iluminó profusamente en honor de la princesa belga.

El 25 de septiembre por la mañana una numerosísima comitiva salía de Mantua acompañando á la Emperatriz de México.

El primer carruaje conducía á la Soberana, á la Sra. del Barrio y al ministro Don Martín Castillo.

El segundo, al conde del Valle, al chambelán Del Barrio y al prefecto de Miramar Sr Radonetz.

El tercero á los esposos Kuhachevich, al doctor Bouslaveck y á mí. Seguía después otro coche y dos furgones con la servidumbre y los equipajes.

Después de pasar el Po (Kuhachevich y yo por la tercera vez) seguimos hasta Reggio, donde un rico conde italiano tenía preparado un gran banquete en honor de su huéspeda imperial.

De Reggio á Bolonia, seguimos en ferrocarril, llegando á esta ciudad á las cinco de la tarde.

Bolonia es una de las ciudades más curiosas de Italia, por sus calles todas formadas de portales y por sus antiguos palacios.

En Bolonia, las tropas italianas hicieron los honores á Carlota, formando valla desde la estación del ferrocarril, hasta las puertas del Hotel Británico, donde se habían preparado los alojamientos para la Emperatriz y su comitiva.

Los batallones de bersaglieri, con sus pintorescos uniformes y sus sombreros adornados con grandes plumas negras, llamaron mucho nuestra atención. En todo el trayecto, nos esperaba una multitud inmensa de curiosos.

Pasamos en Bolonia la noche y al amanecer del siguiente día, continuamos por ferrocarril para Ancona, siguiendo las riberas del Adriático.

En Ancona, donde se había preparado un gran almuerzo, esperaban ya á Su Majestad, el Ministro Velázquez de León, el Obispo Ramírez y el Sr Don Felipe Degollado que formaban la comisión mexicana en Roma.

También en esta ciudad las tropas italianas hicieron honores á la Emperatriz. Terminado el banquete que duró dos horas, volvimos al tren.

El Sr Velázquez de León invitado por la Emperatriz, pasó al coche que ésta ocupaba para hablar de los negocios del Imperio.

El Sr Velázquez de León era un hombre honrado á carta cabal, y había manifestado desde un principio profunda adhesión á la causa imperialista, pues como se recordará formó parte de la comisión que fué á ofrecer el trono efímero de México á Maximiliano en Miramar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Profunda y sinceramente católico, había sido escogido por el Emperador como el hombre más apropósito para arreglar con el Papa los asuntos tan espinosos de la Iglesia Mexicana.

De Ancona hasta Roma, el ferrocarril atraviesa una larga cadena de elevadísimas montañas y á cada vuelta del camino, nuestra admiración crecía ante los maravillosos panoramas que se desarrollaban á nuestra vista.

Largos y negros túneles abundan en ese admirable camino y es sin duda alguna el ferrocarril europeo, que por lo menos en aquella época, contaba con mayor número de túneles.

En una de las estaciones, vino al coche donde yo iba, un camarista á decirme de parte de Su Majestad que pasara yo al wagon que ella ocupaba pues deseaba hablarme.

Pasé inmediatamente á ver qué deseaba de mí la Soberana, y la encontré muy agitada hablando calurosamente con el Ministro Velázquez de León.

La Emperatriz manifestó al ministro que yo era el correo extraordinario enviado de México con pliegos del Emperador y entre éstos uno cifrado, el ministro que ya me conocía y me había hablado largamente en Ancona, volvió á hacerme un interrogatorio semejante al que Carlota me había hecho en nuestra primera entrevista en Miramar.

« Que si había descuidado mi balija, que si había trabado amistad con alguna persona de quien sospechara que hubiese violado la correspondencia, etc. »

Á todas las preguntas del ministro contesté naturalmente con la misma serenidad y la certeza que había contestado á la Soberana, pues yo estaba perfectamente seguro que nadie, en lo absoluto, había tocado aquellos pliegos más que yo.

Á la estación siguiente volví á mi coche, muy preocupado como podrán comprender mis lectores, pues aquella desconfianza de la Emperatriz no era para menos. Pero cuando llegamos á Roma y pude despacio hablar con el ministro Velázquez de León, éste me manifestó que solo se había prestado á aquel interrogatorio por complacer á Su Majestad, pues él estaba perfectamente seguro, que nada anormal había acontecido con la correspondencia imperial de que yo era portador; pero que S. M. desde su entrevista con Napoleón, había sufrido tal sacudimiento nervioso, que por doquiera veía asechanzas y emboscadas.

Al hablar con Velázquez de León, la Emperatriz le había dicho que no dudaba de mí; pero si que siendo yo tan joven y por mi edad, inexperto y confiado, muy fácil hubiera sido á los agentes y espías de Napoleón III haber cometido la felonía que sospechaba.

Á las cinco de la tarde de ese día el tren se detuvo en Foligno, donde bajo la sombra de un emparrado, se sirvió la comida que ofrecían á Carlota las autoridades romanas.

Su Majestad manifestó encontrarse un poco indispuesta y suplicó la excusaran de presidir el banquete; así pues comió sola en el wagon acompañada de la Sra. del Barrio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á las once de la noche, bajo una lluvia pertinaz y en plenas tinieblas, llegamos á la ciudad eterna.

El desembarcadero del tren, estaba sin embargo profusamente iluminado y cubierto de adornos, y una multitud inmensa se agolpaba para ver bajar del tren á la Emperatriz de México.

La Soberana fué recibida por una comisión de cardenales, que para el efecto había enviado el Santo Padre, por los ministros extranjeros residentes en Roma, y por muchas familias de las más distinguidas de la nobleza romana.

La Guardia noble y la gendarmería pontifical formaban valla y una escolta de coraceros acompañó al séquito imperial hasta las habitaciones que se le tenían preparadas en el suntuoso edificio denominado *Albergo di Roma* y que se encuentra ubicado en el Corso, frente á la iglesia de San Carlos.

CAPÍTULO III

El Albergo de Roma. — Primeros días en la ciudad eterna. — Visita del cardenal Antonelli. — Honores tributados á la Emperatriz. — Su visita á Pío IX. — Su Santidad corresponde la visita. — Se declara la locura.

Se destinó todo el primer piso del Albergo de Roma para la Emperatriz y para su séquito ; el salón del centro con balcones que daban al Corso y con dos cámaras á uno y á otro lado, fué ocupado por Su Majestad y un cuarto contiguo á la derecha para la camarista Matilde Doblinger.

En las habitaciones del ala izquierda, se instalaron : el ministro Castillo, el conde del Valle y los esposos del Barrio y en las del ala derecha, los esposos Kuhachevich, el doctor Bouslaveck y yo. El gran comedor para toda la comitiva, se encontraba situado en el fondo del patio y la servidumbre ocupaba todo el piso bajo.

Para hacer guardia á la Soberana se turnaban los co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á las once de la noche, bajo una lluvia pertinaz y en plenas tinieblas, llegamos á la ciudad eterna.

El desembarcadero del tren, estaba sin embargo profusamente iluminado y cubierto de adornos, y una multitud inmensa se agolpaba para ver bajar del tren á la Emperatriz de México.

La Soberana fué recibida por una comisión de cardenales, que para el efecto había enviado el Santo Padre, por los ministros extranjeros residentes en Roma, y por muchas familias de las más distinguidas de la nobleza romana.

La Guardia noble y la gendarmería pontifical formaban valla y una escolta de coraceros acompañó al séquito imperial hasta las habitaciones que se le tenían preparadas en el suntuoso edificio denominado *Albergo di Roma* y que se encuentra ubicado en el Corso, frente á la iglesia de San Carlos.

CAPÍTULO III

El Albergo de Roma. — Primeros días en la ciudad eterna. — Visita del cardenal Antonelli. — Honores tributados á la Emperatriz. — Su visita á Pío IX. — Su Santidad corresponde la visita. — Se declara la locura.

Se destinó todo el primer piso del Albergo de Roma para la Emperatriz y para su séquito; el salón del centro con balcones que daban al Corso y con dos cámaras á uno y á otro lado, fué ocupado por Su Majestad y un cuarto contiguo á la derecha para la camarista Matilde Doblinger.

En las habitaciones del ala izquierda, se instalaron: el ministro Castillo, el conde del Valle y los esposos del Barrio y en las del ala derecha, los esposos Kuhachevich, el doctor Bouslaveck y yo. El gran comedor para toda la comitiva, se encontraba situado en el fondo del patio y la servidumbre ocupaba todo el piso bajo.

Para hacer guardia á la Soberana se turnaban los co-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

raceros del Papa, y las tropas francesas de la guarnición que se encontraban aún en Roma.

Tanto á la hora de relevarse las guardias como durante las comidas, las músicas militares alegraban la soledad silenciosa del hotel.

Casi todo el día veíase el Corso lleno de curiosos que deseaban conocer personalmente á la Emperatriz de México, y durante la estancia de Su Majestad en Roma, fué aquel punto el lugar más concurrido y visitado de toda la capital del orbe católico.

Lo que más llamaba la atención á los burgueses romanos, era los trajes de charros que llevaban todos los criados de la Emperatriz.

Después del almuerzo, Su Majestad paseaba en carruaje con la Sra del Barrio, visitando los muchos y muy hermosos templos de Roma y por la tarde después de la comida, se dirigía al famoso paseo del monte Pincio, hermoso parque situado en lo alto de la colina de ese nombre. Era este paseo en aquel tiempo, el más bello y concurrido de Roma. Los carruajes haciendo numerosos zigzags, subían por dos ramblas hasta lo más alto de la colina, llamando la atención especialmente al bajar, la destreza de los cocheros para dirigir sus vehículos sin atropellarse mutuamente en aquella pendiente y en aquel maremagnum de carruajes.

Desde lo alto del monte Pincio, se domina con toda esplendidez el panorama más bello que imaginarse pueda, de la histórica ciudad de las siete colinas; desde allí se sigue hasta perderse de vista todo un mundo de

cúpulas de templos y de palacios, sobresaliendo entre todas la de la catedral de San Pedro; un poco más acá el mausoleo de Adriano, actualmente Castillo de San Angelo; al lado opuesto las ruinas del anfiteatro de Flavio, las columnas mutiladas del Foro romano y los obscuros arcos de Tito y Diocleciano. Y si el viajero contempla este magnífico espectáculo al caer la tarde todo un mundo de recuerdos, de tradiciones y de figuras históricas parece surgir ante los ojos maravillados del pensador y del turista.

También la vida social tenía su centro de reunión en aquel paseo en la época á que me refiero, pues sin duda alguna, que no había dama romana que no asistiese todas las tardes en carruaje abierto, lujosamente ataviada, á refrescarse entre las avenidas frondosas del monte Pincio.

Por entre los carruajes que llevan á las altas y nobles damas, circulan á pie las bellas hijas del pueblo romano, llamando la atención por su particular belleza las mujeres transtiberinas de profundas miradas y de negras y sedosas cabelleras.

Deseoso de conocer todos los paseos de Roma, no tardé en procurarme un caballo y en él, con montura inglesa acudía todas las tardes al paseo citado.

Una tarde que me crucé con el carruaje que conducía á Su Majestad y á la Sra del Barrio, saludé respetuosamente, y observé que la Emperatriz se sonreía y hablaba á su acompañante.

Impaciente por saber lo que la Soberana hubiera di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho de mí, tan luego como regresé al hotel y pude hablar con la dama de honor, la pregunté qué le había hablado respecto á mi persona, y la Sra del Barrio, sonriendo me manifestó que la Emperatriz le expresó textualmente, estas palabras.

«Estos Mexicanos no pueden prescindir del caballo, vea Ud á Blasio qué pronto se procuró uno en Roma para lucirlo en el paseo. Dichosa juventud que con todo goza.»

En las horas de mayor calor, Su Majestad permanecía en el hotel; de las once de la mañana á las tres de la tarde recibía visitas. Así fué que al día siguiente de nuestra llegada á Roma, recibió al cardenal Antonelli, quien iba en nombre del Papa á darle la bienvenida.

Como yo tenía positiva curiosidad por conocer al famoso cardenal, estuve muy atento á la hora de su llegada para contemplarlo bien á mi sabor.

Un lujosísimo carruaje conducía al cardenal, y cuando éste descendió, uno de los lacayos vestido de gran librea, calzón corto, tricornio y peluca empolvada se inclinó ante el paso de Su Eminencia.

Entonces pude verlo á mis anchas. Era alto, de simpático aspecto, de mirada viva y penetrante, y su vóz tenía un timbre sonoro é insinuante. Vestía traje talar de púrpura con manto del mismo color.

Al verle, toda la gente que estaba estacionada frente al hotel se arrodilló y el cardenal con pasos majestuosos pasó entre la muchedumbre distribuyendo bendiciones.

Su entrevista con la Emperatriz duró cerca de una hora, y nadie supo nunca lo que se trató en ella, pues no hubo testigo alguno, y tanto Antonelli como Carlota guardaron siempre el secreto de aquella hora pasada entre los dos, hablando sin duda de la aflictiva situación del Imperio mexicano.

En los días siguientes visitaron á la Soberana, casi todos los ministros extranjeros residentes en Roma, visitas que motivaba la continua presencia de los desocupados romanos, que se detenían gran parte del día frente al hotel, tanto para escuchar la música militar, como para contemplar á los diplomáticos de gran uniforme que iban á presentar sus respetos á la Emperatriz de México.

No teniendo nada en qué ocuparme respecto al servicio de Su Majestad, solicité de ella, me concediera permiso para no asistir á las comidas y poder así visitar los lugares más famosos de la ciudad eterna, y la Emperatriz, con su benevolencia acostumbrada me lo concedió, manifestándome que cuando necesitara de mí me lo haría saber la víspera para que de esa manera me en-encontrase yo en el hotel el día que me necesitara.

Aprovechando este permiso, visité Tivoli, Frascati, la villa Adriana, Albano y todos los puntos tan hermosos y tan llenos de recuerdos de la capital italiana y sus cercanías. Todo un volumen necesitaría escribir si tratara aquí de recordar tantas y tantas bellezas como entonces contemplaron mis ojos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una mañana se nos anunció oficialmente que el día veintisiete de septiembre á las once Su Santidad Pío IX, recibiría á la princesa Carlota y á las personas de su comitiva.

El cortejo se componía de varios elegantes carruajes y de una escolta de la guardia noble, que á caballo seguía al primero de ellos ocupado por la Soberana y la Sra. del Barrio.

Este carruaje que conducía á la Emperatriz, lo mismo que los demás pertenecían á la casa pontificia y el de Carlota iba tirado por cuatro caballos, llevados por lacayos que lucían la librea de gala pontifical.

Después de atravesar entre una multitud de curiosos la plaza de San Pedro que sin duda no tiene igual en el mundo, la comitiva se detuvo en la puerta del Vaticano.

Todos bajamos de los carruajes y precedidos por la Soberana á quien acompañaba el gran chambelán conde del Valle, llegamos al lugar donde el alto clero nos esperaba.

Algunos dignatarios del Palacio vestían traje de terciopelo negro, consistente en calzón corto, jubón, y capa corta, y gorguera de encaje á la usanza de la época de Felipe II.

La guardia suiza, con sus uniformes vistosísimos, según el modelo dibujado por Miguel Ángel, formaba la valla desde la majestuosa escalera hasta la sala del trono.

Este uniforme consiste en pantalón muy ancho, que llega hasta la rodilla, casaca de paño, pantalón y casaca

con listas de colores muy chillantes, medias listadas de iguales colores y zapatos bajos, la cabeza cubierta con cascos de plata que rematan plumeros blancos y en la diestra relucientes alabardas.

Subimos á las galerías por la famosa escalera llamada Escala Regia, que directamente conduce al gran salón que sirve de vestíbulo á las capillas Sixtina y Paulina. Tiene esta escalera dos rampas, la primera flanqueada de columnas jónicas y la segunda decorada con pilastras.

Columnas y pilastras sostienen una bóveda majestuosísima decorada con tableros de mosaico y con rosetones de estuco.

Con respetuoso y admirativo silencio atravesamos varias galerías que guardan los más valiosos tesoros del arte cristiano, hasta llegar á la sala del trono, magnífica en verdad, con sus muros incrustados de riquísimos mármoles y decorados con frescos maravillosos que representan los hechos más gloriosos de la vida de los Papas.

En el fondo del salón, se levantaba un gran trono de terciopelo rojo, rematado por el escudo de armas de los Estados pontificios y sentado en un sillón rojo y oro se encontraba el Sumo Pontífice de la Iglesia católica.

Vestía Pío IX, sotana de nívea y finísima lana y una amplia capa de la misma tela y del mismo color cubría sus augustas espaldas. Á ambos lados del trono se veían dos soldados de la guardia ya citada y en derredor de él, un grupo numeroso de cardenales, obispos y otros elevados dignatarios eclesiásticos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al acercarse la Emperatriz al trono pontificio, Pío IX se puso en pie y Carlota se arrodilló para besarle la sandalia; pero el Papa, cariñosamente lo impidió, tendiéndole la mano derecha y permitiéndole sólo posar sus labios en el anillo del pastor.

Enseguida la invitó á sentarse en un sillón que se había colocado á su derecha y todas las personas del séquito de Su Majestad desfilamos ante el Pontífice, arrodillándonos para besar la sandalia papal. Terminado el desfile, el Santo Padre nos dió la bendición y todos salimos del salón dejando enteramente solos á Pío IX y á Carlota.

Nunca á pesar de los años que de entonces acá han trascurrido ha podido borrarse de mi imaginación el recuerdo de aquel majestuoso anciano que por tanto tiempo gobernó la Iglesia.

Contaba entonces setenta y cuatro años, era de elevada estatura, algo grueso, de afable fisonomía, de muy vivas miradas y de voz armoniosísima y dulce.

Los empleados del Vaticano, nos manifestaron que mientras duraba la entrevista entre el Papa y nuestra Soberana, podíamos visitar las ricas galerías y algunas salas del Palacio de los pontífices romanos, y aprovechando tan bondadoso ofrecimiento recorrimos esos lugares que son la admiración de artistas y viajeros; y así vimos la capilla Sixtina, la capilla Paulina, el patio de San Dámaso y las logias de Rafael. Enseguida, comenzábamos á admirar los vastísimos jardines de la suntuosa

residencia pontificia, cuando se nos vino á avisar que la entrevista había terminado y que Su Majestad nos esperaba para partir.

La Emperatriz acompañada de los cardenales y de los prelados bajó por la escalera regia, hasta llegar á donde se encontraban los carruajes; todos sus acompañantes la seguíamos mudos é inquietos por saber cuál había sido el resultado de la entrevista.

Nuevamente, entre una multitud de curiosos, recorrimos el trayecto que separaba el Vaticano del Albergo de Roma, y al llegar á éste, preocupados todos, acompañamos á la Emperatriz hasta el salón del hotel, donde ansiosos esperábamos nos dijera algo que calmara nuestra ansiedad.

Pero sombría y taciturna, nos saludó inclinando la cabeza y nos dijo secamente:

— Pueden ustedes retirarse.

Enseguida dió orden de que se le sirviera la comida á ella sola en sus habitaciones y se encerró en ellas sin permitir que nadie le hablase.

Como es de suponerse la mayor consternación reinó desde ese día entre todos los que componíamos el séquito imperial.

El mismo día de la entrevista con Pío IX, por la tarde mandó la Emperatriz llamar al conde del Valle, y le manifestó que arreglara con las autoridades militares, lo más pronto posible, que se retiraran las guardias y las músicas, pues no quería oir música ninguna ni que se le hicieran honores de ningun género.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ese mismo día también tuvo una entrevista con el ministro Velázquez de León y le habló detenidamente del resultado de la entrevista con el Papa. Dos días después, es decir, el veintinueve de septiembre, el Pontífice pagó su visita á la soberana. Pío IX llegó acompañado de su gran séquito de prelados y escoltado por su guardia y Carlota lo recibió en el salón del hotel, donde habló largo rato con él. Terminada esta nueva entrevista fuimos llamados todos para recibir la bendición de manos del Padre de la Iglesia.

Siguió Su Majestad encerrada en sus habitaciones sin querer hablar con nadie y el treinta de septiembre mandó poner un carruaje y llamó á la Sra. del Barrio para que la acompañase. Eran las seis de la tarde, así es que extrañó mucho que mandase que la condujeran al Vaticano.

Iba vestida de riguroso luto; sobre su traje llevaba un paletot de terciopelo negro y la cabeza cubierta con un ligero tocado, que estaba atado bajo la barba con cintas de seda, negras también.

Al bajar la escalera, pudimos ver lo demacrado de sus facciones, sus ojos hundidos y el color encendido de sus mejillas, síntomas todos de la intensa fiebre que la consumía desde los últimos días.

Tan luego como el carruaje llegó á las puertas del Palacio Pontifical, ordenó al cochero que regresase al hotel y que no volviese por ella, subió las escaleras y pidió ver al Papa.

Tan luego como fué recibida por el Pontífice, le manifestó que iba á pedirle hospitalidad, pues sólo en el Vaticano se consideraba segura, porque hasta allí no podrían llegar los asesinos enviados por Napoleón para matarla, como tampoco los ministros infieles ni la servidumbre cohechada por el monarca francés con el mismo objeto.

Arrodillada ante los pies de Pío IX y sollozando, casi á gritos, le imploraba diciéndole que no se levantaría hasta no obtener el asilo que solicitaba.

El Papa al verse en aquel conflicto trataba de calmarla con palabras bondadosas y dulces, diciéndole que estaba equivocada, que no había tales asesinos, que todos los mexicanos que la acompañábamos le éramos muy adictos y muy fieles, pero nada bastaba á calmar la terrible excitación nerviosa de la soberana y repitió que nadie la sacaría de allí y que si no se le concedía un albergue, pasaría la noche en los corredores.

Aumentándose más el conflicto y viendo que la noche avanzaba, el Papa consultó con algunos de sus familiares, qué decisión debería tomarse, y mandó llamar á los Sres Del Valle, Castillo y del Barrio, quienes acudieron presurosos al llamado de Su Santidad.

Se les manifestó la situación por conducto del secretario del Pontífice y se mandó llamar inmediatamente al médico de cámara de Su Majestad. Este declaró que la Emperatriz sufría en esos momentos un terrible ataque de enajenación mental, que probablemente daría al traste para siempre con su cerebro é indicó que lo único conveniente para calmarla un poco, era que se le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

permitiese quedarse en el Palacio, puesto que así lo deseaba y no viese á ninguna de las personas de quienes desconfiaba.

Atendiendo, pues, á las indicaciones del facultativo, se preparó una habitación, donde la Emperatriz pasó la noche con la Sra del Barrio y con su camarista vienesa Matilde Doblinger y se decidió que desde luego, se reunieran en consejo todas las personas de su séquito para deliberar lo que más conveniente fuera.

El Secretario del Papa manifestó á los que nos encontrábamos ansiosos esperando qué determinación tomaba Su Santidad, que éste se encontraba muy consternado y que atendiendo á lo indicado por el médico, había accedido á que Carlota pasara la noche en el Vaticano.

Los chambelanes y el ministro mexicano regresaron al hotel ya muy entrada la noche, profundamente emocionados como podrá comprenderse y sin querer dar crédito á lo que se les había referido.

¡Al día siguiente por todo Roma circulaba ya el rumor de que la infortunada Emperatriz de México había perdido la razón!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IV

Regreso de la Emperatriz al Albergo de Roma. — Su vida en el hotel. — Se decide avisar al Emperador. — Viaje del Dr. Bouslaveck á México. — Aviso al rey de los Belgas. — Decretos de destitución de ministros dictados por la Emperatriz. — Llega á Roma el conde de Flandes. — Salida de la Emperatriz Carlota acompañada de su hermano. — Se disuelve el séquito imperial. — Mi regreso á México.

Como es muy fácil de comprender, la mayor consternación reinaba en el séquito de la Emperatriz, y desde luego se pensó en tomar alguna determinación práctica.

Reuniéronse al efecto en una de las salas del hotel, los Sres. Don Martín Castillo, el conde del Valle, el marqués del Barrio, el ministro Velázquez de León, Don Felipe Degollado y el obispo Ramírez, y por lo pronto decidieron esperar al día siguiente para ver qué cosa era lo más conveniente hacer.

Al siguiente día, primero de Octubre, un enviado de Pío IX vino á manifestar á los afligidos súbditos de

1625 MONTERREY, MEXICO

permitiese quedarse en el Palacio, puesto que así lo deseaba y no viese á ninguna de las personas de quienes desconfiaba.

Atendiendo, pues, á las indicaciones del facultativo, se preparó una habitación, donde la Emperatriz pasó la noche con la Sra del Barrio y con su camarista vienesa Matilde Doblinger y se decidió que desde luego, se reunieran en consejo todas las personas de su séquito para deliberar lo que más conveniente fuera.

El Secretario del Papa manifestó á los que nos encontrábamos ansiosos esperando qué determinación tomaba Su Santidad, que éste se encontraba muy consternado y que atendiendo á lo indicado por el médico, había accedido á que Carlota pasara la noche en el Vaticano.

Los chambelanes y el ministro mexicano regresaron al hotel ya muy entrada la noche, profundamente emocionados como podrá comprenderse y sin querer dar crédito á lo que se les había referido.

¡Al día siguiente por todo Roma circulaba ya el rumor de que la infortunada Emperatriz de México había perdido la razón!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CAPÍTULO IV

Regreso de la Emperatriz al Albergo de Roma. — Su vida en el hotel. — Se decide avisar al Emperador. — Viaje del Dr. Bouslaveck á México. — Aviso al rey de los Belgas. — Decretos de destitución de ministros dictados por la Emperatriz. — Llega á Roma el conde de Flandes. — Salida de la Emperatriz Carlota acompañada de su hermano. — Se disuelve el séquito imperial. — Mi regreso á México.

Como es muy fácil de comprender, la mayor consternación reinaba en el séquito de la Emperatriz, y desde luego se pensó en tomar alguna determinación práctica.

Reuniéronse al efecto en una de las salas del hotel, los Sres. Don Martín Castillo, el conde del Valle, el marqués del Barrio, el ministro Velázquez de León, Don Felipe Degollado y el obispo Ramírez, y por lo pronto decidieron esperar al día siguiente para ver qué cosa era lo más conveniente hacer.

Al siguiente día, primero de Octubre, un enviado de Pío IX vino á manifestar á los afligidos súbditos de

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1625 MONTERREY, MEXICO

Carlota que ésta se encontraba más tranquilla, que se la habia convencido de que deberia volver á su alojamiento, y que ella estaba conforme; habiéndosele dicho que todas las personas de quienes desconfiaba habían salido de Roma y qué, con tal motivo, era conveniente no mirase á ninguno de los caballeros que formaban su comitiva.

Igualmente preguntaba el Papa, qué se había decidido hacer y decía que le parecia muy conveniente que alguien emprendiese desde luego el viaje á México para poner en conocimiento del Emperador tan desdichado acontecimiento, dándole á conocer detalladamente todas las fases de la enfermedad.

Nadie, como es natural, quería hacerse cargo de una misión tan delicada á la vez que tan dolorosa; por fin se convino que el Dr Bouslaveck sería el comisionado y á la vez se decidió que en el acto se diera aviso también al Rey Leopoldo, hermano de la demente princesa, para que mientras resolvía Maximiliano — adónde debía ser trasladada, su hermano dictara algunas disposiciones.

Cuando los ministros y demás personas del séquito imperial se encontraban en semejantes discusiones, un criado vino á avisar que Su Majestad la Emperatriz volvía al hotel.

Todos los Mexicanos nos ocultmos; pero desde nuestro escondite, pudimos ver á la infortunada Carlota bajar de un coche cerrado que la conducía. Subió las escaleras acompañada de la Sra. del Barrio y de su

fiel camarista Matilde, llegó á sus habitaciones y se encerró en ellas con llave, dejando fuera á la dama de honor, quien vino á contarnos todos los tristes detalles de la noche anterior pasada en el Vaticano. En toda la noche, S. M. no cesó un instante de pasearse á lo largo de la habitación papal, no dejó de hablar incoherentemente y se rehusó por completo á tomar alimento alguno y á reposar. Á la madrugada, entraron al cuarto el médico y un sacerdote secretario del pontífice y calmada un poco por sus palabras, había consentido en volver al hotel.

Minutos después de su regreso, Carlota, por conducto de la camarera Matilde, quien como ya dije fué la única que penetró con ella, hizo llamar á la Sra. de Kuhachevich; y tan luego como la fiel servidora estuvo en presencia de la soberana, ésta le habló en los siguientes términos:

— « Jamás hubiera creído que una persona que como Ud, me conoce desde hacce tantos años y á quien he colmado de beneficios, á la que he entregado mi cariño y mi confianza, se vendiera á los agentes del emperador Napoleón para envenenarme. »

La pobre camarista protestó y lloró, se arrodilló implorando á los pies de la demente soberana; pero ésta no escuchaba razón alguna y violenta ya, agregó:

— « Salga Ud de aquí, Señora, salga Ud, y diga á sus cómplices que han sido descubiertas sus tramas, que sé quiénes son los traidores. Diga Ud al conde del Valle, al esposo de Ud y al Dr Bouslaveck que huyan si no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
1625 MONTERREY, MEXICO

quieren ser presos inmediatamente. Y Ud, huya también, pues no quiero ni volver á oir su nombre. »

La Sra. Kuhachevich salió llorando de las habitaciones de la Emperatriz, perfectamente convencida de que su augusta ama había perdido completamente la razón.

Pocos minutos después, hizo S. M. llamar á la Sra del Barrio, mandó poner un carruaje y salió en él, acompañada de la dama de honor. Ordenó al cochero que saliese á dar vueltas por algunas calles de Roma, hasta encontrar una fuente, cosa muy fácil en la ciudad eterna.

Á la primera que vió el cochero se detuvo, y entonces la soberana descendió del carruaje, llevando en la mano una jarra de cristal que llenó de agua, en el mismo surtidor de la fuente.

Enseguida volvió á subir y ordenó que la condujesen de nuevo al hotel, donde atravesó hasta llegar á sus habitaciones por los corredores y patios enteramente desiertos, pues toda la servidumbre había recibido orden de ocultarse para no exacerbar con su presencia el mal de la Emperatriz.

Entretanto Matilde, de quien no desconfiaba, se había procurado ya una pequeña hornilla de hierro, carbón, dos gallinas vivas y un cesto de huevos, para condimentar delante de Su Majestad los alimentos que ésta debería tomar, pues no quería comer nada más que lo que viera preparar, ni beber más agua que la que ella misma recogiera en su jarra de cristal de los surtidores de las fuentes romanas.

Matilde le instaba para que comiera algunas frutas, un poco de pan, etc.; pero Carlota rehusaba alegando que todo estaba envenenado.

Aseguraba la pobre, que hasta en las frutas mismas podían los traidores introducir algún tóxico y por lo mismo no comía más que lo que Matilde preparaba y condimentaba delante de ella.

Al efecto, la camarista vienesa se veía obligada á matar, á destazar y á condimentar las gallinas en la propia habitación de la Soberana.

Las noches eran verdaderamente infernales, Carlota se rehusaba á dejarse desnudar y á meterse en el lecho, y agitadísima se paseaba durante toda la noche á lo largo de su recámara; sólo á la madrugada, accedía á descansar un poco recostada en un sillón. Naturalmente al cabo de unos cuantos días de este excesivo trabajo, la pobre Matilde no podía ya de fatiga y casi estaba á punto también de perder la razón; fué pues preciso, con mucha astucia ir acostumbrando á la Emperatriz, á que viera junto á ella el rostro de otra camarera romana, á quien Matilde pudo introducir en las habitaciones, sin que Carlota desconfiara.

Entretanto se había decidido enviar un cablegrama preventivo á Maximiliano, por conducto de Hertzfeld, á quien se diría la verdad y éste la trasmitiría prudentemente al Emperador.

El cablegrama decía textualmente:

« Su Majestad la Emperatriz Carlota ha sido atacada el día

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
... 1625 MONTERREY, MEXICO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuatro de Octubre en Roma, de una congestión cerebral de bastante gravedad. La augusta princesa ha sido conducida á Miramar. »

Igualmente se decidió que el doctor Bouslaveck, partiría á México por la vía de Nueva-York, para llegar lo más pronto posible y en su calidad de hombre de ciencia, explicaría en detalle el desarrollo del terrible mal, como también las probabilidades que hubiera de curación.

Avisado igualmente por telégrafo Leopoldo II, este Soberano contestó que ya salía de Bruselas el otro hermano de Carlota (el conde de Flandes) para conducir á Miramar á la imperial enferma y allí consultar con los más sabios especialistas cuál era el tratamiento que debía aplicársele; agregaba Leopoldo II, que el conde de Flandes llegaría á Roma el día siete del citado Octubre.

El día siete por la mañana la Emperatriz preguntó á la Sra. del Barrio, si yo me encontraba en Roma, y habiéndole contestado la dama de honor afirmativamente, me hizo conducir á la habitación de Carlota.

La encontré de pie, como siempre majestuosamente erguida, vestida de riguroso luto, con el traje cerrado hasta su ebúrneo cuello y cuidadosamente peinada, pues la demencia no le había quitado el esmero de su persona.

Dirigiéndome dulce y tristemente la palabra, me dijo:

— Ya usted habrá visto mucho en Roma y deseará ir á otras capitales europeas, puede Ud hacerlo; pero antes he querido que escriba estos decretos para mi firma. Siéntese Ud á hacerlo.

Había en la habitación una pequeña mesa con todo lo necesario para escribir, y comencé á hacerlo al dictado de Su Majestad:

CARLOTA EMPERATRIZ DE MÉXICO,

En atención á que el Sr Juan Suárez Peredo, conde del Valle de Orizaba y nuestro gran chambelán ha formado parte de una conspiración fraguada para atentar á la vida de su Soberana, hemos tenido á bien destituirlo, como lo destituímos por el presente, de todos sus títulos, cargos y honores, mandándole se aleje de la corte sin volverse á presentar en ella por ningún motivo, comunicándose á Su Majestad el Emperador Maximiliano esta nuestra disposición, haciéndola firmar y tomar razón de ella, por nuestro intendente de la lista civil y ministro de la casa imperial.

Dado en Roma á 7 de octubre de 1866.

Di lectura al documento y habiendo quedado satisfecha la Emperatriz, me dijo:

— Ponga Ud otros iguales, para las destituciones siguientes:

Al Sr Felipe Neri del Barrio, marqués del Apartado, del cargo de chambelán.

Al doctor Bouslaveck, del cargo de médico de cámara.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al Sr J. de Kuhachevich, del de tesorero de la casa imperial.

Á la Sra de Kuhachevich, del de camarera mayor y finalmente al Sr Don Martín Castillo del de intendente de la lista civil y ministro de la casa imperial.

Deben comprender mis lectores, que yo no tenía en aquellos momentos más misión que obedecer, y no contrariar en lo más mínimo las órdenes de la princesa, para no exacerbar su demencia; hubo un momento sin embargo, en que pensé preguntar á la Soberana, ¿cómo era posible que el Sr Castillo firmara aquellos decretos cuando en uno de ellos se trataba de su propia destitución?

¿Y cómo también iba á firmarlos, cuando ella tenía ya conocimiento (por lo menos así se le había hecho creer), de que el citado ministro había salido de Roma?

Pero, en el acto resolví no contrariarla en nada, ni en lo más mínimo, y seguí escribiendo lo que me dictaba.

Paseábase tranquila al parecer por todo el cuarto, y de cuando en cuando levantaba yo mis miradas para observar su augusta fisonomía, tan cambiada en muy pocos días, por tantas emociones y por tantos sufrimientos.

Tenía el rostro completamente demacrado, los pómulos muy salientes y enrojecidos y las pupilas brillaban con extraño fulgor, cuando no se detenían sus miradas á fijarse en un punto determinado, vagaban extraviadas

é inciertas como si buscasen figuras ausentes ó parajes lejanos.

Pude también observar á mis anchas la habitación de la enferma: había en el fondo un suntuoso lecho de madera cubierto con amplio pabellón de seda, y desde luego se veía que no había sido tocado en varias noches. Junto á la cama, sobre una mesa de noche, se veía un candelero con una bujía á medio consumir y un pequeño reloj de oro. Al pie del lecho, el sillón que servía para que descansara la Soberana, en los pocos momentos que tenía de calma; además, un armario con lunas, un tocador con bandeja de plata y jarra del mismo metal, algunas sillas forradas con brocado y una mesa sobre la que se encontraba la hornilla, en la que Matilde condimentaba los alimentos para la augusta paciente.

Á los pies de la mesa, se encontraban atadas unas gallinas, y encima, algunos huevos y la jarra con agua, traída personalmente por la Emperatriz.

En uno de esos últimos días de nuestra triste residencia en Roma, pude personalmente ver á la Soberana apearse del coche frente á la hermosa fuente de Trevi y llenar en uno de sus espléndidos surtidores la jarra de cristal. Después, volvió tranquilamente á subir al carruaje sin fijarse en nada, y sin reconocerme ni mirar á nadie.

Tan luego, como hube de escribir las cartas, me levanté para pedir y recibir sus órdenes. Volvió entonces á decirme que, puesto que tenía permiso para pasearme por Europa durante seis meses y ya me había detenido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algún tiempo, podía yo salir de Roma cuando quisiera; enseguida me dió las gracias por haberla acompañado en su viaje á la ciudad eterna y antes de depedirme me ordenó buscara al Sr Castillo, para que se presentara ante ella y autorizara con su firma los documentos escritos por mí y también para que tomara nota de ellos. Manifesté á Su Majestad, que el Sr Castillo no estaba ya en el hotel y que probablemente había salido de Roma; pero entonces la Emperatriz, ya un poco violenta, me dijo:

— No importa, búsquelo Ud hasta que lo encuentre y que venga lo más pronto posible.

Pedí entonces á Su Majestad me diera á besar su mano á lo que accedió y poniendo una rodilla en tierra, besé aquella mano, sintiendo que el dolor y la emoción llenaban de lágrimas mis ojos.

¡ No en vano había pasado más de dos años cerca de tan noble y augusta señora, no en vano había recibido de ella y de su esposo, tantos y tantos beneficios, no en vano había participado de los días de esplendor, para que ahora no sintiera, con terrible dolor, el peso de aquel infortunio!

Á mi salida de las habitaciones de Carlota, ya me esperaban ansiosos el Sr Castillo y demás personas de la comitiva imperial.

Referí punto por punto, todo cuanto había acaecido, más la misión que tenía, de buscar por cielo y tierra al Sr Ministro de la Casa Imperial, para que éste firmara los decretos de destitución, que se habían quedado en la mesa del cuarto.

Algunas de las personas presentes opinaban que el Sr Castillo debía presentarse y firmar los decretos, recogerlos, y destruirlos luego; pero el Sr Castillo decía y con razón, que cómo había de estampar su firma al pie de tales absurdos, que muy bien podía suceder que la Emperatriz no se los entregase á él y los enviase directamente al Emperador.

Se decidió por fin decir á la Emperatriz que el Sr Castillo había salido de Roma; pero que ya se le había hecho llamar. Entretanto llegaría el Conde de Flandes y ya se vería entonces lo que era conveniente hacer.

Por la tarde, efectivamente llegó el hermano de la princesa y fué recibido en la estación por los Sres del Valle, del Barrio y Castillo. En el trayecto de la estación al hotel, se le dió cuenta de todo lo ocurrido y al llegar al hotel, se avisó inmediatamente á la Soberana el arribo de su hermano.

Permaneció el conde hablando largamente con su hermana y al día siguiente, ocho de Octubre por la mañana, salieron juntos del brazo, dirigiéndose en carruaje á la estación del ferrocarril, que había de conducirlos para Ancona, y allí embarcarse para Trieste.

¡ Con qué doloroso recogimiento, y sin que la Soberana se apercibiera de nuestra presencia, vimos al conde, apuesto mozo, de simpática y noble fisonomía llevarse en el carruaje á la primera víctima de la lúgubre aventura del Imperio mexicano, aventura que empezaba á desenlazarse tan dramáticamente, para terminar con la tragedia sangrienta del Cerro de las Campanas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antes de partir el conde de Flandes, que era de muy pocas palabras, en muy pocas también, pero muy afectuosas, nos dió las gracias por los servicios que habíamos prestado á su hermana y ofreció enviar á Paris al Sr Castillo noticias sobre la salud de la Emperatriz y sobre su viaje á Miramar.

Apenas hubo partido en tan lamentable estado nuestra augusta princesa, nos reunimos para deliberar qué deberíamos hacer en situación tan anormal los mexicanos que allí nos encontrábamos.

El conde del Valle se dirigía á Sevilla, para fijar allí su residencia y no volver jamás á México.

El Sr y la Sra de Kuhachevich, á Viena, llevándose consigo á los criados austriacos é italianos.

El marqués del Barrio y su esposa á Paris.

El Sr Castillo, después de despedir á los criados mexicanos, dándoles el dinero necesario para volver á su patria, me indicó que lo acompañara yo á la capital de Francia, donde no tardaríamos en recibir noticias del Emperador, estando seguro Castillo, de que Maximiliano al saber la locura de su esposa y ya á punto de abdicar, no tardaría en volver á Europa con las últimas tropas franceses. Aseguraba, como efectivamente era cierto, que ya habían salido rumbo á Veracruz, las fragatas « Elisabeth » y « Dandolo », para repatriar al Soberano.

Agradecí profundamente el ofrecimiento del Sr Castillo, pero le manifesté que mi deber me ordenaba regresar en el acto á México y si al llegar á Veracruz, ya

Maximiliano había salido del país, en el mismo buque, que me llevaba á México y amparado por el pabellón inglés regresaría para Europa.

Tomadas estas decisiones, se disolvió la imperial comitiva, dirigiéndose cada uno de sus miembros al punto de su destino.

Yo seguí por Civita Vechia, hasta Florencia y Milán y atravesando la Suiza por el San Gotardo llegué á Paris, donde me detuve tan solo unos cuantos días para descansar; y de allí para Londres y Southampton, embarcándome á bordo del vapor inglés *Tasmanian*, que debía salir para América el día dos de Noviembre.

Á mi paso por Paris, recibí un telegrama de Miramar, en el que se me avisaba que la correspondencia para el Emperador debía ser dirigida al cónsul de México en Southampton, así es que tan pronto como llegué á este puerto, me dirigí al consulado para recibir la correspondencia dicha.

Á las tres de la tarde del día dos de noviembre, el *Tasmanian* se hacía á la mar, rumbo á México, donde debía yo presenciar todavía escenas más crueles y desgarradoras que las que en Roma presenciara.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE

QUERÉTARO

CAPÍTULO I.

Desembarque en Veracruz. — El Sr de Poliakovitz. — Embarque de los equipajes de S. M. á bordo de la *Elisabeth* y del *Dandolo*. — Orizaba. — La corte en Orizaba. — El Padre Fischer. — El consejo de Estado y los ministros. — Los generales Miramón y Márquez. — El consejo decide por mayoría la subsistencia del imperio. — Regreso del Emperador á la capital. — Cartas de Eloin y de la archiduquesa Sofía.

Apenas hube desembarcado en Veracruz, la primera persona con quien me encontré en el muelle fué el Sr de Poliakovitz, que despedido del servicio, se dirigía á Nueva York. Este caballero me confirmó lo que ya me había dicho el cónsul general de México en la Habana, es decir, que si bien el Emperador había salido de México para embarcarse en Veracruz rumbo á Europa, pues ya se hallaban las dos fragatas austriacas ancladas frente

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á Sacrificios, aun se encontraba en Orizaba, adonde se habían dirigido los generales Miramón y Márquez, quienes estaban de regreso en el país desde hacía muy poco tiempo. Además se hallaban también en Orizaba todos los ministros y los miembros del consejo de Estado, con el fin de suplicar á Su Majestad que no los abandonase, ofreciéndole recursos y hombres para afrontar la situación sin el auxilio de los franceses, de los cuales muy pocos quedaban ya para embarcarse y regresar á Francia. Así pues, teniendo la seguridad de que encontraría á Maximiliano en Orizaba, á esa simpática ciudad le telegrafié anunciándole mi vuelta á la patria. Tomé el tren en Paso del Macho y á las nueve de la noche del siguiente día, llegaba á la residencia del Emperador.

Según su antigua costumbre S. M. dormía desde hacía una hora, así es que tuve que esperar la mañana siguiente para presentarme á recibir sus órdenes. Hablé desde luego con el Padre Fischer, á quien entregué la correspondencia de que era yo portador y me retiré á descansar.

Pocos días antes que yo, había llegado el Dr Bouslaveck por la vía de Nueva York y referido la enfermedad de la Emperatriz con todos sus detalles.

La pequeña comitiva que acompañaba al Emperador en Orizaba se componía del P. Fischer, como secretario; del médico judío Samuel Basch, del viejo naturalista Billimeck, del oficial de órdenes Ormaechea y del secretario de las ceremonias Don Fernando Mangino.

Antonio Grill, mayordomo y á la par primer camarista de Su Majestad y algunos criados mexicanos componían la servidumbre.

Un escuadrón de húsares austriacos á las órdenes del conde de Kevenhüller y los gendarmes montados del coronel Paulino Lamadrid formaban la escolta.

Los demás fieles y queridos amigos del Emperador se hallaban ausentes : el conde de Bombelles en París, Shaffer, Günner, Hertzfeld, Eloin y Scherzenlefner en Viena ; el Doctor Semeleder se había retirado del servicio y dedicado al ejercicio de su profesión.

El Emperador me recibió á las siete de la mañana del día siguiente al de mi llegada.

El Padre Fischer me había prevenido ya, que la noticia de la locura de la Emperatriz dada con amplios detalles á Su Majestad, por el Dr Bouslaveck había afectado profundamente al Emperador, y que por lo tanto, no debía yo hacer mención alguna de este doloroso suceso, si no era que él me hiciese alguna pregunta.

Al entrar á su habitación, lo encontré de pie, le saludé respetuosamente con una inclinación de cabeza ; pero él vino hacia mí, me estrechó fuertemente la mano y me hizo multitud de preguntas sobre mi viaje, sin mencionar ni una sola palabra de la Emperatriz.

Enseguida agregó que en esos días, quedaría resuelto si se quedaba en México ó volvía á Europa, pero que de cualquier manera que se resolviera la situación del Imperio, yo seguiría siempre al lado suyo.

Durante todo el tiempo que duró nuestra conversa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción, pude ver detenidamente las huellas que en su no-



El Padre Fischer

ble fisonomia habían dejado tantas emociones y tan dolorosos acontecimientos.

Las bromas y el buen humor de otros tiempos habían

desaparecido por completo y su cabeza que antes siempre estaba erguida y altiva, ahora se veia inclinada, como bajo el peso de tantas contrariedades y tantos sufrimientos.

El nuevo consejero, el P. Fischer, estaba recientemente llegado de Roma, adonde había ido á presentar las bases de un concordato, único que tenía probabilidades de ser aceptado por el Papa.

Era Fischer de origen alemán, se encontraba en el país desde el año 1845, había vivido en Texas y en California, y después en Durango, donde había sido secretario del obispo de esa diócesis; respecto á su salida de la secretaria del obispo, corrian rumores nada favorables para él.

Después, habiéndose interesado en su favor Don Carlos Sánchez Navarro lo presentó al Emperador, quien tan sugestionable como era, le dió toda su confianza en muy poco tiempo, y por tal motivo, á su regreso de Roma, Fischer substituyó á Hertzfeld como consejero. Cuando yo volví á ver al Emperador, Fischer tenia sobre él absoluta influencia.

Era de elevada estatura, de complexión muy robusta y sana, de aspecto simpático, siempre guasón y tenía el gran talento de captarse desde luego la simpatía de todos aquellos á quienes trataba, con su carácter bromista.

Así es que la misma influencia que ejercia sobre el Emperador puede decirse ejercia también sobre los ministros, sobre los consejeros y sobre los generales

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Miramón y Márquez de quienes era amigo íntimo, especialmente de este último.

Apoyado por Fischer, el partido conservador había vuelto á recuperar su influencia y su preponderancia casi perdidas, y puede decirse que tal influencia y tal preponderancia fueron las que decidieron en las sesiones de Orizaba la suerte de Maximiliano.

El día veinticinco de Noviembre de 1866, se abrieron las sesiones en la sala de la casa de Bringas, que era donde estaba alojado el Emperador.

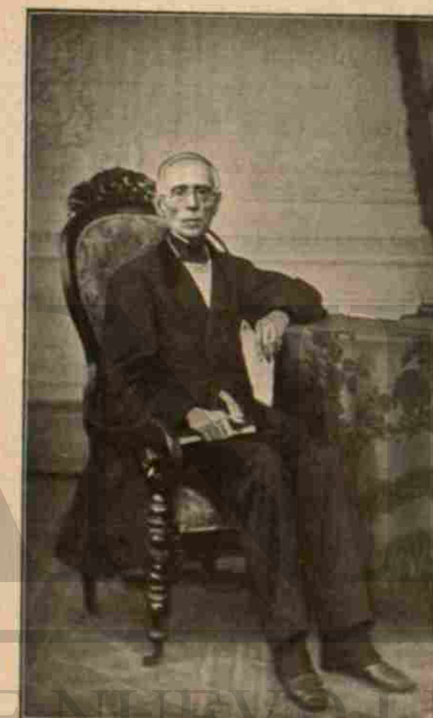
Comenzó la primera á las diez de la mañana, presidida por Su Majestad quien de pie, vestido con mucha sencillez, sin llevar al pecho condecoración alguna, pronunció un corto discurso, en el que dijo, que no había querido tomar ninguna resolución definitiva, sin que antes deliberaran sus consejeros y que esa deliberación fuera enteramente independiente del influjo francés.

Enseguida, saludó personalmente á cada uno de los consejeros y se alejó para las habitaciones interiores.

Largas y acaloradas fueron las discusiones de los consejeros; y mientras éstos influenciados por Fischer, en primer término, discutían y decidían del destino de aquella noble alma, Maximiliano recorrió los campos con el naturalista Billimeck y el Doctor Basch, coleccionando mariposas é insectos; y ajeno casi á las decisiones de aquel consejo, que puede decirse, preparaba ya el cadalso de las Campanas.

La mayoría del famoso consejo de Orizaba opinó que

el Emperador debía quedarse en el país, y regresar inmediatamente á la capital.



D. Teodosio Lares

El consejo estaba formado por dieciocho consejeros de los cuales cuatro eran ministros; de la votación resultaron ocho votos por la abdicación y diez por el sos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenimiento del Imperio, y de estos diez hay que tener en cuenta que cuatro eran ministros, quienes tenían derecho á votar doble.

El ministerio ofreció para el fin que se proponía cuantiosas sumas de dinero, y los generales Miramón y Márquez la formación de un numeroso y potente ejército, para sostener la causa imperialista que se derrumbaba.

Al tratarse de los recursos con que contaba el Imperio para seguir sosteniendo la lucha contra los Juaristas sin el apoyo extranjero, la votación fué muy reñida, pues resultaron nueve votos por la afirmativa y nueve por la negativa, habiéndose optado por la primera resolución en vista de que el Presidente del Consejo, Don Teodosio Lares, votó por la afirmativa y su voto de calidad equivalía al doble.

La oposición liberal que había en aquel cuerpo colegiado, había vivamente atacado y con justicia la cuestión de recursos, pero los ministros contestaron que se disponía desde luego de quince millones de pesos anuales, con los que se podía sostener la situación; que podrían levantarse más de treinta mil hombres, de los cuales ya había dieciocho mil sobre las armas. La comisión agregó que no había tenido presentes esas cifras, pero que se fundaba en que si era necesario un cambio de gobierno, éste se efectuaría de una manera que no fuese tan brusca ni tan violenta.

Los consejeros leales á Maximiliano opinaban que debía hablársele con toda franqueza y hacerle ver que

el único partido que le quedaba era abdicar; y que era verdaderamente indecoroso detenerlo para comprometerlo más de lo que estaba y únicamente para que con su presencia sirviera de salvaguardia á los mexicanos comprometidos á su vez muy seriamente en la causa imperialista.

Hubo otros consejeros que lealmente opinaron que la situación era insostenible y pidieron permiso al Emperador para retirarse á Europa.

Estos fueron Don Luis Robles Pezuela, Don Juan de Dios Peza, Don Francisco Somera y algunos más.

El Emperador, por su parte, bien comprendía que á costa de todos los sacrificios, tenía que permanecer en México.

Parecíale en efecto poco decoroso huir entre los equipajes del ejército francés.

Así pues, el voto de la comisión, de acuerdo con las ideas de Maximiliano fué emitido del modo siguiente:

« Subsistencia del imperio en sentido absoluto.

« Resignación del poder, si á este precio creía el Emperador que podía afianzar la paz, la independencia y los intereses mexicanos creados con la erección del trono. »

Durante el tiempo que duraron las sesiones en Orizaba, los equipajes imperiales volvían á esta ciudad, después de haber ido no sólo hasta á Veracruz, sino que parte de ellos estaban ya embarcados á bordo de los buques austriacos *Elisabeth* y *Dandolo*.

Aquella determinación revelaba desde luego, que el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Emperador tenia la idea de permanecer á toda costa en el pais.

El resultado de las conferencias de Orizaba se dió á conocer en la siguiente proclama que yo escribí al dictado de Su Majestad, proclama que fué corregida varias veces, quedando definitivamente así redactada :

« Mexicanos,

Circunstancias de grave importancia relativas al bienestar de nuestra patria que han adquirido mayor fuerza por causa de desgracias domésticas, habían producido en nuestro espíritu la convicción de que debíamos devolver el poder que nos habíais confiado.

Nuestros consejos de ministros y de Estado, convocados por Nos, opinaron que el bien de México exige que todavia conservemos el poder. Hemos creído deber acceder á sus instancias anunciándoles á la vez nuestra intención de reunir un Congreso nacional sobre las bases más amplias y más liberales donde tengan acceso todos los partidos. Este congreso determinará si debe subsistir el Imperio y en el caso afirmativo promulgará las leyes vitales para la consolidación de sus instituciones políticas. Con este objeto se ocupan actualmente nuestros consejeros en proponer las medidas oportunas y al mismo tiempo se darán los pasos convenientes para que todos los partidos se presten á un arreglo bajo estas bases.

Entretanto, Mexicanos, contando con todos vosotros sin exclusión de ninguna color politico nos esforzaremos á continuar con valor y constancia la obra de regeneración que habéis confiado á vuestro compatriota Maximiliano. »

Causó profunda extrañeza á los consejeros la idea de reunir un congreso é intentaron disuadirlo de ella; pero el Soberano insistió manifestando que no cambiaría ya una sola palabra de la proclama.

Dejaron pues los consejeros que se publicara tal cual estaba redactada, creyendo que llegada la hora de citar al congreso, éste no llegaría á reunirse.

Maximiliano, como después me manifestó á mí personalmente, esperaba que si la decisión del congreso era contraria al Imperio, él regresaría desde luego Europa.

Otro de los motivos que tuvieron grande influencia en su ánimo para obligarlo á quedarse en México, fué una carta, que por esos dias de las conferencias de Orizaba, recibió fechada en Viena y firmada por su augusta madre, la archiduquesa Sofía.

En esa carta la madre de los emperadores de Austria y de México decía á este último, que el honor de los Hapsburgo no permitía que Maximiliano se retirase del país, al retirarse el ejército francés; y que debía permanecer en México, á esperar el resultado de la causa imperialista por dudoso que fuera.

El Sr Eloin, que de Viena se había dirigido á Bruselas, escribía también á Maximiliano otra carta fechada el diecisiete de Septiembre y que no llegó á poder del Emperador, hasta los primeros dias de Diciembre, por los motivos que paso á explicar.

Eloin la dirigió al agente consular de México en Nueva York, sin recordar tal vez, que habia en esa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciudad dos agentes consulares, uno de la República y otro del Imperio, desgraciadamente fué el primero el que la recibió, la envió á Juárez, se tomó copia de ella, se mostró dicha copia al Sr Montholon, y después fué remitida al Emperador.

En esa carta á la que yo dí lectura, después de algunas consideraciones relativas á la retirada de las tropas francesas, y á la abdicación, decía textualmente Eloin :

« Tengo la convicción de que vuestra Majestad no querrá dar esta satisfacción á una política que debe responder temprano ó tarde de lo odioso de sus actos y de las fatales consecuencias que serán su resultado, después agrega : « El Emperador una vez libre de la presión de una intervención extranjera, debe hacer un llamamiento al pueblo mexicano pidiéndole el apoyo material y pecuniario indispensable para subsistir. Si este llamamiento no es escuchado, entonces S. M., habiendo cumplido hasta el fin su noble misión, volverá á Europa con todo el prestigio que le acompañó á su partida y enmedio de los importantes acontecimientos que no dejarán de surgir, podrá representar el papel que á todas miras le corresponde. »

Cuando terminé de leer esa carta, Maximiliano, después de reflexionar un momento, dijo como hablando consigo mismo :

— Tal vez dentro de poco tiempo, volveré á Europa.

Los consejeros y ministros salieron de Orizaba el día dos de Diciembre, pero el Emperador quiso permanecer

aun algunos días más en esa ciudad que le era tan simpática, cuyo clima tanto le agradaba y que tanto provecho hacía á su quebrantada salud.

Terminados los trabajos del consejo é idos los consejeros, Maximiliano decidido á descansar unos cuantos días, como antes dije, se pasaba las mañanas enteras en el campo, con el naturalista y el médico Basch.

Desde que regresé á Orizaba, volví á ocupar mi puesto al lado del Emperador á pesar de los pronósticos de Poliakovitz, quien me auguraba sería despedido, como muchas otras personas á las que ya no necesitaba el soberano. Se me preparó una habitación en la casa de Bringas, y á todas horas se me llamaba para recibir órdenes de Su Majestad.

Como las balijas no llegaban diariamente, el acuerdo se hacía á la siete de la mañana y no á las cuatro como antes.

El Emperador, que desde la partida de Hertzfeld almorzaba solo, volvió á concederme el alto honor de acompañarlo á su mesa durante el almuerzo, porque la comida se hacía siguiendo la antigua costumbre, es decir presidía él, y asistían todos los de su casa, más el conde de Kevenhüller, el coronel Lamadrid y uno que otro invitado.

Llegó por fin la hora de partir y de entrar en la lucha que tan doloroso término había de tener, y el día doce de Diciembre salimos de Orizaba rumbo á Puebla.

Triste fué nuestra salida de Orizaba, ya Maximiliano con su exquisita sensibilidad, abrumado de presenti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientos, de temores y de congojas, especialmente por la demencia de su consorte, parece adivinaba que nunca volvería á esa pintoresca ciudad, donde dejó tantos recuerdos y donde pasó días tan agradables.

Pasamos nuevamente por Perote, por San Agustín del Palmar, por las haciendas de Nopalucan y de Ojo de Agua; y si bien por doquiera se nos recibía con entusiasmo todavía, no dejaban todos de manifestar su extrañeza, porque todo el mundo se imaginaba que ya Maximiliano se había embarcado rumbo á Europa.

La gente sensata, al verlo regresar de nuevo, se decía que aquello sería, como efectivamente era, un nuevo elemento de guerra, que ésta sería ahora más sangrienta que antes y contemplaban con cariñosa tristeza al infortunado Hapsburgo á quien todas las personas de algún criterio, veían ya como una víctima expiatoria de los conservadores.

Había momentos en que dentro del carruaje en que íbamos el Soberano y yo, al vernos rodeados por las tropas que nos escoltaban, más bien me parecía que íbamos prisioneros y recordaba inconscientemente la vuelta de Luis XVI, aquel otro soberano desdichado, cuando había sido hecho prisionero en Varennes.

Á nuestra llegada á Puebla, nos alojamos en una preciosa propiedad rústica del obispo, denominada Xonaca y que el prelado puso á nuestra disposición, pues Maximiliano se rehusó á habitar en la ciudad, pensando á su llegada á México tampoco habitar en la capital.

CAPÍTULO II

En Puebla. — Residencia en la quinta episcopal. — Entrevista del general Castelnau y del ministro francés Dano con el Emperador. — El P. Fischer contesta á estos señores. — Viaje á México. — La hacienda de la Teja. — Toma de Cuernavaca. — Muerte del coronel Lamadrid. — Partida del ejército francés. — La última tentativa. — Derrota de Miramón. — Salida para Querétaro.

Además de las personas que con el Emperador habían venido de Orizaba á Puebla, yo pedí dos empleados del gabinete, para que me ayudaran en mis tareas, que cada día aumentaban.

El P. Fischer era desde la ausencia del capitán Pierron, secretario del gabinete, quien trataba con Maximiliano todos los asuntos delicados, y como los franceses al retirarse del país instaban al Soberano para que abdicase, el general Castelnau ayudante de campo de Napoleón tuvo una entrevista con el Emperador en la quinta de Xonaca, á instancias del dicho P. Fischer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientos, de temores y de congojas, especialmente por la demencia de su consorte, parece adivinaba que nunca volvería á esa pintoresca ciudad, donde dejó tantos recuerdos y donde pasó días tan agradables.

Pasamos nuevamente por Perote, por San Agustín del Palmar, por las haciendas de Nopalucan y de Ojo de Agua; y si bien por doquiera se nos recibía con entusiasmo todavía, no dejaban todos de manifestar su extrañeza, porque todo el mundo se imaginaba que ya Maximiliano se había embarcado rumbo á Europa.

La gente sensata, al verlo regresar de nuevo, se decía que aquello sería, como efectivamente era, un nuevo elemento de guerra, que ésta sería ahora más sangrienta que antes y contemplaban con cariñosa tristeza al infortunado Hapsburgo á quien todas las personas de algún criterio, veían ya como una víctima expiatoria de los conservadores.

Había momentos en que dentro del carruaje en que íbamos el Soberano y yo, al vernos rodeados por las tropas que nos escoltaban, más bien me parecía que íbamos prisioneros y recordaba inconscientemente la vuelta de Luis XVI, aquel otro soberano desdichado, cuando había sido hecho prisionero en Varennes.

Á nuestra llegada á Puebla, nos alojamos en una preciosa propiedad rústica del obispo, denominada Xonaca y que el prelado puso á nuestra disposición, pues Maximiliano se rehusó á habitar en la ciudad, pensando á su llegada á México tampoco habitar en la capital.

CAPÍTULO II

En Puebla. — Residencia en la quinta episcopal. — Entrevista del general Castelnau y del ministro francés Dano con el Emperador. — El P. Fischer contesta á estos señores. — Viaje á México. — La hacienda de la Teja. — Toma de Cuernavaca. — Muerte del coronel Lamadrid. — Partida del ejército francés. — La última tentativa. — Derrota de Miramón. — Salida para Querétaro.

Además de las personas que con el Emperador habían venido de Orizaba á Puebla, yo pedí dos empleados del gabinete, para que me ayudaran en mis tareas, que cada día aumentaban.

El P. Fischer era desde la ausencia del capitán Pierron, secretario del gabinete, quien trataba con Maximiliano todos los asuntos delicados, y como los franceses al retirarse del país instaban al Soberano para que abdicase, el general Castelnau ayudante de campo de Napoleón tuvo una entrevista con el Emperador en la quinta de Xonaca, á instancias del dicho P. Fischer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Igualmente solicitó hablar con él sobre ese delicado asunto el ministro de Francia en México, M. Dano; pero Maximiliano no quería recibir más que á Castelnau, alegando para ello el mal estado de su salud que efectivamente se encontraba bastante alterada.

Consintió sin embargo después en recibir á Dano y en la misma quinta se celebraron varias entrevistas, cuyo resultado práctico fué que el Soberano anunciara por conducto del P. Fischer, á los dos caballeros franceses citados, que necesitaba un mes para pensar y dar una resolución definitiva.

Comprendiendo Castelnau que lo único que se quería era ganar tiempo, convino con Dano en solicitar una nueva audiencia que les fué concedida y en la que Maximiliano declaró formalmente que rechazaba la abdicación que se le proponía y expuso sus proyectos para sostenerse en el trono, habló nuevamente de su deseo de reunir un congreso y afirmó que si alguna vez dejaba el poder, sería sólo por el voto unánime de esa asamblea.

Después de esta última entrevista, el ministro y el general regresaron á México.

Con excepción de esas conferencias, nada importante acaeció durante los quince días que permanecimos en la finca del obispo. El Emperador solo fué á la ciudad dos ó tres veces en toda esa quincena, pero hacía invitar á alguna ó algunas de las personas notables de Puebla.

El aire puro del campo lo había restablecido un poco

y parecía sentirse menos enfermo á la vez que más alentado.

Era, sin embargo, preciso partir cuanto antes y prepararse para la lucha, y el día tres de enero de 1867 salimos de Puebla rumbo á la capital del imperio, pernoctando en San Martín, Río Frío y Ayotla. El seis á las nueve de la mañana llegamos á Mexicaltzingo, allí dejamos los carruajes y con excepción de Fischer, el naturalista Billimeck y el secretario Mangino, que siguieron en coche rumbo á México, todos los que acompañábamos al Soberano, montamos á caballo rodeando las calzadas de la ciudad hasta llegar á la hacienda de la Teja, situada entre Chapultepec y la actual calzada de la Reforma. En esa preciosa quinta de campo, fijó su residencia el Soberano.

En el camino que recorrimos de Mexicaltzingo á la Teja, se unieron á nosotros gran número de carruajes, conduciendo á las más distinguidas personas de la sociedad mexicana, que lanzaban gritos entusiastas de: ¡Viva el Emperador! y sin embargo no se necesitaba ser un gran observador, para comprender toda la desconfianza que reinaba ya en todas las clases sociales de México, respecto á la causa imperialista.

En una hora y á galope tendido recorrimos el largo trayecto que separa Mexicaltzingo de la Teja, envueltos en las nubes de polvo que levantaban los caballos. Parecía que Maximiliano con la carrera del corcel que montaba, quería calmar sus presentimientos, sus temores y sus inquietudes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya en la hacienda, nos esperaban los ministros, los consejeros y los altos dignatarios de la corte para recibir y felicitar á Su Majestad. Los oficiales de órdenes y los ayudantes de campo se habia incorporado á la comitiva desde Mexicaltzingo.

Después de una hora que destinamos al aseo bien necesario de nuestras personas, nos sentamos á la mesa, pero en aquella comida, que muchos á soto voce, comparaban con la última cena del divino Maestro, la mayor parte de los comensales veían como un sueño que el Emperador, á quien todos suponían ya embarcado en Veracruz, presidiese la mesa.

Para colmo de penas, no bien habia terminado la comida cuando se presentó un oficial de la gendarmería montada, solicitando ver á su coronel Lamadrid, á quien entregó un telegrama con el dictado de « Urgentísimo ». Pidió Lamadrid permiso al Emperador para leer el mensaje, y efectivamente de gran interés era el contenido de él. Venía de Cuernavaca y anunciaba que apenas habían salido de esa ciudad las tropas austriacas, quedando un pequeño destacamento de soldados mexicanos, cuando había sido asaltada por una fuerza liberal, á pesar de la resistencia que habian puesto los imperialistas.

Se agregaba que los asaltantes, en su afán de destruir, se habían dirigido á la residencia imperial (la casa de Borda) la habian saqueado y destrozado cuanto en ella habia.

Lleno de ira y de indignación, solicitó Lamadrid

partir inmediatamente con su regimiento á Cuernavaca, ofreciendo arrojar de allí á los juaristas.

Ya podrán mis lectores imaginarse cómo terminaría aquella comida.

Los invitados todos se retiraron profundamente emocionados, preguntándose qué iba á suceder en breve, si á veinte leguas de la capital, se presentaban los liberales y se apoderaban de una ciudad que tanto afecto había demostrado por la causa imperial.

Al siguiente día, un nuevo telegrama anunciaba que las fuerzas de Lamadrid habían hecho huir á los juaristas hacia el sur, y que nuevamente estaba Cuernavaca en poder del Imperio, pero que en el calor de la refriega, Lamadrid, con su temerario valor, se había adelantado en persecución de los fugitivos, hasta dos leguas más allá de la ciudad; que los liberales lo habían observado, y viendo que iba solo, habíanse ocultado algunos de ellos entre los matorrales preparándole una emboscada.

Confiado Lamadrid en que ya sus enemigos huían á toda prisa, regresaba tranquilo para Cuernavaca, al paso, permitiendo á su caballo tomar algún reposo, y llevando en la diestra su sable ensangrentado, cuando una doble descarga de mosquetería hiriendo mortalmente al caballo había hecho caer en tierra al jinete, que fué literalmente destrozado por los liberales.

Maximiliano, al conocer todos esos detalles, no pudo contener su emoción, y se humedecieron sus ojos. Quería á Lamadrid con entrañable afecto, pues sabía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apreciar en lo que realmente valían la lealtad y la adhesión que aquel valiente tenía por su persona.

Lamadrid no tenía más de treinta y cinco años, estaba casado con una hermosa sonorense que residía en Cuernavaca con sus cuñadas. Al día siguiente del trágico suceso, Maximiliano escribió á la viuda una sentida carta en que la comunicaba su condolencia, con frases cariñosas y sinceras, pero, ¿ qué podían las palabras para quien perdía toda la dicha de su vida entera ?

Durante nuestra estancia en la Teja, casi nunca vino Maximiliano á México, pues allí se reunían con bastante frecuencia los ministros y los consejeros. Durante ese tiempo, ocurrieron varios incidentes bastante enojosos con motivo de cartas cambiadas entre Lares y Bazaine. El general Márquez, nombrado comandante militar de la plaza de México, había impuesto una fuerte contribución de guerra y reclutado, por el sistema de leva, una fuerza de ocho mil hombres, y tanto la contribución como la leva, habían comenzado á sembrar el descontento y la desconfianza.

Dos acontecimientos más serios todavía hicieron que la situación entre Bazaine y el Imperio, ya demasiado tirante, se rompiera de una manera ruidosa, fueron estos, uno : la detención de Don Pedro Garay, ex-ministro de Juárez, que á pesar de tener un salvo conducto de autoridad francesa había sido aprisionado, y el otro la publicación de un artículo demasiado violento contra los franceses en el periódico *La Patria*. El mariscal pidió

se aprehendiera al autor del artículo y al gerente del periódico, y se clausurara la imprenta, y como el ministro no accedió á las pretensiones del mariscal, éste manifestó desde luego su enojo al saber la decisión del ministro y se quejó con Maximiliano, enviándole un extenso informe sobre lo ocurrido, en el que decía entre otras cosas :

— « He hecho saber al señor presidente del Consejo, que en lo sucesivo no quiero tener ninguna relación directa con la administración de que es presidente. »

À lo cual contestó Maximiliano por conducto del Padre Fischer :

— « Que no podía admitir que hablara de sus ministros en los términos empleados en esa carta y á menos que no juzgara oportuno dar una satisfacción por esos términos, no quería ya en lo sucesivo tener ninguna relación directa con el mariscal. »

El capitán Pierron, jefe del gabinete del Emperador, para lo cual había obtenido licencia del mariscal, había desempeñado ese puesto desde la ausencia del comandante Loysel, pero había sido llamado nuevamente á su regimiento de zuavos. Adicto del todo á la persona del Soberano, estaba alejado de toda clase de intrigas, y quería sin comprometerse tenerlo siempre al corriente de cuanto pasase ; para eso, no queriendo escribir nada, ni acudir á las residencias imperiales, se convino en que yo visitaría á Pierron en su domicilio, y allí me confiaría lo que pudiera interesar á Maximiliano, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quien yo trasmitiría las noticias del capitán de zuavos.

Habitaba Pierron un cuarto en el hotel de Iturbide, que más bien parecía cuartel, pues estaba casi totalmente ocupado por jefes y oficiales del ejército que se aprestaban para salir del país.

Allí fué donde varias veces acudí á visitar á Pierron. Salía yo de la Teja á caballo, como para un paseo, y al llegar al hotel Iturbide dejaba mi cabalgadura en el patio, y subía á las habitaciones de Pierron. Si éste estaba solo, hablábamos desde luego del asunto, y si tenía visitas, charlábamos indiferentemente de tal ó cual cosa, sin que él diera importancia alguna á mi visita.

Me presentaba como un antiguo amigo de oficina, bebíamos una que otra copa, y al retirarme me acompañaba hasta la escalera y me comunicaba lo que pudiera interesar al Emperador.

Así fué cómo, por mi conducto, supo Maximiliano el desacuerdo que existía entre Castelnau y Dano, y también la guerra sorda que el general Douay hacía á Bazaine, hasta acusarle de que por enriquecerse sacrificaba el honor de su país y de sus tropas.

En los últimos días de Enero, dejamos la hacienda de la Teja para venir á habitar el Palacio imperial. Muy serios fueron los motivos que obligaron al Emperador á dejar la hacienda, pero no se le hicieron saber sino que se le dijo que la situación exigía su presencia en México por tener que tratarse algunas veces asuntos que demandaban su inmediata resolución; pero lo que en realidad sucedió fué que la policía que vigilaba la hacienda, había sosprendido en los jardines á dos individuos que se dieron por presos, diciendo que iban á robar, pero que todo hacía suponer que eran espías de los liberales ó comisionados para matar al Emperador ó apoderarse de su persona.

El día cinco de febrero de 1867 una inmensa multitud silenciosa llenaba las calles de México, presenciando la partida de las tropas francesas.

Á la cabeza de los regimientos marchaban el mariscal Bazaine y el general Castelnau, y las músicas militares atronaban el aire, mientras las banderas desplegadas al viento frío de aquella mañana anunciaban á los habitantes de la capital que el ejército invasor abandonaba el país.

El pueblo, indiferente y frío, no hizo demostración alguna hostil ni de entusiasmo; pero sí se expresaban por todas partes las simpatías que el francés alegre, decidor y galante se sabe conquistar en todas las partes del mundo, y también se manifestaba cierta curiosidad temerosa ante lo que sucedería en el Imperio, cuando ya las bayonetas francesas no sostuvieran esa causa, que hasta los más crédulos daban ya por perdida.

En el convoy que seguía á las tropas, iban multitud de emigrados mexicanos y franceses, empleados, exministros, generales, propietarios y todos aquellos que, con justicia, temían por sus vidas al triunfar la República.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otro sentimiento también se manifestaba entre la multitud que presenciaba la partida de Bazaine y de sus tropas, era cierta conmiseración por aquel desdichado Soberano, que se quedaba solo y abandonado á su suerte, con algunos miles de leales, que habiendo participado de su prosperidad, participaban también de su infortunio.

La retirada de las últimas columnas se hizo muy lentamente, habiendo permanecido Bazaine en Puebla los días 11 y 12, siguiendo el 13 su marcha para Orizaba.

Antes de llegar á Orizaba, supo el mariscal la derrota de Miramón, y creyendo que esta influiría en el ánimo del Emperador, envió á Dano un correo extraordinario, diciéndole que aun era tiempo de salvar al Soberano, que lo esperaría en Orizaba y que de allí partirían para Europa; pero cuando el correo de Bazaine que venía dirigido al ministro Dano, llegaba á México, otro correo extraordinario enviado por Dano se cruzaba con él y hacía saber á Bazaine que el día 13, el Emperador á la cabeza de un cuerpo de ejército, salía de la capital para continuar la guerra en el interior del país.

El ejército francés siguió su marcha hasta Veracruz, adonde llegó el 27, y cuando todo el resto del cuerpo expedicionario se embarcó en los buques preparados al efecto, el mariscal lo hizo también á bordo del *Soberano*, que partiendo de Veracruz el día 27 de marzo, fué el último que abandonó las playas mexicanas.

Al retirarse el ejército francés destruyó gran cantidad de proyectiles y de pólvora, que no pudo llevar consigo. Á los reproches que se hicieron á Bazaine, de que no hubiera cedido esos proyectiles al Imperio, contestó que como los juaristas entraban á las ciudades que desalojaban los franceses casi inmediatamente que éstos salían de ellas, habría sido cederlos al enemigo.

El conocimiento de este hecho, la ruptura de las relaciones entre Maximiliano y Bazaine, las órdenes terminantes de Napoleón de que retiraran las tropas francesas; todo en fin contribuyó á que no se efectuara el último acto de cortesía que era de esperarse había de verificarse entre el Emperador y el mariscal, es decir una despedida oficial.

Así fué que como una muda protesta del gobierno Imperial, al salir las tropas de México, las puertas y ventanas del Palacio permanecieron herméticamente cerradas, sin que ni por una simple curiosidad apareciera una sola persona en algún balcón, estando hasta los centinelas dentro de sus garitones.

Pero desde las azoteas, tras de la alta citarilla, por la parte del Norte y hacia la calle de la Moneda, un hombre alto, envuelto en un paletot gris, y cubierta la cabeza con un ancho fieltro blanco, siguió con sus miradas las últimas columnas francesas, y cuando hubieron desaparecido dijo al grupo de caballeros que lo rodeaba:

— ¡Henos libres al fin!

Miramón, al mando de una división, había abierto la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

campaña contra los juaristas, en el Norte, y con un brillante triunfo, tomado la plaza de Zacatecas, de donde casi milagrosamente habían escapado Don Benito y sus ministros, gracias á la rapidez de sus caballos á los que no pudieron dar alcance los fatigados jinetes de Miramón.

Este triunfo fué anunciado con grande entusiasmo por los diarios de la capital, y auguraba buen éxito para los imperialistas; pero desgraciadamente seis días después el mismo valiente general imperialista era completamente derrotado en San Jacinto, por los generales liberales Escobedo y Treviño, perdiendo todo su material de guerra, veinticinco mil pesos y más de quinientos prisioneros, entre los cuales se contaban cerca de cien franceses que fueron fusilados.

Esta noticia fué la que, como antes dije, sugirió al mariscal Bazaine, que se encontraba en Orizaba, enviar á Dano un correo extraordinario, en el que proponía á Maximiliano se embarcara para Europa. Era de suponer, desde luego, que Maximiliano tan delicado y tan digno, no aceptaría ya de ninguna manera el abandonar á sus partidarios en momentos tan críticos.

Márquez, comandante militar de la plaza de México, había comenzado á hacer fortificar dicha plaza, y estaba dispuesto para cualquiera eventualidad.

Maximiliano, en traje militar y rodeado de un numeroso séquito, salía todas las mañanas á caballo á visitar las fortificaciones.

De acuerdo con sus generales, había dispuesto ponerse al frente del ejército y seguir la campaña en el interior del país.

Tal decisión, según suponía él, no dejaría de levantar el ánimo de las tropas, muy decaído con la derrota de Miramón. Algunos timoratos personajes, como el P. Fischer y otros, que no se creían seguros lejos del Soberano ó que temían perder su influencia, intentaron disuadirlo; pero todo fué inútil, y el día diez de febrero, cuando se hacían los preparativos para el viaje, me hizo llamar á sus habitaciones y me dijo:

— « Voy á marchar á la campaña y nadie puede saber los peligros que en ella correré. Ud no es militar ni tiene obligación de seguirme, tiene Ud además madre y hermanos que sostener, y me sería muy penoso que por mi culpa le acaeciera alguna desgracia; con gusto lo llevaría conmigo; pero estas consideraciones me impiden hacerlo.

— Señor, le contesté, si Vuestra Majestad me ha honrado teniéndome á su lado en los días afortunados, qué triste sería para mí verme separado lejos de su persona, cuando comienzan los días de amargura. Mi mayor pesar sería que Vuestra Majestad me dejase en México y mi mayor placer que me permita acompañarle.

— Bien, me dijo, entonces, Ud va por su plena voluntad; si así es y sucede una desgracia, nada tendré que reprocharme; por otra parte bien deseo que Ud me acompañe. Además de mi secretario de viaje, será Ud mi cajero llevando los gastos de la casa, para lo cual tendrá á su cargo algún dinero que recibirá esta noche de Sán-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chez Navarro. Puede Ud disponerse para la salida que será pasado mañana, pero conservando la mayor reserva. »

En efecto todo estaba dispuesto para ese día ; pero á última hora no pudiendo reunirse los fondos para la expedición, sino muy avanzada la noche, se decidió salir al día siguiente, que fué el 13 de febrero de 1867.

CAPÍTULO III

Salida de México. — Guerrillas en Cuautitlan. — El paso de Calpulalpan. — Tepeji del río. — Proclama imperial. — Arribo á Querétaro. — Recepción oficial. — Banquetes. — Rivalidad entre Miramón y Márquez. — Llegan las tropas del general Méndez. — Revista militar y distribución de condecoraciones.

Á las seis de la mañana del día 13 de febrero de 1867, salía Maximiliano de sus habitaciones en el Palacio Imperial de México, y bajando por la escalera de honor, se dirigía al patio principal, donde los que debíamos acompañarlo, lo esperábamos ya.

Eran estos el general Márquez, el ministro de Justicia Don Manuel García Aguirre, los oficiales de órdenes Pradillo y Ormaechea, el doctor Basch y yo.

La servidumbre se componía de tres criados, dos extranjeros y uno mexicano, además de algunos caballerangos.

En el patio principal se encontraba también la infantería austriaca y los húsares. Y tan pronto como el So-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chez Navarro. Puede Ud disponerse para la salida que será pasado mañana, pero conservando la mayor reserva. »

En efecto todo estaba dispuesto para ese día ; pero á última hora no pudiendo reunirse los fondos para la expedición, sino muy avanzada la noche, se decidió salir al día siguiente, que fué el 13 de febrero de 1867.

CAPÍTULO III

Salida de México. — Guerrillas en Cuautitlan. — El paso de Calpulalpan. — Tepeji del río. — Proclama imperial. — Arribo á Querétaro. — Recepción oficial. — Banquetes. — Rivalidad entre Miramón y Márquez. — Llegan las tropas del general Méndez. — Revista militar y distribución de condecoraciones.

Á las seis de la mañana del día 13 de febrero de 1867, salía Maximiliano de sus habitaciones en el Palacio Imperial de México, y bajando por la escalera de honor, se dirigía al patio principal, donde los que debíamos acompañarlo, lo esperábamos ya.

Eran estos el general Márquez, el ministro de Justicia Don Manuel García Aguirre, los oficiales de órdenes Pradillo y Ormaechea, el doctor Basch y yo.

La servidumbre se componía de tres criados, dos extranjeros y uno mexicano, además de algunos caballerangos.

En el patio principal se encontraba también la infantería austriaca y los húsares. Y tan pronto como el So-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

berano estuvo en el patio, todos los oficiales de dichos cuerpos lo rodearon y vehementemente le suplicaron que les permitiese acompañarlo á la campaña, pues afirmaban, que si ellos habian venido al país, era solo por adhesión á la persona de Maximiliano y no á la nación mexicana; agregaban, que al no haberse retirado con los franceses, la legión extranjera, fué también porque querían salvarle ó morir gloriosamente con su Emperador.

Pero todo fué en vano, porque éste, inflexible, manifestó á la oficialidad austriaca que al ponerse por primera vez á la cabeza del ejército é ir á la campaña, debía hacerlo, entregándose totalmente á los mexicanos, para darles así una nueva prueba de confianza; que así se había decidido ya, y no podía cambiarse de parecer.

Reiteraron los austriacos sus súplicas, y Maximiliano les ofreció, que comenzada la campaña, los llamaría á su lado, agregando que agradecia infinito aquella prueba de lealtad de sus valientes compatriotas.

Volvieron los oficiales á las filas y solo los coroneles Kodollich y Hamerstein y el conde de Kevenhüller permanecieron al lado del Soberano hasta que llegó el momento de la partida.

Eran las siete de la mañana cuando salimos de Palacio, y como se había mantenido en secreto la decisión tomada por Maximiliano, atravesamos las calles de la ciudad sin que la mayor parte de los habitantes de ella se dieran cuenta de la partida, pues solo uno que

otro transeunte madrugador pudo ver la comitiva imperial.

En la garita del interior se encontraba formada la tropa que debía acompañarnos y que se componía de dos mil hombres de infantería, del regimiento de la Emperatriz, á las órdenes del coronel Miguel López, de la guardia municipal de caballería con el teniente coronel Díaz á su cabeza, y la de infantería al mando de Joaquín Rodríguez.

Almorzamos en Tlalnepantla en la casa cural, dividiéndose en dos mesas la comitiva; en una se sentaron el Emperador, el ministro Aguirre, el general Márquez, el doctor Basch y el cura de Tlalnepantla, y en la otra, que se colocó en una habitación separada, se nos sirvió á los oficiales de órdenes, á los ayudantes de Márquez y á mí. Á los postres, levantamos nuestras copas de champaña por el buen éxito de la lucha que iba á comenzarse.

Un poco más adelante de Tlalnepantla y en terrenos de la hacienda de Lechería, á cuatro leguas aproximadamente de la capital, nos encontramos con la primera guerrilla enemiga, que atacó la vanguardia del ejército imperial.

Maximiliano, no solo se mantuvo sereno enmedio del fuego, sino que se lanzó sobre el enemigo, que se retiró después de algunas horas de tiroteo, huyendo hacia Cuautitlan, de donde fué desalojado por la caballería que mandaba el teniente coronel Díaz.

Á los primeros tiros, cayó herido á los pies del caballo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Emperador un corneta, que fué en el acto atendido por el doctor Basch. Yo me mantuve junto al Soberano durante toda la refriega, creyendo así estar más seguro, y sin embargo las balas silbaban continuamente enderredor nuestro, como continuados latigazos.

Al entrar á Cuautitlan, las tropas imperialistas desfilaron ante su jefe, aclamándole entusiastas. Llegamos así hasta la plaza principal de la localidad, y allí, un horrible espectáculo se presentó á nuestra vista.

Un soldado imperialista, que se había adelantado sin duda, se encontraba colgado de un árbol, con la cabeza hacia abajo y todo el cuerpo hecho pedazos á machetazos. En cambio, antes de llegar á Cuautitlan una de las mujeres de los soldados imperialistas descubrió escondido en una zanja, y con el agua hasta el cuello, á un liberal, que denunciado por la citada mujer, fué conducido ante el Emperador.

Por este prisionero supimos que la fuerza que nos atacaba estaba al mando de Catarino Fragoso y la formaban trescientos guerrilleros, bien equipados y montados. Después de oir la declaración de este soldado, el Emperador mandó que se le incorporara á uno de los regimientos de caballería, á pesar de las protestas de Márquez, que á toda costa quería fusilarlo. Cenamos en Cuautitlan, y durante la cena estuvo muy comunicativo y algo alegre el Emperador. Se conocía que aquella vida de aventuras y de peligros le distraía y le quitaba un poco los negros pensamientos que tanto debían atormentarle.

Naturalmente se habló en la cena de los acontecimientos del día, y el Emperador me felicitó, diciéndome que ya había recibido mi bautismo de fuego y que me había portado valientemente. Alguien comenzó á bromear, diciendo que á la champaña del cura de Tlalnepantla se debía mi valor, y en efecto no carecía del todo de razón.

Al terminar la cena, llegó el general Vidaurri, escoltado por una fuerza de húsares austriacos, que aprovechaba esta ocasión para salir de México y seguir al Emperador á pesar de sus órdenes contrarias. Dicha escolta estaba mandada por el capitán Fürstenverster y por el teniente Paulosky; quienes muy satisfechos por el resultado de su estratagema, pidieron permiso para saludar al Soberano.

Acompañaba también á Vidaurri el príncipe de Salm-Salm, prusiano de origen, que venía de los Estados-Unidos, donde había servido en la guerra separatista, y deseoso de correr aventuras, las buscaba en México.

El general Vidaurri era bastante alto y muy robusto, como casi todos los fronterizos. Parecía más bien abogado que militar. Perfectamente conocido por sus ideas liberales, se creó muchos enemigos entre sus correligionarios, y á la vez no inspiraba grandes simpatías á los conservadores. Sin embargo había caído muy bien á Maximiliano, y éste había contado con que la influencia de su nombre le traería muchos partidarios de las filas liberales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de una larga conversación con Márquez y con Vidaurri, S. M. se retiró á descansar de las fatigas de aquel primer día de campaña.

Á la madrugada del siguiente, salimos de Cuautitlan para Tepeji del Río, habiéndose pasado aquella jornada sin incidente alguno. El Emperador caminaba tranquilamente al paso de la tropa, sobre su famoso caballo el Anteburro. De cuando en cuando, nos adelantábamos al galope, para después volver á tomar el paso regular de la infantería.

Yo montaba un magnífico caballo blanco, muy brioso y me quedaba con frecuencia atrás de la columna, para charlar con los oficiales; y cuando el Emperador me llamaba para darme órdenes, me veía obligado á emprenderla á todo escape, dificultándoseme algunas veces contener á mi briosa cabalgadura.

Maximiliano, que veía aquello, me reconvenía familiarmente, diciéndome que los secretarios eran gente de pluma y no de espada, y que debían montar pacíficas mulas y no briosos bucéfalos.

Siguiendo pues esa idea, al siguiente día que salimos de Tepeji del Río para San Francisco, los criados me llevaron una mula perfectamente enjaezada, diciéndome que Su Majestad ordenaba que la montase. No tuve más remedio que obedecer, y el Emperador al verme se rió mucho y dijo que así estaba en mi papel, y que en esa cabalgadura hasta podría yo escribir algunos apuntes que me dictaría, como en efecto lo hizo.

Como la anterior, esta jornada nada tuvo de extraor-

dinario; después de una marcha de cuatro horas, se hacía un alto de una ó dos, para el descanso de la tropa. Esta colocaba sus armas en pabellones y preparaba su almuerzo, formando grupos muy pintorescos. Las mujeres buscaban á sus hombres para prepararles los alimentos, y después de almorzar, se permitía un rato de sueño.

En esas paradas, se trataba de encontrar alguna casita aislada donde pudiera almorzar y descansar Su Majestad; pero cuando no se encontraba, el Soberano lo mismo que sus soldados comía al pie de un árbol; y con frazadas se le proporciornaba un rústico lecho, donde pudiera reclinarse.

La noche que dormimos en San Francisco no fué tan tranquila, pues allí se dió aviso al general Márquez, de que una fuerza mandada por el general José Cosio Pontones, compuesta de seiscientos hombres, se dirigía á un desfiladero por donde teníamos que pasar y probablemente situándose á ambos lados del camino, nos atacaría á nuestro paso.

Nos pusimos pues en marcha, al siguiente día, á las seis de la mañana, y almorzamos en el pequeño pueblo de San Miguel Calpulalpan, célebre en la historia de nuestras guerras civiles por la victoria obtenida por González Ortega contra Miramón algunos años antes.

Allí almorzamos, y para pasar el desfiladero se dispuso que una descubierta de tiradores pasara antes que el grueso del cuerpo de ejército. Por fortuna el enemigo que se había apoderado de las alturas, las ocupaba tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sólo á un lado del camino dejando libre por completo el lado opuesto. Márquez dispuso que pasáramos por el lado libre, haciendo fuego sobre el enemigo, cosa que fué muy criticada por algunos oficiales del Estado mayor, porque estando sólo una altura ocupada por los liberales, fácil hubiera sido, decían, atacarlo por la espalda con una parte de nuestra columna, mientras el resto pasaba por el desfiladero.

Pero se siguió lo indicado por Márquez y mientras que nuestros tiradores marchaban haciendo fuego hacia el lado izquierdo, los liberales protegidos por los árboles, hacían otro tanto, enviándonos descarga tras descarga. Maximiliano marchaba á la vanguardia, rodeado de sus oficiales y de su comitiva.

Hubo un momento en que la columna se desorganizó, porque nos encontramos con una diligencia, que tirada por doce mulas, había sido obligada á retroceder pues los viajeros parecieron sospechosos á los liberales.

Estos creían que en ella iba el Emperador, y á ella dirigieron todos sus tiros consiguiendo asustar á las mulas y que éstas volcaran la diligencia, que fué un obstáculo para nuestra marcha, pues hubo una tardanza de más de media hora para volverla á poner lista y que continuara su viaje.

Mientras duró toda aquella maniobra, el Emperador, sus oficiales y su comitiva, nos habíamos abrigado cerca de un árbol, donde éramos el blanco de las balas de los liberales.

Vidaurri, los ayudantes y los oficiales que rodeaban al Emperador, le hacían ver el peligro y le suplicaban que se albergara en algún recodo del terreno, pero Maximiliano, muy sereno, les contestaba.

—¿ Cómo quieren ustedes, que me cuide desde la primera ocasión ? Más conveniente es exponerme un poco.

Seguíamos al paso de la tropa, terminado el incidente que acabo de relatar, y casi llegábamos al término del desfiladero, cuando escuchamos una tremeda detonación. Era Márquez, que con una pieza de artillería de montaña, había ordenado hacer fuego contra los liberales.

Maximiliano violentamente volvió bridas á su caballo y corrió hacia el punto donde se había escuchado la detonación.

Volamos tras él, los que lo acompañábamos de cerca, y al llegar cerca del cañón encabritóse mi caballo, y cayendo en tierra, me derribó.

Al verme caer el Emperador, se acercó a mí, y muy inquieto, me preguntó :

— ¿ Está usted herido ?

— No, señor, le contesté, y le referí lo acaecido.

— Ve usted, agregó, si usted hubiera venido hoy, como ayer, montado en su mula, no le habría pasado ese percance.

— Es verdad, señor, contesté riendo : pero en caso de correr, no lo hubiera hecho tan bien como en mi caballo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cerca de tres horas pasamos en el desfiladero, continuando enseguida nuestra marcha por la llanura.

Al llegar á ésta, los más denodados guerrilleros se adelantaron, haciéndonos siempre fuego; pero entonces se desprendieron de nuestra columna algunos jinetes y lanzando un hurrah formidable, cayeron á sable sobre ellos, trayendo los caballos como trofeo de su victoria y dejando algunos muertos en el terreno. Atacado pues tan formidablemente el enemigo huyó también de las alturas.

Por la tarde llegamos á Arroyozarco, donde en la casa de diligencias encontramos una excelente comida dispuesta para los liberales, comida á la que hicimos todos los honores, festejando la ocurrencia de que comiéramos los manjares preparados para nuestros enemigos. El día once, llegamos al pueblo de la Soledad, pequeña aldea de reciente fundación donde se celebraba una feria. Allí se nos recibió con grandes demostraciones de entusiasmo, creyendo todas aquellas buenas gentes, que iba á comenzar una era de paz y de felicidad.

El 17 hicimos á marchas forzadas una jornada de veinte leguas, para llegar á San Juan del Río. Allí el Emperador dirigió el ejército una proclama que se imprimió y distribuyó profusamente. En ella decía que se ponía á la cabeza del ejército, deseándolo ardientemente, para combatir por los dos principios más sagrados del país, su independencia y la paz interior. Anunciaba en dicha proclama, que había nombrado al general Márquez,

jefe de Estado mayor, y distribuído el ejército en tres cuerpos, dando el mando del primero al General Miramón, dejando el del segundo á su jefe actual y el del tercero al intrépido general Mejía.

Añadía que de un momento á otro esperaba la llegada del valiente General Méndez, con sus fieles y aguerridos soldados que formarían parte del segundo cuerpo; que el general Vidaurri, lo acompañaba, para organizar las tropas lo más pronto posible y abrir la campaña del Norte. La proclama terminaba con estas palabras:

« Confiemos en Dios, que protege y protegerá á México y combatamos bajo nuestra sagrada invocación: ¡ Viva la Independencia!

Llegamos al Colorado el día 18 y en ese pequeño pueblo, situado á dos leguas de Querétaro, pasamos la noche, y el 19 á las nueve de la mañana veíamos la ciudad fatídica, donde el noble príncipe había de ser sacrificado. Desde las alturas de la Cuesta China y á una media legua ya se divisaba el extenso caserío de la levítica ciudad.

Allí, en las alturas de la Cuesta China, nos detuvimos para aderezarnos un poco y hacer nuestra entrada en la ciudad. La tropa se arregló con los pocos efectos que traía, el Emperador suspendió á su cuello el gran cordón del Águila Mexicana, dejó su sombrero blanco y su paletot gris, para ponerse su elegante uniforme de general; cambió el manso Anteburro por el brioso y bellísimo Orispelo, y bajando lentamente la montaña, llegamos á las once y media de la mañana á la garita

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Querétaro. Los generales Miramón y Mejía salieron al encuentro de Su Majestad con sus Estados mayores y se reunieron á la comitiva.

Fué nuestra entrada á Querétaro una entrada triunfal.

Desde la garita, hasta el centro de la localidad, en cuya calle principal estaba el Casino Español, destinado para habitación del Emperador, se apiñaba una multitud que saludaba al séquito imperial con gritos entusiastas; no había ventana, ni balcón, ni puerta, que no ostentara cortinas y banderolas, y hermosas mujeres que lanzaban flores y batían palmas al paso del Soberano y de su comitiva.

Por último, por el aire volaban millares de hojas, en las que se leía un himno dedicado á Maximiliano.

Cuando llegamos al Casino, Su Majestad se dirigió al salón principal, donde fué recibido por el prefecto de la ciudad, por el general Escobar y por los grandes funcionarios civiles y militares. Acompañados de todos estos personajes, nos dirigimos á la catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum*, teniendo lugar después la recepción de las autoridades en la citada sala del Casino. En dicha recepción, Escobar y Miramón pronunciaron discursos que merecieron nutridos aplausos.

Por la tarde, se sirvió un banquete, al que no asistió Maximiliano, por encontrarse muy fatigado. En ese banquete, Márquez pronunció un brindis lleno de sarcasmo y de ironía contra la juvenil temeridad de Miramón, y se refirió á su último desastre. Este valiente y

leal militar, pálido de ira, se contuvo sin embargo, y brindó secamente por el ejército.

Esa rivalidad entre los dos jefes principales del Imperio tenía que producir muy pronto faltales resultados para la causa.

Al siguiente día á las cuatro de la tarde llegó á Querétaro la brigada del general Méndez, compuesta de cuatro mil hombres, bien armados y equipados, y que venía de Michoacán. Maximiliano en persona fué á su encuentro, pasó revista á las tropas y distribuyó medallas y condecoraciones á los oficiales y á los soldados.

Por la noche, se sirvió un banquete en la sala del Casino, presidido por Su Majestad, que parecía haber olvidado sus temores y sus presentimientos; todo anunciaba, al parecer, por lo menos, una nueva era de esplendor para el Imperio.

Muy pronto, la realidad había de despertar á todos los imperialistas de aquel sueño dorado.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IV

Primeros días en Querétaro. — Paseos por la población. — Descripción de la ciudad y de sus alrededores. — Reunión de los oficiales de órdenes. — Fuerzas republicanas de Escobedo y Corona. — Presentan batalla las fuerzas imperiales. — No aceptan los liberales. — Nuestro regreso á la ciudad. — Fíjase el cuartel general en el cerro de las Campanas trasladándose luego al convento de La Cruz.

La más completa tranquilidad y la calma más absoluta reinaron en Querétaro durante los primeros días de nuestra permanencia en la ciudad. Maximiliano se levantaba á las cinco de la mañana, me hacía llamar para que yo le diera cuenta de los documentos recibidos, que en su mayor parte eran solicitudes de auxilios. Acordaba concederlos casi siempre, me dictaba algunas cartas, y enseguida salíamos á recorrer la población, muchas veces á pie. El Emperador, vestía de paisano, se detenía para ver desfilar alguna tropa que pasaba, se mezclaba entre la gente del pueblo, y como por lo regular siempre iba fumando, se detenía para

pedir la lumbre (como se dice en México) ó bien para darla á algún caballero á quien la ofrecía familiarmente.

Otras veces, salía á caballo, portando el traje nacional, calzoneras con botonadura de plata, chaqueta y ancho sombrero jarano galoneado.

Otras, por fin, de militar, con sencillo y elegante uniforme azul.

Después de nuestro paseo de la mañana, volvíamos al Casino para el almuerzo y desde que terminaba este, hasta que llegaba la hora de la comida, recibía á los generales y á las autoridades.

En la comida, siguiendo su vieja costumbre, había siempre alguno ó algunos invitados de las personas más caracterizadas de la ciudad.

Terminada la comida, jugaba una hora al boliche, en una mesa situada en el patio interior del Casino, y á las nueve de la noche se retiraba á dormir, para levantarse á las cinco.

Las fuerzas imperialistas, se componían en Querétaro, de unos nueve mil hombres. Habiéndose entregado para la casa cincuenta mil pesos, el Emperador solo reservó para los gastos de ella diez mil, que desde México estuvieron administrados por mí, llevándose en una mula que custodiaban dos hombres de toda mi confianza y á quienes nunca perdía yo de vista.

El Emperador me había ordenado diera diariamente cinco pesos á cada una de las personas que componían su casa, para gastos de viaje, y dos á cada uno de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

criados. Además, daba por separado al cocinero la suma necesaria para el gasto diario del Soberano.

Tan pronto como comenzó el sitio, mi primer cuidado fué abastecerme de provisiones, para que nada faltara en la mesa de Su Majestad.

Respecto á los cuarenta mil pesos destinados á la tropa, muy pronto se gastaron. Se había dado orden á México, de que los húsares austriacos y la infantería de Hamerstein se dirigieran á Querétaro, llevando dinero y municiones; pero como tal orden no había sido obedecida por el ministerio, el Emperador se vió obligado á recurrir á la medida de imponer un préstamo forzoso á la ciudad de Querétaro, préstamo que fué cubierto en muy breve plazo y con muy buena voluntad por parte de los queretanos, que en su totalidad puede decirse simpatizaban con la causa imperialista.

En cuanto al ministro de Hacienda, Campos, no volvió á ocuparse del Emperador ni de su ejército, abandonándolos por completo, motivo por el cual Maximiliano nombró ministro de Hacienda á Vidaurri, pues era de la mayor importancia economizar y cuidar en aquellos críticos instantes hasta el último peso.

Vidaurri desempeñó perfectamente su comisión, estableciendo el mayor orden en el pago de los haberes de la tropa, y si bien los oficiales solo percibían media paga, los soldados recibían íntegro y diariamente su haber.

En esta ocasión, Maximiliano desplegó una actividad extraordinaria, asistía diariamente al consejo de gene-

rales, visitaba cuarteles y hospitales, pasaba revistas, y muy pronto fué el ídolo del ejército, que tenía ya en él absoluta confianza y esperaba muy pronto obtener el triunfo completo de su causa.

Antes de pasar adelante, creo muy conveniente describir la ciudad de Querétaro y algunos de sus alrededores, para aquellos de mis lectores que no la conozcan.

Un brillante escritor republicano, don Hilarión Frias y Soto, nacido en la histórica localidad, la describe así:

La alta mesa de la República va descendiendo lentamente conforme se avanza hacia el Oeste.

Desde la altura de Arroyozarco, el declive va siendo más pronunciado y violentamente la montaña se rompe casi á pico, levantando su flanco erizado de abismos sobre un valle fuertemente accidentado, rocalloso, vestido de una vegetación tropical, y regado por aguas purísimas que descienden por su pendiente desde los cerros inmediatos.

En el último plano inclinado de aquella serie de montañas, está recostada la ciudad.

Querétaro, con sus infinitos templos agrupados en primoroso desorden, con sus edificios y sus cúpulas bizantinas, destacándose entre sus árboles siempre verdes, parece una ciudad árabe al viajero que la contempla desde su Cuesta China.

Su admirable acueducto romano, conforme se desciende el zig-zag del camino, parece unas veces que ciñe á la

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciudad como un cinturón de encaje, y otras se asemeja á una estola de punto que la indolente sultana hubiera dejado tendida en el suelo.

La perspectiva es sorprendente. Sobre aquella arquería, sobre aquellos templos, unos góticos, otros con sus campanarios trozados y otros levantando sus esbeltas torres castellanas con agujas de piedra; sobre aquella ciudad calada como una *troja* de marfil chino, un cielo diáfano, un cielo azul y tibio como el cielo de Nápoles.

Y por todas partes el agua corriendo con sus olas color de acero sobre un suelo vestido, como la isla de Calipso, con una eterna primavera.

En aquel cuadro tan risueño iba á representarse un drama terrible.

Esto me obliga á llevar á mi lector por el circuito de la ciudad para que la conozca toda entera.

Al oriente de Querétaro desembocan dos caminos, uno tallado en la montaña, que se llama la Cuesta China; el otro encajonado en una cañada y que se oculta entre las rocas y los árboles. Sigamos el primero, que el segundo lo describiremos después.

Acabando de descender la rápida y vertiginosa pendiente de la cuesta se cruza la garita, y se sigue después una vereda abierta, al pie de un pedregal, donde crece un número prodigioso de cactus y de aloes como si fuera aquella una tierra asiática. Á la izquierda, el pedregal se levanta más y más en anfiteatro, formando al fin un mamelón de rocas, aplastado fuertemente en su vértice, que quede hecha una pequeña planicie; al borde de ésta está el Camposanto prolongado por una pared, hasta confundirse en los muros de un templo: es La Cruz.

Acabando de subir por aquel camino pedregoso é intransitable, como si jamás lo hubiera pisado planta humana, se llega á la plaza de La Cruz, pequeño anfiteatro lleno de tradiciones de la época de la Conquista. Entonces se llamó el Cerro de Sangremal, y allí, sobre las ruinas del templo indio levantaron los frailes aquella austera y magnífica cartuja adonde pasó sus últimas horas de libertad Maximiliano de Austria.

Frente á la puerta de la iglesia se levanta la cruz de la Aparición, cruz gigantesca y monumental que la mano del monje rodeó con espléndidas palmas árabes, para que le dieran sombra con sus abanicos de esmeralda, y que el indio va á adornar en su culto idolátrico con festones de tul y con guirnaldas de dalias silvestres.

La guerra ha borrado ese manuscrito tradicional de piedra, levantando allí sus toscas trincheras de adobe, y desgarrando los muros del claustro y los calados de la cúpula con las balas de sus cañones.

Hacia el poniente del templo se vé una línea de cantería que se abre en dos líneas divergentes: es la ciudad que desciende en una fuerte ondulación para subir después siguiendo la elevación de la superficie.

Al costado sur del convento, y perdidas entre los órganos del pedregal, hay infinitas chozas, adonde se abrigan los últimos restos de la raza conquistada, la que conserva aún sus últimas tradiciones religiosas, mezclándolas con la nueva secta, y el idioma y las costumbres de sus aborígenes. Entre esas chozas está la pequeña iglesia de San Francisquito.

Enfrente, un llano siempre cubierto con el verde tapiz de sus sembrados, y que sube en una inmensa rampa hasta la falda del cerro del Cimatario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La orilla de la ciudad va prolongándose con su alameda extensa y bellísima, pero inculta y sombría como una selva del desierto; al poniente, está la casa blanca, pequeña finca de campo levantada sobre una eminencia, y que forma el ángulo de aquel paralelogramo: su lado occidental se prolonga casi recto hasta ir á perderse en el cerro de las Campanas.

Si se sigue el camino de la Cañada el paisaje es distinto: se creería ver un cuadro flamenco de fuertes tintas azules, verdes y rojas.

La senda ondulada como una víbora de agua, está encajonada entre la montaña y el río, primero, después se pierde en la profunda grieta del cerro y de allí sale al fin á una ancha calzada bordada á sus dos orillas por una espesa arboleda, y abierta entre mil jardines donde la yedra viste con sus flexibles guías las copas de los naranjos, los limoneros y las mimosas, confundiendo sus campánulas azules con los dorados frutos que penden de sus ramas. La calzada sube en una fuerte curva por una rampa que llega á las calles de la ciudad. Dejemos ésta á la izquierda, y recorramos sus orillas. Estas, formadas por los barrios más pobres de la ciudad, siguen la margen del río, que corre al Norte, yendo á perderse al poniente, mientras que aquel lado del paralelogramo va también á morir al Cerro de las Campanas.

Allí está ese cerro memorable, como un túmulo indio que el tiempo hubiera cubierto con su liquen y su musgo. Aislado y pequeño, se comunica con la ciudad por una rampa muy suave, mientras que por el lado que ve al campo está cortado á pico, y es casi inaccesible con sus rocas unidas á la montaña por una sola de sus caras, y

que ciñen su cima como una almena destruída, ó como una diadema rota.

Frente al Cerro de las Campanas, y sólo separados por el lecho del río y una banda estrecha adonde se ha fundado el pueblo de San Sebastián, se levantan los cerros de La Cruz, San Gregorio, San Pablo y la Trinidad, que prolongándose al oriente, van á unirse con la montaña de donde parte el acueducto, y con la Cuesta China

He aquí la decoración donde iba á representar el imperio su última tragedia.

Al tanto ya mis lectores y conociendo por la anterior relación el lugar donde van á desarrollarse los importantes acontecimientos que dieron fin al Imperio, reanudo pues el hilo de mi relato.

Quiso un día el Emperador reunir en su mesa á sus antiguos oficiales de órdenes, que se encontraban en Querétaro, con diferentes mandos, y sentáronse en derredor del soberano los siguientes invitados:

El coronel Joaquín Rodríguez, el comandante Ontiveros y el de igual categoría Laurent, que por intrigas palaciegas habían sido separados del Palacio. Los dos primeros, como se recordará, fueron los que trajeron de Miramar los pliegos de la aceptación del trono, y el tercero había estado mucho tiempo en Palacio.

Pradillo y Ormachea completaban el número de los oficiales de órdenes, encontrándonos también allí el ministro Aguirre, el doctor Basch y yo.

En esa comida familiar, puede decirse, se habló extensamente del pasado tan lleno de esperanzas y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esplendor, del presente que aun presentaba algunas probabilidades de éxito y del porvenir tan incierto.

En efecto ¿ á qué se reducia el poder del Imperio, ya en aquel tiempo?

En casi todo el país, inmediatamente que los franceses abandonaban las ciudades, éstas eran ocupadas por los liberales y sólo quedaban sujetas al Imperio las plazas de Querétaro, México, Puebla, Orizaba y Veracruz.

Eso era todo lo que, del vastísimo territorio de Paso del Norte á Chiapas quedaba al Emperador, siempre que éste pudiera, cosa muy difícil, oponerse al terrible impulso de las numerosas fuerzas republicanas.

Entretanto el enemigo avanzaba por todos los puntos del país, y era preciso organizar cuanto antes la defensa de la plaza de Querétaro.

Escobedo se dirigia á Querétaro por el camino de San Luis Potosí, y Corona por el de Acámbaro, separados los dos ejércitos por una distancia de cincuenta leguas.

En el acto Miramón, comprendiendo la situación tirante, insistió con Maximiliano para que le permitiera atacar á Escobedo, contando las fuerzas imperiales casi con igual número de hombres que los republicanos.

Esperaba Miramón, que batida la primera fuerza, se podria luego caer sobre la otra, alentados los imperialistas por la primera victoria.

Auguraba además, y era muy posible, con mucha justicia y conocimiento de causa, que esa era la única probabilidad de salvación, pues reunidas las fuerzas de Escobedo y de Corona sería muy difícil el triunfo.

Pero bastaba que tal proposición viniera de Miramon, para que Márquez se opusiera, y como éste gozaba de absoluta preponderancia en el ánimo del Emperador, prevaleció la opinión del segundo y permanecimos en la más absoluta inacción, permitiendo á los generales Escobedo y Corona que tranquilamente reunieran sus fuerzas y comenzaran á cercar la ciudad el dia seis de Marzo.

Reunido el consejo de guerra presidido por Maximiliano y compuesto de los generales Márquez, Miramón, Méndez y Castillo, se resolvió no atacar al enemigo, sino presentarle la batalla y esperar la ofensiva.

Se decidió igualmente ocupar ciertas posiciones, apoyando el ala derecha en el río Blanco y la izquierda en la Casa Blanca y la garita de Celaya, mientras que el centro ocupaba el cerro de las Campanas, quedando la reserva en la Alameda.

Á las cuatro de la mañana del día seis, salió el Emperador de la ciudad á caballo, y rodeado por su Estado mayor y sus oficiales. Yo seguía á Su Majestad, quien me había dicho que no habiendo seguridad en ninguna parte y no sabiendo lo que pudiera suceder de un momento á otro, lo más conveniente era que estuviese siempre al lado suyo.

No dejaba de causarme cierto pavor aquella marcha en plenas tinieblas, escuchando el pesado rodar de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los cañones, el paso de la caballería y la acompasada marcha de los infantes.

Comenzaba á amanecer, cuando llegamos al pie del cerro.

Había una neblina tan espesa que no nos distinguíamos unos á los otros á dos metros de distancia.

Pero los primeros rayos del sol disiparon la bruma y entonces pude distinguir perfectamente á nuestras tropas formadas en batalla, y al frente, y á una gran distancia, otra línea muy extensa, cuyas bayonetas brillában al sol naciente.

Eran las tropas de los republicanos.

Siguiendo al Soberano, recorrí con él, al galope, toda la línea de las fuerzas imperiales, entre los marciales toques de los clarines y los gritos entusiastas : de ¡ Viva el Emperador !

No dudo, ni por un momento que si ese día los imperiales se hubieran decidido á atacar á los republicanos, el triunfo hubiera sido nuestro, tal era la bravura y el deseo que de batirse tenían los adictos al Imperio.

Regresó el Emperador al centro de la línea al pie del cerro. Miramón insistió en que debía atacarse á los liberales desde luego ; pero Márquez nuevamente se opuso, alegando que lo más conveniente era permanecer á la defensiva y esperar el ataque del enemigo, como se había decidido.

Permanecimos pues en la más completa inacción todo el día seis de marzo y por la tarde, al obscurecer,

nuestras tropas regresaron á la ciudad fijándose el cuartel general en las alturas del mismo cerro de las Campanas.

La noche del seis, Maximiliano y sus generales durmieron á campo raso, en lechos improvisados con zarapes ; á mí se me permitió ir á dormir á la ciudad, y al día siguiente muy de madrugada, cuando llegué al cerro, ya comenzaban á construirse con mucha actividad las trincheras y los parapetos.

Los soldados limpiaban de yerba y de plantas espinosas, que abundan tanto en las cercanías del cerro, todos los alrededores ; aplanaban el terreno y los vecinos gustosos se ofrecían á ayudar á subir los cañones á los atrincherados reductos.

Llevaba conmigo toda la correspondencia recibida la víspera, y al verme llegar el Emperador, me dijo :

— Vamos á mi gabinete de trabajo.

Y bajando por la parte norte del cerro, seguimos por una estrecha vereda, hasta llegar á una cavidad de la roca, cuya entrada se encontraba oculta por la maleza y los arbustos.

En el fondo de esa pequeña gruta, había un banco de césped.

— ¿ Qué le parece á Ud este gabinete ? me preguntó el Emperador. ¿ No cree Ud, que aquí podremos trabajar á gusto, sin que nadie venga á molestarnos ? Yo, agregó, el Dr Basch y Severo (el criado mexicano) somos los únicos que conocemos este retiro que ayer descubrí.

Coloqué sobre el banco todos mis papeles, comencé

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á leerlos en alta voz y á anotar al margen sus acuerdos respectivos, como en los buenos tiempos de Chapultepec ó de Cuernavaca.

De cuando en cuando se escuchaba algún tiro de fusil, allá á lo lejos; pero en nuestro derredor, solo el gorjear de los pajarillos interrumpía el tranquilo y dulce silencio de aquel rústico gabinete imperial.

Frente á nosotros el encantador paisaje que se extiende hasta las lejanas montañas de Sierra Gorda alegraba las azules pupilas del príncipe de Hapsburgo, que cuatro meses después había de caer, muy cerca de allí, destrozado por las balas republicanas.

Á las diez de la mañana, se presentó el camarista Severo trayendo el almuerzo, que se componía de pavo asado, carne fría, huevos, queso, pan y una botella de vino.

—Nuestro almuerzo no es muy abundante ni muy exquisito hoy, me dijo el Emperador; pero « *à la guerre comme à la guerre* », sin embargo el aire del campo, que abre el apetito, suple la cantidad y la calidad de los manjares.

Efectivamente, almorzamos muy bien, colocando nuestras servilletas sobre el banco rústico. Terminado el almuerzo, el Emperador encendió un puro y se recostó á descansar sobre un plaid, que Severo había traído; y mientras el Soberano reposaba, Severo y yo contemplábamos el campamento enemigo, que desde la gruta se veía admirablemente.

Desde el día citado hasta el 12 de marzo, el cuartel

general quedó instalado en el cerro de las Campanas, sin que aconteciera nada notable ni digno de mencionar en los días transcurridos.

De cuando en cuando, treinta ó cuarenta de nuestros jinetes se adelantaban á desafiar á los liberales; salían otros tantos de las filas enemigas, se propinaban mutuos insultos, se disparaban algunos tiros y terminaban por volver á sus respectivas filas. En esas pequeñas escaramuzas, los liberales perdieron algunos hombres, entre ellos un oficial, cuyo caballo fué traído á nuestro campamento.

Diariamente se reunía el consejo de guerra, para deliberar; opinando siempre el Emperador por el ataque y oponiéndose siempre los generales.

El día diez, desde lo alto del cerro, pudimos ver perfectamente á eso de las diez de la mañana, y hacia la llanura de Celaya, á todo el ejército enemigo que pasaba revista.

Unas tres horas debe haber durado la revista de las tropas republicanas, y de cuando en cuando el viento nos traía el eco de sus clarines.

Temiendo, dados esos preparativos, un próximo ataque de los republicanos, se acercó al Emperador una diputación de generales á suplicarle que no se expusiera tanto y que se retirara á la ciudad; pero Maximiliano se rehusó por completo, alegando que debía estar en los lugares donde mayor fuera el peligro.

Esa noche fué la primera que ya no durmió á campo raso, pues acabó por aceptar una tienda de campaña

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que Mejía le ofreció; también Miramón y Mejía habían hecho traer sus tiendas de campaña y las tres se instalaron en lo alto del cerro, donde los tres habían de morir cuatro meses más tarde.

Los oficiales de órdenes, los de campo, los criados y yo, dormíamos alderredor de las tiendas á campo raso, sobre esteras de palma y gruesos tapetes llamados cocos.

Desde que el cuartel general se instaló definitivamente en el cerro de las Campanas, Su Majestad me envió las primeras noches á dormir á la ciudad; pero después quiso que ya no me separara de él, pues temía, y con razón, que en cualquier momento no pudiera ya reunirme á su persona.

Para mí eran una verdadera tortura las noches pasadas á campo raso, no tanto por el frío, ni porque dormía á la luz de las estrellas, sino por el incontable número de sabandijas, que nos molestaban desde que nos acostábamos hasta la salida del sol.

Viendo pues que el enemigo no atacaba, y comprendiendo que había operado un importante cambio de posición, pues sus fogatas eran cada día más raras, se decidió instalar el cuartel general en el convento de la Cruz, sólido edificio de la época colonial, que por el espesor de sus murallas presenta todo el aspecto de una fortaleza.

El 13 de marzo, fecha fatídica para el superticioso Soberano, nos instalamos en el convento de La Cruz.

CAPÍTULO V

Combates y escaramuzas. — El cuartel general en La Cruz. — Habitaciones de Maximiliano. — Ataque de la plaza el catorce de marzo. — Salen para México los generales Márquez y Vidaurri. — Paseos del Emperador por la plaza de La Cruz. — Fiesta militar el treinta de marzo. — El Emperador es condecorado con la medalla militar. — Escasez de víveres y municiones. — El aniversario del diez de abril. — Triunfo del veintisiete del mismo.

Los incidentes más notables ocurridos antes de nuestro cambio al convento de La Cruz, fueron los siguientes:

El diez de marzo, el coronel Quiroga hace una salida trayendo doscientos bueyes.

El día once los liberales rompen el acueducto que surte de agua á la ciudad, y desde las alturas de La Cruz puede mirarse una cascada que cae de los arcos rotos inundando la llanura.

Comienza, con ese motivo á escasear el agua, pero no falta completamente pues aun hay bastante en los pozos y las cisternas.

Á las once de la mañana del mismo día once, el ge-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que Mejía le ofreció; también Miramón y Mejía habían hecho traer sus tiendas de campaña y las tres se instalaron en lo alto del cerro, donde los tres habían de morir cuatro meses más tarde.

Los oficiales de órdenes, los de campo, los criados y yo, dormíamos alderredor de las tiendas á campo raso, sobre esteras de palma y gruesos tapetes llamados cocos.

Desde que el cuartel general se instaló definitivamente en el cerro de las Campanas, Su Majestad me envió las primeras noches á dormir á la ciudad; pero después quiso que ya no me separara de él, pues temía, y con razón, que en cualquier momento no pudiera ya reunirme á su persona.

Para mí eran una verdadera tortura las noches pasadas á campo raso, no tanto por el frío, ni porque dormía á la luz de las estrellas, sino por el incontable número de sabandijas, que nos molestaban desde que nos acostábamos hasta la salida del sol.

Viendo pues que el enemigo no atacaba, y comprendiendo que había operado un importante cambio de posición, pues sus fogatas eran cada día más raras, se decidió instalar el cuartel general en el convento de la Cruz, sólido edificio de la época colonial, que por el espesor de sus murallas presenta todo el aspecto de una fortaleza.

El 13 de marzo, fecha fatídica para el superticioso Soberano, nos instalamos en el convento de La Cruz.

CAPÍTULO V

Combates y escaramuzas. — El cuartel general en La Cruz. — Habitaciones de Maximiliano. — Ataque de la plaza el catorce de marzo. — Salen para México los generales Márquez y Vidaurri. — Paseos del Emperador por la plaza de La Cruz. — Fiesta militar el treinta de marzo. — El Emperador es condecorado con la medalla militar. — Escasez de víveres y municiones. — El aniversario del diez de abril. — Triunfo del veintisiete del mismo.

Los incidentes más notables ocurridos antes de nuestro cambio al convento de La Cruz, fueron los siguientes:

El diez de marzo, el coronel Quiroga hace una salida trayendo doscientos bueyes.

El día once los liberales rompen el acueducto que surte de agua á la ciudad, y desde las alturas de La Cruz puede mirarse una cascada que cae de los arcos rotos inundando la llanura.

Comienza, con ese motivo á escasear el agua, pero no falta completamente pues aun hay bastante en los pozos y las cisternas.

Á las once de la mañana del mismo día once, el ge-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

neral Ramón Méndez hace un reconocimiento con el regimiento de la Emperatriz y otro cuerpo de caballería por el rumbo de San Pablo. Aparece el enemigo por las alturas, hace una descarga y vuelve Méndez al campamento imperial.

Á las tres de la tarde del citado día once, la batería del cerro de las Campanas hace sus primeros disparos, para ejercitar á sus artilleros.

Á los lejos, divisamos á algunos jinetes que se detienen á los primeros cañonazos. Se hacen dos ó tres disparos más, y los jinetes se desbandan dejando el campo sembrado de cadáveres.

Por la noche Miramón efectúa una salida por el rumbo de la Cañada, trayendo á la plaza más de sesenta bueyes, cien cabras y gran cantidad de maíz.

El Emperador me había ordenado que llevara un diario de todos los sucesos que ocurrieran durante el sitio, y aun cuando mis apuntes se perdieron al ocupar los liberales el convento de La Cruz, quédanme algunos, muy incorrectos y hechos con lápiz; pero ayudado por mis recuerdos, he podido reconstruir este diario, que me sirve en la actualidad.

Instalado el cuartel general en el convento, destinó Su Majestad, para que le sirviera de habitación, una celda situada en uno de los corredores del claustro. Esta celda se componía de dos cuartos; en el primero se colocó una mesa y unas sillas, en el segundo la cama de latón que siempre llevaba consigo Su Majestad, un lavamanos, una percha y algunas sillas más.

La celda referida tenía una puerta principal que daba al claustro y otra puertecita interior, que la comunicaba con otra celda por medio de un corredor; en esta última celda, dispuso Maximiliano que yo me instalara, y al efecto hice traer del Casino mi cama y una mesa para escribir.

Hice colocar también en mi celda las cajas de conservas, las provisiones y los vinos que había comprado para la mesa imperial. Igualmente allí coloqué una pequeña maleta, que contenía las cruces y medallas, que de México había traído.

Mi habitación tenía, además de la comunicación con la de Su Majessad, otra puerta que daba al corredor principal; así pues, sin salir al claustro, siempre que el Emperador me llamaba que era con bastante frecuencia, acudía yo por el pequeño corredor interior, otras veces por ese mismo camino, se presentaba el Soberano en mis habitaciones.

Dos oficiales de órdenes, el general Castillo y su estado mayor, el prícipe de Salm-Salm, el doctor Basch y los criados del Soberano, ocupaban las celdas inmediatas. Solo Severo, el camarista mexicano, dormía en la misma pieza que Su Majestad.

Todas las celdas que habitábamos tenían ventanas que daban á un gran patio lleno de árboles, en el que dormía todo un batallón, que allí también tomaba algunas horas de descanso durante el día.

Además, todos los corredores, salas y pasadizos, estaban ocupados por oficiales y gente de tropa; y por la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noche era imposible conciliar el sueño, entre los continuados « Alerta » de los centinelas y el ruido de las armas al ser relevados.

Desde las azoteas y la torre, se distinguía perfectamente una gran parte del campamento enemigo; por todas partes se veían flotar sus banderas en las crestas de las montañas, y por la noche sus numerosas fogatas nos indicaban su presencia.

El trece á las cinco y media de la mañana el enemigo rompió el fuego de su artillería, haciendo llover buen número de proyectiles sobre el convento; las granadas estallan durante todo el día con formidable estrépito sobre las azoteas y no cesan las descargas hasta las nueve de la noche.

Este bélico anuncio de un próximo ataque hizo que el día siguiente Maximiliano, á eso de las nueve de la mañana, visitara el patio del convento, y arengara á sus tropas.

Desde las trincheras más lejanas se alcanzaban á ver los movimientos de la fuerza enemiga; en los momentos de la arenga, la artillería de la Cuesta China rompe sus fuegos sobre el convento. El Emperador permanece en la plaza, que era un lugar bastante peligroso, pues á cada instante estallaban las granadas muy cerca de él. Allí en la misma plaza, recibe el Soberano á los oficiales del Estado Mayor, de los generales Castillo y Mejía que le llevaban noticias de esos jefes: el primero ha sido atacado por el lado del Río Blanco y el segundo en la Alameda y en la Casa Blanca. Por los tres lados ha sido

rechazado el ataque, todos los generales, jefes y oficiales han peleado con bravura. El príncipe de Salm-Salm, á quien se encargó el mando de los cazadores por encontrarse herido el coronel de ese cuerpo, ha dado una brillante carga y ha quitado un cañón al enemigo. Esa pieza de artillería y numerosos prisioneros son los trofeos de la victoria; pero aun cuando por los lados de la ciudad ha sido rechazado el ataque con grandes pérdidas para los liberales, por el lado de La Cruz, siguen las granadas estallando continuamente. El Panteón ha sido ocupado por los liberales, lo mismo que la capilla cercana y los imperialistas retroceden de los patios exteriores, pues el peligro crece por momentos. En esos instantes, Márquez, con el batallón que manda el coronel Juan Rodríguez, hace una salida apoyada por una pieza de artillería, que sirve el general Arellano y después de una hora de un combate mortífero, la Cruz queda completamente libre de enemigos.

Entonces Maximiliano, con el general Márquez y una numerosa comitiva de oficiales del Estado mayor, visita las líneas. Desde Río Blanco hasta el cerro de las Campanas, la artillería enemiga, no ha cesado de disparar sobre aquel pequeño grupo, donde comprende que se encuentran los principales jefes del ejército sitiado.

El resultado de esa memorable jornada, si bien fué favorable para los imperialistas, puesto que pudieron rechazar al enemigo, cuesta un buen número de vidas y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los liberales consiguen estrechar el círculo en el que nos iban acorralando. Más tarde se publicaron las noticias oficiales y entonces se supo que los liberales habían perdido más de dos mil hombres.

Consultando mi diario de entonces, me encuentro con que del quince al veintiuno, nada notable ocurre, que valga la pena mencionar. El Emperador quiere hacer una salida y así lo ordena al general Miramón, pero ésta por motivos que aprueba el consejo de guerra no se verifica.

Maximiliano decide enviar á México al general Miramón en busca de hombres y de dinero; pero como siempre, Márquez se opone y se ofrece á ir él en persona, pues alega que el valor juvenil y temerario de Miramón puede hacer que fracase el proyecto.

Investido con los plenos poderes del Soberano y con el título de Lugarteniente del Emperador, debe Márquez reunir en México todos los recursos de dinero y de hombres que pueda agenciarse y volver en el acto para Querétaro, lugar que representa la capital del Imperio. Si México queda abandonado, nada importa, lo que precisa á toda costa es salvar la situación en la ciudad donde se halla S. M.

Aun cuando la salida de Márquez se acordó en el más absoluto secreto y aun cuando las instrucciones que recibió fueron verbales en su mayor parte, llevaba una carta para el presidente del consejo Don Teodosio Lares, en la que se le deba á reconocer como Lugarteniente del Emperador. Además llevaba cartas en alemán escritas

por el doctor Basch para el teniente coronel Shaffer que ya debía encontrarse de vuelta de Europa y otras para el Padre Fischer; por lo tanto, Basch y yo estábamos en el secreto además de los generales Miramón, Mejía y Castillo.

Como la situación se ponía cada día más y más comprometida, el Emperador me llamó y me dijo que era el momento de que regresara á México, con Márquez y Vidaurri; pero yo le supliqué que me permitiera permanecer á su lado y correr su suerte.

Para favorecer la salida de Márquez, el día veintidós por la mañana á la madrugada, Miramón atacó los puntos de San Juanico y el Jacal, pasando por la garita de Celaya.

Desde las seis, el Emperador se dirigió al cerro de las Campanas, para desde allí, presenciar el combate. Miramón llevaba dos mil hombres y sorprendidos los liberales huyeron dejando víveres, equipajes y municiones en poder de los imperialistas; así fué que volvió el valiente general á Querétaro, trayendo veinte carretas de provisiones, sesenta bueyes y más de doscientas cabras y carneros.

Frenéticos los liberales por la pérdida de sus víveres y municiones, nos enviaron una lluvia de metralla, contándose hasta cuatrocientos cañonazos por hora. Las balas volaban sobre nuestras cabezas é iban á hundirse en la arena y al siguiente día teníamos una buena provisión de ellas, pues se pagaban dos reales á los muchachos por cada una que llevaban utilizable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En cuanto á Márquez y Vidaurri, con sus oficiales de Estado mayor, y escoltados por mil doscientos jinetes salieron de Querétaro á las once de la noche y atravesaron las filas enemigas, sin ser vistos de los republicanos.

En la plaza de la Cruz y comenzando desde la puerta del convento existía una ancha banqueta, que cruzaba diagonalmente la plaza. Por las tardes, allí hacía el Emperador, á pasos largos durante una hora, su paseo vespertino, dictándome, en circunstancias tan críticas, un nuevo ceremonial de la corte, cosa que á la verdad, me parecía perfectamente ridícula.

Probablemente esos paseos vespertinos se observaban muy bien con algún buen anteojo, desde la trinchera enemiga, y desde el acueducto roto, pues en el acto que comenzaba el Emperador á pasearse, comenzaba la artillería á enviarnos sus proyectiles.

Pero como la puntería era muy alta, las balas pasaban silbando sobre nuestras cabezas é iban á hundirse á las paredes de la casa que hacía esquina y que estaba ya literalmeute acribillada á cañonazos.

Maximiliano seguía paseándose y dictándome el ceremonial, á pesar de las súplicas de los oficiales que venían á rogarle que no se expusiera inútilmente. Insistían los oficiales y él insistía en permanecer allí, consiguiendo siempre cumplir su capricho.

Una tarde que Miramón llegó en los momentos del paseo, le habló en términos muy enérgicos y le hizo ver lo inútil de aquella temeridad, diciéndole cuán distinto

sería morir así sin gloria alguna, si acaso la puntería de los cañones enemigos estuviera mejor dirigida, á morir combatiendo en una batalla.

Las palabres de Miramón influyeron en el ánimo del Soberano, y desde esa tarde cesaron los paseos, quedando interrumpido y trunco el nuevo ceremonial de la corte.

El veintitrés se pasó sin novedad alguna, y creíamos que, desalentado el enemigo con su fracaso del catorce, suspendería sus ataques, dando así tiempo á que llegaran los refuerzos de Márquez; pero nos equivocamos completamente porque el veinticuatro, desde las cuatro de la mañana, comenzaron á verse fuertes divisiones que se dirigían á la Alameda por el sur de la ciudad, al mismo tiempo que por la Cuesta China, se desprendían numerosas columnas de las tres armas, extendiéndose desde el Cimatario hasta la garita del Pueblito.

Este movimiento podía tener por objeto cortarnos toda comunicación con México y cercar por completo la ciudad.

Como al mediodía, fué atacada violentamente la Casa Blanca defendida por el general Mejía, y al mismo tiempo el enemigo atacaba la línea que defendía Miramón.

Cuando las tropas enemigas que avanzaban estuvieron al alcance de nuestra artillería, ésta rompió un nutrido fuego. El éxito de la división de Miramón fué instantáneo, pero la división de Mejía vaciló un poco, diezmada como se encontraba ya por el fuego de los liberales; mas el valiente general se adelantó gritando « así

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muere un hombre », y se lanzó solo hacia los republicanos.

Electrizadas sus tropas con tanto valor, se lanzaron bravías y fieras al ataque, quitando á los liberales cerca de cuatrocientos prisioneros, entre ellos catorce oficiales, una bandera, y haciéndole numerosos muertos y heridos.

Durante los días siguientes el enemigo se contentó, tarde y noche, con lanzar granadas á nuestro cuartel general.

Entretanto, comenzaba ya á sentirse de una manera notable la escasez de víveres, especialmente de carne y de maíz, supliéndose la primera con la de caballo y mula.

Un día que comíamos á la mesa del Emperador, llegó un asistente de Miramón trayéndonos un magnífico pastel, que comenzábamos á saborear, pues estaba delicioso, cuando se presentó Miramón preguntándonos qué nos parecía el regalo.

Contestamos todos que estaba exquisito, y repuso :

— « Pues siempre que ustedes quieran un manjar semejante, pueden decírmelo porque aun tengo en mi casa una buena provisión de gatos, para que no nos falten pasteles como el que están ustedes saboreando. »

El Emperador, que ya sabía la clase de liebre que contenía el famoso pastel, no había probado más que la pasta y rió mucho de la ocurrencia de Miramón.

La tarde del treinta de marzo el Emperador organizó una gran fiesta militar en la plaza de La Cruz, donde se

levantó una tienda de campaña decorada con guirnaldas de flores y banderas y al son de las músicas militares y al estruendo del cañón, con su propia mano condecoró á los jefes, oficiales y soldados que habían lucido su valor y su pericia en los últimos combates.

Terminada la distribución de condecoraciones, Miramón se acercó al Soberano, y después de una corta y muy sentida alocución le pidió le permitiera condecorarlo con la medalla de cobre del valor militar concedida al soldado raso.

Conmovido Maximiliano ante aquella demostración de afecto, abrazó á Miramón después de que éste hubo colocado la medalla de cobre sobre el pecho imperial y dió las más cumplidas gracias á los jefes y oficiales allí presentes ; enseguida los gritos nutridos y entusiastas de Viva el Emperador atronaron el espacio.

Y desde ese día hasta el nefasto en que fué hecho prisionero, no dejó S. M. uno solo de lucir sobre su pecho la modesta medalla de cobre del soldado.

Hasta el día once de abril, no hubo más incidente digno de ser mencionado que una salida efectuada por Miramón, llevando mil caballos, y en la que el comandante Pittner se apoderó de dos cañones.

La situación, sin embargo, empeoraba más y más cada día ; los víveres escaseaban de una manera terrible y lo mismo sucedía con las municiones, pero éstas se reponían, pues el general Ramírez de Arellano había establecido una fábrica de pólvora en el convento del Car-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

men, y allí también se hacían cápsulas con cubiertas de papel, se fundían balas de cañón, trocando en granadas las campanas de las iglesias; y las balas para los fusiles se hacían con la techumbre del teatro, que tenía gran cantidad de plomo.

El día diez, que era el aniversario del advenimiento de Maximiliano al trono de México, una diputación presidida por el ministro Aguirre y compuesta de los personajes principales y de los funcionarios de la ciudad, se presentó en La Cruz á felicitar al Emperador y á ofrecerle sus deseos por el triunfo de su causa, que ya todo el mundo daba por perdida.

Triste felicitación la de aquel día, y más tristes aún los votos que se hacían por el buen éxito de una causa cuyo fracaso se tenía ya por seguro.

El día once, Miramón efectuó una salida con el fin de apoderarse de la garita de México. Los cazadores de México y el segundo batallón de la brigada Méndez, capitaneada por el valiente coronel Ceballos, avanzaron á paso de carga, bajo el nutrido fuego que sobre ellos caía. El combate duró más de una hora, y después de sufrir pérdidas enormes, heridos varios oficiales entre los que se encontraba el denodado capitán Pittner, los imperialistas se vieron obligados á retroceder.

Como no se tenía noticia alguna de Márquez, cada día aumentaban la descofianza y los temores. Los correos que se enviaban con correspondencia ó con órdenes verbales para Márquez aparecían al día siguiente en la trinchera enemiga, colgados de un alto palo y con un

enorme letrero en el que se leía en muy gruesos caracteres :

« CORREO DEL EMPERADOR »

Era ya pues muy difícil encontrar quien quisiera atreverse á servir de correo para México. Se pensó en enviar á Mejía con una división, para que forzando el paso, saliese rumbo á México á pedir auxilio; pero además de encontrarse enfermo este general ¿ qué quedaba en Querétaro para sostener la plaza, si Mejía hubiera salido con una división ?

Apenas se contaba con un total aproximado de siete mil sitiados, y el número de sitiadores ascendía á cuarenta mil. El príncipe de Salm-Salm, que había demostrado un valor temerario, se ofreció á salir acompañado del mayor Malbourg, apoyado por la caballería; pero el terreno estaba impracticable y lleno de fosos y fué preciso después de dos horas de lucha renunciar á ese proyecto.

Terminadas las baterías de la Cruz, el día veinticuatro á las once de la mañana se rompe el fuego contra las trincheras de los republicanos, situadas hacia la garita de México y el enemigo contesta con un fuego más nutrido que el nuestro. El Emperador sube, en lo más encarnizado del combate, á la torre del convento acompañado del príncipe de Salm-Salm, del coronel López, del general Miramón y del mayor Malbourg, y en los momentos que se encontraban en lo alto de la torre,

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

revienta una granada cubriéndolos de tierra y de escombros.

Puede decirse que aquel día, muy poco faltó para que hubiera sido el último de los de la vida del Emperador y el último del sitio de Querétaro.

El día veintiséis, para dar algún ánimo á las tropas, se mandan repicar á vuelo todas las campanas de los templos, propalando la falsa noticia de que Márquez atacaría al enemigo por la retaguardia, mientras que nuestra tropa lo atacaría por el frente.

El día veintisiete el general Méndez, se dirige hacia la garita, mandando la vanguardia el general Pantaleón Moret. Miramón dirige el combate por el lado del Cimatario, y el primer resultado fué brillantísimo y demuestra el valor de los soldados imperialistas que se apoderan de la primera paralela. Los liberales huyen, abandonando bagajes y cañones, y los imperiales les siguen.

Veintiún cañones y más de quinientos prisioneros caen en poder de Miramón, y esto en menos de una hora de combate.

El Emperador al saber la noticia de ese resultado, corre á caballo al campo de batalla; pero en el frenético entusiasmo con que los soldados lo reciben, se olvida el objeto de la batalla, que era salir de la ciudad.

Desde las cuatro de la mañana se encuentran empacados todos los objetos del Emperador y ensillados los caballos que han de conducir á su comitiva, pero no se aprovecha el pánico del enemigo y se pierde esa brillante oportunidad de salvación. Más tarde hablando yo

con los oficiales prisioneros sobre el combate de ese día, me dijeron que había llegado á tal punto el pánico entre los soldados liberales, que en ese momento habríamos podido salir con todo nuestro ejército.

Pero con el entusiasmo del triunfo, se pierde un tiempo precioso y se deja á los liberales el suficiente para cubrir de nuevo el Cimatario con tropas nuevas y de refresco. El general Miramón intenta un nuevo asalto; pero, esta vez, los liberales contestan con nutridísimo fuego, obligando á retroceder á Miramón. Así pues á la una del día que volvemos á la ciudad, á pesar de los cañones quitados al enemigo y del gran número de prisioneros, la jornada se ha perdido, y volvemos completamente desilusionados respecto á los engañosos auxilios de Márquez, y también con la seguridad de que no volverá á presentarse otra oportunidad para salir de la plaza cercada por los liberales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI

Ataque á la garita de México y á la hacienda de Callejas. — Muerte del coronel Joaquín Rodríguez. — Sus funerales en la iglesia de la congregación. — Los liberales celebran el cinco de mayo. — El coronel Loaeza. — Su muerte. — Los heridos liberales en los hospitales imperialistas. — El teniente coronel Castañeda y Nájera. — Diversos episodios. — Preparativos para salir de Querétaro.

El día primero de mayo fué desfavorable para las tropas del Imperio. Se intentó una salida por la línea del sur, y después de un formidable cañoneo sobre la hacienda de Callejas, se lanzó sobre ella una columna que ocupó parte de la fábrica allí situada, lanzándose en seguida al asalto de la garita. Los imperiales fueron rechazados, teniendo que retirarse violentamente hacia la ciudad y aun temiendo que los liberales entraran tras ellos, pero felizmente se detuvieron en sus posiciones.

En la mañana de ese día, encontrándome en la puerta del convento y viendo desfilar la columna que iba á salir al mando del general Don Severo del Castillo, se acercó á mí el coronel Joaquín Rodríguez, aquel joven

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oficial que mencioné desde los primeros capítulos de de este libro.

Como se recordará, Rodríguez fué nombrado oficial de órdenes en Miramar, y después de estar en Palacio al lado de Maximiliano, durante los primeros meses del Imperio, como oficial de órdenes, había sido separado por una intriga palaciega.

Después de su separación de Palacio, se le dió el mando del cuerpo de la guardia municipal de infantería. En la época del sitio de Querétaro, tendría unos veintiséis años, era muy blanco, de pelo rubio y rizado, deojos claros, de gallarda apostura, muy valiente, muy entusiasta y lleno de ambiciones y de esperanzas.

Estaba en vísperas de casarse con una hermosa joven mexicana, cuando fué nombrado para la expedición de Querétaro el batallón que mandaba.

Como ya dije, Rodríguez era muy valiente y en todos los hechos de armas en que había tomado parte siempre se había conducido con bravura y con honor; sin embargo aquella mañana estaba profundamente desalentado.

Desde que nos conocimos en Palacio, habíamos intimado, y la mañana del día primero de mayo, al que vengo haciendo referencia, mientras se alistaban las fuerzas del general Severo del Castillo, hablaba Rodríguez conmigo en la puerta del convento; él, que siempre tenía muy buen humor y era muy jovial, me manifestaba que esa mañana había despertado con una tristeza profunda y un profundo desconsuelo, y presentía que algo grave iba á pasarle.

Yo le animé cuanto pude, y antes de partir para el asalto, me dió un estrecho abrazo, dándome un adiós, muy conmovedor, por si, como lo suponía, no nos volvíamos á ver.

No había pasado ni una hora; me encontraba todavía en la puerta del convento oyendo el nutrido fuego que se escuchaba por el lado donde habían partido nuestras tropas, cuando vi que venía en dirección de La Cruz un grupo de soldados, trayendo un caballo por la brida, y sobre el caballo un cadáver.

Era el de Rodríguez, que había muerto al recibir en la frente una bala republicana, de las primeras disparadas por el enemigo.

Profundamente emocionado dí parte al Emperador, y éste, muy conmovido también, ordenó que se dispusiera lo necesario para que al siguiente día se inhumara el cadáver del valiente coronel, con todos los honores militares debidos á su grado y á su valor.

Efectivamente á las nueve de la mañana del día dos, salía del convento la fúnebre comitiva encabezada por el Emperador y por un grupo de jefes y oficiales; seguía el batallón de Rodríguez con sus armas á la funerala, sus tambores enlutados y sus clarines con sordina. Cuatro sargentos del propio batallón cargaban el féretro y al ruido estruendoso del cañón republicano, atravesamos la ciudad hasta llegar á la iglesia de la Congregación.

Después de una solemne misa de *Requiem*, que se celebró por el difunto, en el altar mayor del templo, se

inhumó el cuerpo en una fosa abierta en el interior de la misma iglesia.

Afuera, el batallón de Rodríguez, hacía las descargas reglamentarias, mientras la tierra del pavimento de la iglesia de la Congregación, cubría los restos mortales de aquel valiente.

El día tres, intentaron nuestras tropas un nuevo ataque, disponiéndose al efecto dos columnas, una al mando del general Severo del Castillo y la otra al mando de Miramón.

La primera debía simular una salida, á la madrugada y hacia la hacienda de Calleja; y la segunda atacar la línea del Norte.

Castillo encontró obstáculos para su salida y ésta no pudo verificarse; pero Miramón, viendo que llegaba la hora convenida y que no se escuchaba el cañoneo por donde esperaba oirlo, atacó vigorosamente al enemigo por el Norte, apoderándose de las avanzadas liberales y subiendo al cerro de San Gregorio, de modo que los liberales se vieron obligados á reconcentrar en ese punto los refuerzos de las líneas inmediatas.

Entonces siendo muy superiores las tropas liberales á las nuestras, Miramón tuvo que volver á la ciudad.

En esta jornada, la guardia municipal, que dos días antes había visto morir valientemente á su bravo coronel Rodríguez, vió de nuevo caer bajo las balas republicanas á su jefe el coronel Sosa, nombrado la víspera en substitución de Rodríguez, y al teniente coronel Da-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

niel Franco, que en el campo de batalla fué nombrado para substituir á Sosa.

También á los liberales costó muy cara aquella jornada, pues según supimos después perdieron más de doscientos hombres entre los que se contaban trece jefes y oficiales.

Para desvanecer en parte el doloroso y nefasto efecto causado por aquella jornada sangrienta, se publicó la falsa noticia de que había llegado á Querétaro un sargento llamado Guadalupe Victoria, trayendo comunicaciones oficiales de Márquez, y en las que anunciaba que ya se dirigía á la plaza sitiada con tantos y tantos cuerpos, mencionándose hasta los nombres de éstos y los de los jefes que los mandaban.

Se echaron á vuelo las campanas y se tocaron dianas en los cuarteles; pero puedo asegurar que eran ya muy pocos los que en Querétaro creían en la veracidad de tales noticias.

El cinco de mayo, aniversario de la derrota de los franceses en Puebla, pasó todo el día sin incidente alguno, pero por la noche, vimos repentinamente incendiarse todo el campo enemigo por la línea del Norte, con un fuego nutrido de fusilería; tronó varias veces el cañón republicano y millares de cohetes de luces multicolores llenaron el espacio.

Suponíamos que el enemigo intentaba un ataque general, y nos preparábamos para rechazarlo; pero después de tres horas de aquel bombardeo inútil, la más completa obscuridad y el silencio más absoluto envolvieron el campamento de los republicanos.

Una mañana, se presentó al Emperador un joven llamado Pedro Sauto, que pertenecía á una familia acomodada de Querétaro, familia muy adicta á la causa imperial.

Sauto se ofreció á llevar á México órdenes verbales para Márquez. Maximiliano aceptó con gusto y dió á Sauto las órdenes que éste había de transmitir al Lugarteniente del Imperio. El arrojado correo no llevaba escrito más que un diminuto papel de seda en el que se le daba á conocer á Márquez como enviado de Su Majestad.

Pasó Sauto el foso del puente, y agitando un pañuelo blanco en la mano, se dirigió á las líneas enemigas, donde fué conducido al cuartel general inmediatamente.

Al día siguiente apareció como todos los enviados anteriores, colgado de un alto palo y con el letrero de costumbre.

CORREO DEL EMPERADOR

Después supimos, por varios prisioneros republicanos, que en el cuartel general había manifestado que cansado de las vejaciones que sufrían los paisanos dentro de la ciudad, y de las escaseces que cada día aumentaban, había resuelto salir de la plaza y ofrecer sus servicios á los sitiadores.

Al efecto se le incorporó á un cuerpo, y despojándole de sus ropas se le dió un uniforme; pero al ser despo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jado de su traje de paisano, el oficial republicano que le daba el uniforme sintió en la cinta de seda, que rodeaba su sombrero fieltro, crujir el pequeño pliego enrollado.

Se dió parte desde luego al general en jefe, quien dió orden inmediatamente que Sauto fuera fusilado y colgado frente á la trinchera de los imperiales; más aún, que fuera izado en un alto palo, para que no dejaran de ver los partidarios de Maximiliano el fin que se les esperaba.

Otro día que el Emperador almorzaba solo con su médico, hacíamos otro tanto, los oficiales de órdenes y yo, en uno de los corredores; como ni al Emperador ni á los que lo rodeábamos nos faltaba pan, porque unas monjas que se habían reservado buenas cantidades de harina, lo fabricaban en el convento y enviaban suficiente para el soberano y para su casa, yo distribuía el que nos quedaba entre algunos oficiales amigos.

Entre éstos se contaba el coronel Loaeza, quien llegó al corredor donde almorzábamos pescados en conserva y pan, pues no nos atrevíamos á comer carne de caballo ni de mula.

Se acercó Loaeza á nuestra mesa y le ofrecimos un poco de pan con pescado y un vaso de vino. Loaeza, que era un oficial muy jovial, llamó á aquello el festín de Baltasar, y como el tiroteo y los cañonazos no cesaran, ni por un momento desde que había comenzado nuestro festín, manifestó que iba á asomarse por la azotea, para ver qué era lo que motivaba música tan estruendosa.

Loaeza, por su alegre carácter, contaba con numerosos amigos entre todos los que formábamos la casa imperial y entre los oficiales; por su estatura y por estar siempre de bota fuerte y de gran uniforme, le llamábamos Napoleón el pequeño.

No hizo el bravo coronel Loaeza más que llegar á la azotea para ver qué era lo que motivaba aquel fuego tan nutrido, cuando escuchamos un grito lamentable, y pocos momentos después dos soldados lo conducían en brazos. Entonces nos dijeron los soldados que en los momentos en que Loaeza llegaba á la azotea, había venido á reventar á sus pies una granada haciéndole pedazos las dos piernas.

Á los gritos de Loaeza, acudió el Emperador al lugar donde nos encontrábamos, y allí mismo el doctor Basch amputó al coronel las dos piernas; colocado en una camilla, fué conducido á su casa, que se encontraba en el centro de la ciudad y donde vivía con su joven esposa y un hijo suyo de muy corta edad.

Á la mañana siguiente fuí á verlo de parte de Maximiliano; lo encontré muy alentado y tan jovial como siempre, me dijo que esperaba que el soberano no lo abandonaría y que ya que no podía volverse á poner sus botas fuertes, inventaría un carrito para poder servir de algo en el ejército.

Yo le expresé la pena que ese accidente le había causado al Emperador y el interés que había manifestado por saber cómo se encontraba su bravo coronel, y agregué que podía tener la seguridad de que si salía-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos bien de Querétaro, volvería siempre á tener su sueldo de coronel, como si estuviera en servicio activo, que por lo pronto Maximiliano le mandaba algunas onzas de oro para atender á su curación.

Loaeza, profundamente conmovido, me recomendó manifestara su gratitud al soberano y le expresara que si moría, moriría gustoso por haber dado su vida por un hombre tan noble y tan generoso.

Ofrecí volver al día siguiente, y cuando lo hice salió á recibirme la Sra de Loaeza, quien sollozando, casi á gritos, me dijo que su esposo acababa de morir.

Entre los oficiales prisioneros que se encontraban en La Cruz, había muchos jóvenes de buenas familias de México, que entusiastas partidarios de la República, habían ingresado á las filas liberales. Muchos de ellos habían caído mortalmente heridos en el campo de batalla, como Florentino Mercado, Peña y Ramírez y otros. Algunos habían sido llevados heridos á nuestros hospitales; entre éstos se encontraban Alberto Méndez y Francisco Castañeda y Nájera. Maximiliano casi diariamente pasaba por las celdas que ocupaban los prisioneros y procuraba que nada les faltase. Visitaba también los hospitales, y hacía que se tratara de igual manera á los heridos liberales que á los imperialistas. Al manifestarle yo, á qué familia pertenecía Castañeda y Nájera, ordenó desde luego que lo atendiera el doctor Basch y que se le dieran los mejores alimentos. Castañeda y Nájera había sido recogido del campo de batalla, frente al Cimatario, con ocho lanzazos en el cuerpo.

Gracias á su edad, á su vigorosa naturaleza y á los cuidados que con él se tuvieron, Castañeda pudo escapar de la muerte.

Los demás oficiales, temorosos de ser fusilados, me preguntaban diariamente qué pensaba el Emperador hacer con ellos; yo les aseguraba, porque lo sabía bien, que ninguno de ellos sería fusilado, á pesar de que nuestros correos eran ahorcados siempre que se les cogía.

Había entre aquellos prisioneros algunos de alta graduación, como tenientes coroneles, comandantes y capitanes.

Castañeda era coronel y ayudante de campo del general Escobedo.

Pasáronse algunos días después del cinco de mayo, sin que hubiera acontecimiento niguno digno de mención; los liberales seguían enviando sus granadas sobre la ciudad, averiando con ellas los edificios y matando pacíficos ciudadanos.

Entre las tropas imperiales, cada día aumentaba la desconfianza y el desaliento, nadie creía ya en los auxilios de Márquez; faltaba dinero, faltaban víveres, los desertores aumentaban de día en día, y el mismo regimiento de la Emperatriz, que era uno de los más leales, contaba todos los días con algún desertor que iba á engrosar las filas enemigas.

En medio de aquel cuadro desolador, solo Maximiliano conservaba su serenidad y sus esperanzas. Esperanzas que no podían tener ya fundamento alguno;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero el soberano veia llegar su destino, sin inmutarse en lo mas mínimo.

Se decidió romper el sitio; todos los consejos de guerra, todos los planes, todos los informes de esos días no tuvieron otro objeto.

Se construyeron puentes de madera, para arrojarlos sobre las paralelas enemigas y atacar por distintos puntos.

El general Mejía llamó á las armas al pueblo de Querétaro que lo adoraba, y á pesar de eso, sólo pudo conseguir doscientos hombres. Las intencions de Mejía eran asegurar la retirada en caso de un desastre y guarnecer previamente la plaza.

El 14 de mayo, los generales dirigieron al Emperador una proclama en la que se hacian tremendos cargos á Márquez; en esa proclama se proponía atacar desde luego al enemigo en todos los puntos de su línea, y en el caso de ser rechazados los imperiales evacuar la plaza inmediatamente, inutilizando la artillería y trenes y rompiendo el sitio á toda costa.

Pero otro cuestión muy importante se presentaba, ¿qué camino tomar y adónde dirigirnos al salir de la plaza sitiada?

Dirigirnos á la capital era imposible, con tropas tan insuficientes y tan desmoralizadas como las que nos quedaban. Indudablemente que al primer encuentro con los republicanos, éstos nos habrían hecho pedazos.

Nuestra única esperanza era la sierra, cuya entrada estaba á pocas leguas de Querétaro y que pertenecía toda en cuerpo y alma al general Mejía.

Allí, con los valientes indios adictos á Mejía y al abrigo de cualquiera traición, Maximiliano y los fieles que le quedaban podrían esperar los acontecimientos.

Quedó por fin decidido que á toda costa saldríamos rompiendo el sitio.

La escolta imperial debería formarla el príncipe de Salm Salm, con las fuerzas del coronel Campos y los húsares austriacos, un batallón de los cazadores de México, el 4° de caballería y un escuadrón del regimiento de la Emperatriz, con el coronel López á la cabeza.

Además de las personas que componíamos la casa imperial, debían acompañarnos el conde Pachta, el barón Malbourg, y el valiente capitán Pittner.

Durante la noche del trece al catorce de mayo, á eso de las once de la noche, en consejo de guerra, quedó decidido que la salida había de efectuarse á las tres de la madrugada del día quince.

Todos los preparativos estaban listos y todos estábamos dispuestos para la partida; Maximiliano tenía la certeza, no solo la esperanza, de que el día citado estaría fuera de Querétaro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
®

CAPITULO VII

La noche del catorce de mayo. — Entrega López el cuartel general de La Cruz. — Sorpresa del Emperador. — Se dirige al cerro de las Campanas. — Llega el general Mejía. — Miramón es herido y cae prisionero. — Se envían parlamentarios á la ciudad. — El Emperador prisionero es conducido á La Cruz. — Desgracia acaecida á los prisioneros. — El saqueo de La Cruz. — Enfermedad de Su Majestad.

El silencio más absoluto y la más completa obscuridad reinaban durante la noche del catorce al quince de mayo, tanto en la ciudad de Querétaro, como en el campamento enemigo.

Ni un tiro, ni un grito de alarma, ni un cañonazo se escuchó en toda la noche.

Durante el día me habían sido entregados cinco mil pesos, producto de las últimas contribuciones de guerra pagadas por los infelices queretanos. Esta suma se encontraba casi totalmente en monedas pequeñas y varias veces pregunté al Emperador, qué había de hacerse con ella. Ya al caer la tarde, me dijo que

llamara al teniente coronel Diaz de la Guardia municipal de caballería, para que distribuyera aquel dinero á la tropa.

Como se había decidido que en la madrugada del quince habíamos de salir de la plaza sitiada, nuestros caballos estaban ya dispuestos para el objeto.

Maximiliano me había dado orden de que reuniera el oro que hubiera disponible, para distribuirlo entre él, El Dr Basch, el príncipe de Salm-Salm, el oficial de órdenes Pradillo y yo.

Á los criados me ordenó que les diera algunas monedas de plata.

Distribuí pues el oro que quedaba, en la forma siguiente :

Veinte onzas al Emperador, veinte á cada una de las personas de su casa, y á los criados Grill, Tudos y Severo, unos ciento cincuenta pesos á cada uno.

Las monedas de oro las colocamos en esos cinturones de cuero, llamados víboras, que se prestan tan fácilmente á llevar grandes cantidades de dinero, enderredor de la cintura.

Maximiliano había dispuesto de esa manera la distribución del dinero entre las personas de su casa, para que en el caso de que llegáramos juntos á algún punto de la sierra, volver á reunir los fondos para los gastos generales. Si por el contrario, en la precipitación de la fuga, cada uno tomaba por distinto rumbo, llevar consigo algún dinero para cualquiera eventualidad.

Serían como las diez y media de la noche, cuando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habiendo acabado mi distribución, entró á mi cuarto el coronel López, y me dijo que el Emperador lo mandaba para recibir también algún dinero. Le dije que como no había llegado á tiempo, ya no quedaba nada por distribuir; que lo único que tenía eran cien pesos de plata.

Lleno de ira y con palabras muy violentas, me preguntó por qué no le había reservado una parte de oro; á lo que contesté que no estaba en la lista de las personas que me había dado el Emperador, y que por lo tanto ni los cien pesos le daría; pero viendo que no le quedaba más remedio, aceptó los cien pesos y salió de mi habitación.

Á esa misma hora, se efectuaba un consejo de guerra en las habitaciones de Maximiliano. Sin saber de lo que ahí se trató, solo supe que se había aplazado la salida para la noche siguiente, pues así me lo hizo saber el Emperador, manifestando que podía retirarme á dormir.

Por la tarde de ese mismo día catorce, visité á mi amigo el coronel Castañeda y Nájera. Sin contarle nuestro proyecto de fuga de Querétaro, le comuniqué mis temores y mis dudas, respecto al fatal desenlace, que de un momento á otro podía tener aquella aventura, y le manifesté también que tenía dinero mío depositado en la casa de don Carlos Rubio.

Eran mis sueldos de cuatro meses y mis gratificaciones de viaje; le supliqué que recogiera ese dinero, y que como era natural que él iría á México terminado el sitio, lo entregara á mi madre. Le confié los documentos para que pudiera recogerlo, y nos despedimos abrazándonos estrechamente sin saber si decirnos *hasta luego* ó un *adiós* eterno.

Eran las cuatro en punto de la mañana del día 15 cuando escuché pasos precipitados por los corredores, y se abrió mi puerta estrepitosamente, dando paso á un desconocido.

— Corra Ud á despertar al Emperador, me dijo éste, el enemigo ocupa La Cruz; el convento está cercado por los liberales.

Salté de la cama á medio vestir, encendí luz y entonces reconocí en el hombre que me hablaba el segundo de López, al teniente coronel Yablonski.

Corrí inmediatamente al cuarto de Maximiliano, y al pasar por el corredor pude ver el uniforme de los soldados de supremos poderes, uniforme gris y shacó muy alto. Casi todos estos soldados eran de elevada estatura, y ya había centinelas de ellos en todas las puertas de las celdas.

No me cabía la menor duda, estábamos en poder de los liberales.

El Emperador dormía tranquilamente; dije á Severo que lo despertase; pero el soberano, dudando aún que fuera cierto lo que yo le decía, comenzó á vestirse con mucha lentitud.

Entonces entró Yablonski á suplicarle se diera prisa y entre tanto yo corrí á las habitaciones del general Castillo y á las de su ayudante el coronel Guzmán, mientras Severo volaba á despertar al príncipe de Salm-Salm y al oficial de órdenes Pradillo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yablonski, al salir del cuarto del Emperador, había corrido también á avisar al príncipe de Salm-Salm, y de paso entró al cuarto de Basch. Este, según nos refirió despues, salió de su habitación y mandó ensillar inmediatamente su caballo, corriendo en busca de Salm-Salm, á quien encontró ya vestido.

— ¿ Qué pasa? le preguntó.

— Despáchese Ud. contestó el príncipe, estamos en poder del enemigo. Diga Ud á Füstenberter, capitán del Estado mayor austriaco, que haga ensillar en el acto los caballos de los húsares.

Al dar el doctor esta orden, se encontró con Severo, que venía á llamarlo de parte de Maximiliano, quien ya estaba listo, pero que con mucha calma le dijo :

— No será nada, el enemigo ha de haber penetrado á los jardines. Tome Ud sus pistolas y sígame.

Bajó Basch en busca de sus armas, que estaban en la silla de montar, y allí fué hecho prisionero.

En cuanto á los demás oficiales y criados de la casa, el príncipe de Salm-Salm, el general Castillo y yo, rodeamos al Emperador y con él bajamos las escaleras llenas ya de soldados liberales, que en aquellos momentos de confusión no nos reconocieron.

Al llegar á la puerta que daba á la calle, el centinela gritó *atrás*; entonces un oficial, que apoyado en el pretil del pasadizo que conducía á la puerta nos miraba pasar, dijo al centinela :

— Déjalos pasar, son paisanos.

En medio de la obscuridad que reinaba, pues aun no amanecía, y á la incierta luz de un farol, colgado en la puerta del convento, pudimos ver al oficial; vestía blusa de lienzo, era blanco y tenía largos bigotes rubios, después supimos que era el coronel Rincón Gallardo.

Bien ciertos estuvimos que Rincón Gallardo, no solo reconoció al Emperador, sino que vió los uniformes de los oficiales que lo acompañaban y las espadas que salían de debajo de los abrigos.

¿Quiso Rincón Gallardo salvar al Emperador? Así lo creimos todos ó, por lo menos, no quiso que sobre él cayera la tremenda responsabilidad de haberlo hecho prisionero.

Atravesamos la plaza de La Cruz en la más absoluta obscuridad, nuestros caballos nos esperaban en un mesón de la plaza. Pradillo corrió á ensillar el suyo y el del Emperador, alcanzándonos en la calle siguiente.

— Señor, dijo Pradillo, aquí está el caballo para Vuestra Majestad.

Pero Maximiliano contestó :

— Ni el general Castillo ni los demás tienen caballos, sigamos á pie.

Y á pie seguimos, incorporándose á nuestra comitiva los oficiales y soldados imperialistas que encontrábamos á nuestro paso y que ignoraban de lo que se trataba.

Antes de llegar á la plaza, oimos el galopar de un caballo y nos detuvimos á ver lo que acontecía. Era López, que al galope se unió á nosotros y dijo á Maximiliano :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Señor, todo está perdido; el enemigo está en La Cruz y bien pronto ocupará la ciudad; pero tengo un lugar perfectamente seguro para esconder á Vuestra Majestad.

— ¿Esconderme? replicó Maximiliano, con voz alterada por el enojo, jamás. Sigamos hasta el Cerro de las Campanas y allí tal vez encontraremos todavía tropas nuestras.

Y seguimos hacia el cerro, llamándonos la atención extraordinariamente que López montara de nuevo á caballo y en vez de seguir con nosotros, volviera rumbo á La Cruz. ¿Por qué no siguió con nosotros? Más tarde lo supimos.

Uno de los oficiales que se nos había incorporado, el comandante Juan Ramírez, se ofreció á adelantarse á nosotros, correr á caballo hacia el cerro, y avisar al coronel Gayón, que mandaba el punto, que el enemigo estaba en La Cruz y que Su Majestad con algunos oficiales fieles se dirigía al mismo cerro, precediéndolo dicho comandante solo unos pasos.

Comenzaba á amanecer cuando el grupo de fugitivos, salió de la ciudad y atravesando la llanura que conduce al Cerro de las Campanas, siguió rumbo á la pequeña colina.

Ya cerca del cerro nos habían alcanzado algunos criados y asistentes con nuestros caballos; pero seguimos á pie lo mismo que el Soberano.

Al ver los republicanos aquel grupo de oficiales comenzaron á hacer fuego sobre él, viniendo las granadas á reventar muy cerca de nosotros.

Unos cuantos oficiales, cien infantes y cuatro cañones componían la guarnición del cerro.

Poco después de nuestra llegada vimos salir de la ciudad, y venir hacia nosotros, una parte del regimiento de la Emperatriz, con el teniente coronel Pedro A. González á su cabeza.

Enseguida llegó el conde Pachta con un piquete de caballería, y por último el general Mejía y algunos de sus ayudantes.

Uno de los oficiales que después llegaron nos dijo que Miramón había sido herido al salir de su casa.

Los republicanos seguían haciendo fuego muy nutrido sobre nosotros, las piedras de la trinchera volaban á pocos pasos, y las granadas reventaban á unos cuantos metros de aquellos trescientos leales, que constituían el último resto del ejército imperial.

Entretanto desde las alturas del cerro veíamos acercarse á nosotros los millares de soldados del ejército sitiador.

De cuando en cuando, el eco nos traía el rumor de la gritería de la soldadesca que llenaba las calles de Querétaro y el alegre repique de las campanas lanzadas á vuelo.

Maximiliano me dió su cartera con sus papeles más reservados, y me ordenó los quemara, junto con mis apuntes, orden que inmediatamente ejecutamos en la tienda del coronel Gayón, donde encontramos una bujía puesta sobre una maleta cerca de la cama, cuya bujía encendimos el capitán Furtenberter y yo, quemando todos los documentos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entretanto Su Majestad dice á los generales Mejía y Castillo:

— Montemos á caballo y tratemos de abrirnos paso entre esa cadena de hombres, que sigue estrechándose enderredor nuestro. Si no conseguimos salir, á lo menos allí encontraremos la muerte.

Los generales se oponen.

— No hay más remedio que rendirse, contestan.

Entonces, Pradillo y otro oficial, designados como parlamentarios, bajan como tales, dirigiéndose á la ciudad, y á la vez una bandera blanca improvisada con la lanza de un soldado y una sábana tomada en la tienda de campaña de Gayón se enarbola en la colina.

Cesa el fuego de la artillería enemiga y mientras nuestros soldados saltan las trincheras, y se desbandan hacia el campo enemigo tirando sus fusiles, vemos dirigirse al cerro un grupo de oficiales liberales, llevando á la cabeza al general Corona, á quien se da Maximiliano por preso.

Los oficiales republicanos nos rodean y dicen al Emperador que monte á caballo, y con él á la cabeza, rodeados de liberales volvemos á la ciudad, pero al llegar á la falda del cerro, nos sale al encuentro el general Escobedo, á quien Maximiliano entrega su espada. Pide el Soberano ser conducido por los alrededores de la ciudad y no por las calles principales, y concediéndosele ese deseo es conducido á La Cruz, donde se le instala provisionalmente en su antigua habitación.

En el trayecto del cerro á la Cruz, montaba el Emperador su manso caballo el Anteburro; pero como al llegar los caballerizos y asistentes al cerro llevaban de la brida el Orispelo, al rodearnos los jefes que venían con Corona, y entre los que estaban Riva Palacio, Echagaray, Mirafuentes y otros, uno que tenía aspecto de guerrillero y que no llegué á saber cómo se llamaba, arrebató el Orispelo al caballerizo y se alejó con él; pero á poca distancia, se le acerca otro de tan mala catadura como el que llevaba el caballo de Maximiliano y le pide ese botín de guerra; el que lo llevaba se niega á entregarlo, y entonces el segundo liberal saca el revólver y sin decir una palabra le asesta un tiro, lo mata y se lleva el magnífico caballo que tantas veces había montado Su Majestad.

Esto pasaba á dos metros de nosotros y en presencia de todos los jefes que nos rodearon. Muchos otros sucesos semejantes se registraron en Querétaro durante ese día.

Al salir de La Cruz, el Emperador me dió sus magníficos anteojos de campaña, que traía al costado. La caja de cuero de Rusia que los guardaba tenía encima la cifra imperial en oro y pendía de una cinta de charol. Me ceñí al pecho aquella reliquia para mí tan preciosa, y cuando entramos á la ciudad, un oficial yanqui, de los muchos de esa nacionalidad que abundaban en las filas republicanas, me pidió los anteojos poniéndome la pistola al pecho. No hubo más remedio que entregárselos.

Al entrar á la plaza de La Cruz, se situó el general

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Echagaray con algunos jefes más á recibir á los prisioneros, que por todos lados llegaban á la plaza.

El general los hacía desmontar y entregar sus armas, que recibían los oficiales, depositándolas enseguida en el suelo; los soldados tomaban los caballos y los prisioneros eran conducidos á la iglesia.

Al llegar el Emperador se le condujo, como ya dije, á su habitación en el convento; á mí y á los demás que formábamos parte de su comitiva se nos llevó á la iglesia.

El general Mejía, Castillo y Salm fueron llevados á otra parte, y por orden de Escobedo los criados Severo, Grill y Tudos fueron puestos en libertad.

Eramos en la iglesia más de seiscientos prisioneros, sentados unos sobre los altares, otros en los confesonarios y en las bancas, y todos, pasada ya la primera impresión, se contaban mutuamente sus aventuras. Muchos de ellos fumaban, y uno de estos fumadores tiró distraidamente la colilla de su cigarro sobre una cartuchera llena de cartuchos, que se encontraba en el suelo.

Prodújose en el acto una explosión formidable y un pánico terrible se extendió entre todos lo que estábamos allí.

La guardia que se encontraba en la puerta del templo, al ver correr á los prisioneros hacia fuera, hizo fuego sobre ellos, matando á algunos infelices é hiriendo á otro mas.

Se grita en el acto que nadie quiere fugarse, que ha

sido un accidente y sólo así se evita una carnicería espantosa; pues el general que mandaba el punto ya había mandado apuntar una pieza de artillería con metralla para el interior del templo.

Escobedo visita á Maximiliano en su prisión y le pregunta si quiere que las personas que lo acompañaban, estén á su lado, y le dice que designe á quiénes desea tener cerca de él.

El Soberano designa entonces á Pradillo, á Ormaechea, al doctor Basch, al príncipe de Salm-Salm, al coronel Guzmán y á mí.

Se nos busca por todas partes, y al presentarnos al Emperador, éste nos recibe con su triste y amable sonrisa.

— Estoy contento, nos dice, de que todo haya pasado sin derramar sangre, más vale así.

La disentería que lo aquejaba se exacerba con tan violentas emociones, y se ve obligado á guardar cama, por algunos días.

Cuando volví á mi cuarto, que iba á servirme de prisión, había desaparecido la cama, los muebles, las cajas de conservas, y solo había por el suelo algunas botellas vacias y rotas.

Las cajas que contenían medallas y condecoraciones habían sido también destruídas, robadas las alhajas, y todo indicaba que allí se había efectuado una de esas escenas de saqueo y de pillaje tan frecuentes en la guerra.

El sitio de Querétaro había terminado, después de resistir durante setenta y dos días, valientemente, siete mil imperialistas á cuarenta mil sitiadores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII

Nuestra prisión en La Cruz. — Visitas al Emperador. — Decreto del general Escobedo. — Se nos traslada al convento de Teresitas. — Fusilamiento del general Méndez. — Prisión en el convento de Capuchinas. — La Princesa de Salm-Salm. — Proyectos del Emperador. — Se le incomunica. — Salen de Querétaro los oficiales prisioneros. — El Consejo de guerra. — Sentencia de Maximiliano.

En la tarde del día quince de Mayo, un gran número de oficiales republicanos, entre los que se contaban el general Vega, el coronel Smith y los hermanos Pedro y José Rincón Gallardo, guiados más que por otro sentimiento por la curiosidad, quisieron visitar al Emperador.

Después de su visita al Soberano prisionero, estos señores nos refirieron á los demás presos, como habían penetrado al convento de La Cruz, guiados por López, de quien hablaban en los términos más despreciativos.

— Se sirve uno de esas gentes, decían, cuando las necesita; pero después se les da un puntapié y se les echa á la puerta.

En la celda contigua á la de Maximiliano, se encontraban los generales, excepto algunos que se habían ocultado. El general Miramón, herido cuando salía de su casa para ir al cerro, se curaba en la casa del doctor Licea, que le servía de prisión.

Grande era la incertidumbre y la inquietud que reinaba entre todos los prisioneros, pues no era absolutamente posible prever lo que nos reservaba el vencedor; pero dada la magnitud del triunfo, que ni los mismos republicanos lo imaginaban, fácil era concebir que el perdón y la clemencia vendrían á aumentar esa victoria, debida en mucha parte á la traición de López, elemento con que no contaban los liberales. Con la toma de Querétaro, se había dado el golpe de muerte al Imperio.

Al anochecer, Mejía hizo una visita al Emperador y éste le dijo:

— Estoy dispuesto para todo, he concluido conmigo mismo.

Á lo que el valiente general le contestó:

— Yo también, señor, estoy dispuesto. Bien sabe Vuestra Majestad que nunca he tenido miedo á morir.

Como la enfermedad del Emperador aumentase notablemente, consiguió que durmieran en su cuarto, el doctor Basch, y los criados Grill y Severo.

El día dieciséis por la mañana, supimos que se había fijado en las esquinas un decreto por medio del cual se prevenía que los jefes y oficiales, de cualquier catego-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ría que fueran, que no se presentaran al cuartel general en el término de veinticuatro horas, serían pasados por las armas.

En virtud de ese decreto, vinieron á aumentar el número de prisioneros en La Cruz los generales Casanova, Escobar, Morett y Valdés, así como el ministro Aguirre.

Habiendo partido para México el general Vélez, á quien se había encomendado la prisión de La Cruz, quedó en su lugar el general Echagaray.

Como el Emperador continuaba enfermo, suplicó á Su Majestad el doctor Basch que consultara con el médico en jefe del ejército republicano, el doctor Rivadeneira, quien visitó al Emperador, acompañado de un oficial, opinando que era necesario cambiarlo de habitación, y así se le manifestó al general en jefe.

Efectivamente, el día diecisiete, Su Majestad fué transladado al convento de Teresitas, acompañándolo el general Echagaray, un ayudante y el doctor Basch. Rodeaba el carruaje que llevaba al prisionero, una escolta de caballería.

Al atravesar la plaza de La Cruz, y frente á la casa que habitaba López, salió de ésta un hombre que llevaba el kepí bordado del Emperador, que éste había dejado en su habitación en la madrugada del quince cuando precipitadamente salió vestido con su uniforme de general y portando sombrero jarano.

¿Qué había ido á hacer López á la habitación de Maximiliano?

También los demás prisioneros que acompañábamos al Emperador, somos conducidos al convento de Teresitas, á pie y rodeados de soldados. Al llegar al convento, nos forman en la calle antes de entrar, y entonces todos nos descubrimos respetuosamente.

El Emperador saluda y dice:

— Ningún otro monarca puede vanagloriarse de tener semejante corte.

Todas las calles por donde pasamos están solitarias, las ventanas cerradas herméticamente, y si encontramos en nuestro trayecto algún transeunte, se lee en su semblante un profundo sentimiento de tristeza y de compasión.

Las habitaciones que en este convento deben de servir de prisión al Soberano y á su comitiva son dos cuartos que tienen vista para un gran patio, donde hay algunos árboles; esto, y el encontrarse el convento, tan próximo á la Alameda, nos hace creer que la enfermedad del Emperador cederá un poco, pues el aire es mucho más puro que en La Cruz.

En una de las piezas, se instala á Maximiliano, al doctor Basch y á los dos camaristas, y en la otra al ministro Aguirre, al general Castillo, á su ayudante Guzmán, al príncipe de Salm, á Pradillo, á Ormaechea y á mí.

Procuramos instalarnos lo más cómodamente posible, proveyéndonos de esteras de fibra, llamadas cocos, para que nos sirvan de lechos, y el Soberano nos manda comprar zarapes, para guarecernos del frío por las noches.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al hacer prisionero los liberales al doctor Basch, éstos le despojaron del cinturón que llevaba con monedas de oro; pero á Maximiliano, á Pradillo y á mí, como no nos registraron, no supieron lo que teníamos en dinero y así lo manifesté al Emperador, quien me dijo tuviera prevenido aquel oro para lo que se pudiera ofrecer.

Don Carlos Rubio, rico comerciante de Querétaro y propietario de la fábrica de Hércules, se encargó de que no faltara nada al Emperador, y era él quien le enviaba los alimentos durante todo el tiempo que duró su prisión.

En cuanto á los demás compañeros de cautividad del Soberano, nos contentábamos con lo que Su Majestad nos participaba y con lo que algunas damas compadecidas nos mandaban, pues de no ser así habríamos muerto de inanición, porque ni un solo día se preocuparon nuestros carceleros por saber si teníamos ó no que comer.

Como se nos permitían las visitas, diariamente recibíamos alguna, siendo muchas de ellas personas que ni siquiera habíamos conocido durante el sitio; pero que ahora nos demostraban mucho interés y que compadecidas de nuestro infortunio, decidieron hacerse cargo cada una de ellas de un prisionero.

Por mi parte, hoy después de treinta y ocho años, no he olvidado, ni olvidaré nunca, los grandes servicios que en aquellos días tan angustiosos me prestaron las familias Carmona y Trejo.

Por esos días se publicó impresa la lista de los prisioneros imperiales, figurando á la cabeza el Emperador Maximiliano; venían enseguida los generales y oficiales por su graduación, y después de ellos aparecíamos el ministro Aguirre, el doctor Basch y yo como subtenientes.

Pocos días después se publicó una nueva lista en la que el Emperador ya no figuraba como tal, sino únicamente como Fernando Maximiliano archiduque de Austria.

El día dieciocho de mayo, le fueron restituídas al Emperador dos maletas que habían desaparecido de su habitación en La Cruz, y que contenían algunos libros y ropa; entre los libros se encontraba la *Historia Universal* por Cesar Cantú, que por encargo de Su Majestad había yo comprado en Querétaro.

Á las ocho de la noche de ese día, fueron á llamar al príncipe de Salm para sacarlo de la prisión y conducirlo á otro lugar. Alarmado Pradillo, supone que lo sacan para fusilarle, y suavemente se dirige al cuarto del Emperador, donde sabe que también han preguntado por el doctor Basch; pero una hora después vuelve Salm entre nosotros diciéndonos que solo deseaba el enemigo conocer su nacionalidad.

El diecinueve de mayo, es descubierto el general Méndez, en una horadación perfectamente hecha.

Algunos días antes de la ocupación de Querétaro por las tropas liberales, Méndez se encontró con un sastre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cillo jorobado y raquítico, que lo conocía bien y que se puso á insultarlo, entonces Méndez con su látigo



General Ramón Méndez.

cruzó la faz del jorobado, y este juró vengar aquel agravio.

El día de la ocupación se puso el sastre en seguimiento de Méndez sin que éste lo notara, y pudo ver la casa donde se ocultó. Fué á denunciarlo, pero Méndez se había ocultado tan hábilmente, que fué necesario rodear de tropas toda la manzana, y cuando ya los oficiales encargados de aprehenderlo se retiraban desesperados y convencidos de que habían sido víctimas de un engaño por parte del jorobado delator, ó que éste se había equivocado, hundióse una parte del terreno que pisaban los oficiales aprehensores, y de allí salió el valiente general Méndez, cubierto de polvo y con un rifle en la diestra.

Conducido ante Escobedo, solo pidió que se le permitiera despedirse de Maximiliano antes de ser fusilado; Escobedo le concedió tal permiso, y cuando se encontró frente al Soberano, éste le dijo:

—Va Ud á la vanguardia, general, pronto seguiremos el mismo camino.

Algunas horas después, moría tan bravamente como había siempre peleado en vida.

Ese mismo día diecinueve de mayo, Escobedo, acompañado del general Díaz de León y del coronel Villanueva, hizo una visita á Maximiliano.

Durante esa visita, nuestra angustia fué inmensa, pues acabando de ser fusilado Méndez, nosotros supusimos que otro tanto iba á hacerse con el Soberano; en fin, después de una hora larga de inquietud, salen Escobedo y los jefes que lo acompañaban, y el Emperador nos manifestó que la visita se había reducido á una fórmula de cortesía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por la noche nos es absolutamente imposible dormir, pues la guarnición del convento se ha aumentado nota-



Princesa Inés de Salm-Salm.

blemente, en vista de que ha corrido el rumor de que el general imperialista Olvera marcha sobre Querétaro, decidido á salvar á Maximiliano.

Así pues los gritos incesantes de doscientos centinelas, apostados en la prisión, no nos permiten conciliar un momento de reposo.

Al día siguiente sabemos que ha llegado á Querétaro procedente de San Luis Potosí, la princesa de Salm-Salm. Era ésta una hermosa é inteligente joven, nacida en Nueva York de padres franceses; apellidábase Leclère y en los Estados-Unidos se había unido en matrimonio con el príncipe, á quien seguía en todas sus aventuras. Llena de ideas románticas y de muy nobles sentimientos, corría sin cesar de Querétaro á San Luis Potosí donde hablaba con Juárez, deseando á toda costa salvar al Emperador.

En Querétaro se propone hacerlo evadir y al efecto, lo que no puede obtener por medio de súplicas, lo quiere obtener á fuerza de oro.

El día de su llegada á Querétaro, tiene una larga entrevista con Maximiliano á quien da detalles sobre el estado de ánimo de la opinión pública en San Luis, le cuenta lo que allí se dice del sitio de México y de la traición de Márquez. En esos días un nuevo suceso nos causa tres horas de angustia y de ansiedad; una mañana se presenta en la prisión el coronel Palacios, ayudante de Escobedo, llevando la orden de conducir inmediatamente al Emperador ante el general en jefe.

Maximiliano, á pesar de la debilidad extrema en que se encuentra por tantos días de disentería, se pone en pie y se dirige al cuartel general, acompañado del príncipe y de la princesa, y de los coroneles Villanueva y Palacios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al saber que Su Majestad va á salir, todos los oficiales prisioneros acuden á las puertas de sus celdas para saludarle. Maximiliano contesta con su acostumbrada afabilidad á todos los saludos.

Después de tres horas de mortal inquietud, escuchamos el ruido de un carruaje que vuelve con el Soberano á la prisión.

Eran ya las ocho de la noche cuando regresó, y algunos de nosotros, los más pesimistas, creíamos que el pobre archiduque había corrido la suerte de Méndez.

Inmediatamente que lo vemos volver, vamos hacia él y nos refiere que Escobedo le ha parecido sumamente amable; por Salm, que desempeñó el papel de intérprete sabemos que el Emperador ha propuesto que dará la orden de que se rindan á los liberales las plazas de Veracruz y de México, para evitar más derramamiento de sangre, que se dejará conducir á Veracruz, donde se embarcará, prometiendo no volver nunca á mezclarse en los asuntos de México, pidiendo además la vida de todos los imperialistas.

Parece que el gobierno liberal está dispuesto á aceptar sus proposiciones. El coronel Villanueva, que por todas partes acompaña á la princesa, dice que dentro de muy pocos días llegarán órdenes precisas de San Luis, relativas á todos los prisioneros.

En la tarde del veintidós, se nos translada del convento de Teresitas al de Capuchinas, primero al Emperador y á Salm, después á los generales y por último á Pradillo, á Ormaechea, al doctor Basch y á mí.

La primera noche, se nos designa para habitación los cuartos bajos del convento que han sido antes destinados para cementerio de la comunidad.

Todas esas piezas son húmedas, obscuras y lóbregas; en las paredes se leen los nombres de las religiosas allí enterradas. También al Emperador, á pesar del estado tan delicado de su salud, se le hace dormir entre aquellos sepulcros.

A la mañana siguiente, se nos instala en las celdas del piso superior, que tienen todas vista hacia un gran patio sembrado de naranjos.

Allí pasamos algunos días de calma. Maximiliano se paseaba conmigo en el patio de los naranjos, dejando volar como siempre, su soñadora imaginación haciendo proyectos para el porvenir.

Se imaginaba que el gobierno liberal iba á dejarlo salir para Europa.

— Entonces, me decía, Ud se irá conmigo, iremos primero á Londres, allí permaneceremos un año, haremos traer el archivo de Miramar y allí escribiremos la historia de mi reinado. Después iremos á Nápoles, alquilaré una casita en una de las bellísimas poblaciones que rodean la ciudad, donde se disfruta á la vez del panorama hermosísimo del campo y del mar; y en mi yacht *Ondina*, acompañado de Ud, del doctor Basch, del viejo Bilimeck y de cuatro criados que será todo lo que forme mi comitiva, haremos pequeños viajes por las islas del Archipiélago griego, iremos á Atenas, recorreremos las costas de Turquía, y más tarde iré á pasar el

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

resto de mis días en medio del Adriático, en mi isla de Lacroma. Si Ud entonces quiere regresar á su país, donde el tiempo habrá calmado las pasiones políticas y apagado los odios de partido, le daré una cantidad para que pueda casarse y viva tranquilo al lado de su familia; si, por el contrario, quiere Ud permanecer en Europa, encontraré para Ud un buen puesto en una legación.

Así pues, como siempre, perdido en sus ensueños y en sus ideales, no sospechaba que la muerte lo amenzaba y estaba ya tan cerca de él.

Una tarde llegó á su celda un oficial y le dijo que lo siguiera, pues iba á comenzar su proceso y quedaba rigurosamente incomunicado.

Esa misma tarde, los generales y oficiales fueron conducidos al Casino, y los demás prisioneros, entre ellos yo, al convento de Teresitas nuevamente.

Desde ese día que fué el trece de junio, hasta el diecíséis del mismo mes, no volví á ver á Maximiliano; pero desde nuestra prisión de Teresitas, seguíamos las peripecias de su proceso. Una mañana se me presentó Grill y me dijo de orden del Emperador que le entragara todo el oro que tuviéramos.

Al principio, creí que era porque desconfiaba de nosotros, pero después supe que todo ese oro se había entregado á la princesa de Salm, que no cesaba un instante en su labor de querer hacer evadir al prisionero.

Así supimos que se habían ofrecido fuertes sumas á

dos coroneles, para que una vez consumada la evasión pudieran ellos á su vez dirigirse á Europa; pero como el ministro de Prusia, barón de Magnus, no quiso comprometerse firmando las letras, nada se obtuvo. Además Maximiliano decía que si no podían salvarse Miramón y Mejía, él tampoco se fugaría.

El día cinco de junio, habían llegado á Querétaro el barón de Magnus ministro de Prusia, su secretario Shaller, el encargado de negocios de Bélgica M. Hoorrick, y los abogados nombrados por el Emperador para defenderlo y que eran los Sres Don Mariano Riva Palacio y Don Rafael Martínez de la Torre.

La evasión debía efectuarse el día tres, y se aplazó para el cinco, habiendo fracasado por completo ese día, porque la guardia que hacía tres días era la misma y que parecía estaba ya comprada casi en su totalidad, fué relevada de una manera imprevista, y los dos oficiales que estaban completamente de acuerdo con los planes de la princesa fueron reemplazados por otros extraños.

No cabía duda que el proyecto había sido descubierto. La guardia del convento de Capuchinas se había duplicado, y en la calle misma se había apostado un batallón entero.

Ocho oficiales, entre ellos los coroneles Villanueva y Palacios, montan la guardia, y cuando ya duerme el Emperador, entran á su cuarto llevando una vela encendida, para ver si no se ha fugado.

El día siete, se ordena á todos los extranjeros que han

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

venido á Querétaro, que abandonen inmediatamente la ciudad.

El día ocho, son puestos en libertad todos los subalternos; los demás presos, de capitanes hasta coroneles, serán internados en diversas prisiones del país y permanecerán en ellas de tres á seis años, según la responsabilidad que les resulte.

El día diez, salen de Querétaro los oficiales prisioneros, quedando solamente los generales.

Dos días después, á las ocho de la mañana, el Emperador quedó solo en su celda.

Los generales Miramón y Mejía han sido llevados ante el tribunal, acompañados de cuatro abogados.

A las once del día trece de junio de 1867, comenzó el fiscal Don Manuel Aspiroz (1) (actual embajador de México en los Estados Unidos) la lectura de los capítulos de acusación, anticipándola con el certificado de los médicos, que aseguraban que el prisionero no podía salir de su celda.

Entretanto Maximiliano habíase quedado enteramente solo, esperando lo que le deparaba el destino; y en el convento de Capuchinas no se escuchó, durante todo el día, más rumor que el de los pasos de los centinelas que guardaban al augusto prisionero.

Por la tarde del día trece, el fiscal Aspiroz se presentó en el convento á notificar á Maximiliano que estaba sentenciado á muerte.

(1) Muerto en Washington el 25 de marzo de 1905 (estando este libro en vísperas de publicarse).

CAPÍTULO IX

Fíjase el dieciséis de junio para á la ejecución. — Entrevista con el Emperador. — Su despedida. — Se aplaza la ejecución para el día diecinueve. — Esperanzas de indulto. — La ejecución. — El gobierno se niega á entregar el cadáver. Por fin se entrega al almirante Tegetthoff. — Es conducido á Veracruz. — Sale la Novara rumbo á Europa.

El día 16 de junio de 1867, me encontraba yo en la prisión de Teresitas con los generales prisioneros, que habían sido llevados allí después de pasar dos ó tres días en el Casino, quedando tan solo en Capuchinas el Emperador y los generales Miramón y Mejía.

La sentencia debía ejecutarse á las tres de la tarde, y á las doce en punto vino un oficial á mi cuarto y me dijo le siguiera por orden del general Escobedo.

En la puerta del convento, me esperaba una escolta de ocho hombres, éstos me rodearon, y por el centro de la calle me condujeron al convento de Capuchinas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

venido á Querétaro, que abandonen inmediatamente la ciudad.

El día ocho, son puestos en libertad todos los subalternos; los demás presos, de capitanes hasta coroneles, serán internados en diversas prisiones del pais y permanecerán en ellas de tres á seis años, según la responsabilidad que les resulte.

El día diez, salen de Querétaro los oficiales prisioneros, quedando solamente los generales.

Dos días después, á las ocho de la mañana, el Emperador quedó solo en su celda.

Los generales Miramón y Mejía han sido llevados ante el tribunal, acompañados de cuatro abogados.

A las once del día trece de junio de 1867, comenzó el fiscal Don Manuel Aspiroz (1) (actual embajador de México en los Estados Unidos) la lectura de los capítulos de acusación, anticipándola con el certificado de los médicos, que aseguraban que el prisionero no podía salir de su celda.

Entretanto Maximiliano habíase quedado enteramente solo, esperando lo que le deparaba el destino; y en el convento de Capuchinas no se escuchó, durante todo el día, más rumor que el de los pasos de los centinelas que guardaban al augusto prisionero.

Por la tarde del día trece, el fiscal Aspiroz se presentó en el convento á notificar á Maximiliano que estaba sentenciado á muerte.

(1) Muerto en Washington el 25 de marzo de 1905 (estando este libro en vísperas de publicarse).

CAPÍTULO IX

Fíjase el dieciséis de junio para á la ejecución. — Entrevista con el Emperador. — Su despedida. — Se aplaza la ejecución para el día diecinueve. — Esperanzas de indulto. — La ejecución. — El gobierno se niega á entregar el cadáver. Por fin se entrega al almirante Tegetthoff. — Es conducido á Veracruz. — Sale la Novara rumbo á Europa.

El día 16 de junio de 1867, me encontraba yo en la prisión de Teresitas con los generales prisioneros, que habían sido llevados allí después de pasar dos ó tres días en el Casino, quedando tan solo en Capuchinas el Emperador y los generales Miramón y Mejía.

La sentencia debía ejecutarse á las tres de la tarde, y á las doce en punto vino un oficial á mi cuarto y me dijo le siguiera por orden del general Escobedo.

En la puerta del convento, me esperaba una escolta de ocho hombres, éstos me rodearon, y por el centro de la calle me condujeron al convento de Capuchinas.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

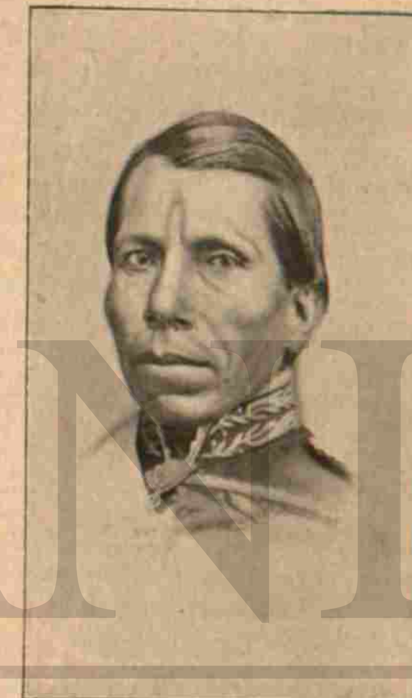
À mi paso por las calles principales, algunas damas conocidas salían á los balcones y me saludaban.



General Miramón.

Entré al convento de Capuchinas y el oficial me condujo á la celda que ocupaba Maximiliano; éste me recibió en sus brazos y yo al verlo no pude contener

mi emoción y sin decir una palabra sentí que el llanto nublaba mis ojos.



General Tomás Mejía.

El Emperador vestía de negro y arreglaba su barba cuando yo entré. En sus ojos ví la misma serena y dulce mirada que en los días de esplendor, pero impregnada de tristeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su Majestad había solicitado de Escobedo que yo fuera conducido á su presencia, para que le escribiera sus últimas cartas; cartas de despedida á la princesa de Iturbide y á cuatro de los ministros, que al hundir á su Soberano, habían huido cobardemente y miraban tranquilos desde el extranjero el resultado de su detestable política.

La última carta que escribí, estaba dirigida á Don Carlos Rubio, pidiendo el Emperador le facilitara el dinero necesario para que su cadáver fuera embalsamado y conducido á Europa; dinero que sería reembolsado por la casa de Austria.

Esta carta, cuya minuta escribí primero, y fué rubricada por Su Majestad, decía así:

Sr Don Carlos Rubio,

Lleno de confianza me dirijo á Ud estando completamente desprovisto de dinero, para obtener la suma necesaria para la ejecución de mi última voluntad. Esta suma será devuelta á Ud por mis parientes en Europa, á los que instituyo mis herederos.

Deseo que mi cadáver sea llevado á Europa cerca de la Emperatriz, confío este cuidado á mi médico el doctor Basch. Ud le entregará el dinero que necesite para el embalsamamiento y transporte, así como para el regreso de mis servidores á Europa. La liquidación de este préstamo, se hará por mis parientes, por la intervención de las casas europeas que Ud designe, ó por pagarés enviados á México. El doctor antes citado hará con Ud estos arreglos.

Doy á Ud las gracias más anticipadas por este favor que le deberé; envío á Ud mis saludos de despedida y deseándole felicidades quedo suyo,

Maximiliano.

Querétaro, 16 de junio de 1867.

Terminada esta minuta, tomé papel de cartas y la copié poniéndola á la firma de S. M., dejando abierta la carta para que la tomara el doctor Basch.

El Emperador firmó la carta y rubricó la minuta que guardé en mi bolsillo.

Al concluir de escribirla, me levanté y me dirigí adonde se encontraba el Soberano.

La celda era muy estrecha, la famosa cama de latón, una mesa, un lavabo, y dos ó tres sillas componían todo el mobiliario de la última morada imperial.

En la puerta de la celda y obstruyendo el paso con las piernas estiradas, se encontraba un oficialillo jacobino haciendo alarde de insolencia y de grosería para con el sentenciado á muerte.

Cada vez que el Emperador tenía que pasar frente á la puerta, se veía obligado á desviarse de su camino un poco, para no tropezar con las largas zancas del majadero oficial, que suponía muy patriótico sin duda, no guardar consideraciones á un sentenciado á muerte.

En la misma pieza y muy cerca de nosotros, se encontraba Grill. El fiel criado lloraba en silencio y yo no podía contener mis sollozos.

—¿Porqué llorar? nos dijo el Emperador. Todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

somos mortales, hoy ha llegado mi turno. Además, ¿no piensan ustedes que en este momento supremo necesito de todo mi valor y ustedes con su llanto pueden quitármelo?

— He sabido, agregó, que la pobre Carlota ha muerto, así voy más tranquilo al sepulcro; ella era el único lazo que aun podía unirme á la tierra y ya se halla en el cielo.

Pocos minutos después me dijo Su Majestad:

— He llamado á usted, no tanto para escribir esas cartas, que hubiera podido dictar al doctor Basch, cuanto para despedirme de Ud y decirle que si puede salir de aquí con vida, se dirija á Viena y se presente á mi familia á la que ya lo he recomendado; además en mi codicilo, dejo á Ud un pequeño recuerdo.

En esos instantes, entraron á la celda el coronel Palacios, jefe del batallón de Nuevo León, que era el que custodiaba al Emperador y el teniente coronel Margain. El Emperador les dió las gracias por las atenciones que habían tenido para con él, en cumplimiento de su deber militar; y entregó al último cinco onzas de oro, del cuño del Imperio, para los soldados que debían fusilarlo.

Palacios y Margain salieron y volví á quedar solo con Maximiliano por algunos instantes, después vino un ayudante de Escobedo á decir que me retirara.

Entonces el Emperador me dió una pequeña cartera que tenía en su bolsillo, y arrancando de ella unas hojas escritas, escribió la fecha con lápiz y yo la tomé de entre sus manos con la veneración que se reciben las cosas que los moribundos entregan como recuerdo á los seres queridos que han de sobrevivirles.

Después me estrechó fuertemente contra su pecho por dos veces, y sentí una lágrima que me mojaba la mano; yo no pudiendo ya contener mis sollozos, salí como un loco y atravesé los patios y los corredores del convento de Capuchinas, literalmente atestados de tropa, sin ver á nadie, sin fijarme en nada, sin más preocupación que el dolor infinito que me causaba aquella despedida.

Llegué á la celda que me servía de prisión y sobre las esteras donde dormía me arrojé llorando como un chiquillo.

Dos horas después un oficial, compadecido de mi pena, vino á decirme que la ejecución se había aplazado para el día diecinueve.

¿Cuál era el motivo de que se suspendiera la ejecución? Todo el mundo creyó, como era muy fácil presumir, que tantas súplicas, tantos ruegos, tantas solicitudes para conservar la vida del Soberano, no habían sido infructuosas y que el gobierno de la República habíase ablandado y concedido el indulto á los tres sentenciados á muerte.

Pero todas las esperanzas fueron vanas.

Los defensores habían creído que con dos días y medio dispondrían del tiempo suficiente para obtener el indulto, pues de otra manera jamás habrían decidido prolongar más tan tremendo suplicio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero Maximiliano, que ya no creía absolutamente en que había de escapar de la muerte, empleó esos dos días en arreglar sus asuntos del corazón. Sus amigos, sus recuerdos de familia, fué todo lo que le preocupó durante esos dos días.

Con serenidad y dulzura, escribió á todas las personas á quienes creía deber un afecto ó un servicio.

Y cuando terminó con sus deberes terrestres, pensó en los deberes de su alma, y se arrodilló frente á su confesor. Don Hilarión Frias y Soto, bien conocido por sus ideas republicanas, dice hablando de este acto:

« Aquel rey era más grande haciendo su tocado de muerte que sonriendo lleno de majestad en el Palacio de Caserta. »

Entre otras cartas, el Emperador escribió la siguiente al general Escobedo:

Querétaro, junio 18 de 1867.

Señor general,

Deseo, si posible, que mi cuerpo sea entregado al Sr barón de Magnus y al Sr doctor Basch, para que sea conducido á Europa, y el Sr Magnus se encargará de embalsamarlo, conducirlo y demás cosas necesarias.

Maximiliano.

« Aquello es horrible, dice el mismo Friasy Soto. Un

joven radiante de juventud, de valor y de inteligencia, disponiendo de su cadáver, que al día siguiente estará rigido, frío y sangrando por las heridas de cinco balas, sin lucha y sin combate. »

Esta carta estaba escrita toda de puño y letra de Maximiliano, sin que se notara una sola vacilación en su mano al escribirla.

Después de mi desgarradora despedida el día dieciséis á las doce y minutos, no volví á ver á Maximiliano. Durante los dos días que precedieron á su muerte, insté sin conseguirlo por que me llevaran á su presencia.

Todos los prisioneros continuábamos alentando una levísima esperanza; pero llegó el día diecinueve y á las siete de la mañana el batallón de Supremos Poderes, que hacía la guardia en el convento de Teresitas fué relevado por un piquete de caballeria, pues aquel iba á formar el cuadro al cerro de las Campanas.

Un silencio de muerte reinaba, no solo en el convento que nos servía de prisión, sino también en toda la ciudad.

Durante dos horas permanecimos mudos de pavor, sin hablarnos una sola palabra los que nos encontrábamos presos; por fin á eso de las nueve, escuchamos el redoble de los tambores y los alegres clarines del batallón de Supremos Poderes, que volvía á la prisión.

Todos los prisioneros corrimos al encuentro del primer oficial que se presentó á nuestro paso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¿ Qué ha sucedido? preguntamos ansiosos.

— ¡ Ya fueron fusilados, nos contestó, ¡ todo ha terminado !

. . . .

Los fieles criados Grill y Tudos, únicos de la comitiva imperial que no habían sido hechos prisioneros, fueron los únicos también de dicha comitiva, que presenciaron la ejecución, y algunos días después, nos refirieron los siguientes detalles.

Al amanecer del día diecinueve, un fúnebre silencio llenaba la celda del Emperador, solo se escuchaba el chisporrotear de las velas que ardían en un improvisado altar; cuando las bujías comenzaron á palidecer á los primeros rayos de la aurora, los criados lívidos y demacrados por tanto llorar, escucharon el redoble de los tambores republicanos que se acercaban.

Al ruido de los tambores, se unió el de los clarines de la caballería que en tropel llegaba á Capuchinas. Igualmente se mezclaba á estos rumores el de los carruajes en que habían de ser conducidos los prisioneros y el del acompasado paso de los infantes.

El Emperador vestía de negro y salió en el primer carruaje acompañado de un sacerdote, seguían el carruaje sus fieles criados Grill y Tudos; el doctor Basch no quiso acompañarlo, queriendo evitarse la dolorosa impresión de verlo morir.

Al pasar el carruaje por las calles de la ciudad en todas partes veíanse, tanto en puertas como en ventanas y balcones, damas y caballeros enlutados que con los

pañuelos empapados por el llanto, sofocaban sus sollozos.

Ya en la llanura que se encuentra entre la ciudad y el cerro de las Campanas, se encontraban formadas todas las tropas que habían de asistir á la ejecución, haciendo brillar al naciente sol de junio, el limpio acero de sus armas.

Un cielo azul y sin nube alguna cubría impasible aquel imponente espectáculo.

Bajó Maximiliano del carruaje que lo conducía, y al abarcar con sus claras y serenas miradas azules como el cielo aquel firmamento tan sereno y tan tranquilo, exclamó :

— ¡ En un día tan hermoso como éste quería morir !

Después, se enjugó el sudor de la frente, y entregando el pañuelo y el sombrero de fieltro blanco, al criado Tudos, le dijo en húngaro.

— Lleva esto á mi madre y dile que para ella fueron mis últimos pensamientos.

Tudos se retiró llorando, el sacerdote que acompañaba al Emperador se alejó también, y solo quedaron sobre la colina que iba á servirles de cadalso las tres figuras, Maximiliano en el centro, Miramón á su derecha y Mejía á la izquierda.

Y frente á ellos, un joven oficial y un pelotón de soldados.

El Emperador pronunció algunas palabras, haciendo votos por la felicidad de México, también Miramón habló,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y después de unos brevísimos instantes de silencio sepulcral se escuchó la voz de ! Fuego ¡ dada por el oficial, y rasgó el aire una espantosa detonación.

. . . .

Poco después el cadáver del Emperador fué llevado al convento de Capuchinas, donde los médicos encargados de embalsamarlo procedieron á ejecutar dicha labor.

Ya embalsamado, se colocó en el ataúd y éste se depositó en el entresuelo de la casa del Sr Muñoz Ledo, designada para Palacio del gobierno.

El mismo día que fué ejecutado Maximiliano, el ministro de Austria pidió al gobierno de México le fuese entregado el cadáver, pero el ministro de relaciones del Sr Juárez contestó que tenía graves motivos para no acceder á la solicitud del ministro austriaco.

Diez días después, el barón de Magnus, ministro de Prusia y el doctor Basch hicieron la misma petición, recibiendo también una contestación negativa.

El veinticinco de agosto, llegó á Veracruz el vice-almirante Teghettoff mandando la fragata *Novara*, y en los primeros días de septiembre se presentó al ministro de relaciones, diciéndole que como amigo de la familia reinante de Austria y siendo su misión puramente confidencial, venía á pedir le fuese entregado el cadáver.

El ministro contestó que no le sería entregado, sino

era por petición expresa del gobierno austriaco ó por lo menos de la familia del archiduque.

Así fué que en 26 de septiembre, el Sr Beust, ministro de la casa imperial, dirigió, una nota al ministro de México, pidiéndole obtuviera del presidente Juárez la entrega de los despojos mortales del archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo, al vice-almirante Teghettoff, y hasta entonces ordenó Juárez le fuesen devueltos al Austria los restos de aquel que, lleno de vida, vino llamado al país, por un puñado de mexicanos, creyendo salvarlo.

Á la cinco de la mañana del día doce de noviembre de 1867, es decir casi cinco meses después de haber sido ejecutado S. M., dos carruajes escoltados por una fuerza de trescientos hombres, se detuvieron en la puerta del hospital de San Andrés de México, y después de una corta espera, salió del hospital la fúnebre comitiva, llevando el ataúd que contenía el cadáver.

Ese mismo día, é inmediatamente después de salir del hospital, los mismos carruajes, escoltados siempre, siguieron rumbo á Veracruz, llevando al vice-almirante Teghettoff, á su hermano el conde de Teghettoff, á los ayudantes de campo del vice-almirante, de Gaal y Hennebig y al doctor Basch.

Tegetthoff había conseguido que se devolviera la libertad á todos los prisioneros austriacos y belgas, y todos los libertos se embarcaban también á bordo de la *Novara*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El veinticinco de noviembre, en Veracruz, el vicealmirante recibió oficialmente el cadáver de las autoridades y recogió las llaves del ataúd.

El 26 fué transportado el féretro al buque y colocado en la cámara de honor, que se improvisó en capilla ardiente.

Y la misma fragata *Novara*, que tres años y medio antes viniera empavesada á dejar en las playas veracruzanas á dos jóvenes soberanos, llenos de esperanzas y de ilusiones, se llevaba el cadáver de uno de ellos para depositarlo después de larga travesía por varios mares, en la cripta de Capuchinas de Viena, última morada de los miembros de la imperial casa de Hapsburgo.

CAPÍTULO X

De Querétaro á México. — De México á Veracruz. — Me embarco á bordo del *Panamá*. — Mi llegada á Viena. — Audiencia del Emperador Francisco José. — Mi visita al archiduque Carlos Luis y á la archiduquesa Sofía. — Llega á Viena el cadáver del Emperador. — Suntuosos funerales. — Un baile en Palacio. — Venta del yacht *Ondina*. — Un recuerdo de la Emperatriz. — Mi viaje á Bruselas. — Vuelta á la patria. — Conclusión.

El día primero de julio de 1867, fuí conducido entre soldados, y por las calles principales de Querétaro, de mi prisión de Teresitas á la casa del general Escobedo.

Casi todos los prisioneros habían sido ya enviados á los diversos puntos del país adonde habían de cumplir su condena; en la prisión de Teresitas, solo quedábamos el ministro Aguirre, un joven empleado de la intendencia, de nombre Manuel Castillo, y yo.

Me preguntó Escobedo qué grado tenía yo en el ejército, y le contesté que ninguno, pues solo acompañaba al Emperador con el carácter de secretario privado. Me

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El veinticinco de noviembre, en Veracruz, el vice-almirante recibió oficialmente el cadáver de las autoridades y recogió las llaves del ataúd.

El 26 fué transportado el féretro al buque y colocado en la cámara de honor, que se improvisó en capilla ardiente.

Y la misma fragata *Novara*, que tres años y medio antes viniera empavesada á dejar en las playas veracruzanas á dos jóvenes soberanos, llenos de esperanzas y de ilusiones, se llevaba el cadáver de uno de ellos para depositarlo después de larga travesía por varios mares, en la cripta de Capuchinas de Viena, última morada de los miembros de la imperial casa de Hapsburgo.

CAPÍTULO X

De Querétaro á México. — De México á Veracruz. — Me embarco á bordo del *Panamá*. — Mi llegada á Viena. — Audiencia del Emperador Francisco José. — Mi visita al archiduque Carlos Luis y á la archiduquesa Sofía. — Llega á Viena el cadáver del Emperador. — Suntuosos funerales. — Un baile en Palacio. — Venta del yacht *Ondina*. — Un recuerdo de la Emperatriz. — Mi viaje á Bruselas. — Vuelta á la patria. — Conclusión.

El día primero de julio de 1867, fuí conducido entre soldados, y por las calles principales de Querétaro, de mi prisión de Teresitas á la casa del general Escobedo.

Casi todos los prisioneros habían sido ya enviados á los diversos puntos del país adonde habían de cumplir su condena; en la prisión de Teresitas, solo quedábamos el ministro Aguirre, un joven empleado de la intendencia, de nombre Manuel Castillo, y yo.

Me preguntó Escobedo qué grado tenía yo en el ejército, y le contesté que ninguno, pues solo acompañaba al Emperador con el carácter de secretario privado. Me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preguntó enseguida á qué punto de la República quería yo ir, y habiéndole contestado que á la capital, me hizo extender mi pasaporte en ese sentido, advirtiéndome que á mi llegada á México debía presentarme al ministro Lerdo de Tejada.

Viéndome pues en absoluta libertad, pues así me manifestó el general Escobedo que quedaba, me dirigí desde luego á la casa de la familia Trejo, donde permanecí dos días, para agenciarme los recursos necesarios con que volver á la capital.

No me fué difícil encontrarlos entre los vecinos de esa ciudad tan adicta y tan fiel á la causa del Emperador. Ya con algún dinero, un buen caballo, y acompañado de Grill y de Tudos, emprendimos los tres la marcha para México, incorporados á uno de los batallones que se dirigían también á la capital, procurando nosotros de esa manera evitar ser desbalijados por tantos bandidos como pululan después de una guerra, en todos los países del mundo.

Grande fué la sorpresa de mi familia al verme llegar á México, pues no tenía absolutamente noticia alguna de mí. Supe desde luego que mi leal amigo Castañeda y Nájera había entregado á mi madre el dinero recibido en Querétaro, y después de cuatro meses que necesité para el arreglo de mi viaje á Viena salí de México en los primeros días de noviembre, rumbo á Veracruz, donde me embarqué á bordo del vapor francés *Panamá*.

Además del gran número de pasajeros que iba á bordo,

la mayor parte desconocidos para mí, me encontré en el buque con el mayordomo Venish y su familia, con el caballerizo Muller acompañado también de su familia, con el barón de Magnus, ministro de Prusia, con el ministro mexicano Larrainzar, que salía desterrado y con el consejero Eloin.

En la fortaleza de Ulúa, se encontraban prisioneros los generales Castillo, Escobar y el príncipe de Salm-Salm.

La princesa, infatigable en su tarea de salvar, ya que no había podido lograr la salvación de Maximiliano, trató de libertar á su marido, que se encontraba sentenciado á varios años de prisión en la fortaleza de Ulúa.

No fueron infructuosos sus trabajos, y consiguió por fin que el gobierno republicano conmutase la pena de su esposo por la del destierro.

Así fué cómo Salm, también nos acompañó en el viaje. Ignoro por qué motivo la princesa se quedó en Veracruz.

El *Panamá* levó anclas á las doce del día quince de noviembre de 1867, llevando también á su bordo un buen número de austriacos y belgas que volvían á su país.

Después de unos veintidós días de travesía, anclamos en Saint-Nazaire á principios de diciembre.

Me dirigí á París, donde me detuve unos quince días y de ahí á Viena, adonde llegué el 8 de enero de 1868.

Á los pocos días de mi llegada, solicité una audiencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Emperader Francisco José, quien desde luego me la concedió.

Presenté mi carta de introducción en el palacio de La Burg, y después de atravesar largas galerías y espléndidos salones, custodiados por guardias palatinas con uniformes muy semejantes á los del Imperio mexicano, llegué conducido por un chambelán hasta una puerta, custodiada también por dos centinelas.

El chambelán que me acompañaba, llamó á la puerta que era la del gabinete del Emperador y después de dar dos ligeros golpecitos, oímos una voz que dijo en alemán: Adentro.

Eran las once en punto, cuando fuí recibido por el Emperador de Austria.

Francisco José, tan alto como su hermano Maximiliano, estaba de pie cerca de una mesa donde había varios papeles, vestía el uniforme azul claro de la caballería austriaca y llevaba la espada al cinto.

Su fisonomía adusta y severa, á pesar de tener mucho parecido con la de su hermano, imponía respeto y no simpatía como el bondadoso rostro de aquél.

Me interrogó, en alemán, si hablaba yo ese idioma, y habiéndole contestado negativamente, siguió hablándome en francés muy correcto durante todo el tiempo que duró nuestra entrevista.

Me preguntó si había estado en el sitio de Querétaro, si había visto morir á su hermano, cómo había yo salido de México y, por último, si quería permanecer en Viena y radicarme allí.

Contesté detalladamente á sus preguntas y le dije que pensaba regresar á México, después de permanecer dos años en Europa.

Entonces me manifestó que hablara yo con el archiduque Carlos Luis, á quien Maximiliano había escrito detenidamente de sus asuntos, y que si resolvía yo quedarme en Viena, se lo avisara para ver qué podía hacer por mí.

Después de una media hora, que duró la audiencia, me despedí y me dijo que dejara mi dirección en su gabinete. Le hice una respetuosa reverencia, me retiré de su pieza, y un chambelán me condujo hasta las puertas del Palacio imperial.

Pocos días después, fuí recibido por el archiduque Carlos Luis en su residencia de La Favorita, hermoso palacio rodeado de jardines y situado en la misma calle donde yo tenía mi habitación.

El archiduque Carlos Luis, tenía más semejanza que Francisco José con su infortunado hermano. Era tan alto como los dos, pero su tez muy blanca y sus ojos, azules de miradas tan serenas y bondadosas como las del Emperador de México, le hacían parecerse más á este último.

Tenía los cabellos muy rubios y usaba las patillas á la inglesa. Como su hermano Francisco José, vestía también el uniforme azul claro de la caballería austriaca. Sobre la mesa se encontraba su espada y su casco de plata, con plumero blanco.

Después de varias preguntas relativas al sitio de Que-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rétaro y á la muerte del Emperador Maximiliano, me manifestó que su hermano, en un codicilo agregado á su testamento, creyendo que todos los objetos de su propiedad particular, llevados á México, serían devueltos por el gobierno de la República á su familia, había dispuesto que se vendieran y que el producto de ese venta se distribuyera, por partes iguales, entre Shaffer, Günner, el doctor Basch, Pradillo y yo, pero que se había escrito al ministro de la casa imperial, Sr Sánchez Navarro, y éste había contestado que no solo todo lo que había pertenecido á la persona del Emperador había sido confiscado por el gobierno republicano, sino que el propio Sánchez Navarro, había perdido en la causa imperialista toda su fortuna personal.

Quedaba aun para nosotros el yacht *Ondina*, que anclado en el puerto de Trieste, iba á ser rematado, y aunque el barco no valía gran cosa, tenía muy buenos instrumentos de marina, de los que podría sacarse algún dinero, que se nos distribuiría.

Agregó el archiduque que este asunto se encontraba en poder del Dr Possony, abogado de la Corte, á quien podía yo dirigirme en busca de informes y para el que me dió una carta.

Me despedí del archiduque, quien me dijo que podía yo verlo siempre que gustara y que me recibiría con verdadero placer.

Mi tercera visita en la corte austriaca fué para la archiduquesa Sofía, madre del Emperador.

Vivía la archiduquesa en el castillo de La Burg, y

allí acudí á su secretario particular, hombre adusto y grosero, á quien hablé en francés, y me contestó en alemán que estaba yo en un país donde se hablaba alemán y que él no tenía obligación de hablar francés.

Contesté que efectivamente estaba en un país en que se hablaba alemán, pero que habiendo tenido el honor de ser recibido por el Emperador Francisco José y por el archiduque Carlos Luis, quienes me habían hablado en francés, no creía estar obligado á aprender alemán para hablar con un subalterno de ellos.

Cambió inmediatamente de tono y me preguntó qué deseaba y quién era yo.

Le presenté mi tarjeta, y cuando leyó:

José Luis Blasio, ex-secretario privado del finado Emperador Fernando Maximiliano de México, se deshizo en atenciones, me dijo que el sinnúmero de personas que diariamente iban á quitarle el tiempo, le habían agriado el carácter, pero que estaba á mi disposición para cuanto se me ofreciera.

— Lo que deseo, le contesté, es presentar mis respetos á Su Alteza, la archiduquesa Sofía y para esto tenía que dirigirme á su secretario.

— Bien, me dijo, voy á acordar con ella algunos asuntos y le hablaré del deseo de usted, sírvase dejarme su dirección para comunicarle el acuerdo de la archiduquesa.

Por la tarde de ese mismo día, recibí en mi habitación una esquela por medio de la cual Su Alteza la ar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chiduquesa Sofía me manifestaba que sería recibido



José Luis Blasio, secretario privado del emperador Maximiliano.

por ella en audiencia, al día siguiente á la una de la tarde.

Media hora antes de la hora citada, me presenté en el

Palacio de La Burg y mostré á mi conocido, el secretario, la esquela de la archiduquesa Sofía, hizo llamar á un criado y éste me condujo á las habitaciones de la madre del Emperador de México.

Anunciado por un ujier, penetré á una suntuosa sala.

Se encontraba la noble señora, sentada en un canapé, y en pocos instantes pude contemplarla á mi sabor.

Tendría unos sesenta años, sus cabellos enteramente blancos, y graciosamente cubiertos con un ligero tocado de blonda negra, á la usanza de la época, le daban un aspecto respetable y simpático á la vez.

Vestía traje obscuro de seda, y al entrar y hacerle una reverencia, me saludó inclinando la cabeza é indicándome un lugar para que tomara asiento cerca de ella.

— Usted, me dijo en francés, es probablemente el joven mexicano á quien mencionaba mi hijo Max en sus cartas; en ellas me decía que Ud lo acompañaba por todas partes, que tenía Ud la particularidad de escribir cuando viajaban, en el mismo coche, y á Ud. era á quien hacía trabajar desde las cuatro de la mañana. Mi hijo me hacía grandes elogios de Ud en sus cartas.

— Señora, le contesté, yo tuve la fortuna de ser distinguido por Su Majestad con su confianza y con su cariño, me sentí muy feliz con servirlo durante los tres años que duró su reinado. Cuando me separé de él por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

unos tres meses, que me envió á Miramar con pliegos para la emperatriz Carlota, tuve también la buena suerte de acompañarla á Roma, y el dolor de presenciar allí su locura; y al saber en Europa que el Imperio estaba á punto de caer, que el Emperador abdicaba y se disponía á salir del país, sin disfrutar del permiso de seis meses que me había concedido para descansar, volví á México violentamente, encontré á Su Majestad en Orizaba y en vez de embarcarnos para volver á Viena, regresamos á la capital del Imperio, y de allí salimos para la funesta expedición de Querétaro.

Fuí hecho prisionero al lado de Su Majestad, en el tristemente célebre cerro de las Campanas, pasé todavía á su lado los primeros días de prisión; después fuí separado de él, cuando comenzó el juicio, y solo dos días antes de ser fusilado, que aun pidió me llamaran á su prisión con el pretexto de escribir sus últimas cartas, pero que fué más bien para despedirse de mí, y decirme que si venía yo á Europa, me presentara á su familia, solo entonces lo volví á ver, y dos veces me estrechó contra su pecho y se despidió de mí para siempre.

La archiduquesa al oir tantos detalles, y después de contestarle á las numerosas preguntas que me hizo, lloró varias veces y al enjugarse los ojos con el rico pañuelo que portaba, tal vez recordó la responsabilidad que tenía en la muerte de su hijo, cuando por medio de la carta que éste recibió en Orizaba lo obligaba casi á sostener el Imperio hasta el fin, á pesar de la retirada de los franceses.

Más de una hora duró mi visita y varias veces que intenté levantarme para despedirme, S. A. me detuvo, para hacerme nuevas preguntas y oir repetidas veces los detalles que ya había manifestado.

Me despedí por fin de la Archiduquesa, y me dijo que volviera yo á verla, pues si bien había sufrido con mi relato, había tenido también el consuelo de oir hablar de su querido hijo Max á una persona que diariamente lo había tratado y que lo había querido tanto.

Algunos días después recibí una nueva esquela, en la que me invitaba Su Alteza á hacerle una nueva visita.

Esta vez, fué la entrevista á las once, y tuve el alto honor de ser invitado á su mesa.

Entonces, almorzando solo con la madre del que había sido mi Soberano, recordé las innumerables veces que me había sentado así, casi familiarmente, frente á frente del Emperador de México.

Había llegado en esos días á Trieste la fragata *Novara*, llevando á bordo los restos mortales de Maximiliano.

Era el dieciséis de enero de 1868, cuando la simpática población de Trieste, que adoraba al hermano de su Emperador, se aprestaba para presenciar el desembarque del cadáver del archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo.

Mudos y con religioso recogimiento, presenciaron todos los habitantes de Trieste el fúnebre desembarque.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL ®

La lancha que llevaba el cadáver del regio ajusticiado estaba cubierta con ricos paños negros. En el centro de la embarcación, se levantaba una pira, sobre la que estaba colocado el ataúd, y á proa, un ángel en pie con las alas abiertas, y llevando una corona de laurel parecía coronar el féretro.

En la popa, veíanse las armas del imperio mexicano y á ambas bandas las de México y Austria unidas.

Del muelle fué llevado el féretro al elegantísimo carro, que enseguida partió para la estación del ferrocarril que había de conducirlo á Viena.

Toda la ciudad de Trieste estaba enlutada, y en todos los semblantes leíase una profunda tristeza.

Partió el tren especial que conducía el cuerpo, á la una de la tarde, de Trieste, y llegó á Viena á las ocho de la noche del día siguiente.

Atravesó la fúnebre comitiva las calles principales de la capital del Imperio, en medio de una valla de lacayos, portando hachones. Á ambos lados de las calles, habíanse colocado altos mástiles con lámparas que daban majestuoso aspecto á la primera ciudad del Austria.

Á las nueve y media de la noche llegó el cortejo al Palacio imperial, estando el féretro enteramente cubierto de nieve, pues desde por la tarde una abundante nevada caía en las calles de la ciudad imperial, como si el cielo quisiera unir su duelo al de la noble familia de los Hapsburgos, envolviendo la capital en un blanco sudario.

El féretro se depositó en la entrada del Palacio imperial, donde esperaban la archiduquesa Sofía y los hermanos de Maximiliano. Tan luego como la madre del Emperador de México vió llegar el cortejo, se arrojó sollozando sobre el féretro y al contemplar á través de un cristal el rostro sereno y pálido del que fué su hijo idolatrado, cayó de rodillas, y por algunos instantes no se escuchó más ruido que el de sus entrecortados sollozos, únicos que turbaban el sepulcral silencio de aquel lugar.

Á la media noche, el féretro fué conducido á la capilla imperial de la Corte, donde se había improvisado la capilla ardiente. Allí se colocó sobre un soberbio catafalco, formado con riquísimos paños negros y rodeado por doscientos cirios que, colocados en altos candelabros de plata, lanzaban sus temblorosas llamas sobre el ataúd.

Allí permaneció el cadáver depositado durante todo un día, en el que fué visitado por todos los habitantes de Viena y de sus alrededores.

Entonces pude juzgar la inmensa simpatía de que gozaba el archiduque entre sus paisanos. Los suizos, los alabarderos de la guardia imperial, y los dragones, apenas podían contener á la inmensa multitud que se apiñaba para contemplar, por última vez, el cadáver de su archiduque.

¡Curiosa y extraña coincidencia! En el convento de Capuchinas de México había pasado el Emperador los últimos instantes de su vida, y ahora iba á ser deposi-

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Biblioteca Universitaria "Alfonso R. Y." Monterrey

tado para siempre su cadáver en la cripta de las Capuchinas de Viena, donde se encuentran casi todos los miembros de las dinastía reinante.

El día veinte de enero de 1868, á las tres de la tarde, fué transladado el cadáver, con toda pompa, del Palacio imperial á la iglesia de las Capuchinas. Las tropas formaban valla en todas las calles del tránsito, por donde un público inmenso se agolpaba, para mirar por última vez el féretro que contenía el cuerpo de Maximiliano.

El almirante Tegetthoff caminaba á la cabeza del cortejo, acompañado de su Estado mayor; seguía después el lujoso carro fúnebre, tirado por ocho briosos caballos, cubiertos con paños negros y llevados por enlutados palafreneros.

Á ambos lados caminaba una compañía de marineros, que habían viajado en buques mandados por el archiduque, y detrás venía una comitiva numerosísima compuesta de oficiales, diplomáticos, chambelanes y altos dignatarios de la Corte.

Cerraban la marcha los representantes nombrados, al efecto, por todas las potencias de Europa.

En las puertas de la iglesia de las Capuchinas, el Emperador de Austria y los demás miembros de la familia imperial recibieron el ataúd que contenía el cuerpo de Fernando Maximiliano de Hapsburgo, y no pudiendo el templo contener el numeroso cortejo, gran parte de los concurrentes se quedaron en la plaza, mientras se verificaban las suntuosas exequias.

Yo había recibido del gran mariscal de la Corte una invitación para las honras, y entre la numerosa comitiva que seguía el féretro, me encontré con los siguientes funcionarios del Imperio mexicano, que por última vez lucían sus vistosos uniformes: el conde de Bombelles, el marqués de Corio, el mayor Günner, el conde de Kevenhüller, el consejero Eloin, el barón Malbourg, el doctor Basch, el comandante Pittner y otros más; algunos de ellos prisioneros en el sitio de Querétaro.

Don Hilarión Frias y Soto, que en lo que se refiere al imperio es imparcial y desapasionado escritor, dice, hablando de la ceremonia á que me refiero:

Ni un mexicano había concurrido á aquellas ceremonias. Todas las notabilidades del partido imperialista, los ministros, consejeros y altos empleados de Maximiliano, estaban en Europa, adonde habían ido huyendo de la justicia de la República; pero ninguno de aquellos hombres había ido á tributar un homenaje de gratitud al Emperador que les había prodigado honores, oro y consideraciones.

¡Ellos, los que lo habían arrastrado á un trono y de allí á un cadalso, no se dignaban ir á ofrecerle un recuerdo!

El Sr Hilarión Frias y Soto, si bien dice la verdad al asentar que no había en las honras fúnebres del Emperador ninguno de los mexicanos, notabilidades del par-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tido imperialista, que de él recibieron honores, oro y consideraciones, se equivoca al decir que no asistió un solo mexicano, pues allí nos encontrábamos, el Sr Don Gregorio Barandiarán, ministro de México en Viena, su secretario Don Ángel Núñez y el que escribe estas líneas.

Pasados algunos días de las exequias del Emperador, recibí por conducto del secretario de la legación de Bélgica una carta, suplicándome pasara á esa legación.

Ocurrí lleno de curiosidad para ver de qué se trataba, y me fué entregado por el secretario un retrato, que representaba al Emperador, en traje de marinero, de pie en la proa de un bote, abrazado á una bandera y enmedio de un mar agitadísimo.

Más aumentó mi curiosidad, al ver que sobre la cubierta que encerraba el retrato, se leía en caracteres muy visibles y de puño y letra de la Emperatriz Carlota, letra que conocía yo tanto:

Á DON JOSÉ LUIS BLASIO

y más abajo, con caracteres para mí de escritura desconocida:

ANCIEN SECRÉTAIRE DE L'EMPEREUR MAXIMILIEN. — VIENNE.

Aquella fotografía, á juzgar por lo que ví, debe haber sido tomada de alguna pintura, mandada hacer como símbolo del naufragio del Imperio mexicano, por la misma Carlota, en alguno de sus momentos de lucidez.

Así pues, ¿ la Emperatriz no ignoraba el trágico fin de su esposo ? Evidentemente que no, puesto que en el reverso del retrato se leía lo siguiente :

ROGAD POR EL DESCANSO DEL ALMA DE SU MAJESTAD FERNANDO MAXIMILIANO JOSÉ EMPERADOR DE MÉXICO. — NACIÓ EN SCHŒNBRUNN EL 6 DE JULIO DE 1832, MURIÓ EN QUERÉTARO EL 19 DE JUNIO DE 1867.

Seguían en latín y en español dos versículos de la Biblia.

Al recibir aquella fotografía, se aumentaron mis deseos de ver á la Emperatriz. ¡ Cuánto quise entonces correr á Bélgica, hablarle, ver si me conocía y si acaso ya había recobrado la razón !

Me dirigí pues, alentado por ese deseo, á Bruselas, muy pocos días después de haber recibido la fotografía mencionada, y solicité indirectamente una entrevista con la Emperatriz.

Se me dijo que antes de concedérmela, iba á consultarse á los médicos que la atendían, y después de pocos días se me manifestó que éstos decidían que no era de accederse á mi solicitud, pues si bien podía producirse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una crisis favorable en el cerebro de la Emperatriz, también había muchas probabilidades de que, por el contrario, se produjera una crisis fatal.

Se me dijo además que en algunos días de lucidez, la Emperatriz había mandado pintar el cuadro, del que había asimismo mandado hacer fotografías y enviádolas al conde de Bombelles, al marqués de Corio, al ministro Don José Hidalgo y á algunas otras personas que formaban su corte, y de las que aun se acordaba. Pocos días después había vuelto una crisis de locura, y en una de ellas se encontraba cuando llegué á Bruselas.

Completamente decepcionado y sin esperanza alguna de ver á la soberana, me decidí á conocer siquiera el castillo de Laeken, que le servía de residencia.

Al efecto, varias tardes me dirigí á la puerta del hermoso parque que rodea el castillo.

Una tarde, por fin, por una de las alamedas, vi venir hacia la puerta un grupo de tres damas rigurosamente enlutadas, que se paseaban lentamente á la sombra de los añosos árboles. Al acercarse á la verja, conocí por su esbelta figura á la emperatriz Carlota, en medio de las otras dos señoras.

Caminaba la Emperatriz pausadamente, vestida y peinada con mucha elegancia y cuidado; su rostro apacible y simpático revelaba una profunda tristeza, sus grandes ojos, tan negros y tan bellos, se veían aun más bellos y más grandes desde el fondo de sus ojeras violetas,

y sus pupilas parecían no fijarse en nada, mirando siempre el vacío, como interrogándole sobre la fatalidad de su destino.

Al ver acercarse á mí el grupo de las tres damas, estuve á punto de gritar á la viuda del infortunado monarca:

— ¡ Señora, aquí está uno de los más fieles servidores de Vuestra Majestad, que al volver á su país, quiere llevar el recuerdo de haber hablado, quizá por la última vez, con la que tantas veces lo favoreció con sus órdenes, con la que tantas veces la honró con sus palabras !

Pero cuando las tres damas llegaron cerca de la reja, la Emperatriz y sus acompañantes dieron vuelta alejándose lentamente entre las alamedas del castillo.

Algunos días antes, había visto el cadáver de Maximiliano; ahora me tocaba ver á la augusta demente, únicos restos del ilusorio Imperio mexicano.

Al día siguiente salí de Bruselas.

Durante mi parmanencia en Viena, asistí á un baile en palacio, en los salones del Reducto, y pude ver entonces toda la magnificencia de la corte austriaca y la semejanza de la etiqueta con la del Imperio mexicano.

Cuando el Emperador y la Emperatriz se presentaron en el Reducto, todas las damas y los caballeros formaron una valla prolongadísima, por la que pasaron SS. MM., saludando á todos los cortesanos.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el baile al que asistí, Francisco José lucía el uniforme azul de la caballería austriaca, y sobre el pecho y pendientes del cuello, gran cantidad de cruces y de condecoraciones ; llevaba del brazo á la Emperatriz Isabel, entonces la mujer más hermosa de Europa, según decían sus admiradores.

Después de pasar los soberanos, les seguían, como cauda de oro, las damas de la corte, ricamente ataviadas, los chambelanes y los altos dignatarios.

Pero en lo que sí vi que se diferenciaba mucho aquel baile de los de México imperial, fué que en este no se bailaba, porque parecería de mal tono.

Así pues, mientras dos magníficas orquestas se alternaban ejecutando alegres piezas de baile, las parejas se paseaban por los salones.

Se habla de política, de viajes, se intriga, se forman ó se proyectan galantes aventuras, y de media noche en adelante, en otros salones, los reposteros sirven en multitud de pequeñas mesas espléndidos manjares y ricos vinos hasta muy avanzada la noche.

Poco tiempo después fuí invitado á otro baile, que daban los oficiales de artillería en los salones llamados de Flora, dedicado á los archiduques.

En este baile se encontraba gran parte de la concurrencia que había yo visto en el Reducto, con la diferencia que en éste, sí bailaban las aristocráticas damas y no se desdeñaban de conceder un vals ó un shotish á cualquier oficial del ejército, ó á cualquier agregado de embajada.

Entretanto el yacht *Ondina* había sido adjudicado en Trieste á un rico otomano, el Sr Jacob Muzani, en la suma de 11.502 florines, y el doctor Possony me llamó para entregarme la parte que me correspondía, quedando pendientes cincuenta mil florines, que en diversos valores se tenían que recibir ; pero de los cuales jamás vimos uno solo las personas anotadas en el codicilo de Maximiliano.

Permanecí todavía en Viena, pues había creado tantos afectos que me era muy penoso partir ; pero llegó por fin el momento en que fué necesario regresar á México.

Antes de marcharme de la capital del Austria, adonde jamás podría volver, quise por última vez visitar la cripta de las Capuchinas, y elevar allí mis oraciones por el descanso del alma de mi soberano.

Bajé pues la víspera de mi partida, acompañado de un fraile, que me iba indicando los sepulcros de la familia imperial y con voz pausada mencionando los nombres de los ilustres difuntos :

« La Emperatriz María Teresa... »

« Su Majestad el Emperador José II... »

« El duque de Reischtadt... hijo de Napoleón I... »

Y por fin :

« Maximiliano, Emperador de México... »

Y de rodillas oré frente á la tumba del monarca.

Después, atravesando el Austria, la Alemania, pasando por las orillas del Rhin, por Bélgica y por Fran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, llegué al Havre, donde me embarqué rumbo á México.

Extraño había sido mi destino, pues me había permitido contemplar, después de vivir día á día con el Emperador, la locura de la Emperatriz, volver á mi patria y presenciar el derrumbe del Imperio, y por último asistir á los honores póstumos tributados en su tierra natal al que fué Emperador de México.

Han pasado de entonces acá treinta y ocho años, y hoy al evocar mis recuerdos los encuentro tan frescos como si todo cuanto acabo de relatar hubiera acontecido ayer.

Al escribir estas páginas, lo he hecho sin pretensiones de historiador, ni de literato, únicamente con el deseo de que sea más conocida esa personalidad histórica, que tantos han tratado de denigrar.

He escrito mis recuerdos sin parcialidad alguna, sin pasión y sin rencores.

En mi narración he querido también obtener que el público pueda sentir alguna simpatía por aquel personaje, que si como gobernante pudo cometer grandes errores, como hombre, poseía el más noble, leal y gran corazón que pudiera existir.

México, Junio-Octubre 1904.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE

LA TRAICION

I

El general Márquez. — Su salida de Querétaro. — Lleva de México las mejores tropas en auxilio de Puebla. — Es derrotado en San Lorenzo. — Pérdida de la capital.

Al acabar de escribir mi libro *Maximiliano íntimo*, en el que me he limitado á decir cuanto presencié y cuanto vi, sin meterme á investigar cuáles fueron las causas determinantes de la caída del Imperio, casi me había decidido á no tocar punto tan escabroso y tan delicado como es el que constituye este apéndice; pero de algun tiempo á esta parte, ha vuelto esa cuestión de los traidores á removerse de tal manera, que no puedo menos de dar mi humilde opinión sobre los jefes Don Leonardo Márquez y don Miguel López, y sobre la parte de respon-

cia, llegué al Havre, donde me embarqué rumbo á México.

Extraño había sido mi destino, pues me había permitido contemplar, después de vivir día á día con el Emperador, la locura de la Emperatriz, volver á mi patria y presenciar el derrumbe del Imperio, y por último asistir á los honores póstumos tributados en su tierra natal al que fué Emperador de México.

Han pasado de entonces acá treinta y ocho años, y hoy al evocar mis recuerdos los encuentro tan frescos como si todo cuanto acabo de relatar hubiera acontecido ayer.

Al escribir estas páginas, lo he hecho sin pretensiones de historiador, ni de literato, únicamente con el deseo de que sea más conocida esa personalidad histórica, que tantos han tratado de denigrar.

He escrito mis recuerdos sin parcialidad alguna, sin pasión y sin rencores.

En mi narración he querido también obtener que el público pueda sentir alguna simpatía por aquel personaje, que si como gobernante pudo cometer grandes errores, como hombre, poseía el más noble, leal y gran corazón que pudiera existir.

México, Junio-Octubre 1904.

APÉNDICE

LA TRAICION

I

El general Márquez. — Su salida de Querétaro. — Lleva de México las mejores tropas en auxilio de Puebla. — Es derrotado en San Lorenzo. — Pérdida de la capital.

Al acabar de escribir mi libro *Maximiliano íntimo*, en el que me he limitado á decir cuanto presencié y cuanto vi, sin meterme á investigar cuáles fueron las causas determinantes de la caída del Imperio, casi me había decidido á no tocar punto tan escabroso y tan delicado como es el que constituye este apéndice; pero de algun tiempo á esta parte, ha vuelto esa cuestión de los traidores á removerse de tal manera, que no puedo menos de dar mi humilde opinión sobre los jefes Don Leonardo Márquez y don Miguel López, y sobre la parte de respon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sabilidad tan enorme que les corresponde en la pérdida de la causa á que servían.



General Leonardo Márquez.

Respecto al general Márquez, las citas siguientes, tomadas de autores de distintos credos políticos son más elocuentes que cualquiera otra prueba.

El escritor liberal Don Hilarión Frias y Soto, que presenció gran parte de los acontecimientos del Imperio, dice en su obra titulada *México, Francia y Maximiliano*:

« En la madrugada del 23 de marzo de 1867, salió Márquez de Querétaro por el cerro del Cimatario, único punto que no había sido ocupado aún por los liberales, llevando consigo el 5º escuadrón de lanceros y los dos cuerpos de caballería de Quiroga. Este y Vidaurri lo acompañaban.

Iba á México en pos de recursos y hombres para venir á auxiliar al Soberano.

El día 29 salió Márquez de México llevando consigo las mejores tropas del Imperio que había en la ciudad, agregando á ellas las guarniciones de los pueblos inmediatos, los austriacos, los húsares rojos, los gendarmes y la contraguerrilla francesa.

Después de la derrota de Márquez se contó que solo llevaba cinco mil hombres, pero antes, dos periódicos de la capital, al anunciar la expedición, daban á aquella división diez mil hombres, dos baterías rayadas y una de montaña.

Sea lo que fuere, las tropas eran brillantes, y si con ellas se hubiera dirigido Márquez á Querétaro, habría cambiado mucho la situación de Maximiliano. El plan de campaña pretestado por el Lugar-teniente del Imperio de salvar á Puebla y á la capital es una excusa *estúpidamente* estratégica. Si las fuerzas del general Díaz eran superiores, Márquez no debió marchar á su encuentro porque era segura su derrota, mientras que unido en Querétaro con

los sitiados se formaba un cuerpo de ejército respetable. Si tal hubiera hecho, debió presentarse frente á la ciudad cuando obtenía Miramón el triunfo del 27 de abril.

¿Qué importaba además la capital?

En los gobiernos personales el soberano es lo primero, y el lugar adonde él reside es la verdadera capital del Imperio. Afortunadamente Márquez no pensaba así y fué á estrellarse contra el ejército de Oriente.

Derrotado Márquez en San Lorenzo entra á México fugitivo y cuando la desmoralización de la plaza fué terrible; Márquez, dice el antes citado escritor, que tanto inculpa á Arellano el que éste se haya escondido en Querétaro, fugándose por las azoteas, mientras *el Soberano se entregaba prisionero con tanta dignidad*; Márquez á su vez, se escondía empolvando los bordados de su uniforme y sus cruces y medallas, mientras que los altos empleados del orden civil, los ministros, sub-secretarios y consejeros, permanecían en sus puestos. »

Paul Gaulot, en su obra *Fin de Imperio*, dice:

« Márquez había evidentemente obedecido á un móvil personal al aconsejar á Maximiliano, como lo había hecho (dejar á Escobedo y á Corona unir sus tropas en lugar de batirlas separadamente como lo pedía Miramon). Ya se recordará el rumor que corría en México en el momento de su partida, rumor que el señor Dano había comunicado al mariscal y que designaba á Márquez como deseoso de regresar á la capital. No se engañaban. Algunos días habían transcurrido cuando el jefe del Estado mayor persuadió á su soberano que sería bueno ir á buscar refuerzos y para esto que él saldría de Querétaro antes de que el cerco de la plaza fuese más estrecho. Maximiliano, ciegamente confiado, acordó á Márquez el permiso que solicitaba. Hizo más, le dejó llevar consigo 1200 jinetes, de los mejores que se encontraban en el ejército. Era poco si se necesitaba abrirse paso por la fuerza, era mucho para una simple escolta.

Márquez y sus 1 200 hombres de caballería pasaron al través de las líneas enemigas. Ni los unos ni los otros debían volver. »

El doctor Basch, en su obra *Maximiliano en México*, dice:

« En la noche del 23 entregué á Márquez las cartas para México. Cuando entré en su cuarto estaba absorto en una profunda distracción y se turbó extraordinariamente al saber que le traía yo las cartas del Emperador. Á aquella hora su misión era todavía un secreto y aun cuando yo lo conocía, me estaba prohibido por el Emperador que dejara conocer al general que él mismo sería el portador de esas cartas. Se las entregué suplicándole las expidiera por el próximo correo.

Este espanto de Márquez, al que entonces no dí yo importancia alguna, se representó á mi memoria cuando la conducta del general le hizo sospechoso y quedó para mí como un enigma fisiológico. Pensaba tal vez en su futura traición y temía ser adivinado. »

El general Don Leonardo Márquez, en su libro titulado *El Imperio y los Imperiales*, dice: « que las órdenes verbales dadas por el Emperador tenían por objeto conservar la capital y no ir á Querétaro con la guarnición de ella. » ¿Por qué razón entonces el Emperador contaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

día por día, los que el referido Márquez podía tardar en llegar á Querétaro con los auxilios, que tanto allí se necesitaban?

¿No hubiera sido preferible, que en lugar de sacar de México las mejores tropas para ir á Puebla, plaza sitiada por el general Díaz, corriese con ellas á Querétaro donde las mismas fuerzas sitiadoras, según nos referían después los oficiales republicanos que cayeron en nuestro poder prisioneros, temían llegara Márquez á atacarlos por la espalda á la vez que saliendo de la plaza las fuerzas sitiadas los atacaran por el frente?

Era de esperarse que los imperialistas al triunfar dejarían Querétaro y se dirigirían á la capital.

Los diarios de México, al anunciar la salida del general Márquez, decían que llevaba una división de diez mil hombres, y al ser ésta derrotada en San Lorenzo, dijeron que sólo había sido de cinco mil. De una ú otra manera, si esta división va en auxilio de Querétaro, no hay duda que habría cambiado notablemente la situación.

Entre estas fuerzas marchaban la infantería y la caballería austriacas, á las órdenes de sus valientes jefes Hammerstein, Wickenbourg, Kodólich y Kevenhüller, quienes se habrían batido al lado de tantos otros valientes mexicanos, que bastantes pruebas dieron en Querétaro de su bravura y de su inteligencia ante las miradas del Soberano.

El pliego cerrado que el general recibió del Emperador, y que no debía aquél abrir sino en el caso de prisión ó muerte de Maximiliano, en nada se refiere á que Márquez fuera ó no á Querétaro, pues sólo contenía las disposiciones del Emperador, expuesto como estaba á morir de un momento á otro, entre las balas republicanas; pero dicho pliego, de ninguna manera autorizaba á Márquez para decir que por su contenido estaba en el caso de obrar separadamente y según su propio criterio, desde antes de que Maximiliano cayera prisionero.

Viendo que pasaba el tiempo y que cada día era más angustiosa y más desesperada la situación de los sitiados, todo el afán del Emperador era apremiar á Márquez para acelerar su venida á Querétaro, y todos los correos que se enviaban no tenían más objeto; pero, como ya dije, todos nuestros correos eran fusilados y colgados al día siguiente frente á nuestras trincheras.

Cayó por fin Querétaro en poder de los sitiadores, y entonces supimos la desastrosa expedición de Márquez á Puebla, su derrota en San Lorenzo, su fuga del campo de batalla, y por fin que había ido á encerrarse á la capital, que también sitiaban los liberales, y cuando el barón de Lago visitó al Emperador, muy ciertas fueron aquellas palabras que el Soberano repitió después á varios de los que lo acompañamos en la prisión:

—« ¿Ya ven ustedes la traición de López? Pues no me causa tanto dolor como la de Márquez. »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de tantas disculpas como da Márquez en su obra para querer justificarse, y para vindicar lo extraño de su conducta, y que quedan completamente destruidas ante la realidad de los hechos, no hay duda que las palabras del señor Frías y Soto son de todo punto enteramente verídicas al decir que el plan de Márquez, de salvar á Puebla y á la capital, sólo era una excusa estúpidamente estratégica.

¿ Qué consiguió Márquez con su famoso plan?

Puebla se perdió, se perdió Querétaro, y con Querétaro el Imperio ; y México sucumbió también.

Es cierto que Márquez supo ocultarse á tiempo para salvar su vida (según corre muy válido el rumor ayudado por Don Juan José Baz) y que apareció después viviendo tranquilamente en la Habana, mientras que el Emperador moría valientemente, pagando con su sangre sus errores, al lado de otros dos hombres tan leales, tan nobles y tan valientes como él, sus generales Miramón y Mejía.

II

El coronel Miguel López y la toma de Querétaro. — Opiniones de autorizados escritores. — La campaña vindicativa de 1887. — El documento apócrifo y los autógrafos de Maximiliano.

Si laboriosa es la tarea de hacer patente ante el público la traición del general Márquez, más laboriosa y más ardua es todavía la de comprobar cómo fué una traición de las más negras la entrega que el coronel Miguel López hizo de la plaza de Querétaro la noche del quince de mayo de 1867.

Y es más ardua y laboriosa esta última tarea, no porque falten las pruebas de la felonía de López, sino porque en 1887, estando á punto de morir el general Escobedo, en su hacienda de Chamacuero, fué entrevistado por Don Ángel Pola, y esta entrevista suscitó una polémica, que dió por resultado :

1° Un duelo entre los generales Rocha y Gayón, resultando herido este último ;

2° Una riña callejera entre el Sr Pola y el Sr Agüeros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de tantas disculpas como da Márquez en su obra para querer justificarse, y para vindicar lo extraño de su conducta, y que quedan completamente destruidas ante la realidad de los hechos, no hay duda que las palabras del señor Frías y Soto son de todo punto enteramente verídicas al decir que el plan de Márquez, de salvar á Puebla y á la capital, sólo era una excusa estúpidamente estratégica.

¿Qué consiguió Márquez con su famoso plan?

Puebla se perdió, se perdió Querétaro, y con Querétaro el Imperio; y México sucumbió también.

Es cierto que Márquez supo ocultarse á tiempo para salvar su vida (según corre muy válido el rumor ayudado por Don Juan José Baz) y que apareció después viviendo tranquilamente en la Habana, mientras que el Emperador moría valientemente, pagando con su sangre sus errores, al lado de otros dos hombres tan leales, tan nobles y tan valientes como él, sus generales Miramón y Mejía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

El coronel Miguel López y la toma de Querétaro. — Opiniones de autorizados escritores. — La campaña vindicativa de 1887. — El documento apócrifo y los autógrafos de Maximiliano.

Si laboriosa es la tarea de hacer patente ante el público la traición del general Márquez, más laboriosa y más ardua es todavía la de comprobar cómo fué una traición de las más negras la entrega que el coronel Miguel López hizo de la plaza de Querétaro la noche del quince de mayo de 1867.

Y es más ardua y laboriosa esta última tarea, no porque falten las pruebas de la felonía de López, sino porque en 1887, estando á punto de morir el general Escobedo, en su hacienda de Chamacuero, fué entrevistado por Don Ángel Pola, y esta entrevista suscitó una polémica, que dió por resultado:

1º Un duelo entre los generales Rocha y Gayón, resultando herido este último;

2º Una riña callejera entre el Sr Pola y el Sr Agüeros.

Y por último:

La publicación de una supuesta carta de Maximiliano á López en *El Nacional* y que hoy por primera vez se publica en un libro.

Me había propuesto, como antes dije, no hacer de este libro un libro de polémica, ni resucitar pasiones; pero creo que mi deber de hombre agradecido me obliga á dar á conocer cuanto esté á mi alcance para impedir que se mancille la memoria del Soberano.

Creo, repito, que es un deber mío reunir aquí todo cuanto se ha publicado para comprobar la traición de López, agregando asimismo lo más interasante de esa campaña hecha por la prensa en 1887 y que, según tengo entendido, aun no se ha coleccionado en libro alguno.

El periódico pasa, el libro queda vivo para la posteridad.

Como hice en el 1er capítulo de este apéndice, relativo al general Leonardo Márquez, comenzaré por reunir las citas más importantes de autores, de cuya honorabilidad nunca dudaron los mismos enemigos.

Paul Gaulot, en su libro titulado *Fin d'Empire* al hablar de la toma de Querétaro, cita la carta siguiente del capitán Schmidt:

« Llegué al mismo tiempo que S. M. (al cerro de las Campanas) donde estaba acompañado de los generales Mejía y Castillo, del príncipe de Salm-Salm y del 4° de caballería. Me detuve en lo alto del cerro no conociendo aún nada de

lo que había pasado en el interior de la ciudad. Un momento después llegó el regimiento de dragones de la Emperatriz, mandado por el coronel González. El Emperador preguntó si el coronel había visto al general Miramón, y le contestó éste que Miramón acababa de ser herido tratando de reunir nuestras tropas y había entrado en una casa. Durante este tiempo la línea enemiga se estrechaba del lado del cerro, y todas sus baterías hacían fuego sobre nosotros.

Viendo el Emperador que todo estaba perdido, se dirigió al general Mejía preguntándole si se podía intentar abrirse paso para ganar la sierra. Mejía, después de examinar escrupulosamente toda la línea enemiga le contestó: « Señor, salir es imposible, pero si Vuestra Majestad lo manda, marcharemos, estoy pronto á morir. » Una media hora después nos rendíamos á discreción.

Conducidos á la iglesia de la Cruz, tuvimos allí conocimiento de cómo había entrado allí el enemigo.

Alberto Hans, subteniente de artillería mandaba una pieza en el interior del cementerio de la Cruz.

El coronel López vino á darle orden de retirarla de la trinchera, haciéndola apuntar en dirección de la Cruz, diciéndole que un batallón enemigo estaba detrás y esperaba que estuviera libre el paso para entrar, porque él acababa de rendirse con sus armas. Una vez retirada la pieza, entró el batallón de supremos poderes, con el general Vélez, haciendo inmediatamente prisioneros á todos los oficiales que se encontraban á su alcance.

Una vez encerrados en la Cruz supimos por los oficiales del ejército liberal que hacía más de 15 días que el coronel López estaba en correspondencia con el general en jefe Mariano Escobedo, que este último había recibido la

orden, varias veces, del presidente de la República, de abandonar Querétaro, pero que no lo había hecho por estar en tratos con el coronel López para la compra de la plaza. »

Hasta aquí la carta del capitán Schmidt, pero Gaulot continúa :

« Se ve que el narrador no pone en duda la traición del coronel López ; por lo demás esta es la opinión de todos los que han sido actores en aquel drama. Sin embargo, en varias ocasiones se han hecho tentativas de rehabilitación en favor del coronel de los dragones de la Emperatriz, y todavía últimamente el Diario oficial de México publicaba un largo informe del general Escobedo al presidente de la República, destinado á probar que la presencia demasiado cierta de López en el campamento enemigo, algunas horas antes de la entrada por sorpresa de los juaristas en Querétaro, se explicaba por una misión secreta impuesta por el mismo Emperador.

Se comprende todo el interés que tiene Escobedo en aparecer haber triunfado de la resistencia de los Imperiales por otros medios que la traición : así es que sus apreciaciones son *á priori* muy sospechosas. La lectura de todo el informe no es para destruir esta primera impresión, y ciertamente todo lo que en él se dice en favor de López tropieza con objeciones de tal manera fuertes que sería hacer mucho honor á uno y otro el discutir ampliamente semejantes alegaciones.

Por otra parte López era un personaje bastante triste. He aquí respecto á él el testimonio de un hombre de honorabilidad y rectitud á que todos rinden homenaje, el general Woll :

« Yo era presidente, dice, de la Comisión encargada de la revisión de los despachos de todos los generales, jefes y oficiales del ejército mexicano, cuando se presentó Miguel López, y á su solicitud de revalidación le dije que no quería yo, ni debía revisar sus despachos, que él debía saber porqué y deseaba no me obligase á decírselo ; la razón de esta negación era que habiendo pedido informes al estado mayor general, se me había hecho saber que López, algunos años antes, había traicionado al gobierno entonces existente, se había desertado y pasado el enemigo. López se calló y se retiró aterrado. »

López fué de los primeros que se unió á la intervención francesa á la que rindió algunos servicios de importancia, notoriamente cuando el combate de San Lorenzo. Él fué quien guió al general Bazaine en su marcha nocturna contra el ejército de Comonfort.

Maximiliano, que tenía más bondad que perspicacia, lo colmó de favores y aún tuvo un momento la veleidad de nombrarlo general, pero su nombramiento fué detenido gracias al paso dado por Méndez, que en nombre de todos sus camaradas vino á exponer al Emperador el efecto desastroso que produciría en el ejército semejante nombramiento, y López no fué general. Puede juzgarse si quería á sus compañeros de armas después de tal aventura y si su corazón ulcerado por el deseo de vengarse había retrocedido ante la idea de entregar á los hombres que le habían dado una prueba tan palpable de su desprecio.

Á medida que el sitio se prolongaba era más y más seguro que terminaría por una catástrofe. Toda ciudad sitiada es ciudad tomada, á menos que un ejército de afuera venga en su auxilio y ninguno venía. La rendición

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se imponía segura y López no debía dejar de estar inquieto respecto á la suerte que le esperaba. No se habían olvidado sus proezas en el combate de San Lorenzo y tenía probabilidades de que su elevado grado en el ejército imperial atrajese sobre él la enojosa atención de los republicanos.

No tenía más medio de salvar su vida que entregar la plaza. Parece seguro, según los dichos de los oficiales liberales, dichos mencionados en el relato de Schmidt, que López no esperó los últimos días para ponerse en relación con Escobedo. En todo caso, poco importa que haya visto varias veces al general enemigo ó que no haya tenido con él más que una sola entrevista, lo mismo que haya ido de su propia iniciativa ó enviado por Maximiliano encargado de una misión cualquiera, la cuestión es ociosa porque de dos cosas, una: ó su misión había recibido una acogida favorable, y en esta hipótesis el Emperador hubiera sido beneficiado como él, ó no la hubiera tenido, y entonces él, López, hubiera debido participar la suerte de su soberano y de todos los demás oficiales del ejército imperialista.

Ha habido pues un arreglo particular entre López y Escobedo.

¿ Sin esto cómo puede explicarse que precisamente algunas horas después de su entrevista los soldados juaristas hayan entrado á la plaza sin encontrar resistencia, por el mismo lugar confiado al cuidado de López? Si después de rehusar una capitulación López hubiera vuelto á la plaza sempre fiel, siempre decidido á cumplir su deber hubiera debido redoblar su vigilancia, puesto que, mejor que ninguno, conocía las disposiciones del enemigo.

En fin, último argumento más concluyente todavía que

los otros, el coronel de los dragones de la Emperatriz, el favorito del Emperador, el mexicano culpable de haber hecho derrotar á los mexicanos por el ejército francés en San Lorenzo, no se vió molestado un momento. ¡ Mientras que eran fusilados los generales, que los oficiales de cualquier graduación eran llevados prisioneros y sometidos á las más duros tratamientos, López ni siquiera huía sino que se dirigía tranquilamente á Puebla provisto de un salvoconducto dado por Escobedo!

Estos hechos indiscutibles hablan más alto que todos los informes y que todos los razonamientos. Ellos atestiguan y prueban la traición de López. »

En el libro *Rectificaciones históricas* del señor Fernando Iglesias Calderón, dice, página 91 :

« Al presentarse López en el cuartel imperial era patente su turbación.

La actitud del coronel, dice Miramón, era singular, estaba pálido, confuso y respondía balbuciendo. Maximiliano llegó hasta excusarlo ante sus generales atribuyendo la turbación de López á la tardanza de acudir á su llamado. »

¿ No cree el señor Iglesias Calderón que esa turbación de López no hubiera tenido lugar al ser enviado por su Soberano, puesto que entonces él no tenía culpa alguna y sí porque obrando de motu-propio se encontrara culpable si era descubierto ?

« Aunque la suspensión de la salida, repite Basch, había sido decidida desde las once, el Emperador no se acostó sino hasta la una. La agitación le impedía dormir. Á las tres hizo que me llamasen. »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« Es incomprensible, dice el señor Iglesias, que Maximiliano haya tenido esa noche esa agitación que le impedía dormir. »

No creo sea tan incomprensible cuando se trataba de tan importante trance como la salida de unos cuantos hombres teniendo que atravesar tres líneas enemigas, echar puentes sobre anchos fosos, huir en medio de un ejército que los había atacado por todos lados haciéndoles pedazos, y pensando que tal vez ni uno solo de los fugitivos podría encontrar su salvación en la fuga! ¿ No son todas estas ideas suficientes para quitar el sueño, no lo son también para estar suspendiendo esta salida de tan dudosos resultados ?

Si la misión de López fué por orden del Emperador, ¿ porqué razón éste, al ser avisado que el enemigo está ya en la Cruz, se viste á toda prisa, hace despertar á los oficiales todos que le rodean y sale del cuartel imperial dirigiéndose al cerro de las Campanas, en lugar de esperar en la misma Cruz el ser hecho prisionero deteniéndose por cualquier motivo ?

En el trayecto de la Cruz á las Campanas nos alcanza el coronel López, que llega á caballo, pregunta por el Emperador, se acerca y le dice :

« Señor, todo está perdido, vea V. M. la tropa enemiga que viene cerca, pero tengo un lugar donde esconder á V. M. » A lo que el Emperador contesta con enojo : « Yo no me escondo, sigamos á las Campanas. » Y continuamos nuestro camino, creyendo que López nos seguiría, cuando todo lo contrario vuelve grupas á su caballo y se aleja con dirección á la Cruz.

Un poco más adelante pregunta S. M. por López, y al saber que no nos acompaña sino que se vuelve á donde

está el enemigo es cuando entra la primera sospecha, es cuando se cree que López ha traicionado y no porque antes lo haya visto el Emperador rodeado de oficiales republicanos.

Entonces es cuando se adelanta el teniente coronel Juan Ramírez, á caballo, y corre á avisar al coronel Gayón lo que pasa y que precede al Emperador que se dirige al cerro.

Ya en la prisión, dijo Maximiliano al barón de Lago, ministro plenipotenciario del Emperador Francisco José, que « Márquez era el mayor traidor, que á López tal vez podría perdonerle, pero á Márquez jamás ». Si Márquez hubiera acudido á tiempo á Querétaro no habría tenido lugar la tración de López. Cuando se esperaba á Márquez con refuerzos había probabilidades del triunfo : cuando López entregó la plaza ésta no podía ya resistir. He aquí la razón porqué el Emperador con justa razón consideraba la primera traición de mucha mayor importancia que la segunda.

Después de condenado á muerte Maximiliano dirigió un despacho telegráfico al señor Juárez, pidiéndole que indultara á Miramón y á Mejía. Este despacho quedó sin respuesta — dice el escritor Darán, y Maximiliano dirigiéndose á la celda de Miramón, *se arrodilló* y abrazándole le dió á conocer su petición á Juárez y su resultado. Miramón, sorprendido de la actitud del príncipe, lo levantó diciendo :

« *Yo no tengo nada que perdonaros, señor*, muero en mi puesto de soldado y es para mí un honor muy grande ser llamado á mezclar mi sangre con la vuestra. *Levantaos*, señor, desechad todo temor y que no puedan juzgar nuestros enemigos como un acto de debilidad lo que no es sino una manifestación de vuestro noble corazón. »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

« Es incomprensible, dice el señor Iglesias, por muy bondadoso que se suponga á Maximiliano, que un Hapsburgo se arrodillase ante un hombre que estaba muy lejos de pertenecer á casa real y soberana tan solo porque había dudado de su lealtad ó desoído sus consejos, pero sí es comprensible cuando vá á pedir perdón de su traición. »

Esta duda que le asalta al señor Iglesias y que le hace suponer que un Hapsburgo pedía perdón á un ex-presidente de la República por haberlo traicionado, solo puede caber en personas muy apasionadas, porque Maximiliano, tan noble y tan grande, si bajó su soberbia que jamás tuvo (porque era demasiado inteligente para ser soberbio) fué por haberse equivocado, como tantas veces se equivocó guiado por su bondad, en el conocimiento de las gentes que lo rodeaban.

Esta falta de conocimiento de las personas es muy común en hombres imaginativos y soñadores como él lo era, imposible que se imaginara que existieran hombres tan villanos, como Márquez y López, para quien los había colmado de beneficios y de honores.

Si Maximiliano pidió perdón á Miramón, fué sin duda alguna, no puede dejar de creerlo el señor Iglesias Calderón, porque suponía haber cometido una injusticia al no atender las indicaciones militares del bravo general que murió á su lado, para dar preferencia á las del que vivió tranquilamente en la Habana, muchos años después de haberlo vendido.

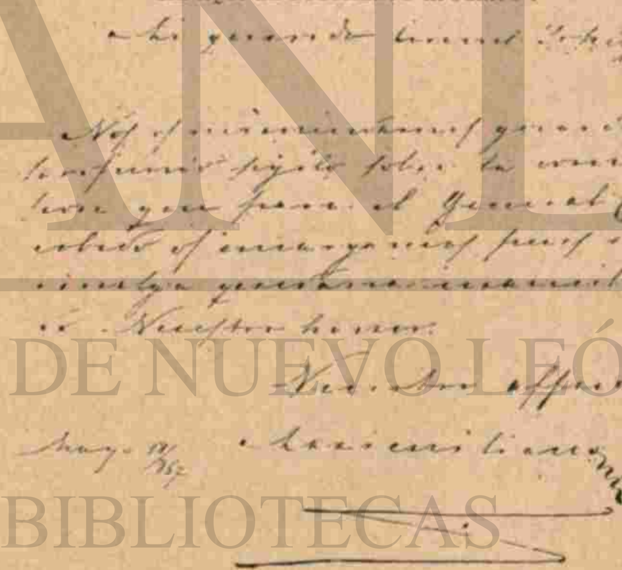
En cuanto á lo que dice el señor Darán, respecto á que

Maximiliano se arrodillara, permítame el señor Darán que dude de su aserto. ¿ Quién presenció tal escena ?

Por último, si el Emperador pedía perdón por haber traicionado á sus generales, ¿ por qué no hizo lo mismo con Mejia ? ¿ No estaba éste en el mismo caso que Miramón ?

Volviendo ahora á la vindicación de López, intentada en 1887, muy oportuno creo reproducir aquí, tanto los autógrafos que publicó *El Nacional*, como la carta apócrifa que López dió á conocer para librarse ante la posteridad de la nota infamante de Judas del Imperio Mexicano.

He aquí el documento apócrifo :



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[illegible] January 16th 1867

My dear Teacher,

I received last night the extracts from the American press with the assertions which you made upon the views entertained in America. You are perfectly right in calling these utterly false

but the want of good and sound judgements in that quarter of the world (the same happens in Europe also) must not be allowed to have any influence on the line of conduct and policy which I hold my duty to pursue. I will not waver, one whit nay in the course which I traced out for myself in Orizaba. I will not desert Mexico

ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

into the hands of the French as they pretend, nor will I be an obstacle to the pacification of Mexico if that can be obtained by my departure; so that we must cling to the idea of a Congress, which must be assembled during the coming spring, based upon the most liberal principles, and with entire liberty of voting as the majority may choose.

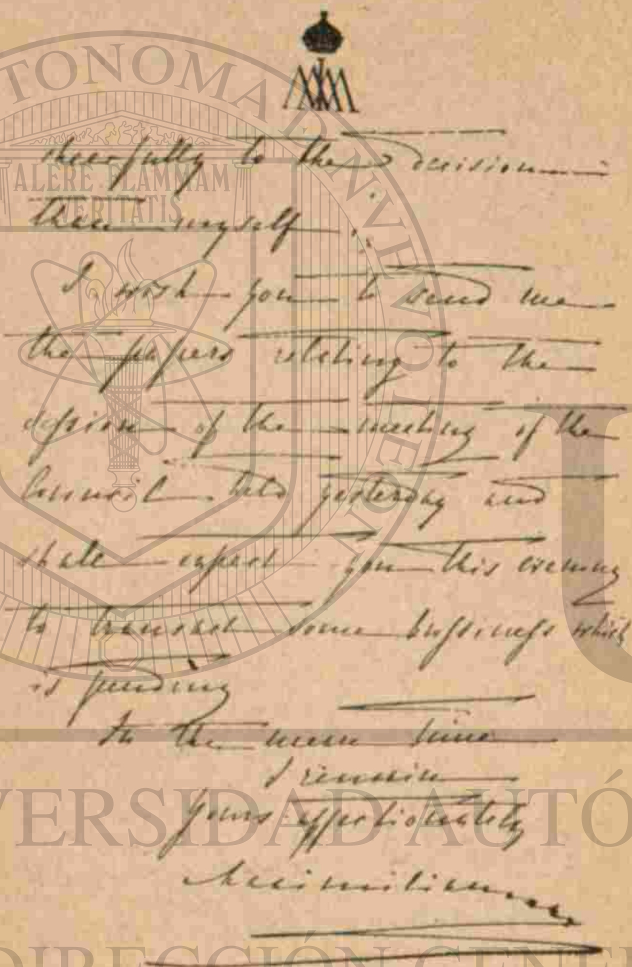
I am perfectly aware that some look upon this idea

as useless; others think that I will never carry it out, but we must neither mind the one, nor the other but pursue our course with energy, and above all with a proper sense of the duty which we owe to God, and to our country.

I have no other ambition to satisfy: if the Congress desires that I should continue, I will do so; if it adopts any other form of government, none will submit more

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



cheerfully to the decision
them myself.

I wish you to send me
the papers relating to the
decision of the meeting of the
Council held yesterday and
state expect you this evening
to transact some business which
is pending.

In the mean time
I remain
yours affectionately
Maximilian

TRADUCCIÓN DE LA CARTA ANTERIOR

La Teja, Enero 16 de 1867.

Mi querido Fischer,

Recibí anoche los extractos de la prensa americana con las observaciones hechas por Vd. sobre las apreciaciones que se hacen en América.

Con sobrada razón dice Vd. que son del todo falsos los juicios que allí se forman, pero la ausencia de un juicio bueno y sano en esa parte del mundo (lo mismo pasa en Europa) en nada debe tener influencia alguna en la línea de conducta y en la política que creo en mi deber debo seguir. Venga lo que viniere, no titubearé en el camino que me tracé en Orizaba.

No he de entregar el país en manos de los franceses, como ellos pretenden, ni seré nunca un obstáculo para que se logre su pacificación, si ésta dependiera de mi alejamiento de él; así, pues, debemos apegarnos á la idea de reunir un Congreso en la primavera próxima, que tenga por base los principios más liberales y cuya mayoría debe obrar con entera libertad, como mejor le parezca.

Comprendo perfectamente que para algunos esta idea es del todo inútil, y otros creen que no la llevaré á cabo; mas no debemos hacer caso ni de unos ni de otros, sino seguir nuestros propósitos de una manera enérgica; y sobre todo, tener en cuenta nuestros deberes para con Dios y nuestra Patria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cheerfully to the decision
than myself.

I wish you to send me
the papers relating to the
decision of the meeting of the
Council held yesterday and
state expect you this evening
to transact some business which
is pending.

In the mean time
I remain
yours affectionately
Maximilian

TRADUCCIÓN DE LA CARTA ANTERIOR

La Teja, Enero 16 de 1867.

Mi querido Fischer,

Recibí anoche los extractos de la prensa americana con las observaciones hechas por Vd. sobre las apreciaciones que se hacen en América.

Con sobrada razón dice Vd. que son del todo falsos los juicios que allí se forman, pero la ausencia de un juicio bueno y sano en esa parte del mundo (lo mismo pasa en Europa) en nada debe tener influencia alguna en la línea de conducta y en la política que creo en mi deber debo seguir. Venga lo que viniere, no titubearé en el camino que me tracé en Orizaba.

No he de entregar el país en manos de los franceses, como ellos pretenden, ni seré nunca un obstáculo para que se logre su pacificación, si ésta dependiera de mi alejamiento de él; así, pues, debemos apegarnos á la idea de reunir un Congreso en la primavera próxima, que tenga por base los principios más liberales y cuya mayoría debe obrar con entera libertad, como mejor le parezca.

Comprendo perfectamente que para algunos esta idea es del todo inútil, y otros creen que no la llevaré á cabo; mas no debemos hacer caso ni de unos ni de otros, sino seguir nuestros propósitos de una manera enérgica; y sobre todo, tener en cuenta nuestros deberes para con Dios y nuestra Patria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Esta es la única ambición que deseo ver realizada: si el Congreso desea que yo continúe, lo haré así; y si adopta otra forma de gobierno, nadie se someterá á ella con tan buena voluntad como yo.

Deseo me remita Vd. los documentos relativos á la sesión de la Junta del Consejo de ayer, y le aguardo esta noche para arreglar algunos asuntos que tenemos pendientes.

Quedo, entre tanto,

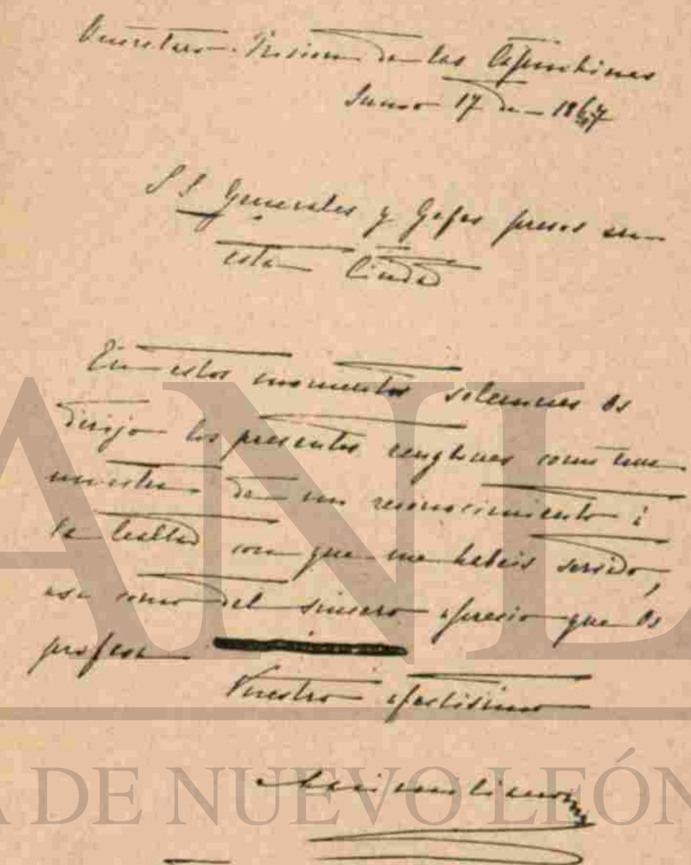
suyo atmo,

(Firmado). MAXIMILIANO.

Carta autógrafa escrita por el Emperador á los generales y jefes, prisioneros en Querétaro.

La carta que sigue fué escrita dos días antes de que fuera fusilado.

Compárese con el documento, publicado por López.


Convento-Prisión de las Capuchinas
Junio 17 de 1867

SS. Generales y Jefes presos en esta Ciudad

En estos momentos solemnes os dirijo las presentes renglones como una muestra de mi reconocimiento i la lealtad con que me habeis servido, asi como del sincero afecto que os profeso

Vuestro afectísimo

Maximiliano

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTAS DE LOS PERITOS CALÍGRAFOS

En la ciudad de México, á los tres días del mes de septiembre de mil ochocientos ochenta y siete, reunidos á solicitud del señor doctor Francisco Kaska, á las diez de la mañana, en la casa número uno y medio de la calle del Espíritu Santo, los que subscribimos, como peritos calígrafos, con el fin de proceder á la inspección y revisión ocular de la fotografía que representa el documento que á la letra dice: *Mi querido coronel López: Nos os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga quedaría mancillado Nuestro honor. — Vuestro affmo. — Maximiliano. — Una rúbrica. — Mayo 18 de 1867.* Para proceder al reconocimiento pericial y cotejo correspondiente, el citado señor doctor Kaska exhibió varios documentos escritos de puño y letra del Emperador Maximiliano y otros cubiertos únicamente con su firma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de haber practicado el examen correspondiente convenimos en declarar: Que comparados con toda minuciosidad los documentos presentados con el que fotografiado fué exhibido, manifestamos unánimemente que no es la letra de esa copia fotográfica hecha por la misma mano que la que escribió y firmó los documentos que se tuvieron á la vista; y para dar esa declaración nos fundamos en la inclinación, paralelismo, corte y distancias gráficas de las letras en los documentos presentados, en los cuales se vé perfecta igualdad en todas sus partes, la que no existe con el documento fotografiado, especialmente en las letras « d » « L » y « S », así como en otras no tan marcadas como éstas; y por último, en la forma de la rúbrica que al calce de « Maximiliano » va tanto en la copia fotografiada como en las seis que fueron presentadas y en las que está perfectamente uniforme el ángulo que tanto á derecha é izquierda está señalado en la primera y segunda líneas que la forman, el cual ángulo no existe en el documento fotografiado. Para exponer el anterior parecer hemos procedido concienzuda y fielmente y según nuestro leal saber y entender. Para constancia firmamos la presente. — *MM. Flores.* — *José María Rábago.* — *E. F. Guerra.* — *Francisco Díaz González.*

Un timbre de á cincuenta centavos cancelado con un sello que dice: « Lic. Carlos Carpio, República Mexicana, Notario Público. » — En el mismo día, presente en la casa número uno y medio del Espíritu Santo el Sr Manuel María Flores, mayor de edad, casado, comerciante y vive en la calle de la Moneda letra B, dijo: que ratifica en todas sus partes el contenido del anterior documento, así como su respectiva firma que lo calza, pues es suya de su puño y letra, y es la que usa en todos sus negocios. Y firmó. — Doy fe. — *MM. Flores.* — *Lic. Carlos Carpio,* Notario Público.

En el mismo día, presente en la misma casa que el anterior el señor Eduardo Fernández Guerra, mayor de edad, casado, profesor de Instrucción primaria y secundaria y vive en la avenida Tulipan número dos, dijo: que ratifica en todas sus partes el documento que antecede así como su respectiva firma que lo calza, pues es de su puño y letra y la que usa en todos sus negocios.

Y firmó - Doy fe. — *E. F. Guerra.* — Lic. *Carlos Carpio,* Notario Público.

En el mismo día, presente en la misma casa que los anteriores el señor Don Francisco Díaz González, mayor de edad, casado, profesor de Instrucción primaria y vive en Tacubaya, calle del general Juan Pérez Castro número ciento veintidós, dijo: que ratifica en todas sus partes el documento que antecede así como la correspondiente firma que lo calza, pues es de su puño y letra y la que usa en todos sus negocios. Y firmó. — Doy fe. — *Francisco Díaz González.* — Lic. *Carlos Carpio,* Notario Público.

En cinco del mismo, presente el señor Don José María Rábago en la casa número uno y medio del Espíritu Santo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mayor de edad, casado, perito calígrafo y vive en Tacubaya cuarta calle Real número treinta y cinco, dijo : que ratifica en todas sus partes el contenido del anterior documento así como su respectiva firma que lo calza, pues es suya y de su puño y letra y es la que usa en todos sus negocios. Y firmó. — Doy fe. — *José M. Rábago.* — *Carlos Carpio*, Notario Público.

Un sello del Nacional Colegio de Escribanos. — Los infrascritos Notarios. — Damos fe que la firma precedente es del Notario Don Carlos Carpio, en actual ejercicio. — México, septiembre siete de mil ochocientos ochenta y siete. — Un timbre de á diez centavos cancelado con un sello que dice : « Lucio Rodríguez. Septiembre 7 de 1887. México. » — Un sello que dice : « Lic. Lucio Rodríguez. República Mexicana. Notario Público. » — Un sello que dice : « Esteban Tomás Casas. República Mexicana. Notario Público. » — Un sello que dice : « Manuel Romero. República Mexicana. Notario Público. » — *Est. Tomás Casas*, Notario Público. — *Manuel Romero*. Rúbrica. — *Lucio Rodríguez*. Rúbrica.

En la ciudad de México, á seis de septiembre de mil ochocientos ochenta y siete, reunidos los infrascritos en la casa del señor doctor F. Kaska, número uno y medio de la calle del Espíritu Santo, con el objeto de examinar el manuscrito fotografiado de una carta que se supone escrita por el príncipe Maximiliano y dirigida al coronel López el 18 de mayo de 1867, que dice así : *Mi querido coronel López. Nos os recomendamos guar-*

dar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga quedaría mancillado nuestro honor. Vuestro affmo. — Maximiliano. — Mayo 18 *de* 1867. — Y también hemos tenido á la vista otros muchos documentos originales, auténticos, del mismo príncipe, y examinando con detenimiento una y otros, hemos notado que á primera vista difiere de éstos notablemente, á tal grado, que se encuentra uno precisado á negarle autenticidad, pues en los originales citados existe el mismo carácter de letra, tanto en su conjunto como en sus partes, y se vé desde luego que una misma mano los escribió aunque fuera en distintos idiomas y en diversas épocas ; mientras que la de la carta tiene distinta proporción, las palabras más aproximadas, los gruesos de las minúsculas exagerados y repetidos, dándole á la escritura un carácter monótono ; la firma nos parece calcada y lo más aproximada á los originales, pero el género de la letra adolece del mismo vicio que toda la demás ; la rúbrica está hecha con suma vacilación, notándose que el vértice de los ángulos del zig-zag es redondo y en los originales es agudo en todos ellos y la vuelta del rasgo medio con el último, en los originales á veces pasa del zig-zag y á veces no llega, pero sí se aproxima, y en la carta tuvo temor de excederse la mano que lo trazó, quedándose distante del zig-zag ; además, es muy notable el ancho que hay entre el primero y último rasgo, pues los originales tienen la rúbrica más cerrada, abriéndose en algunos al terminar el rasgo último ; en dichos originales los ren-

glones son perfectamente horizontales y en la carta fotografiada son un tanto diagonales; en ésta esos renglones son más cerrados y en aquéllos son constantemente y con cierta uniformidad más abiertos en proporción; la letra de la carta es más abierta y de altura uniforme y más inclinada, y en los originales las letras de cada palabra son un poco más altas que las últimas.

Examinada la carta con más minuciosidad advertimos que la *s* es otra de las letras notables; las de su escritura son como signo mercantil imitando una *j*, y en los originales tiene la forma común, sin pasar las paralelas de las minúsculas; la *n* de la carta es la usada comunmente, y en los autógrafos tiene la forma de la *u*; la *r* es también notable, en la carta es la *r* española y en los originales es la *r* inglesa: también notamos diferencias muy marcadas en las *f f*, *p p*, *e e*, la *N* mayúscula, la *u* y la *z* minúsculas y el número 8 que es de construcción invertida; y por fin, que en la carta hay ausencia absoluta de rasgos; mientras que en los originales se vé desde luego que el príncipe Maximiliano acostumbró constantemente poner sobre la mayor parte de las palabras que escribía un rasgo horizontal, ya con motivo de ponerlo sobre alguna *t* ó ya al hacer más principalmente la *d*.

En conclusión, los infrascritos opinamos en conciencia y sin intención de perjudicar á nadie, que la carta examinada es una pésima falsificación y hecha quizá sin tener á la vista suficiente número de originales,

teniendo tal vez por único elemento la firma y rúbrica del finado príncipe.

México, septiembre 6 de 1887. — *José M. Velasco.* — *Rafael Flores.* — *S. Rebull.*

Un sello de á cincuenta centavos cancelado con un timbre que dice: « José M. Velásquez. — 6 de septiembre de 1887. — Notario Público.

« El Notario que suscribe,

« Certifico: que las firmas precedentes de los señores José M. Velasco, Rafael Flores y Santiago Rebull son auténticas, puestas á mi presencia, y ellos me son personalmente conocidos como profesores de la Escuela de Bellas Artes de esta capital, de la cual son vecinos y mayores de cuarenta años de edad.

« A solicitud del doctor Don Francisco Kaska concurrí al examen que dichos señores profesores hicieron, y pongo la presente en la ciudad de México, á 6 de septiembre de 1887. — *José M. Velásquez.* — Notario Público. »

Un sello del colegio nacional de Escribanos. — Los infrascritos notarios: — Damos fe que el sello y firma precedentes son de nuestro colega ciudadano José M. Velásquez, en actual ejercicio. México, siete de septiembre de mil ochocientos ochenta y siete. — Un timbre de á diez centavos cancelado con un sello que dice: « Lucio Rodríguez. — Septiembre 7 de 1887. — México. » — Un sello que dice: « Lic. Lucio Rodríguez. — República Mexicana. — Notario Público. » — Un sello que dice: « Esteban Tomás Casas. — República Mexicana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Notario Público. — Un sello que dice: « Manuel Romero. — República Mexicana. — Notario Público — Est. Tomás Casas. — Rúbrica. — Manuel Romero. — Rúbrica. — Lucio Rodríguez. — Rúbrica. »

La grosera falsificación de la supuesta carta á López tiene fecha 18 de mayo, es así que la plaza de Querétaro fué entregada en la madrugada del 15.

¿ No es mayor absurdo suponer que el Emperador hubiera escrito tal carta acusándose de una falta que nadie aún le echaba en cara, y de la que no había la menor prueba, dando á sus enemigos una arma terrible contra su honor? ¿ Dónde escribió esa carta? ¿ fué en la prisión para mandarla á López que impunemente se paseaba en la ciudad? Tanto lo burdo de la escritura como los conceptos de la carta son enteramente, como antes dije, el mayor é imposible absurdo.

Dice el señor Iglesias que no es lo mismo escribir con toda calma y ánimo tranquilo en un escritorio, á hacerlo incómodamente en una mala mesa y cuando se tiene á la vista un terrible porvenir. Véase la carta que el Emperador escribe á sus generales dos días antes de morir y compárese la firmeza de la letra y lo seguro del pulso que la escribió.

El señor Iglesias refuta la certificación que dan tres pintores, honrados profesores de la Academia de Bellas Artes de San Carlos, y nada dice del certificado que

antes dan cuatro peritos calígrafos reconocidos, los señores Flores, Rábago, Guerra y Díaz González, pero no era necesario, como comprenderán los lectores, que peritos calígrafos dictaminaran sobre el particular, pues desde luego se ve la grosera falsificación que el mismo López, ó alguno de sus cómplices, hizo del carácter de la letra imperial.

El honorabilísimo señor general Escobedo, como dice muy bien Don Gonzalo Esteva, es un hombre de honor y muy apreciable, y nunca dirá sino la verdad bajo su firma, y fué sin duda engañado por López y así lo creo también.

No tenía el general motivo, para conocer si era ó no escrita por el Emperador la carta que López le presentó; pero éste sí necesitaba una credencial que lo acreditara en su misión cerca de Escobedo.

En cuanto á suponer que el mismo Maximiliano hubiera disfrazado su letra, es un absurdo inadmisible. El Emperador era versátil de carácter, muy voluble en sus ideas; pero su índole, su naturaleza íntima, tan bondadosa y tan noble como lo han reconocido siempre hasta sus más encarnizados enemigos, repugnaba con todo lo bajo y con todo lo villano.

Además, ¿ qué ganaba con entregar la plaza? No teniendo garantía alguna por parte del enemigo, ¿ de qué hubiera servido entregarse y entregar á los valientes que le rodeaban?

Si era una credencial lo que López necesitaba, bastaba decir en ella que estaba autorizado para tratar de un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS UANL ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asunto confidencial y no culparse desde luego de una mala acción, expresando el temor de que divulgada se mancillaría su honor, además esta credencial sería con fecha anterior al 15 de mayo y no tres días después de ocupada la ciudad.

La entrega de la medalla militar á López, de que habla el doctor Basch en su libro, bien pudo haber sido por las continuas quejas del coronel ex-liberal, pues éste constantemente deploraba el no haber sido ascendido á general; y todavía en vísperas de salir de la plaza, y en la duda de que pudiéramos salvarnos ó perecer, el Emperador que quería bien á López, pudo muy bien darle esa compensación en cambio del despacho de general, á lo que por serios motivos se habían opuesto los otros jefes.

Tan luego como López supo que varios generales (Méndez en primer término) se habían opuesto á que el Emperador lo ascendiera, debe haber sentido, como cualquier hombre de pasiones, naturalmente, un odio irreconciliable hacia los que se interponían en su carrera militar y desde entonces, una sed de venganza debe haberse apoderado de su mezquino corazón.

Infinidad de veces fué López á mi cuarto, á preguntarme si yo había guardado entre mis papeles ese famoso despacho de general, á lo cual yo siempre contesté negativamente.

Pero él dudaba de la veracidad de mis palabras, porque el día que fuimos hechos prisioneros en el cerro de las Campanas, al volver á la Cruz, ya convertidas nues-

tras celdas en prisión, encontré en el suelo todos los papeles que había en mi escritorio, hechos pedazos.

Sin duda alguna, López entró en mi cuarto, y para cerciorarse, por fin si se había extendido su despacho, registró mi escritorio, en busca de ese documento.

Esto no lo digo fundado solo en vehementes sospechas, pues quedó comprobado que López había entrado á saco, no solo en mi cuarto, sino en el de Maximiliano, porque los criados del Emperador vieron en la casa de López situada en la plaza de la Cruz y que tenía ventanas bajas, la palangana y la jarra de plata que el Soberano tenía en su celda.

Á todos los prisioneros nos consta que el coronel de regimiento de la Emperatriz se paseaba descaradamente, luciendo todavía ese uniforme que había deshonrado, por las calles de Querétaro, unas veces á pie y otras á caballo, entre los oficiales liberales, cuando ya todos estábamos presos. Por último, á todos nos constaba también que López no tenía absolutamente bienes ningunos de fortuna, y en México, recibió una regular suma de dinero, poco tiempo después de la caída del Imperio, y más tarde la empleó en un gran establecimiento de baños, situado en la calle de Hidalgo, baños que se incendiaron algún tiempo después y que reconstruyó, comprando entre otros materiales rieles viejos en los ferrocarriles, hecho que me consta, pues largo tiempo fuí empleado de un ferrocarril.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando en 1887, y por la enfermedad que puso al bordo del sepulcro al general Escobedo, se suscitó la campaña periodística mencionada, y López publicó el apócrifo, que ya leyeron mis lectores, Don Gonzalo Esteva, persona honorabilísima, que era entonces director de *El Nacional*, y ahora ministro de México en Italia, me dijo que :

« Por conducto de un sacerdote, que aun vive, y cuyo nombre no quiero mencionar, López le había mandado ofrecer dos mil pesos para que diera por terminada la polémica ó tomara su defensa. »

Y Don Gonzalo Esteva dijo al sacerdote, que solo por su carácter de eclesiástico no lo mandaba arrojar por sus criados, pero que le suplicaba no volviera á poner los pies en la redacción de su periódico, ni en su casa.

Hace poco tiempo, un señor Notario de León, Rafael S. Torres, publicó un *Estudio histórico* sobre la traición de Querétaro y afirma, después de catorce años de estudios y de dudas, « que el Coronel López fué mandado por el Emperador, que López visitó al Emperador en su prisión después del 15 de mayo y que había entre el Emperador y el Coronel grande intimidad, (pág. 197). Dice después (pág. 198) ¿ qué clase de traición fué la cometida por Miguel López cuando ya consumada y preso Maximiliano por consecuencia de ella, todavía continúan teniendo intimidad y frecuentes entrevistas el traidor y el traicionado en la prisión de éste ? »

¡ Miente quien diga que López visitó una sola vez siquiera al Emperador en su prisión ! Miente quien diga que el traidor y el traicionado tuvieron intimidad y frecuentes entrevistas, preso ya el segundo ! Vivimos aún algunos de los que estuvimos en la misma prisión de S. M. y desde el 15 de mayo hasta el 24 del mismo en que se puso incomunicado al Emperador, lo vimos día por día y hora por hora. Desde la segunda fecha hasta el día del fusilamiento, 19 de junio, el doctor Basch y los criados Grill y Tudos no se separaron de Él un momento, y todos aseguramos bajo nuestra palabra de honor que jamás López se presentó en la prisión. ¿ De dónde toma el Sr. Notario Torres semejantes datos ?

La carta dirigida al general Leyva por el general Don Porfirio Díaz y de que habla en su libro el señor Iglesias Calderón, en que el general afirmaba que Maximiliano le había ofrecido entregarle el mando de las fuerzas encerradas en México y en Puebla, no es una nueva traición.

El Emperador que había resistido á las instancias del mariscal Bazaine, de llevarlo consigo al retirarse del país, que había accedido á quedarse á ruegos del Consejo de Estado, de los ministros y de los funcionarios que en Orizaba le ofrecieron recursos y hombres para continuar en el poder ; bien veía que tales recursos no existían, que la voluntad general de la nación le era contraria, que mientras que el Imperio se reducía á cuatro ó cinco ciudades, todo el inmenso territorio pertenecía ya á los republicanos ; comprendía su situación y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al dirigirse al más leal y caballeroso de sus enemigos, bien podía esperar de él algunas concesiones para sus jefes, sus oficiales y sus partidarios.

En cuanto al dicho de un señor Idrac, con el P. Soria, quién sabe cuál haya sido la interpretación de sus palabras.

En fin, Emilio Ollivier, en su libro l'*Empire libéral* dice que la disertación del señor Iglesias Calderón ha destruído definitivamente la leyenda de la traición de López; eso podrá haber sucedido en Francia, donde pocas personas sin duda conocen los documentos que hoy se publican en este libro, pero en México puedo asegurar, que no hay uno de los contemporáneos que detenidamente haya leído cuanto se refiere á la toma de Querétaro, que dude ni por un instante de la traición del coronel del regimiento de la Emperatriz.

López duerme ya el sueño de la tumba, la justicia divina debe haber pronunciado su fallo sobre el espíritu del traidor; en el eterno silencio del sepulcro se encuentran ya el coronel y su víctima, y sería tarea ingrata ensañarse más sobre el que no puede hablar; pero si la leyenda ha quedado destruida, queda la historia justiciera, y ésta marcará siempre con el estigma de Iscariote el nombre de Miguel López.

FIN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL EMPERADOR Y SU CORTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al dirigirse al más leal y caballeroso de sus enemigos, bien podía esperar de él algunas concesiones para sus jefes, sus oficiales y sus partidarios.

En cuanto al dicho de un señor Idrac, con el P. Soria, quién sabe cuál haya sido la interpretación de sus palabras.

En fin, Emilio Ollivier, en su libro l'*Empire libéral* dice que la disertación del señor Iglesias Calderón ha destruído definitivamente la leyenda de la traición de López; eso podrá haber sucedido en Francia, donde pocas personas sin duda conocen los documentos que hoy se publican en este libro, pero en México puedo asegurar, que no hay uno de los contemporáneos que detenidamente haya leído cuanto se refiere á la toma de Querétaro, que dude ni por un instante de la traición del coronel del regimiento de la Emperatriz.

López duerme ya el sueño de la tumba, la justicia divina debe haber pronunciado su fallo sobre el espíritu del traidor; en el eterno silencio del sepulcro se encuentran ya el coronel y su víctima, y sería tarea ingrata ensañarse más sobre el que no puede hablar; pero si la leyenda ha quedado destruída, queda la historia justiciera, y ésta marcará siempre con el estigma de Iscariote el nombre de Miguel López.

FIN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL EMPERADOR Y SU CORTE

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE

DE MIRAMAR Á ROMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE

QUERÉTARO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE

LA TRAICIÓN

25-1-05. — Paris. Librería é Imprenta de la Vª de Ch. Bouret.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DAD AUTÓNOMA DE NU
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC